JOSEBA CALVO MACARRILLA

NADIE ESTÁ A SALVO



VOLUMEN 2
NADIE DEBE SABERLO

JOSEBA CALVO MACARRILLA

NADIE ESTÁ A SALVO

Sello: Independently published

Título: NADIE ESTÁ A SALVO
Joseba Calvo Macarrilla © 2026

Cubierta: Sara Hernández (The Blue Cat)
Corrección y maquetación: Sandra García.
@correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Dedicado a Ainhoa y a Luca.
Mientras estemos juntos,
siempre estaremos a salvo.

1

Colarse en una casa es mucho más sencillo de lo que se cree.

La mayoría piensa en cerraduras, en puertas forzadas o en descolgarse por ventanales; métodos espectaculares y violentos.

Nunca reparan en lo que no ven.

Por eso jamás advierten que he entrado. Que, a veces, incluso estoy ahí, con ellos, mientras viven.

2

El agua caliente resbala por el cuchillo de trinchar y por sus manos. Es un instante placentero, uno de esos en los que la felicidad parece acariciarte. *Forever Young*, de Alphaville, suena en el reproductor por tercera vez.

Iñigo tararea mientras termina de fregar los platos. Podría haber usado el lavavajillas, pero prefiere el ritual manual; es una pequeña manía antes de salir a la carretera. Le relaja.

A pocos metros, en la habitación de Nahia, madre e hija tienen su propia pelea.

—Ya sé que tienes sueño, cariño, pero hoy no duermes en tu camita. Hoy vas a dormir en el coche. Ya verás qué divertido, es como un juego —dice Leire.

Utiliza su tono más convincente, pero los cuatro años de Nahia no se dejan engañar con la facilidad de antes.

La niña es lista; siempre lo han sabido.

En la habitación contigua, la lucha se dirime solo en la cabeza de un preadolescente, lo que es equivalente a una guerra mundial.

Markel *scrollea* un video de TikTok tras otro, embriagado por el ecosistema inmediato de esa cárcel de estímulos de dopamina a precio de saldo. Despilfarra tiempo como si no tuviese pendiente la única tarea que le han encomendado sus padres: preparar la maleta para el puente.

Nico Williams y Lamine Yamal bailan a dúo en la pantalla de su móvil cuando la voz del aburrimiento le corta en seco.

—Markel, no me digas que no has hecho la maleta aún… —dice su padre desde la puerta, mientras se seca las manos con un trapo.

—Sí, tranqui, la hago ya mismo.

—Markel, lo tuyo es mucho, eh. —Iñigo intenta controlarse, no quiere perder el estado de paz que le aporta el fin de semana de esquí.

—A ver, *aita*, que tardo nada. Solo tengo que coger cuatro cosas.

—Que nos vamos ya, Markel. Solo tenías que hacer eso. ¡Una única cosa! —Iñigo empieza a elevar el tono—. Hasta tu hermana de cuatro años está ya preparada…

—¡Que sí, que no me rayes! ¡Que ya voy!

Iñigo nota ese calor reptando por la nuca. Hace un esfuerzo sobrehumano por contenerse. Y habla muy despacio, lo que no suele ser precisamente buena señal.

—Tienes medio minuto para preparar todo y meterlo al coche. Medio. Y como vuelvas a decirme no me rayes... Nada… Medio minuto. ¿Me has entendido?

Markel balbucea algo parecido a un que sí y agacha la cabeza. A él tampoco le apetece discutir.

—Medio minuto —repite el padre.

Iñigo Echevarría Salcedo, un hombre que no va a dejar que nada le estropee su momento, y que, al salir del cuarto de su hijo, pone por cuarta vez *Forever young*.

Markel aprovecha su medio minuto para hacer la maleta de forma improvisada, emocional y torpe, como hace todo lo demás desde hace un año.

Leire ya tiene a la pequeña Nahia lista. Y convencida de que hacer noche en el coche es un planazo mágico.

Iñigo da un último vistazo al fregadero y la cocina en general. Está todo. El coche ya está cargado, a excepción de la maleta del rebelde sin causa. Echa mano al bolsillo del pantalón vaquero y palpa la llave del Mercedes.

Canta a gritos las estrofas centrales de la canción mientras se dirige a apagar el equipo de música y se prepara para tocar corneta con su frase: ¡Vamos que nos vamos!

Pero no va a llegar a pronunciarla.

***

Dos horas después, la canción sigue sonando en bucle en el reproductor.

La música revienta a todo volumen. Es un concierto alegre y exagerado que viola el silencio que debería imperar por respeto al horror.

Iñigo yace apoyado contra el mueble del equipo de música, inmóvil, con la mirada perdida en el frente. El cuchillo de trinchar que acababa de fregar está incrustado en su garganta; la hoja ha atravesado el cuello hasta clavarse en la madera, anclándolo a la puerta.

Leire está tendida en el pasillo sobre un charco denso. Su sangre impregna las lamas de roble natural que tanto le costó elegir para el suelo.

Markel yace sobre su cama. El móvil junto a su mano, como siempre. La pantalla, negra y muda, refleja el techo y una sombra que no debería estar ahí. Algo fuera de lugar. Irreversible. Las sábanas arrugadas, húmedas y pegadas a su piel. La sangre ha avanzado despacio hasta el borde de la alfombra, donde se detiene, como si de pronto encontrase un límite en esa habitación.

Y Nahia, Nahia simplemente no está.

La canción sigue sonando una y otra vez. Un himno que celebra la eternidad.

Dentro de la casa, el tiempo se ha detenido.

PRIMERA PARTE

3

1 año después del caso de La Bruma

5:45

Un sonido punzante masacra el silencio de la habitación.

Marije emite un gruñido gutural; una queja llegada desde ese limbo del sueño que se rompe antes de lo previsto.

Iñaki Espinosa reacciona rápido y silencia el teléfono antes de que el estropicio sea mayor. Se levanta con cautela. Lola duerme a sus pies y no quiere que se despierte para reclamar comida con sus maullidos. Sale del cuarto sin mirar aún el teléfono para no desvelar del todo a su mujer.

Solo cuando ya está fuera, en la oscuridad del salón, mira el mensaje dejado tras la llamada.

Una palabra resuena en su mente recién despierta por encima del resto: *Masacre.*

Se viste a toda prisa. Ignora a Pipo, que ya se acerca moviendo el rabo. Lo de la gata tenía un pase, pero lo del perro fue un golpe a traición; cada vez que Iñaki despierta así, ese pensamiento le envenena.

Descarta el café, aunque lo necesita con urgencia. No hay tiempo. Tiene que salir de casa y empezar a hacer llamadas.

No termina de acostumbrarse a que los avisos lleguen primero a él.

Antes siempre había otro nombre al que llamar.

Ahora no.

4

Día 1

6:48

La niebla aún no se ha retirado del todo de las laderas de Artxanda.

Abajo, Bilbao despierta en un concierto de luces parpadeantes. La ciudad es ajena a lo que ocurre a solo unos kilómetros; ajena al horror de esa casa que la observa desde lo alto del monte.

Iñaki Espinosa mira por la ventana. Necesita un segundo para pensar. Pero eso es pedir demasiado en una situación así.

—Tres víctimas confirmadas e identificadas. Las que ya hemos visto. El problema es que falta alguien de la unidad familiar. Una menor desaparecida. Cuatro años… —dice Helena Ibarra mientras se recoloca el guante de nitrilo de su mano derecha.

Espinosa vuelve a su universo de mando y muerte. Ahora es el inspector jefe Iñaki Espinosa. Líder de la DIC.

Y la que es su subinspectora sigue hablando.

—No hay arrastre en la entrada. No hay desorden más allá de lo evidente. No parece que hayan robado nada. Y ninguna puerta o acceso está forzado. Eso es lo más extraño. —Helena Ibarra hace una pausa y se acerca a la ventana por donde Espinosa sigue mirando el corazón de Bilbao—. Esto no es una masacre improvisada.

—¿Cómo es que siempre llegas antes que yo, si soy yo quien te avisa?

Espinosa se gira y se deja engullir de nuevo por la violencia que infecta la casa.

—Y, sobre todo, ¿dónde están Lasa y Mendia? Los quiero aquí ya.

—Ya lo he hecho. Están llegando. Eso me han dicho hace cinco minutos. Y Altuna lo mismo —contesta Ibarra, la voz de la eficiencia.

Espinosa se acerca hasta el armario del salón. El lugar donde el cuerpo del padre de familia sigue anclado por un cuchillo de trinchar que le atraviesa el cuello.

Helena Ibarra presiona el botón de encendido del reproductor de música con la mano que acaba de enguantarse. *Forever Young* empieza a sonar en un estallido de decibelios.

—La primera patrulla que ha venido me ha dicho que estaba sonando esta canción cuando han entrado —Ibarra habla casi a gritos al oído de Espinosa—. Que, por lo visto, llevaba sonando toda la noche, que es lo que alertó a la vecina de al lado. Es ella quien dio el aviso.

Espinosa entrecierra los ojos y hace un gesto de molestia con la mano.

Ibarra apaga el equipo de música.

—¿Ha estado sonando a este volumen durante horas? —pregunta Espinosa.

—Eso parece. Pero desde fuera no se oye tanto. Y eso que esta zona es tranquila. Pero la casa de la vecina está lo suficientemente lejos como para que no se oyera demasiado. Al menos eso dicen los que han llegado y han descubierto el pastel… Y, sinceramente, la señora tiene pinta de estar sorda como una tapia.

—¿Y lo de que la puerta no estaba forzada?

—Lo mismo. Cuando han llegado, se han encontrado todo cerrado con llave. Y aquí viene lo interesante. La vecina, la que ha dado el aviso, tenía una llave. Por lo visto se la habían dejado las víctimas. Y ella se la cedió a los agentes para que pudiesen irrumpir en la casa tras no lograr contactar con el interior de ningún modo.

—Quiero hablar con ella —dice Espinosa—. Con la vecina. ¿Dónde la tienen?

Cuatro minutos después, Espinosa e Ibarra están frente a Mercedes Irazabal. No hace falta ser un policía experto para darse cuenta de que la señora Irazabal está nerviosa, prácticamente en estado de *shock*. Y eso, teniendo en cuenta que los agentes de la primera patrulla no la habrán dejado ver apenas nada de lo que hay dentro. Si no, no estaría de pie frente a ellos.

Espinosa ve llegar a Mendia y Lasa, y casi de seguido, a Altuna. Los fulmina con la mirada. Y empieza a preguntar a la vecina.

—Señora, ¿cómo es que tenía una llave de sus vecinos?

—Me la dejan siempre que se van de vacaciones o de puente. Saben que siempre estoy por aquí. Y por si pasa algo… —Mercedes Irazabal tiembla al hablar, iba a añadir algo, pero se detiene a tomar aire.

—¿Desde cuándo tiene la llave de la casa, señora?

La anciana duda.

—Hace unas pocas horas. Yo… No sabría decir cuántas… Pero me la dieron a la noche. Iñigo… Digo, bueno, el padre… me la trajo cuando estaban a punto de salir. Ya tenía todo el coche cargado. Siempre es igual. Me la deja antes de la cena. Le gusta viajar de noche. Por la niña, ya saben…

Mercedes Irazabal se queda sin voz. El labio inferior le tiembla. Las manos también.

—Oigan, agentes, sé que ha pasado algo terrible ahí dentro… pero… la niña… Sus compañeros han dicho algo de que ella no estaba… que no estaba…

La mujer no puede seguir.

Entonces es Ibarra quien toma la palabra.

—Tranquila, señora. Sabemos que esto es muy difícil para usted. La niña no ha sido encontrada dentro del domicilio. Estamos buscándola desde el minuto uno.

—Eso significa que al menos no está… que no está… —Mercedes Irazabal lanza una mirada vidriosa a Helena Ibarra, una que pide

que le insuflen esperanzas—. Dios… He visto crecer a esa nena desde que era casi del tamaño de una mano. Mi angelito… Dios…

Helena sujeta a Mercedes. Fuera de la relación agente interrogado, aunque sea solo un instante. Mira a Espinosa y le lanza un mensaje claro.

—Gracias por su colaboración, señora Irazabal. Por ahora es suficiente. Ya la avisaremos si necesitamos algo más los próximos días. Pero ahora intente descansar —dice el inspector jefe de la DIC.

Espinosa e Ibarra vuelven a meterse en la boca negra que hace nada era una casa tranquila y acomodada.

Lasa, Mendia y Altuna ya hacen trabajo de campo y empiezan a desgranar el horror. A buscar racionalizar lo irrazonable.

5

Día 1

7:33

Iñaki Espinosa y Helena Ibarra vuelven a entrar en la casa. El olor metálico se vuelve más intenso a cada minuto. Es la muerte asentándose. Avanzan hacia el salón, dejando atrás el cuerpo de Leire, todavía tendido en el pasillo.

Altuna trabaja ya con el cadáver del padre, Iñigo Echevarría Salcedo. Lasa, agachado junto al forense, apunta con su linterna a pesar de que la iluminación es buena. Y Mendia está atenta tanto a las explicaciones de Altuna como a radiografiar el entorno al mismo tiempo.

—¿Qué tenemos? —pregunta Espinosa cuando él e Ibarra llegan a la altura del trío.

—Hay dos heridas. Esta —Altuna señala un corte en el abdomen — fue infringida primero. Aunque la mortal fue la segunda.

No hace falta señalar lo evidente, el enorme cuchillo de trinchar que atraviesa el cuello y se clava en el armario sobre el que está apoyado, tal como si estuviese sentado el cuerpo sin vida de Iñigo Echevarría.

—Herida cervical de trayectoria lateral; profunda y letal casi en el acto. La incisión del abdomen no era mortal de necesidad, aunque habría terminado siéndolo. Por la trayectoria, diría que se la asestaron estando de pie; luego cayó hasta quedar apoyado aquí, donde lo remataron. La lesión cervical es definitiva. Una herida de control, sin titubeos. Altuna hizo una pausa para mirar a Espinosa—.

Creo que la primera herida no fue provocada con el cuchillo que tiene en el cuello. Parecen armas distintas. Aunque es pronto para concluirlo en firme.

—¿Heridas defensivas? —pregunta la subinspectora Ibarra.

—No hay signos de defensa significativos —contesta el forense—. Algo un poco extraño dado el caos de la escena.

Helena Ibarra se aprieta un poco más el moño en el que se recoge el pelo.

Espinosa suelta por la nariz un torrente lento y prolongado de aire.

Maialen Mendia ya está yendo hacia el pasillo cuando un estruendo de música suena.

Espinosa deja la música unos cuantos segundos antes de apagar el equipo de nuevo.

—Esto estaba sonando en bucle durante horas. Sin parar. Con este volumen no escuchas ni tus propios gritos —dice el inspector en tono lo suficientemente alto como para que Mendia también lo escuche desde su posición—. Ahora vamos al siguiente.

Los miembros de la DIC observan, casi rodeando, el cuerpo de Leire Aramburu Ochoa, de cuarenta y cinco años, tendido sobre el parqué del pasillo de su propia casa. Un lago enorme de sangre coagulada se extiende bajo ella como una sábana cruel.

—Aquí hay múltiples lesiones con arma punzante. Patrón irregular. Ataque desorganizado y caótico. Todo apunta a que se desplazó mientras era atacada.

—¿Estaba huyendo? —pregunta Mendia.

—Es más que probable —contesta el forense, que analiza de cerca los cortes—. A simple vista, diría que parecen encajar con el arma de la herida del abdomen del hombre. Pero…

—Apuñalan al marido en la sala. Ella huye y el atacante le da caza a puñaladas hasta que la abate. Después la remata y vuelve a

hacer lo propio con el marido agonizante —Helena Ibarra habla mientras compone una escena a tiempo real.

—Podría ser un escenario plausible —dice Altuna.

Aitor Lasa toma notas en su tablet.

—¿Hora aproximada de las muertes? —pregunta Espinosa.

—Es pronto, pero ocho o nueve horas, aproximadamente. Puede que un poco más. Cuando pueda analizarlo bien en mi anfiteatro, ajustamos con exactitud.

—Eso serían las once o doce de la noche, ¿no? Y por lo que parece no estaban dormidos. Están vestidos con ropa de calle —comenta Maialen Mendia.

—Correcto. Concuerda con un primer testimonio de la vecina de la casa de al lado. Decía que se iban de puente, y que viajaban de noche. —Es Helena Ibarra quien contesta—. Encaja con su versión.

—Y la puerta estaba cerrada con llave. Sin signos de ser forzada. Lo mismo con las ventanas o cualquier acceso —apostilla Espinosa —. Ese es el panorama que tenemos hasta ahora.

—Una maravilla —dice Aitor Lasa mientras sigue anotando cada detalle.

El siguiente cadáver es aún más difícil. Es uno de los hijos. Markel Echevarría Aramburu, de catorce años. Está tendido en la cama de su propio cuarto, en una postura que podría parecer la de cualquier adolescente, con el teléfono móvil junto a la mano. Solo que no hay nada de natural en cómo ha quedado su cuerpo.

—Ni la posición, ni el cuerpo o el entorno de la habitación parecen mostrar signos claros de forcejeo. Puede ser que fuese retenido aquí bajo coacción o amenaza. Y después, bueno… —Incluso un profesional frío como Altuna titubea—. Hay un ensañamiento evidente. Diría que el arma podría ser la misma que la de ambos progenitores.

Un agente irrumpe en la habitación y hace un gesto para llamar la atención de Espinosa, que sale con él.

—Esto es una carnicería —dice Lasa—. Y por lo que veo, nos falta un miembro de la unidad familiar. Nahia Echevarría.

—Sí. Es la hija pequeña. No está. Ni rastro. Ha desaparecido. Como si la tierra la hubiese engullido —dice Ibarra.

El silencio dejado por la afirmación coge cuerpo. Les amenaza. Les oprime el pecho con un abrazo constrictor.

Altuna se abstrae de emociones. Bucea en su universo paralelo, diseccionando cada centímetro del cuerpo del chico.

Helena Ibarra ha salido a inspeccionar por su cuenta el resto de la casa.

Suele hacer eso a menudo, piensa Maialen Mendia, que esta vez decide ir tras ella.

El inspector jefe Espinosa ya está de vuelta en el cuarto de Markel Echevarría. Se acerca al forense, que sigue trabajando con el cuerpo del adolescente.

—Los de criminalística me dicen que todo apunta a que el cuchillo de trinchar con el que atravesaron el cuello del padre es de aquí. Es del mismo modelo del juego de cubiertos que tienen en la cocina.

Altuna asiente. No le sorprende del todo.

Cuando Maialen Mendia alcanza a Helena Ibarra, esta está en el cuarto de matrimonio. Y basta solo con ver su expresión para saber que ha visto algo que no debería estar ahí.

Mendia llega a la altura de su compañera. Y ambas quedan frente al espejo de la pared del cuarto.

—¿Qué hostias es esto? —pregunta Ibarra.

Maialen no contesta. Solo observa aquello que queda a la altura de sus ojos. Un elemento sobre el cristal que les devuelve su propio reflejo distorsionado.

—Tengo que avisar a Espinosa.

6

Gorehound

Sergio Luján no levanta la voz. Siempre el mismo tono cuando resuelve incidencias. A veces se siente un robot.

—Vale, pásame el ID del equipo —dice sin levantar la vista de la pantalla compartida.

Al otro lado de la línea, ruegos, quejas y algo de impaciencia.

Sergio asiente. Es otra cosa que siempre hace.

Lo siguiente es teclear comandos, ventana negra y ruta.

—Es un conflicto con la actualización de seguridad. Nada grave.

Nada grave. Su frase favorita.

Sergio desinstala, reinicia y reconfigura permisos, en ese orden. Y lo hace con la desgana de la última incidencia del día. Un día demasiado largo. Hoy tocaba día presencial obligatorio en la oficina. El único de la semana. Para él, un fastidio.

—Listo, Marta. Problema resuelto.

Ya está cerrando todo antes de que termine la llamada.

—Nada. Muchas gracias a ti.

Cierre.

Día concluido, por fin.

O eso pensaba. Jesús le ataca a traición en cuanto cierra el portátil.

—Vamos a ir a tomar una a Laurel. ¿Te vienes? —pregunta animoso su compañero.

—No, qué va. Hoy tengo una historia, pero otro día igual sí —Sergio contesta lo mismo de siempre.

—Vale, pero a ver si te animas algún día —insiste Jesús.

—Sí, claro. Eh, y gracias de todos modos.

Jesús hace una mueca y enfila hacia la puerta de la oficina donde ya espera Mateo.

Sergio guarda el portátil y se marcha con el alivio de saber que no tendrá que volver hasta la semana próxima. Deja atrás ese escenario diáfano de plantas de plástico, tazas con mensajes motivadores y gente hablando demasiado alto sobre «sprint», «alinear objetos» o «sinergias».

Por lo menos, la oficina está cerca de su piso y puede ir dando un paseo.

Media hora después ya está entrando en el portal.

La vecina del cuarto está esperando el ascensor. Toca compartirlo.

Una sonrisa a medio gas, saludos tan cordiales como vacíos y silencio incómodo lo que dura el trayecto hasta el cuarto piso. El perfume afrutado de Nuria —cree que se llama así, aunque no está seguro— podría tumbar a un elefante. Sin embargo, es agradable. Ella también lo es; una mujer atractiva, no pasa nada por reconocerlo.

Sus miradas se cruzan y siente que ella la aparta medio segundo antes de lo normal.

El pitido aséptico del ascensor pone fin al breve encuentro obligado. Obligatorio, como el día presencial en la oficina.

Sergio Luján sube solo el tramo restante. Después abre la puerta del 5º A, y ya está en su piso. Casa o piso y hogar no son lo mismo.

Se descalza en la entrada y deja los zapatos alineados bajo el recibidor. Cuelga la chaqueta y se despoja del resto en su cuarto. En calzoncillos, se enfunda un pantalón corto de deporte; nada más.

Completa cien flexiones y cien sentadillas en el menor tiempo posible. Al terminar, anota sus marcas en una libreta de papel.

Hoy ha pinchado. Ha tardado medio minuto más.

Se concede el consuelo de una ducha caliente.

Lo siguiente es cenar. Calienta la lasaña en el microondas y la come en el sofá. Mirando la tele, pero sin verla. Lee algo de actualidad pasada por la trituradora del refuerzo de sesgo del algoritmo en X, y tras confirmar que todo sigue igual de mal que siempre, se pone a lavar los platos y cubiertos de la cena. Siempre lo hace al momento, eso no es algo negociable.

Y cuando ha concluido con su rutina, Sergio Luján se pone frente a su ordenador, pasa por varias capas y contraseñas, y accede al lado más enterrado de la web.

Entonces teclea la última de las contraseñas sobre su nombre de perfil.

Y ya no es Sergio, es Gorehound.

Bucea por el foro como cada día. Hoy no busca algo concreto, quiere dejarse llevar, ha sido un día de mierda.

«Limpieza *premium*. Eliminamos errores».

«Mudanza sin retorno».

«Reeducación intensiva (no académica)».

«Coleccionista busca piezas originales».

«Auditoría de seguridad real (no apta para sensibles)».

«Silencio permanente. Garantizado».

Bucea por algunas ofertas con nombres en clave de la sección de servicios. Todo bastante aburrido. El foro no es lo que era. Ha perdido chispa.

Y en ese momento, la bomba le estalla en la cara. Se reactiva de golpe. El corazón palpitando como si solo estuviese vivo en ese momento desde hace meses.

Es un anuncio.

Del nombre que no aparecía hacía meses.

El Arquitecto.

Lleva mucho tiempo esperando algo así. Ahora que tiene una buena suma ahorrada, el vértigo de saber que puede acceder a ello si lo desea es como un tsunami que le arrasa. Una sensación difícil de describir.

Pincha en el enlace, y la oferta se abre ante él.

Nueva venta

Casa familiar / cuatro habitaciones

Acceso total y limpio / lista para entrar a vivir

1 noche

6000€

OFERTA SOLO VÁLIDA POR 1 HORA

Para el primero que haga transferencia.

Gorehound se levanta de la silla. Deja la oferta abierta en la pantalla, a un solo clic. Jamás ha tenido algo así tan cerca. Y es El Arquitecto. Su reputación habla por sí sola.

Pero dar el paso, por mucho que se desee, impone.

Se sienta de nuevo, sacudido por un latigazo eléctrico.

Y pincha en el enlace que lleva a la dirección de la billetera de Bitcoin a la que hay que transferir el dinero.

Lo tiene todo preparado desde que tuvo la suficiente cantidad reunida. Es ejecutar dos movimientos sencillos, pinchar dos enlaces. Enviar. Cosa de segundos. Sabe que hay otros perfiles tras sus pantallas dudando sobre si pagar o no. El primero que llegue se lo lleva.

El Arquitecto ha puesto una hora de margen, pero sabe que es un espejismo. No va a durar ni minutos.

Gorehound presiona un botón, así de simple, y transfiere 0,11 BTC a la dirección de la billetera fría. 6000€.

La confirmación no tarda en llegar.

Es suyo.

Cuatro habitaciones. Y todas para él. Una locura.

Está eufórico.

No puede creer que sea real.

También tiene algo de miedo repentino.

Lo normal.

Gorehound acaba de comprar un nuevo acceso de El Arquitecto.

7

Día 1

16:48

Altuna entra en La Caja a las 16:48.

El reloj de pared marca las 17:01.

Hay cosas que no cambian.

Aunque en esa sala que es el hogar de la DIC, nada sea igual desde hace un año. Desde que su líder, Salvador Arregi, lo perdió todo, y ellos le perdieron a él.

Y aunque Helena Ibarra se ha unido al equipo, la quinta silla, siempre vacía, sigue estándolo.

Koldo Altuna se sitúa frente a la pizarra donde Iñaki Espinosa ha ido anotando, con rotulador negro, las claves del caso.

ARTXANDA – CASA UNIFAMILIAR

TRES FALLECIDOS - Iñigo Echevarría (49)

Leire Aramburu (45)
Markel Etxebarría (14)

UNA MENOR DESAPARECIDA – Nahia Echevarría (4)

SIN FORZAMIENTO DE ENTRADAS A LA VIVIENDA

ALARMA DESACTIVADA (CÓDIGO CORRECTO)

UNA DE LAS ARMAS: UN CUCHILLO DE LA CASA

SÍMBOLO: EL ESPEJO

LÍNEA TEMPORAL

21:00 ÚLTIMO CONTACTO
23:00 – 00:00 ESTIMACIÓN MUERTE
4:42 – LLAMADA VECINA A ERTZAINTZA
5:15 – ENTRADA POLICIAL

Altuna lee las inscripciones.

—Puedes empezar —dice Espinosa—. ¿Qué puedes darnos sobre los cuerpos?

El forense da un vistazo a sus informes. Uno que no necesita, pero al que siempre recurre, como un ademán profesional involuntario.

—Las heridas del padre son limpias, controladas. Las de la madre y el hijo son más caóticas. No hay signos de lucha prolongada en ninguno de los tres. Tampoco restos de sustancias sedantes en las primeras pruebas. Intervalo temporal de muerte coherente con el testimonio dado por la vecina. El cuchillo de trinchar tiene huellas parciales mezcladas. Pero es algo normal tratándose de un utensilio doméstico. No hay restos identificables de terceros aún. Es probable que utilizasen guantes y otro tipo de protecciones.

Altuna termina de hablar y vuelve a dar un vistazo a los papeles con el informe preliminar. No hay nada más que añadir por ahora.

—¿Algo respecto a la ausencia de Nahia Echevarría? —pregunta Espinosa.

—Nada por ahora. Es evidente que hay restos biológicos por toda la casa, pero lo esperable. Sobre cómo pudo ser sustraída del interior de la vivienda, nada —contesta el forense.

Helena Ibarra se levanta y sale al estrado sin que se lo pidan.

—Si los accesos a la casa no estaban forzados, hay tres vías posibles. —Ibarra coge el rotulador y apunta al mismo tiempo que expone—. Uno, alguien cercano. Dos, robo con acceso previo no

detectado. O tres, acceso planificado con copia y estudio. Y en estos casos, la probabilidad siempre está del lado de la cercanía. Tenemos que mirar a su entorno.

Hay un silencio extraño en La Caja. Es una respiración desacompasada de su pulmón, pese a que hayan pasado meses de que el ecosistema cambiase. Helena Ibarra es una pieza tan perfecta y eficiente como extraña.

—Estoy de acuerdo —dice Espinosa con tono firme—. Tenemos que empezar a investigar el entorno familiar. Vida laboral del padre. Contactos o conflictos. Seguros de vida y herencias. Relaciones recientes. Movimientos bancarios previos. Revisión exhaustiva de accesos. Alarma de seguridad. Empresa de instalación y logs completos. Llaves físicas: quién tiene copias y posibles copias ilegítimas. Cámaras cercanas. Y movimientos bancarios previos.

Iñaki Espionsa mira a Helena.

—Ibarra, ya que lo has mencionado tú, encárgate de este primer bloque del entorno familiar. Que te ayude Lasa.

La subinspectora se ajusta el moño y asiente. Observa a Lasa como si evaluara su actitud en apenas un segundo.

—Mendia, tu turno. Tú te encargas de los vecinos cercanos. En especial de Mercedes Irazabal. La interrogamos tú y yo. Pero no hoy. Mañana. Interrogatorio formal mañana en comisaría. Y antes de eso, hay que verificar coartada, actividad telefónica de días previos y si la llave que le dejaron las víctimas muestra microdesgaste compatible con copia reciente. —Espinosa mira a Mendia para lanzar la pregunta sin palabras.

—Entendido —confirma la agente.

—Y lo más importante de todo esto —Iñaki Espionsa habla ahora casi gritando, coge el rotulador negro y escribe en la pizarra.

LA NIÑA

—Prioridad absoluta. Absoluta. Todo lo que os he dicho puede esperar. La niña no.

Espinosa deja el rotulador en la bandeja.

Y mira uno por uno a los miembros de su equipo.

—He activado alerta menor. Circular interna a todas las patrullas de Bizkaia con fotografía y descripción física. Puestos de control en carreteras, aeródromos y puertos. Todo ello en coordinación con la Ertzaintza y la Policía Nacional. Estamos a la espera de cualquier mínima noticia para saltar.

Espinosa vuelve a Lasa de nuevo.

—Quiero revisión de cámaras de tráfico en la subida a Artxanda, puente de La Salve y túneles. Y la de las salidas hacia la A-8 y AP-68. Y quiero todas las matrículas que hayan salido de esos puntos entre las diez y la una de la madrugada. Todas. Te encargas tú, Lasa. Muévelo.

Lasa asiente y anota, todo al mismo tiempo.

Maialen Mendia permanece callada. Apenas ha hablado desde el inicio de la reunión operativa. Se pierde en la foto tomada al espejo del cuarto del matrimonio. En lo que refleja. Está a punto de disparar algo, pero Espinosa se adelanta y sigue ordenando como un martillo percutor.

—También quiero todos los delincuentes sexuales en un radio de cincuenta kilómetros. Y todos los antecedentes por violencia doméstica con menores.

Espinosa da dos pasos alejándose de la pizarra y el estrado particular donde se ordenan los casos en La Caja, pero se detiene.

—Ah, y una cosa más. Muy importante. Nada de filtraciones a la prensa. Hay que mantener eso a raya todo el tiempo que sea posible. Si el que lo ha hecho no nota tanta presión, puede que se relaje y cometa un error. Ya valoraremos si, con el paso de las horas, nos conviene más lo contrario. Pero por ahora, silencio.

Espinosa sale del estrado. La primera reunión y línea de trabajo a seguir están concluidas. Se escucha el portátil de Aitor Lasa cerrarse con un sonido seco. Una de las sillas que se arrastra hacia atrás. Helena Ibarra se levanta. Y entonces, sin más, la frase surca el silencio denso.

—Tenemos que avisar a Arregi.

Maialen Mendia lo lanza sin más, como un eco de resonancia que irradia a toda La Caja, pero que en realidad le habla directo a Espinosa.

La respuesta no llega al instante. Lo hace con retardo por lo que implica. Pero es contundente.

—No —contesta el nuevo inspector jefe.

—Vamos, Espinosa…

—He dicho que no.

Esta vez la contestación sí es un golpe inmediato que tapa cualquier réplica.

Y la mirada compartida entre Espinosa y Mendia es un ancla pesada en la que se afianza esa idea.

La Caja se vacía poco a poco.

Ibarra sale primero. Y después Lasa.

Mendia ha esperado a que ellos se vayan antes. Sabe que Espinosa siempre es el último en salir desde que no está Arregi.

Entonces ella se para en la puerta.

No hace falta ni hablar.

—Mendia, te he dicho que no, joder. Y te recuerdo que tenemos tres muertos sobre la mesa y una niña de cuatro años desaparecida —dice Iñaki Espionosa.

—Por eso mismo. Sabes que Arregi es el mejor. Esta unidad especial es él. ¿Cuánto tiempo más vamos a fingir que no es así? Ibarra es buena, no digo que no. Pero no va a ser Arregi nunca, por

mucho que te empeñes. —Mendia hace una pausa, deja que su mensaje cale en el viejo inspector—. Y en el fondo lo sabes.

Espinosa deambula alrededor de la mesa de las mil marcas. Como un animal herido. Mataría por un cigarrillo en ese momento. Pero Mendia no es Arregi, con ella no va a transgredir tanto las normas.

—Maialen —Espinosa la llama por su nombre, algo inusual en él —, sabes que esa no es la cuestión. El problema no es Arregi, es Salvador. Es un hombre que lo ha perdido todo de la forma más cruel y, por si hace falta decirlo, es mi amigo. No podemos obligarle a volver aquí, a revivir su dolor. —Calla para enfatizar el golpe—. No es humano pedirle algo así.

Espinosa se ha dado cuenta de algo más profundo. Salvador Arregi no es solo un amigo, es su mejor amigo, muy probablemente.

—Yo opino diferente, Iñaki. —Mendia acepta hablarlo fuera del formalismo de la DIC—. Yo creo que volver es lo único que puede salvarle. Y mira esto, joder.

Maialen Mendia tira sobre la mesa la foto del espejo del matrimonio Echevarría.

—Yo creo que lo justo es al menos darle la opción de decidir a él. Déjame ir a verle, al menos. A enseñarle esto. Y que él decida. No nos va a perdonar que se lo ocultemos…

Iñaki Espionsa mira la imagen sobre la mesa. Después a Mendia. Tenía razón cuando se lo dijo a Marije, tiempo atrás: «Qué terca es, cómo me recuerda a la niña…». No sabe si por estar viendo en ella a su hija, pero sus defensas caen.

En el fondo, es tan sencillo como reconocer que tiene razón.

—Vete a hablar con él si lo consideras, Mendia. Pero prométeme que no le vas a presionar. Le presentas el caso, y que él decida si se ve con fuerzas. Evidentemente, si quiere volver, este lugar es suyo. Pero ya sabes en qué infierno está metido. Salvador Arregi ya no es el hombre que conocimos. Y posiblemente no vuelva a serlo — Espinosa pronuncia esas palabras con dolor, es la primera vez que se

permite ser sincero consigo mismo sobre ello, y lo hace en voz alta —. Tenlo en cuenta. Es lo único que te pido. Ten cuidado de no romperle más.

8

La humedad es tan intensa que la madera jamás llega a secarse.

El tronco no está verde, pero tampoco seco, lo que provoca que el hacha resbale y vibre con el impacto. Se ve obligado a repetir los golpes. El antebrazo le tiembla y las ampollas de la mano derecha revientan. Es justo el dolor físico que busca: aquel que sepulta al otro. Empuña con más fuerza. La sangre impregna el mango. Nada de guantes. Lanza el golpe con más rabia que los anteriores, pero no impacta bien, el tronco vuelve a girar y el hacha está cerca de incrustársele en la tibia.

Solo entonces Salvador Arregi se detiene entre jadeos.

Piensa en ellas. Un segundo de dolor inabarcable. Por eso no quiere parar nunca. El cuerpo ocupado y la mente vacía, eso necesita.

Vuelve a percutir con el hacha hasta que el trozo de tronco se parte por la mitad. Era el último.

Carga todos los tacos en la carretilla y la empuja hasta la casa. No la mete dentro aún. Primero va a correr unos cuantos kilómetros.

La valla oxidada del jardín chirría cuando sale. Empuja el ritmo de carrera desde el principio. Justo en el umbral de lo molesto, pero que le permita sostener el esfuerzo lo suficiente. Recorre el mismo camino de cada día, exactamente el mismo. Un sendero estrecho y embarrado, con huellas que tardan días en borrarse. El sonido constante del agua debe llegar de un regato cercano que nunca llega a ver, porque tampoco lo busca. No quiere fundirse con el entorno natural que le rodea ni encontrar una paz placentera. Solo quiere correr y desgastarse, nada más.

Cuando regresa, el perro está ladrando desde lo lejos. Su reloj interno es preciso. Mucho más que el de la pared de… Salvador Arregi no puede evitar pensar en La Caja. Aunque pone todo de su parte por no revivir nada del pasado, a veces los recuerdos le atraviesan la mente sin preguntar, como una flecha lanzada a traición. Y entonces, inevitablemente, todo le lleva al mismo punto. Anna y Astrid. Sus chicas. Su dolor inabarcable. Su culpa.

Se mete en la ducha y deja el agua fría correr. En pleno invierno y en el corazón de Arratia, suele ser suficiente para no pensar. El cuerpo en modo supervivencia constante es precisamente lo que le ha permitido eso justo, sobrevivir.

Solo hay una cosa peor que ver morir a tu mujer y a tu hija, solo una. Saber que parte de la culpa es tuya. De eso no se escapa. Solo te queda dejarte ir y desaparecer, salvo que seas tan duro como para mantenerte muerto en vida. Justo tan duro como es él.

Estar muerto en vida es un castigo mucho peor que morir. De eso Salvador no tiene duda. Por eso se esmera en cumplir con su condena en su exilio particular.

Sale de la ducha y no termina de secarse del todo, como los troncos, como todo lo demás allí.

Enciende la chimenea. Tiene calefacción, pero nunca la utiliza. El fuego encendido con leña cortada con la propia sangre de las manos es mejor.

Es ahí donde pone a calentar el caldo de huesos y el café.

Es lo único que va a tomar por ahora.

No come demasiado. Solo lo justo. Bastante menos de lo necesario, dado el nivel de actividad física al que se somete a diario. Ya no es el papá gordito de Astrid. Ahora es otra cosa muy distinta. Un ser prácticamente inhabitable incluso para él mismo.

El caldo y el café apenas llevan un minuto en el fuego cuando se escuchan los golpes desde la puerta de entrada.

Salvador ni siquiera se termina de vestir. Acude al llamado con la energía oscura de quien vive en guerra consigo mismo.

El sonido se repite.

Y cuando se acerca, le parece oír algo dicho desde el otro lado.

«Arregi», cree haber escuchado.

Está ya junto a la madera de la puerta cerrada.

La voz vuelve al otro lado.

Y esta vez no hay dudas de lo que ha dicho.

«Salvador, ¿estás ahí?».

***

Maialen Mendia se adentra cada vez más en el corazón de Arratia. Es algo que puede palparse con nitidez. El mundo deformándose en otra cosa, ni peor ni mejor, solo diferente.

El asfalto cada vez más estrecho, perdiendo la batalla contra lo natural. La señalización escasa. Una gasolinera más pequeña que la anterior, pero mayor que la siguiente. Pueblos que parecen dormidos incluso a mediodía. Un perro que cruza libre y despreocupado por la carretera. Sin prisa ni dueños. Como todo lo demás ahí.

Puede entender que Salvador Arregi se esconda en un lugar como ese.

Le parece casi un milagro que siga vivo tras lo que pasó. Pero ella lo sabe, aunque los demás, o incluso Espinosa, no se den cuenta; Salvador Arregi no va a aguantar mucho más ahí. Tarde o temprano, su mente terminará por ceder.

Sabe que lo único que puede salvar a Salvador es Arregi. Y Arregi está enterrado. Salvo que ella consiga sacarle de ese agujero.

La radio termina de perder la cobertura y solo emite un chisporroteo molesto. Tampoco la estaba escuchando, así es que baja el volumen y se deja atrapar, tanto por el silencio abstracto que rodea las montañas como por la niebla resistente. Esa que hace que la luz salga sucia, teñida de gris filtrado. Esa que hace que el parabrisas de su coche se empañe.

Ya está llegando. Aunque el GPS cada vez emite peor señal.

Pero no le hace falta. Siente que podrá llegar a destino casi de forma natural.

Y lo sabe porque le aterra hacerlo.

Ha ensayado muchas veces cómo va a hablarle. En la mente propia todo se sostiene, y uno hace los mejores discursos. Pero cuando se está en el cara a cara, la cosa cambia.

El GPS aguanta con increíble resiliencia y le indica el lugar exacto. Descubre en ese momento que en realidad prefería perderse, tener una excusa para postergarlo, aunque fuese solo unos minutos más.

Pero no.

Esa casa le mira fijamente.

No tiene claro si denominarlo caserío, pues, a comparación con el resto, parece el hermano pequeño y feo. La piedra de la fachada está oscurecida. Las tejas del tejado son irregulares y están llenas de moho.

Maialen Mendia lo observa ya fuera del coche, pero sin acercarse aún. Un ladrido de un perro llega desde algún punto que no queda claro si es cerca o lejos. Los pasos recorridos hacia la casa son al compás de los ladridos, incesantes, como si olfateasen peligro. La valla que recubre parte del jardín está oxidada, y no es un elemento de seguridad al uso.

Mendia se toma la licencia de abrirla. Empujando y haciendo chirriar al hierro corroído.

Cerca de la entrada a la casa hay apilados montones de trozos de madera ya cortada. Y frente a la misma puerta, una carretilla vacía, con astillas sobrantes.

Ya está. No puede aplazarlo más. Ella ha querido ir. No hay vuelta atrás.

Llama golpeando la puerta de madera. No hay timbre. No es una casa que espere visitas, eso está claro.

—Arregi —dice antes de volver a llamar.

Intenta no pensar demasiado. Solo actuar.

Llama otra vez.

—Salvador, ¿estás ahí? —vuelve a decir, esta vez más alto.

Entonces la puerta se abre.

Verle es tan devastador como imaginaba. Mendia se había preparado para ello, pero por mucho que uno proyecte, hasta que los ojos no ven, el golpe no es crudo.

Arregi está sin camiseta a pesar del frío helador. Tiene el pelo algo húmedo, igual que la barba, frondosa y descuidada. Pero lo que realmente impacta a Maialen es su torso: la piel parece pegada a los músculos. Está cincelado, quizá demasiado; ha perdido mucho peso y las ojeras profundizan sus pómulos huesudos.

Ella ha ido a por Arregi, pero primero debe lidiar con Salvador. Con el dolor del padre de familia caído en desgracia. Con un agujero negro que ha engullido todo lo demás.

Mendia sonríe tímidamente, aunque no hay nada por lo que hacerlo. Es un gesto nervioso, instintivo.

—No deberías estar aquí —dice Arregi.

Solo eso, nada más. Las palabras secas, casi cortantes. Afiladas como todo él.

—Tú tampoco deberías estar aquí. Eso es lo que me hace a mí tener que venir —contesta Mendia.

La réplica ha llegado más rápido de lo que ella hubiese pensado. Se daba por bloqueada ante la presencia devastada pero todavía magnética de Salvador Arregi.

—¿Te manda Espinosa?

—No. No me manda nadie. Más bien he tenido que convencerle yo a él para venir.

—Pues el viejo tenía razón. No tendrías que haber venido.

Ahora sí, Mendia no contesta. Los siguientes minutos solo hablan las miradas. Ella está tentada de apartarse de los ojos negros y fijos

de Salvador, que parecen poder permanecer así, sin pestañear, siglos enteros. Pero aguanta.

—Vamos, pasa dentro. Que se va todo el calor de la chimenea —dice por fin él.

Arregi la da la espalda y entra en la casa.

Mendia le sigue.

Dentro, la nada. Solo lo justo. La chimenea encendida. Olor a café y otra cosa que se calienta en la lumbre. No hay decoración alguna más allá de lo imprescindible. Una mesa de madera, dos sillas. Un sofá sin ningún cojín y una cocina empotrada en una de las paredes.

Arregi le ofrece sentarse en una de las sillas.

—¿Café? ¿Un poco de caldo? —pregunta él mientras se acerca a la chimenea y coge un jersey colgado junto a ella.

Caldo, ese era el otro olor, piensa Mendia. Es una mezcla extraña que se solapa sobre hedor a humedad vieja.

—Un café estaría bien. Gracias.

Arregi se pone el jersey y vuelve a la mesa con dos tazas. El café para ella, el caldo para él.

Deja que ella beba primero antes de hablar. Aunque teme que, al dejarla, le haga la pregunta que no quiere escuchar. Nada de «cómo estás». Eso no.

—No voy a volver, Mendia —Arregi se adelanta como medida de prevención.

—Escucha, Salvador, sé que lo que has pasado… —Mendia corta la frase de cuajo.

Salvador Arregi ha gritado con una mirada.

—Vale, escucha —ella reconduce—. ¿Hasta cuándo piensas quedarte aquí? —Mira a su alrededor.

—Sé que no es un lujo precisamente. Una herencia de mi abuelo. Llevaba años abandonado. Es justo lo que necesito. Era esto o

seguir en el centro psiquiátrico. Prefiero esto.

—Tenemos un caso, Arregi. Es algo… Es algo sin explicación aparente. Uno de esos casos imposibles, que en realidad casi nunca lo son. Pero para que no lo sea, te necesitamos. Y tú necesitas salir de aquí.

Salvador Arregi bebe un trago de caldo caliente. Espira fuerte.

—Mendia, mírame. —Arregi inclina levemente la cabeza, para tener que levantar un poco la mirada—. No voy a volver. Arregi ya no existe. Estoy aquí, pero ya no estoy.

—Hay una niña desaparecida. Una niña pequeña. Han asesinado a toda su familia y se la han llevado —Mendia lo suelta sin más.

Es un misil directo. Uno de destrucción masiva. Pero en ambas direcciones.

Maialen Mendia siente el dolor que producen sus palabras en el hombre al que intenta ayudar. Como si para sacarle del pozo en el que se ahoga tuviese que romperle primero todos los huesos del cuerpo y oírle gritar.

—Estoy seguro de que vais a hacer un gran trabajo. Pero yo ya no puedo volver, Maialen.

Arregi no solía llamarla por su nombre nunca. Maialen ya imaginaba que la conversación no sería sencilla. Pero si ha ido, era porque tenía un motivo de peso suficiente. Y porque cree conocer al policía, e incluso al hombre que tiene delante. Y ambos merecen saberlo.

Mendia saca la foto y la deja sobre la mesa.

—Es del caso que te he mencionado. De la casa de los Echevarría. En el espejo del dormitorio principal. Por eso estoy aquí, Arregi.

La expresión de Salvador cambia al instante. En sus ojos se prende un fuego que creía extinguido.

Lo que ve en la imagen, trazado sobre el cristal, es un triángulo azul incompleto en uno de sus vértices.

9

Día 2

15:58

Espinosa da un trago a un café que le sabe más amargo de lo normal. Observa la pantalla de Aitor Lasa, que ofrece explicaciones mientras teclea.

Helena Ibarra los escucha desde la zona de pizarras; analiza las claves expuestas en la primera de ellas. Por lo que le han contado, antes no había más, pero el caso de La Bruma obligó a añadir una segunda que se quedó allí, como una cicatriz de grafito, desde entonces. Nunca duda demasiado sobre ello, sabe que ese caso tiene algo de tabú en la Brigada de Investigación Criminal de la Ertzaintza, en la DIC. Y, sobre todo, que, si ella está en el equipo, es en gran medida por el desenlace de ese caso maldito; lo que siente que le da menos derecho aún a preguntar.

—Como te digo, son muchas matrículas registradas solo en la subida y bajada a Artxanda, y eso que la franja horaria no es hora punta ni mucho menos. Solo cogiendo de 22:00 a 02:00. Lo suyo sería ampliar aún más. Y después ir tirando días hacia detrás y comprobar posibles repeticiones de esas matrículas a ver si vamos cercando poco a poco alguna que sea sospechosa. Va a llevar tiempo… —dice Lasa.

Son las 16:01. La puerta de La Caja se abre y Mendia llega a la reunión de equipo un minuto tarde. Espinosa levanta la mirada del portátil de Lasa y la ve entrar. Sus miradas se cruzan un instante. Es

algo casi imperceptible, puede que irreal. Solo intuición vieja. Pero un parpadeo después, él aparece en el umbral.

Aunque inconfundible, parece otro hombre. Está más delgado; la barba, antes de tres días, es ahora larga y espesa. Viste de negro riguroso. Ninguno de ellos sabe que no es un luto premeditado, sino algo más profundo, enraizado en su nuevo estado vital. Es la bruma que lo volvió todo oscuridad; el negro hondo que tiñó su mundo y que ahora se refleja en su ropa y en su piel.

Salvador Arregi acaba de entrar en La Caja.

De pronto, todo parece haberse congelado. El antiguo líder de ese lugar está ahí, de pie junto a la puerta. Aitor Lasa le mira por encima de su portátil. Espinosa se ha incorporado. Helena Ibarra está junto a las pizarras que hace no tanto eran de Arregi, en perfecta simbología de la sustitución, de la vida que no espera a nada ni a nadie. Desde ahí, ve por primera vez a ese hombre que para ella es casi un mito.

Maialen Mendia es la única que se mueve con naturalidad dentro de ese cuadro congelado, jugando con la ventaja de ya haber tirado su muro antes. Se sienta en su sitio y, como siempre, deja el abrigo tirado en la quinta silla vacía, aunque va a tener que buscarse otro sitio desde ese mismo momento. Porque Salvador Arregi avanza hasta la que va a ser su nueva posición. Pero no se sienta. Se queda de pie, capturando todas las miradas que se abalanzan sobre él sin saber bien cómo atacar.

Es evidente que nadie sabe cómo hablarle. En categoría de qué dirigirse a él. Y no solo por la jerarquía policial. Ni mucho menos solo por eso.

—Mendia me ha puesto al día con los detalles del caso mientras veníamos. Creo que ya tengo un mapa mental de lo que tenéis hasta ahora. Lo digo por ahorrarnos tiempo. Hay una niña desaparecida y esa es la prioridad. No hace falta que diga que, en un caso así, cada hora que pasa es un poco más de porcentaje que se desangra. —Arregi aparta el abrigo de Mendia y lo deja con cuidado sobre la mesa, y después se sienta en su silla, que ahora es la quinta—. Así

que, no penséis tanto en cómo tenéis que dirigiros a mí y en si tenéis que preguntar qué tal va todo y esas cosas. Mal, las cosas me van mal. Pero no he venido aquí a hablar. Solo me importa la niña.

Salvador Arregi dice eso, pero es incapaz de apartar el triángulo azul del espejo; se le clava en el cerebro, corroído por el dolor y el odio, una y otra vez.

La Caja respira lento, marcando su propio ritmo. Con los silencios marcando el pulso de su universo propio.

Arregi mira a la pizarra. Después a Espinosa.

Y Espinosa rebota la mirada hacia Ibarra. Le hace un gesto mínimo y esta se mueve hacia su silla.

Ya están todos alrededor de la mesa de las mil marcas.

Espinosa sale al frente.

La reunión de equipo empieza.

—Arregi. Este sitio es tuyo. Siempre lo ha sido, y lo sabes. Solo tienes que decir que estás listo y yo volveré al mío —dice Espinosa.

Arregi niega con la cabeza y comparte una mirada con el que era su subinspector, su mano derecha.

Espinosa parece resistirse un poco más de la cuenta. Tarda en volver a hablar.

—Lasa, al estrado —dice al fin.

Lasa se levanta y sale junto a las pizarras. Intenta no mirar fijamente a Arregi, aunque le cuesta. Su presencia repentina tiene un poder hipnótico del que no se puede escapar.

—Estamos rastreando todas las cámaras de los alrededores. Pero ya se lo he explicado antes a Espinosa, va a ser lento. Aunque las horas de la madrugada en las que fue el crimen son un momento de tráfico mucho más bajo, siguen siendo cientos de vehículos si cogemos las horas previas. Y es muy probable que el acceso en coche de un posible intruso fuese antes. Así que tenemos que ampliar el abanico. Tenemos que comparar con días previos e ir sacando patrones.

Lasa hace una pausa, mira a Arregi más de lo que le gustaría.

—Por otro lado, los técnicos nos dicen que la alarma fue desactivada con el código correcto a las ocho y treinta y cinco minutos de la tarde. Y también una vez más al mediodía, a las trece y doce. Lo cual no nos dice gran cosa más allá de lo más importante: la alarma tampoco fue forzada. Ni puerta, ni alarma. Las ventanas tampoco tienen signos de forzado. Y estaban cerradas desde dentro cuando se encontraron los cadáveres.

—Así que tenemos una casa cerrada, sin forzar. La familia masacrada dentro y la hija pequeña extraída. Como por un fantasma. —Es Ibarra la primera en replicar.

—En cristiano —Lasa parafrasea la famosa coletilla de Espinosa —, sí. Eso es lo que tenemos.

—¿Opción de que alguien de los que estaba dentro lo hiciese? —vuelve a preguntar Ibarra.

—Por los informes que tenemos de Altuna, no. Al menos no es compatible con que ninguna de las tres víctimas se quitase la vida. Así que, al menos, tuvo que haber una mano ejecutora extra.

Lasa mira a Espinosa. Ha concluido.

El inspector jefe le ordena con un gesto bajar del estrado particular de La Caja.

—Es la niña —Arregi lo suelta sin más.

Todos lo miran. Y esta vez no es tan incómodo que lo hagan.

—La clave es la niña. Quien ha entrado a esa casa iba a por ella. El resto es ruido. Es el triángulo azul. Es Sísifo. Han ido a por la niña.

Las palabras han salido con tal entereza, que resuenan aterradoras por quien las pronuncia, por lo que significan.

—¿Quieres salir a la pizarra? —pregunta Espinosa con todo el tacto que la situación permite, que es poco.

—No —contesta el vuelto a la vida—. No hace falta. Pero la clave está en la niña. Aunque investigaría el entorno del padre. Historial médico de la niña en especial, y del resto de la familia en general. Ya

sabemos cómo… —Arregi se para, toda fortaleza tiene límites—. Ya sabemos cómo opera esa fundación.

Iñaki Espinosa tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura. Por seguir la línea procedimental de la reunión cuando escucha a Salvador Arregi hablar sobre eso. Pero lo sabe, a Arregi pocas cosas le sentarían peor que la compasión por su parte. Sabe que puede perderle si le muestra una mínima rendija.

—Sí, ya estamos buceando en el entorno familiar. Activamos también historiales médicos. Lasa e Ibarra, tomad nota —añade Espinosa.

El inspector jefe se gira hacia la pizarra, más para evitar la mirada de Arregi que para escribir. Aunque sí apunta algo junto a los nombres de la familia:

HISTORIAL MÉDICO

Espinosa respira tres veces antes de volver a girarse. Rehúye la mirada de Arregi. Y habla.

—Vale. Aquí hay otra cosa clara. El que entró lo hizo con la llave y el código de la alarma. No parece haber otra opción plausible. Sabemos que la vecina de al lado tenía una llave, porque se la entregó a los agentes de la primera patrulla para que accediesen al interior de la casa. Según su versión, Iñigo Echevarría se la había dejado pocas horas antes, ya que ese fin de semana la familia se iba fuera, y viajaban por la noche. Era una práctica habitual, según ella. Vamos a interrogarla hoy. Está citada en estas dependencias a las 18:00.

—Hemos analizado la copia de la llave de la vecina —interrumpe Lasa—. Y no parece tener muescas de haber sido copiada. Aunque no es algo que se pueda afirmar con exactitud.

Espinosa asiente. Y sigue.

—Ibarra, al estrado.

Helena Ibarra se aprieta el pelo del moño y se levanta, en ese orden. Sale junto a las pizarras. Mira al frente, pero su mirada se posa primero en Arregi, y ahí, ambos chocan un segundo. Como pasado, presente y futuro friccionando ajenos a las circunstancias, al dolor y todo lo demás. Justo lo que nos ha traído hasta aquí. Lo que nos ha hecho avanzar.

—Mercedes Irazabal. Setenta y nueve años. Enviudó hace diez. Tiene dos hijos y una hija. Vive en esa casa de Artxanda desde que se casó hace cincuenta y cuatro años. No conduce, por lo que no sale demasiado. Los miércoles y viernes tiene club de parchís y baja a Bilbao. Poco más que reseñar por ahora. Estamos investigando más a fondo a los hijos. Pero es la vecina ideal. Está casi siempre, pero molesta poco o nada. —Ibarra hace una pausa—. La vecina a la que le dejarías las llaves cuando te vas de vacaciones. Se supone que ese viernes salió del club de parchís a las siete. Llegaría a casa algo antes de las ocho. Ella declaró que las llaves fueron entregadas horas antes de que llamase a la policía. No especificó hora exacta, pero podemos calcular que fue más de las ocho de la tarde. Encaja con su versión y podría estar en casa. —Ibarra mira a Espinosa—. Nada más. No tengo ningún anzuelo que darte para el interrogatorio.

Helena Ibarra vuelve a su sitio.

Espinosa repasa y reordena las acciones de cada uno para el marco de las próximas horas de investigación.

Cuando la reunión se da por concluida y todos empiezan a moverse, Arregi se queda quieto. Espera hasta poder abordar a Espinosa.

El viejo ya estaba esperándole.

—¿Con quién vas al interrogatorio? ¿Mendia?

—Sí —contesta Espinosa.

—Buena elección.

—Solo hago lo que ya funcionaba.

Arregi pasea por La Caja. Su fortaleza de tiempos mejores. Pasa junto al reloj de pared que siempre da la hora equivocada. Y junto al mapa de Bilbao con mil chinchetas y anotaciones de casos anteriores. Casi acaricia las pizarras. Esas en las que escribió «La Bruma», y «¿Por qué Bilbao?». Esas pizarras.

—Quiero estar, Espinosa. En el interrogatorio. ¿Cómo lo ves?

Espinosa se acerca hasta él. Mira alrededor, como si necesitase comprobar que el resto se ha ido ya. Y saca un cigarrillo.

—Te he echado de menos —dice antes de encenderlo.

Arregi le hace un gesto que pide uno.

Espinosa está a punto de decir un «¿no lo habías dejado?» que hubiese sido demasiado torpe. Pero todavía le quedan reflejos. Saca un segundo cigarrillo y enciende ambos.

Dos hombres encargados de erradicar el mal fuman donde está prohibido.

—¿Qué crees que es mejor, tú y yo, o Mendia y tú? —pregunta Espinosa.

Arregi da una calada larga. Suelta el humo sin dejar de mirar la pizarra en ningún lado.

—Mendia y yo —dice.

Habla como un muerto. A Espinosa no le queda ninguna duda sobre eso. Ese hombre no es Salvador Arregi. Pero sigue siendo un hombre al que no le negaría nada.

—Está hecho entonces. Mendia y tú.

Iñaki Espinosa funde medio cigarrillo de una calada.

—Aunque primero tengo que ir donde Garmendia a comentarle lo de tu vuelta. No creo que ponga pegas. Ya tenía todo lo tuyo bien atado desde el principio. —El humo del medio cigarro sale expulsado como una llamarada—. Ese cabrón siempre sabe calcular daños y tener el terreno preparado. Hace mucho tiempo que es más un político que un comisario.

Arregi casi ni escucha a Espinosa, aunque finja hacerlo.
En su mente solo existe el triángulo azul.

10

Día 2

17:59

—La señora Irazabal ya está dentro esperando —dice el agente al verlos llegar.

Están frente a la puerta de la sala de interrogatorios 2.

Arregi intenta no mirar a la siguiente puerta, solo separada por unos pocos metros. La sala de interrogatorios 3. El principio del fin. El origen de su trauma.

Por dentro, la sala es idéntica a la 2 y la 1, pero para Arregi es algo muy distinto. Cada centímetro de esa sala está pintado de su dolor. Algo invisible para el resto, pero cegador para él.

Mendia le lanza una mirada antes de abrir la puerta. Él entiende lo que le está preguntando.

—Tú eres el uno, Mendia. Ahora las cosas son así —dice Arregi.

Entonces ella abre la puerta, y ambos entran.

Mercedes Irazabal ocupa el asiento de los sospechosos. Parece la persona más fuera de lugar que jamás haya pisado esa sala. Mendia sugirió interrogarla en su domicilio, pero Espinosa se impuso. Por algún motivo, quería que la mujer sintiera la presión de declarar entre aquellas paredes frías.

Espinosa sospecha de ella. Mendia no. Y en medio, ahora está Arregi, y nadie puede saber qué piensa o siente él.

Mendia lidera el interrogatorio. Es el uno. Arregi se queda a rebufo. Así que ella empieza a hablar.

Presentaciones oficiales. Cordialidad extrema. Un punto incluso de ternura hacia la señora, visiblemente impresionada por el entorno. Primeras preguntas. Arregi en silencio perpetuo, mira casi sin pestañear a la interrogada. Hace respiraciones largas y pesadas. Lleva así varios minutos.

—Así que sobre las 20:00 y las 21:00 le entregaron las llaves. De acuerdo.

Mendia anota.

—Entonces tenía también el código de la alarma. El señor Echevarría se lo apuntó en un papel. Lo hace cada vez. Entiendo.

Apunta.

—Volvió de jugar al parchís desde Bilbao esa tarde. No observó nada raro en ningún momento.

Apunta. Pregunta. Apunta. Arregi inmóvil.

Mendia pregunta y pregunta. Pero incluso ella está incómoda con la actitud de Arregi. No puede evitar un pensamiento traicionero que se le cuela para susurrarle que tal vez se ha equivocado yendo a por él.

Peleando contra esa disyuntiva fatal, Mendia tarda algo más en volver a preguntar.

Y es en el momento en el que Arregi habla por primera vez.

—Mire, señora Irazabal, le voy a resumir la situación, porque creo que no es consciente de la gravedad de su posición. Es usted la única que tenía acceso a una vivienda que no muestra ninguna prueba de haber sido forzada. Tenía llaves y código de la alarma. Es la última en tener contacto con los asesinados. Y contesta con demasiada ligereza. Va a tener que hacer memoria mejor. Es una persona mayor, sí, lo sé, la memoria, de acuerdo. Pero hay tres personas masacradas y una niña desaparecida. —Arregi se inclina hacia la anciana casi apoyándose en la mesa—. Es usted una persona muy activa para su edad. No tiene servicio interno en casa y hasta va a la ciudad. Haga memoria. ¿A qué hora le entregó Iñigo Echevarría las llaves? Necesitamos acotar mucho más ese rango.

Mercedes Irazabal busca ayuda en la mirada de Mendia. Y después se encuentra de nuevo con los ojos inexpresivos de su compañero, que siguen sin separarse de ella.

Ese hombre le da miedo.

—Ya les he dicho que… Debían ser algo más de las ocho. No comprobé la hora. ¿Por qué iba a saber la hora exacta?

—¿Más cerca de las ocho o de las nueve, señora? —Arregi insiste con el mismo tono áspero.

—Pues, yo… veamos… volví de jugar a parchís. Cogí el autobús de las siete y cuarto. Supongo que… que llegaría a casa algo más tarde de las siete y media. Sí recuerdo que le di de comer a Susana, mi gata, y después me metí en la ducha. Siempre lo hago cuando vuelvo de jugar. Más tarde preparé la cena y un bizcocho para la nena. —Mercedes se para—. Ay, mi pobre niña… cómo han podido… mi nena…

Arregi mira imperturbable a la señora Irazabal. Espera a que se rehaga sin pestañear. Sin aflojar lo más mínimo su pose.

—¿Preparó un bizcocho para Nahia Echevarría? —pregunta para forzarla a seguir.

—Sí. De limón. Una receta rápida. Pero que le gusta mucho. Sabía que se iban de viaje. La nena iría dormida, pero para cuando se despertase. Preparé el bizcocho mientras hacía la cena. Acababa de terminarlo no hacía mucho cuando Iñigo tocó al timbre para dejarme las llaves. —Mercedes Irazabal baja la mirada a la mesa unos segundos—. Más cerca de las ocho. Supongo que me dejaron las llaves más cerca de las ocho. Acababan de llegar no hacía mucho. Escuché el coche de él, de Iñigo, conozco bien su sonido.

—¿Así que más cerca de las ocho que de las nueve? ¿Está segura? Esa es su respuesta. —Arregi lanza más un anzuelo que una pregunta.

Mendia se mueve en la silla. No encuentra postura.

—Sí —contesta la interrogada.

—Sin embargo —Arregi eleva el tono, nada exagerado, pero contundente—, la alarma de la casa fue desconectada con el código correcto a las ocho y treinta y cinco de la tarde. Si damos por bueno que fue la familia quien la desconectó al llegar a casa, y después Iñigo Echevarría le entregó las llaves, entonces tuvo que ser forzosamente más cerca de las nueve, y eso si se las entregaron rápido. A no ser que usted tuviese las llaves desde antes, y no fuesen ellos quienes desconectasen la alarma a las ocho y treinta y cinco. ¿Me sigue, señora Irazabal? Usted tenía acceso, llaves y código. Y una incongruencia en la declaración.

—No… no le he entendido bien. Me estoy agobiando un poco… Yo… Cómo van a sugerir que yo tuve nada que ver con esto… yo…

A Mercedes Irazabal le tiemblan las manos.

—Nadie dice que usted tenga que ver, señora. —Mendia vuelve a entrar—. Lo que mi compañero intenta transmitirle es la importancia de cada detalle. Tranquilícese, tómese su tiempo. Si necesita cualquier cosa, solo tiene que pedirlo. Lo que sea.

Mercedes Irazabal se mira las manos. Parece intentar calmarse al compás de la intensidad de ese temblor.

—Yo solo quiero ayudar. Para que encuentren al menos a la nena. Mi angelito… —Eso lo dice mirando a Mendia, lo siguiente va a ser para Arregi—. Ya he dicho que no sé qué hora era. Podría ser a las ocho y cuarenta. He dicho que oí llegar el coche. Y poco después me trajeron la llave. Yo le di el bizcocho de limón a Iñigo. Y eso fue todo. La última vez que lo vi. Yo no podía estar antes aquí, pueden preguntar en el club de parchís. Pobre hombre… cómo han podido hacerles eso…

Mercedes Irazabal está llorando como una niña.

Mendia se levanta y se acerca a ella. Intenta consolarla.

—¿Vio algo raro? Haga memoria, señora. ¿Algo extraño ese día, desde que llegó del parchís hasta que llamó a la policía? Lo que sea. ¿Y los días previos?

Mercedes Irazabal sigue llorando. Mendia se ha agachado a su lado e intenta calmarla, pero no hay manera. Mira a Arregi de reojo. Pero no encuentra conexión con él.

—Algo raro, señora. Lo que sea. Cualquier mínimo detalle fuera de lugar. Aunque crea que es una tontería. Algo. Sé que tiene que haber algo. Denos algo. —Arregi sigue apretando.

—Creo que vamos a dar por concluido el interrogatorio por ahora —dice Mendia—. Puede que volvamos a llamarla después, y lo mismo vale para usted, señora, si recuerda cualquier cosa, solo tiene que llamar, ¿de acuerdo?

Mercedes Irazabal asiente entre estertores de lágrimas y mira a Mendia.

Ninguna de las dos ha visto que Arregi se ha levantado de su silla.

Su voz suena junto a ellas de repente.

—Algo, señora Irazabal. Escúcheme. Es el segundo día desde la desaparición. O nos da algo aquí y ahora o la niña está muerta. La niña va a morir, señora. La niña muere si no nos da algo más. ¡Muere!

Maialen Mendia se levanta como un resorte y hace a un lado a Arregi. Le grita en silencio con los ojos muy abiertos.

—La niña muere aquí, hoy, en los próximos tres minutos, señora Irazabal. Todo depende de usted.

Arregi habla mientras se pierde en los ojos encendidos de Mendia, que lo empuja hacia la salida.

Tras ellos, Mercedes Irazabal vuelve al llanto, nervioso y descontrolado esta vez.

—Dos minutos —insiste Arregi desde el umbral.

—El interrogatorio ha concluido —sentencia Mendia.

—Es una tontería, pero… —La voz de Mercedes Irazabal llega como un hilo fino a punto de partirse—. Pero no sé… Quién sabe… Los viernes siempre me entregan el pedido del supermercado. Me

gusta hacerlo ese día para no tener que moverme el fin de semana si no quiero. Siempre me traen el pedido gordo cada dos viernes. Es una tontería… insisto… No sé…

Arregi ya no habla.

Es Mendia quien lo dice.

—No importa, señora. Cualquier cosa. Nunca se sabe cuándo puede haber algo.

—Pues… la cuestión es que el camión siempre aparca en el mismo sitio. No es un aparcamiento en sí. Es junto a un pequeño muro. Era un coche normal. Solo me fijé porque no suele aparcar nadie ahí y es el sitio donde para el camión que me trae el pedido. Pensé que les iba a molestar para entregármelo. Es… una tontería. Pero es lo único fuera de lo normal que recuerdo.

Arregi mira a Mendia.

Es ella quien pregunta.

—¿Podría decirnos como era ese coche, señora Irazabal?

11

El Arquitecto

Conseguir el acceso total a una vivienda es sencillo, pero sencillo no es lo mismo que fácil. Hace falta paciencia, constancia y trabajo duro si se busca un resultado impecable. Limpio de verdad. Minimizando el rastro hasta hacerlo invisible.

Él conoce bien esa lección tras años perfeccionando su método. Como cualquiera que se entregue en cuerpo y alma a una tarea, en los comienzos exploró vías más complejas, más sofisticadas. Y la experiencia fue moldeando el camino, hasta llegar a un punto de simplicidad que solo encuentra el verdadero maestro.

El Arquitecto se pierde en su mundo interior mientras conduce.

El cartel azul en lo alto le arranca parte de su atención.

BILBAO – 18 KM.

Ya está llegando a su nuevo destino.

Nunca más de un año en cada lugar. Todo depende del volumen de casas a las que logre acceso. Pero la rotación es indispensable cuando se quiere ser una sombra. Sin embargo, un año es su límite. Siempre debe haber uno.

Bilbao no le apetece especialmente; es terreno virgen. Por algún motivo no había trabajado allí todavía, y ese hecho bastaba como excusa para postergar la visita. Sin embargo, las plazas nuevas tienen sus ventajas. Durante los próximos meses piensa intensificar el ritmo y exprimir la ciudad. Necesita volumen.

Ya está rondando las afueras de la ciudad. No piensa meterse más. Zonas apartadas, sin glamur ni focos. Gris aburrido. Esa es su

paleta de colores. Ahí es donde se va a mover para buscar el primer hostal. Nunca con reserva previa. Siempre sitios donde no sea necesaria.

Si los próximos meses van bien, va a poder permitirse hoteles caros durante mucho tiempo. Aunque no está seguro de quererlo. Le encanta su vida tal como es. Hace algo que se le da bien y sale indemne de ello. Eso llena su ego. Y calma una sed que no es de agua. Suficiente.

Para las seis de la tarde ya está instalado en su nuevo cuchitril.

Podría empezar hoy mismo, pero lo óptimo es esperar. Se desplazará hasta el centro de la ciudad para hacer turismo a su manera. Se entremezclará con sus gentes y se fundirá con el ruido de la normalidad. Y al día siguiente empezará a violarla en silencio.

Es viernes, y no es casualidad que llegue ese día. Consulta el tiempo que hará el fin de semana. Eso es importante. El fin de semana siempre es territorio de caza mayor si el tiempo acompaña.

Sábado 22 de junio. 18 grados mínima, 29 grados máxima. Despejado. Soleado.

Perfecto para la opción playa.

Sí, mañana empezará.

Sábado 22, junio

Son las seis de la mañana. El Arquitecto lleva hora y media leyendo en la silla de su habitación. Siempre que puede empieza el día así.

Para entender el mundo y el engranaje mental de los demás, es necesario explorarlos desde todos los ángulos. Leer es la forma más eficiente de lograrlo.

Sencillez y constancia; no hace falta nada más.

Hoy puede permitirse estar ahí otras cuantas horas. No tiene prisa, va a esperar a que sea hora punta en la playa. Ha elegido la

de Muskiz. El aparcamiento es enorme. Y, además, su estructura de grandes rectas le facilita el trabajo. Es la opción ideal.

Es la una del mediodía. Los aparcamientos son tal y como se veían en las fotos satélites. Largas rectas en los secundarios, los más alejados. La mejor opción.

Sonido de las sandalias que rebota en cada paso. Bañador, piel brillante embadurnada de crema, gafas de sol y gorro. El Arquitecto es otro visitante más dispuesto a pasar unas horas en uno de los lugares más sobrevalorados de la historia: la playa.

Solo que él no va a pasar por ese desagradable trámite. Solo lo finge, se mimetiza con el entorno.

Ha elegido la hora de la comida porque estadísticamente es cuando menos gente pulula por los aparcamientos. Lo tiene comprobado. Se asegura de estar solo y empieza a probar las puertas. Un toque rápido, discreto, a la manilla. Y a la siguiente. Únicamente es cuestión de tiempo.

El porcentaje de gente que olvida cerrar el coche es mucho mayor de lo que se cree, y ahí está él para sacar rédito de un descuido tan mundano.

Un coche abierto no supone el caos en sí mismo. Salvo que se cumplan ciertos condicionantes. Entonces la cosa se puede complicar. Hay algunos lugares donde se tiende a dejar documentación y llaves dentro del propio vehículo. Claro que hay otros, como centros comerciales o gimnasios, por ejemplo. Pero la playa es de los favoritos. Eso El Arquitecto lo sabe bien. Y entonces, si da la casualidad de que te dejas por error el coche abierto, y él está ahí ese día y a esa hora, la cosa se complica.

Una pareja se acerca. El Arquitecto avanza unos cuantos metros sin tocar ninguna puerta. Se cruza con ellos y sigue como si nada. Una vez los ha perdido de vista vuelve a lo suyo. Manilla a manilla, con tranquilidad. Hay cientos de coches. Es raro que alguno no esté abierto. A veces pasa, y tampoco es ningún drama. Constancia, paciencia y trabajo, solo hace falta eso.

Clac.

Una manilla cede con suavidad y anuncia violines de victoria. Sobre todo, porque es una pieza de las gordas. Un Porche Cayenne de gama alta y equipado. Se mete dentro con naturalidad y cierra la puerta. Lo siguiente es inspeccionar con calma, pero con agilidad, el interior. La mirada intercalada entre lo de dentro y la luna delantera, para controlar el exterior. Cuando ya llevas tiempo, casi parece que puedes mirar a los dos sitios a la vez, como un camaleón.

Lo más probable es que no encuentre nada. De media, necesita cinco incursiones para hallar algo de valor, y unas cuantas más para lo que busca realmente: unas llaves y una dirección.

La guantera es la prioridad. La abre y memoriza la disposición de los objetos. Toma una foto con el móvil para que no exista margen de error. Los papeles del coche. Del seguro. Direcciones, pantallazos rápidos. Esta vez, además, hay una cartera. El DNI que hay dentro dice que pertenece a Leire Aramburu. Captura la dirección. Es la misma que la del seguro. Un matrimonio. Por el tipo de coche y posición económica, muy probable que con hijos.

Resopla varias veces fantaseando con el «perfecto». Y empieza a remover el resto de la guantera. Nada. Ahí no están. Levanta el compartimento central. Un teléfono móvil. No le interesa. Aunque toca la pantalla. Es el de Leire, seguro. Porque la foto del salvapantallas son sus dos hijos. No le sorprende. Pero tampoco deja de celebrarlo.

Esto se pone interesante, piensa mientras mira el resto de compartimentos, que, en un coche como ese, son muchos. Y en ninguno encuentra lo que busca.

Entonces desliza la mano izquierda hacia el cajón lateral de la puerta del conductor, justo al lado de su asiento. Mantiene la cabeza erguida, la mirada fija en el parabrisas, atento a cualquier figura que pudiera delatar la llegada del verdadero propietario del coche. Si eso hubiera ocurrido, el dueño habría alcanzado a ver la sombra de una sonrisa asomando en su rostro en el instante en que sus dedos

reconocen, por fin, el tacto frío y metálico en el interior del compartimento. Las llaves.

Llaves físicas simples.

Llaves de casa.

Un «perfecto».

Al final Bilbao no iba a estar tan mal, piensa antes de salir del coche con las llaves y las direcciones capturadas en su teléfono.

Se aleja con tranquilidad. A pasos normales. Al menos los primeros. Después llega el momento de correr.

El centro comercial más cercano es el Max Center. Hay tienda de copias allí, eso ya lo ha comprobado. Se sube en su coche y vuela. Calcula que, en ir, hacer las copias de las llaves y volver, tardará unos cuarenta minutos en total.

Si la playa es uno de sus lugares favoritos, es porque además de que la gente puede dejar dentro cosas como carteras y sobre todo llaves, lo normal es que estén allí unas cuantas horas.

Si además eliges horas propicias, es muy factible pensar que el coche seguirá en el mismo sitio treinta o cuarenta minutos después.

Al final han sido cuarenta y cinco minutos.

El Arquitecto regresa a la grava del aparcamiento. Solo existen dos escenarios: en el primero, la familia ha vuelto y el asunto está cerrado; se deshará de las copias y empezará de cero.

Pero también está la opción dos, que el coche siga en el mismo sitio, y la familia esté «disfrutando» de su día de playa. Y en este caso, las probabilidades juegan salvajemente de su lado.

Un guiño de ojo exagerado bajo sus gafas de sol. Victoria. El Cayenne sigue en su sitio. Solo queda un remate sencillo. Al llegar a su altura, comprueba que no viene nadie. Entonces vuelve a abrir la puerta y meterse dentro. Deja las llaves originales justo donde estaban, en el cajón lateral izquierdo. Revisa que cada elemento de la guantera esté también exactamente igual, guiándose de la foto que ha sacado antes.

Y ya está.

Sale del coche y se aleja.

Como un fantasma que nunca ha estado allí.

La fase uno ha concluido con éxito.

Pero es solo el primer paso de los muchos que le quedan por dar si quiere poder convivir con la familia como un nuevo integrante invisible.

12

Día 2

19:35

—Compacto. Gris oscuro. Junto al muro, a una treintena de metros de las casas. Luces apagadas. Hora estimada: 20:00-20:30. No sabemos modelo concreto, la vecina no entiende de coches. Y matrícula, ni hablar —dice Mendia.

En La Caja todo es expectación y ambiente enrarecido.

Espinosa anota los detalles del coche en la pizarra.

Aitor Lasa hace lo propio en su tableta y, después, en el portátil; presiente una noche larga.

Arregi permanece en la quinta silla, aquella que no pertenecía a nadie cuando él reinaba. Es su nuevo lugar en el mundo. No articula palabra.

—¿Lo tienes, Lasa? —pregunta Espinosa.

Asiente.

—Vamos a filtrar todos los coches de las cámaras de las horas previas con los que se ajusten a esa descripción. Y a ver si con suerte sacamos una matrícula y podemos tirar del hilo.

—Es muy ambiguo. Es solo un coche aparcado —dice Helena Ibarra.

Todos saben que tiene razón. Pero no pueden hacer mucho más que reconocer que en ese momento no tienen aún mucho más por donde empezar a buscar.

Es la propia subinspectora la que vuelve a hablar a renglón seguido mientras se levanta y se acerca al sitio de Lasa.

—Venga, me pongo contigo. Espero que no tengas prisa hoy. Vamos a revisar los vídeos de las cámaras que ya tengas. ¿Queda café? —dice mirando a su alrededor.

—Todavía queda, por desgracia —contesta Espinosa.

El inspector jefe vuelve a repasar los puntos clave. Ordena las tareas individuales. Anuncia que ha activado más puntos de control y búsqueda activa de la niña. Todavía no quieren prensa desatada. Iñaki Espinosa es distinto a Salvador Arregi. Combate con músculo y pragmatismo de veterano de guerra.

Una hora y media después de haber empezado la última reunión, La Caja da por concluida su batalla de ese día.

Aunque para dos integrantes del equipo, todavía quedan horas allí. Lasa e Ibarra ya buscan ese coche compacto gris. Un elemento demasiado poco llamativo. Normalidad camuflada. Lo peor para buscar a un monstruo.

***

Maialen Mendia conduce bajo la noche cerrada del Valle de Arratia. Arregi va en silencio en el asiento del copiloto. No ha dicho una sola palabra desde que ha salido de la sala de interrogatorios 2.

El trayecto en coche desde Bilbao ha sido cincuenta minutos de silencio, tenso primero, pacífico después.

Arregi mira las sombras de las montañas por la ventanilla lateral. Está a punto de hablar por primera vez.

—Gracias por acercarme. Mañana iré a recoger y poner a punto mi coche.

—¿Piensas quedarte aquí? ¿Ir y venir cada día? —pregunta Mendia.

Arregi no contesta. No tiene respuesta. Como policía, sabe que eso es altamente ineficaz en un caso como el que les ocupa. Un aviso puede entrar en cualquier momento. Estar lejos es un

hándicap inasumible. Pero como hombre, o lo que quede de ello, su exilio nunca ha sido negociable.

El piso de Bilbao sigue cerrado desde el mismo día en el que se encaramó a la ventana del cuarto de su hija para tirarse. Y nunca se ha atrevido ni a pensar en volver a entrar en él.

El silencio vuelve al coche hasta que Mendia lo detiene junto a esa vieja casa en mitad de la nada.

Arregi abre la puerta, pero se detiene antes de salir.

—Te juro que no sabía nada de la Fundación. No sabía lo que aceptaba. Solo quería salvar a... —Salvador se detiene, incapaz de pronunciar el nombre en voz alta—... a mi hija.

Suelta el lastre que lo consume, aunque sabe que es una verdad a medias. No es lo mismo ignorar que negarse a indagar por miedo a lo que se pueda encontrar. No cuando la solución que se presenta es tan tentadora.

No cuando se trata de salvar la vida de quien más quieres.

—Ya lo sé, Arregi. —Mendia le mira a los ojos, aunque los de él rehúyen—. Nadie ha dudado nunca de eso. Eres un buen hombre. Uno que se vio en una encrucijada muy jodida.

Arregi termina de abrir la puerta.

Ya camina hacia su casa cuando lo oye.

Mendia ha bajado la ventanilla para hablarle.

—En algún momento tendrás que perdonarte, Salvador.

Ahora sí, sus miradas chocan de frente. Él hace una mueca parecida a una sonrisa, que ni de lejos es tal.

—Gracias por traerme, Mendia.

Y sin más, se vuelve hacia su exilio.

***

Aitor Lasa y Helena Ibarra trabajan cada uno con su portátil apoyado en la mesa de las mil marcas. Congelan imágenes de coches capturados por las cámaras de las carreteras de acceso a Artxanda

en día del crimen. Gris y compacto es demasiado genérico. Pero tienen que escarbar hasta encontrar la pepita de oro, incluso cuando la mayoría de las veces eso no conduciría a nada.

Ibarra intenta rescatar una última gota de café que ya no existe en su vaso.

Se levanta a poner otro. El último, se ordena a sí misma.

Se salta su propia norma y se suelta el moño que siempre utiliza para trabajar. Son demasiadas horas ya, el pelo tirante hace que le duela la cabeza.

—¿Qué pasó exactamente con Arregi? —pregunta a bocajarro.

Lasa despega la vista de la pantalla y se gira.

—Nunca habláis de ello. Llevo meses aquí y siempre esquiváis el tema. Y ahora, de repente, aparece. No es por nada, sé que le tenéis aprecio, pero... tiene un aspecto espantoso.

Lasa resopla y vuelve a su pantalla. Sigue pasando imágenes de coches.

—Tiene que ver con ese triángulo azul, ¿verdad? El que estaba pintado en el espejo de los Echevarría —insiste Ibarra—. Está claro que ha vuelto por eso. No piensa en otra cosa. Yo lo noto.

—Pareces estar siempre muy segura de tus deducciones.

Ibarra se vuelve a sentar. Apoya los dos cafés que acaba de preparar sobre la mesa.

—Mi trabajo depende de eso en gran parte —dice ella.

Lasa la mira unos segundos. Acepta el café y da un trago largo.

—Todo tiene que ver con el triángulo, sí. Hace un año llevamos aquel maldito caso… El asesino fue siempre dos pasos por delante de nosotros. Tenía en su mirilla a Arregi y ninguno lo sabíamos. La cosa acabó en tragedia…

Lasa da un segundo trago al café.

—Pero en algo te equivocas. Da igual la pinta que tenga, Arregi es el mejor policía que ha pasado por aquí. Si está al veinte por

ciento, ya es mejor que todos nosotros.

***

Iñaki Espinosa da un trago a la cuarta cerveza en dos horas.

Ha parado en el bar. Con la excusa de ordenar la cabeza y el caso. Pero no puede centrarse. No hay manera.

Se supone que los años previos a la jubilación deberán ser los más tranquilos, y no al contrario. Tiene la sensación de siempre ir a contracorriente.

Deja el vaso casi entero sobre la mesa y abandona.

Es hora de ir a casa.

Gira la llave con cuidado reverencial. A esas horas ella estará ya durmiendo, y no quiere dar explicaciones. Avanza a tientas por la oscuridad del pasillo. Ve la sombra de Pipo acercarse moviendo el rabo.

—Tsss, silencio. A dormir, venga. Vuelve a tu cama —susurra.

En el cuarto, silencio y oscuridad. Respiración lenta y cadenciosa proveniente de la cama de matrimonio. Se desviste desde el borde de su lado. Y aparta la sábana con cuidado de no mover mucho a Lola, que duerme acurrucada en la esquina inferior, en sus pies, como siempre.

Se cree victorioso cuando ya está dentro y cierra los ojos.

Y entonces…

—¿Qué pasa, Iñaki? ¿Cómo es que vienes a estas horas? —dice Marije—. Tenemos más años que un bosque y sigues sin avisarme si vas a llegar tarde…

Derrota traicionera.

—Es este caso nuevo… es complicado. Que me caigan estos marrones a estas alturas… —dice él.

—El olor a bar y cerveza es por el caso, supongo.

Espinosa asume lo inevitable. No quería hacerlo, sacar el tema a estas horas. Pero lo suelta en crudo. Con Marije no vale andarse por

las ramas.

—Ha vuelto. Esta tarde. Ha sido cosa de Mendia, cabezona como la niña, joder, si te lo habré dicho... Va y lo trae.

Hay un silencio en la oscuridad del refugio del matrimonio eterno.

—Arregi. Ha vuelto Arregi —concluye él.

Marije enciende la luz y se incorpora en la cama.

***

Arregi está sentado frente a la chimenea.

El fuego proporciona la única fuga de luz entre la oscuridad del viejo caserío.

Allí, sentado en una silla rígida que es una tortura, observa las copias de las fotos del interior de la casa. El padre con el cuchillo de trinchar clavado en el cuello, empotrado contra el armario de la sala. La madre tendida en el pasillo acribillada a puñaladas caóticas. El adolescente, en su cuarto, en su propia cama, también masacrado, pero de un modo distinto, más quirúrgico. Y lo peor de todo, lo que no se ve.

La niña que no está.

Intenta reconstruir en su mente posibles escenas que recreen lo sucedido en el interior de esa casa. No hay sedación, no estaban dormidos en sus camas. Es un ataque indiscriminado a diferentes puntos. Una casa sin forzar, cerrada de forma natural con sus llaves. Sin ventanas rotas, también cerradas desde dentro.

Lo intenta, pero no da con ello.

No tiene sentido.

O él no es capaz de verlo.

Se detiene en la foto más dolorosa de todas. El triángulo azul pintado en el espejo.

Aunque no se mueve ni un centímetro, está retorciéndose de dolor.

Está tentado de tirar la foto al fuego. Pero no lo hace. En vez de eso, se levanta y camina hacia el cuarto cerrado con llave. El que nunca abre. El prohibido.

Saca la llave del bolsillo. Siempre la lleva encima. Es solo un giro. Una cerradura casi testimonial. La puerta podría abrirse de un empujón fuerte. Que esté sellada es más algo simbólico.

Entra en el cuarto, vacío salvo por un colchón tirado y un somier de dos cajones. Abre el primero de ellos, y saca la hoja, que es lo único que guarda esa estancia muerta.

En ella aparece, pintado a mano, un triángulo azul incompleto en uno de sus vértices.

Debajo, una frase: *«No todos los corazones han sido saldados».*

***

El silencio se ha apoderado de La Caja tras la última conversación sobre Arregi, y la petición velada de respeto de Lasa hacia el hombre que fue su referente.

Hace rato que Ibarra y él piensan en bajar la persiana y emplazarse a seguir el día siguiente.

Son las 23:48. El reloj de pared marca las 23:59.

Es justo en ese momento cuando Ibarra llama la atención de Lasa. Le hace un gesto con la mano para que se acerque.

—¿Ves esto?

Lasa hace caso y se inclina para ver la pantalla.

Gris, compacto, subiendo a Artxanda a las 19:30 el día del asesinato.

13

El Arquitecto

Las primeras semanas tras conseguir la llave no toca esa casa. Solo guarda llave y dirección. Cero riesgo. Incluso aunque esté casi seguro de que haberse dejado la puerta del coche abierta no ha levantado sospechas entre la familia. Lo lógico es pensar que, si todo está tal como lo dejaste en el interior del coche, es porque nadie ha entrado.

Lo lógico es pensar que no hay un loco dedicándose a buscar coches abiertos en un aparcamiento de la playa a plena luz del día.

Y al menos en algo tenían razón, él no es un loco.

Durante esas semanas, el Arquitecto ha conseguido otras tres llaves: dos pisos y una casa. Ha llegado el momento de operar con perspectiva.

Por eso vigila la casa del Cayenne.

Ya ha pasado con el coche varias veces. También lo ha hecho corriendo, como un *runner* que pasa por allí. Ahora necesita trazar rutinas. Saber cuándo la familia está y cuándo no. Es un trabajo pausado, cuidadoso y lento. Casi de orfebre. Pero esta vez la recompensa es enorme.

Y si tuviera que elegir, esa preparación previa, ese espiar sigiloso, es su segundo momento favorito. El primer puesto está solo reservado para la sensación de estar ya dentro de la casa.

El verano todavía está en pleno apogeo. Agosto se acerca, y con él, las vacaciones. Así que dispone de pocos disparos para observar las rutinas de la familia. Para intentar sacar la clave de la alarma de

seguridad. Después, ya tendrá el mes de agosto para trabajar tranquilo el interior.

Pero necesita esa clave. Es el siguiente paso. Ha elegido cuidadosamente su punto de observación. Lo suficiente lejos como para no llamar la atención, pero a una distancia que pueda obtener una buena visión con sus prismáticos compactos.

Distancia entre veinte y treinta metros. Perfecto.

El día veraniego ayuda.

El Arquitecto saca la toalla, se pone las gafas oscuras y se tumba tranquilo, como si estuviese tomando el sol. Controla la casa de reojo. Está esperando a que lleguen papá o mamá. Necesita que activen la alarma. Ha tenido suerte eligiendo el lado correcto, hay un ángulo que permite ver a través de la cristalera de la entrada. No el panel directamente, pero tal vez sí el movimiento del dedo que teclea.

Si no logra algo con ese método, pasará al plan B. Pero Bilbao le está trayendo suerte, así que confía.

Ya tiene varias combinaciones posibles apuntadas. No siempre es así, sin embargo, las fechas señaladas de seres queridos siempre son una opción que no pasa de moda. Y cada vez es más fácil obtenerlas.

Solo tuvo que bucear en las redes sociales de la madre. Instagram le ha facilitado el trabajo de tal forma que casi debería pagarles una comisión.

«Feliz 14 cumpleaños a mi tesoro».

El hijo: 19/03/12

«Mi princesa, feliz cumple 4 años. Cómo pasa el tiempo. Parece que fue ayer cuando te sostenía con una sola mano».

La hija: 23/07/22

Los humanos creen que eligen números al azar. Nunca lo hacen.

1903. 2307. 1923. Sus favoritas. Aunque a partir de ahí hay muchas combinaciones posibles. Tiene un listado con distintas cifras

que juegan con los días y meses de nacimiento.

Aunque hay más variables. Espera que ese movimiento de dedos le diga algo. Después, la corroboración final siempre viene en vivo y en directo con luz lateral sobre las teclas.

El rugido del Cayenne con motor gasolina es inconfundible.

Papá está llegando.

Sé tumba boca arriba y se coloca los Vortex en los ojos. Mirada amplificada y fija en la zona de la entrada, en lo poco que se ve de panel.

Ya sabe que es una alarma convencional. Además, la casa no es lujo extraordinario. Zona muy tranquila. Sin cámaras. Si las hay, descarta de cuajo entrar. Teniendo todo eso en cuenta, el panel siempre es el mismo.

1 2 3
4 5 6
7 8 9
* 0 #

Iñigo Echevarría ya sale del coche.

La puerta se abre.

El Arquitecto solo ve una pequeña porción de la entrada. El movimiento de la mano sobre el panel que debe imaginar. Echevarría deja las llaves en el mueble recibidor, y su mano se dirige al panel.

Cuatro tecleadas.

Cuatro dígitos, lo estándar. Lo que ya imaginaba. Tecleado rápido a la primera. Un código familiar y sencillo.

A la distancia que está, no ha podido apreciar más. Imposible distinguir hacia qué parte del panel ha ido cada pulsada.

Mira su hoja con los diferentes códigos con las fechas de nacimiento. Tiene que preparar una plantilla exacta con las

combinaciones de mayor a menor probable para cuando entre en frío a la casa y mire con la luz lateral las teclas del panel.

También preparará otras combinaciones alternativas por si las marcas visibles no son las que cree.

En cualquier caso, le quedan al menos otras tres comprobaciones más desde su atalaya antes de pasar a la siguiente fase. Arriesgará un poco más la siguiente vez y se acercará para ver si puede distinguir las zonas de tecleo.

La entrada a la casa empieza a ser una realidad cada vez más cercana.

Fecha objetiva: agosto. Cuando la familia esté fuera de vacaciones. Con algo más de margen para el error. Y con tiempo de conocer el interior de la casa como si fuese suyo.

Esa es la única manera de poder estar dentro con la familia sin ser visto.

Como si nunca hubiese existido.

14

Día 3

4:35

Espinosa abre los ojos de golpe.

El teléfono ha sonado, o eso le parece; aunque tiene la sensación de no haber pegado ojo.

Comprueba que ambas realidades son ciertas: el reloj marca las 4:36 y hay un mensaje de Lasa en la pantalla.

Sigo en La Caja. Tengo una matrícula.

Iñaki Espinosa se viste rápido. Le contesta mientras sale de casa.

No te muevas de ahí. Estoy yendo.

Lo siguiente es lanzar el aviso grupal.

La sesión de hoy se adelanta. Todos en La Caja lo antes posible. Es urgente.

5:35

Mendia entra en La Caja. El resto ya estaba allí. Espinosa e Ibarra, que han llegado antes, y Lasa, que ha pasado la noche ahí, clavado en su portátil.

Espinosa está ya junto a las pizarras. Mira a la recién llegada.

—Yo no le esperaría. Estando donde está, Arregi va a tardar en venir —contesta Mendia a una pregunta muda.

El inspector jefe tuerce el morro. Taconea cuatro veces sobre el suelo frío de La Caja.

—Empezamos. No podemos perder tiempo —dice al fin.

Lo siguiente es el pistoletazo de salida habitual.

—Lasa, al estrado.

Este conecta su portátil a la pantalla. Reproduce imágenes mientras habla. Su voz se arrastra cansada.

—Audi A3. Gris. Compacto. Ibarra lo detectó en las cámaras subiendo a Artxanda a las diecinueve y treinta del día de los hechos. La vecina declaró haber visto un coche similar frente a su casa sobre las veinte y treinta. Encajaba. Y bueno, me he quedado toda la noche siguiendo el rastro de las horas posteriores y los días previos.

—Joder, cuando me fui dijiste que cinco minutos más y cerrabas… —dice Helena Ibarra desde su silla.

—Sí, suele hacerlo —suelta Mendia.

Lasa hace un gesto que solo él sabe que significa. Los ojos rojos remarcan su aspecto demacrado. Los cierra un segundo, apretándolos con fuerza, y continúa hablando incluso antes de volver a abrirlos.

—La cuestión es que ese mismo Audi A3 ha subido varias veces los días previos. Y todavía me falta tirar más para atrás… pero no he tenido tiempo. Sube a Artxanda, y suele bajar no mucho después. Una hora, dos horas, media hora, ese tipo de franjas. El día de los hechos, no baja. No aparece más.

Lasa se para en seco. La puerta de La Caja acaba de abrirse.

Salvador Arregi entra en silencio y ocupa la quinta silla.

Hay un momento de duda.

Espinosa lanza una mirada a Lasa.

Y sigue.

—Tengo la matrícula y la información asociada a ese coche. Identificación completa.

Espinosa se levanta y va hacia la pizarra. Coge un rotulador y se lo da a Lasa.

—Apunta matrícula y datos sobre ese Audi A3 que has visto en las cámaras subiendo a Artxanda en numerosas ocasiones días previos a la masacre de los Echevarría. Y que el día de los hechos subió a las 19:30, y a diferencia de las anteriores veces, no bajó después.

Arregi se da por enterado del resumen de Espinosa, que es solo para él.

Lasa tatúa matrícula, nombre y dirección en la pizarra.

—Buen trabajo, Lasa. En cuanto termine la reunión, te vas a descansar unas horas. —Espinosa le pone una mano en el hombro al miembro más joven del equipo—. Y es una orden.

Lasa vuelve a su sitio.

Espinosa redondea la matrícula.

—Tenemos que ir a por él. Ya mismo. Prioridad absoluta. ¿Alguien tiene algo más o nos ponemos en marcha?

Helena Ibarra se levanta.

—Hay algo más —dice.

—Al estrado.

Ibarra sale dispuesta a recuperar su trozo del pastel de distinción y eficiencia.

—Una vez estuvo analizado el exterior, tema de huellas o demás contaminaciones, mandé a analizar el interior del teléfono móvil de Markel Echevarría. Se lo pasé a los de delitos informáticos y les pedí un análisis exhaustivo. Al tratarse de un adolescente, les pedí que hiciesen hincapié en redes sociales. Y hemos detectado una anomalía. Un perfil sospechoso que aparece sistemáticamente observando cada *storie*. Y que semanas previas al asesinato, dio me gusta a todas las publicaciones.

—¿Interacción? —pregunta Mendia.

—No. Solo observación compulsiva y los «me gusta». Ninguna interacción directa más. Casi siempre entre las primeras cinco visualizaciones en las *stories*. Repite visualizaciones en fotos y vídeos. Amplía detalles. Y el perfil es sospechoso. Sin fotos propias, ni en foto de perfil ni en publicaciones. Solo tres publicaciones genéricas. Una foto de una taza de café, una montaña, un teclado de ordenador. Catorce seguidores y cincuenta y ocho seguidos. Pero… y aquí está la gracia, apenas mostraba interés en otros perfiles salvo el de Markel Echevarría. Para colmo, hemos revisado el perfil de la madre, Leire Aramburu, y también la observaba. Y sus rutas de conexión son también sospechosas. Distintas IP, distintas localizaciones. Jugando con VPN. Cosas que se hacen cuando quieres ocultar tu rastro.

Ibarra coge el rotulador y apunta en la pizarra.

MARCOS_TECH/MARCOS L.

—Ese es su nombre de usuario y nombre. —Ibarra cierra el rotulador con un gesto seco, mira al frente—. Y hay algo más. Entre las publicaciones de Markel Echevarría había un vídeo que se grabó en su casa, en el que se veían detalles de la entrada. Eso fue hace unos ocho meses, en julio del año pasado. Y Marcos L. lo reprodujo en numerosas ocasiones durante los días previos a los asesinatos. La última, hace cuatro días. Es decir, dos días antes de los hechos. Y, por último, lo más inquietante de todo. Hay una conexión sin VPN. Breve. Treinta y siete segundos.

La Caja respira en silencio. Palpita.

Hasta que Arregi dispara.

—Eso no parece un adolescente aburrido.

—¿Podemos sacar algo más de ahí? —Espinosa lo dice mirando a Aitor Lasa, para que complete una pregunta que un viejo dinosaurio como él no sabe formular.

—Las direcciones IP —Lasa reacciona rápido para lo desgastado que está—. Supongo que esas cosas acaban dejando rastro. Tenemos que seguirlo. Los de informáticos estarán ya con ello. Todo depende de lo bien que sepa borrar sus pasos quien esté detrás de Marcos L.

—Estate encima de ello, Ibarra.

Helena Ibarra asiente a Espinosa, que ya está otra vez al frente.

—Vale. ¡Vamos a por ese Audi A3 ahora mismo! Dos coches, nos repartimos y…

—Es una cagada —corta de cuajo Arregi.

La frase, lanzada en frío al aire de La Caja, ha hecho detener las órdenes a Espinosa.

Arregi se cruza de brazos tras decirla.

Todos le miran. Esperan la continuación que suponen debe venir.

Aunque tarda lo que parece una eternidad.

—A veces, cuando más prisa hay, es cuando toca ir más despacio. Aunque duela —Arregi habla con calma, no mira a nadie, no se levanta de la silla—. Es mejor observar que entrar con todo a por el tipo. Si ha matado a la niña, la ha matado ya cuando entremos, y eso no cambia. Pero si no lo ha hecho… eso es otra cuestión. Si la niña vive aún, es más probable que nos lleve hasta ella si no nos ve. Yo montaría vigilancia y le seguiría. Al menos unas cuantas horas. Si no hace nada extraño y vemos que no avanza, le pescamos y que Dios reparta suerte. Pero creo que sería una cagada entrar a la fuerza de primeras.

Ahora sí, Arregi mira directo a Espinosa.

15

El Arquitecto

Es domingo, día 27. Agosto se acerca. Y con él, el momento perfecto para entrar a la casa. Pero todavía no tiene la clave de acceso de la alarma.

El Arquitecto espera agazapado desde su atalaya. Ya conoce las rutinas de la familia. Y sabe que los domingos suelen salir a comer. También sabe que no siempre conectan la alarma al salir. Sí lo hacen entre semana cuando van a trabajar y al colegio. Sí por la noche. Eso siempre.

Pero con salidas esporádicas de pocas horas, se vuelven más perezosos a veces.

No hay nada más peligroso que sentirse por completo a salvo.

Nadie está a salvo.

Solo depende de las circunstancias. Como, por ejemplo, si se encuentran en su camino o no, a alguien como él.

El domingo es ideal; es uno de los pocos días en los que la vecina sale. Ya tiene anotadas sus rutinas: miércoles y viernes por la tarde, de 17:00 a 20:15. Siempre. Alguna actividad fija. Los domingos por la mañana la proporción es menos exacta, pero hoy ha habido suerte: se ha marchado en taxi hace veinte minutos.

En Bilbao todo le sale bien. Le resulta gracioso haber renegado tanto de establecerse una temporada en lo que llaman *el botxo.*

Iñigo Echevarría es el primero en salir por la puerta. Abre el portón del garaje y dos minutos después el rugido de la bestia precede a la salida del Cayenne. La siguiente en salir es Leire, con la

pequeña Nahia agarrada de su mano. El padre le grita algo a la madre, y la madre pasa la cadena a algún lugar del interior de la casa. La escena todavía se va a repetir dos veces más hasta que el primogénito salga arrastrando sus andares de adolescente en celo mientras no mira más que a la pantalla del móvil, que es todo el universo tangible para él.

Ya se han ido. Aun así, espera paciente quince minutos desde que el tanque familiar se ha alejado.

Con el convencimiento pleno de que nadie le ve, se acerca con paso tranquilo hasta la entrada, como si se dirigiese a su propia casa, algo que en parte siente que es así. Los papeles dictaminan que pertenece a dos personas que pagaron una suma de dinero por ella, pero él ya se ha apropiado de esas paredes de un modo distinto e igual de válido.

Esa casa los acoge tanto a unos como a otros.

El Arquitecto se reafirma en su particular visión al abrir con total naturalidad la puerta de su casa con sus propias llaves. Luego accede a la entrada que ha observado tantas veces a través de los prismáticos.

Ese siempre es un momento especial: el instante en que se huele por primera vez el interior. Cada hogar tiene un aroma particular. Detectarlos, con sus matices, es una sensibilidad reservada para quien profana tantos.

Ha escogido un buen momento. Y por ello se ha ganado poder trabajar sin prisas. Pero tampoco puede recrearse. Las persianas están medio bajadas para que no entre el sol intenso de mediodía. Mucho mejor así.

Enciende la linterna táctico-compacta de 18650, lanza luz blanca a seiscientos lúmenes de forma lateral sobre el panel de la alarma y observa.

Busca pequeñas marcas de desgaste, brillo de grasa sobre las teclas presionadas respecto al resto. Y empieza a perfilar lo que ya sospechaba.

Lo siguiente es activar el filtro de luz roja. Evita reflejos y no satura la visión. Busca las marcas de desgaste más sutiles. Y le parece que todo apunta en la misma dirección.

Por último, saca el bote con los polvos de talco. Coloca una mínima porción sobre el guante de nitrilo que protege sus manos. Y sopla con suavidad. Los polvos se dispersan sobre el panel. Si se tiene el ojo entrenado, es probable distinguir sobre qué teclas se quedan más pegadas las micropartículas. Aunque la eficacia del método está ligada a cuán limpio esté el aparato. A más días sin limpiar las teclas, más grasa y mejor resultado.

Y en este caso, hay signos claros. Tanto la luz lateral como las micropartículas gritan lo mismo. El Arquitecto sonríe vagamente. Le parece hasta cierto punto penoso lo bien que conoce a las personas tras compartir intimidad con tantas. Lo previsibles que somos.

Los números que están siendo marcados en ese panel son el 1, el 2, el 3 y el 9.

Saca la hoja donde tenía apuntados los cuatro dígitos referentes a los días de nacimiento de los querubines, por arte y gracia de mamá *instagramer*.

19 y 23.

1923

2319

Entre esas dos opciones está el porcentaje mayoritario de premio para el caballero.

Aunque debe valorar combinaciones alternativas, claro. Siempre hay que hacerlo. Ya preparará la lista completa para el día que tenga que enfrentarse a ese panel encendido. Pero si debe ser objetivo, tiene mucho avanzado.

—Me encanta Bilbao —dice—. El *botxo.* Curioso sobrenombre. *Botxo, botxo, botxo* —repite mientras limpia los restos de polvo de talco con cuidado.

Ahora toca la segunda tarea del día. La divertida.

Inspeccionar la casa.

Avanza hacia el interior y saca fotos de cada rincón desde diferentes ángulos.

En el primer piso, muy amplio, está prácticamente toda la vivienda. Primero, cocina y un cuarto de baño pequeño. En la cocina y el baño no hay mucho que ver. El salón, al fondo del pasillo, es otra cuestión. Los ventanales son grandes. Ofrecen una postal donde Bilbao parece una miniatura. Unas vistas privilegiadas. Pero lo que a él le incumbe no es eso, sino cuán visible es el interior de la casa desde fuera. En concreto, desde la casa más cercana, la de la señora. Y confirma lo que imaginaba. No hay visión directa desde la casa de al lado ni su jardín. Un punto a favor para tener en cuenta.

A lo largo del pasillo, las habitaciones. Las recorre desde el salón del fondo. La del matrimonio, al más grande, con otro cuarto de baño integrado en ella, es la primera. Luego la del adolescente. Por último, la de la niña.

Turno para el piso de arriba, más pequeño, pero igual de valioso. Dos habitaciones más y otro cuarto de baño. Una de ellas es un estudio o zona de relax, eso ya según quién mire. Y la otra, aún más contenida, una habitación de invitados.

Y es justo ahí donde se encuentra el oro.

Una cama nido con un somier supletorio bajo el principal. Bingo: abajo no hay nada. Solo un hueco de 1,20 x 2; un espacio vacío y oscuro donde nadie mira jamás. Un sarcófago para visitantes que deseen pasar desapercibidos.

«Sarcófago». Le gusta el nombre. Se lo queda.

Da varios vistazos más a todo. Saca fotos de cada recoveco. Ya analizará detalles con más calma en esas imágenes.

Y entonces, salta desde lo más alto directo a lo más bajo.

El sótano del piso inferior es el otro sitio que promete. Está lleno de bártulos que parecen tener su orden dentro del caos. Y al fondo, un armario de resina. Dentro, solo dos escobas y un rastrillo con

pinta de ser para el césped del jardín. Un sitio donde podría esconderse una persona.

Suficiente.

Hoy no puede entretenerse.

Vuelve arriba. Observa otra vez la visión de la ciudad desde el ventanal del salón.

El gran Bilbao.

Por ahora todo le sonríe, piensa antes de salir y cerrar la puerta con llave, dejando todo tal cual estaba.

Nadie ha entrado allí. Esa es la realidad en la que seguirá remoloneando la familia acomodada.

Él ya está pensando en colgar el anuncio con acceso confirmado a esa casa.

16

Día 3

18:45

—¿Cómo va la cosa? ¿Se decide a salir? —pregunta Espinosa desde la radio de contacto del coche 1.

—No. Sin movimiento por ahora —contesta Ibarra desde el coche 2.

El objetivo lleva siendo seguido desde primera hora de la mañana. Con discreción absoluta. Como propuso Arregi. Se han dividido en dos coches, a distintas distancias y cubriendo posibles salidas.

Coche 1 para Espinosa y Arregi.

Coche 2 para Ibarra y Mendia.

Aitor Lasa se ha quedado en La Caja. Sigue la pista digital de Marcos L, alias marcos_tech. Y mientras, escucha por radio el operativo, y se mantiene como posible soporte técnico desde fuera.

Durante la mayor parte del día, el Audi A3 gris ha permanecido aparcado junto a un pabellón industrial en Zorrozaurre. El objetivo ha estado en el interior desde las 8:00 hasta las 17:00, cumpliendo con una jornada laboral ordinaria. Después, se ha dirigido a su domicilio.

Todo parece demasiado normal, pero los peores monstruos suelen esconderse tras la rutina.

Y los dos coches están ahora plantados ahí, frente a la puerta del portal, pero separados a diferentes distancias.

—¿Hasta cuándo aguantamos aquí? —pregunta Mendia, sentada junto a Ibarra en el coche 2.

—Estamos hasta las 20:00. Si no sale, dejamos una patrulla de refuerzo anclada aquí a la noche —contesta Espinosa.

Arregi está a su lado, en el asiento del copiloto del coche 1. Aunque ha sido él quien ha abogado por esa espera, está ansioso. Intenta disimularlo, pero Espinosa lo siente, le conoce demasiado bien. Incluso a esa nueva versión suya.

—Toma —dice el viejo ofreciéndole la cajetilla de cigarros—. Ni siquiera es un coche oficial. Estamos disimulando, ¿no?

Arregi lo enciende sin dejar de mirar por la ventanilla lateral. Sin decir nada. Sin dejar de mover el pie izquierdo. Es curioso, desde que ocurrió todo, la fascitis plantar que le acosaba no ha vuelto a aparecer más. Como si incluso ella no quisiese habitar ese cuerpo hostil.

—Crees que deberíamos pedir una orden y entrar en ese piso ya, ¿verdad? —Arregi ha apagado la radio para hacer la pregunta.

—Yo no creo nada —Espinosa contesta antes de encenderse él también un cigarrillo—. Además, tampoco iban a concedérnosla tan fácil. ¿Qué indicios sólidos tenemos?

—Los suficientes cuando hay una menor desaparecida. Hay peligro inminente para su vida. Si hay una mínima sospecha… Podríamos justificar entrar, y lo sabes. Pero no quieres contestar a lo que te he preguntado. Eso es lo que pasa.

Espinosa aguanta el humo en sus pulmones. Enciende otra vez la radio. No quiere contestar, no. A veces es la mejor opción cuando nada está claro. Cuando no identificas el sentimiento a caballo entre el respeto y el miedo. Que es lo que se proyecta en él cuando mira a Arregi.

—¡Movimiento! ¡Movimiento! El Audi sale del *parking* —dice Ibarra—. Va hacia vosotros. ¿Recibido, coche 1?

—Recibido —contesta Espinosa al mismo tiempo que apaga el cigarrillo y se prepara para encender el motor.

Arregi carraspea dos veces.

Espinosa tiene la mirada clavada en el retrovisor de su lado.

Arregi baja la ventanilla del suyo, da una larga calada y tira el cigarrillo.

Espinosa ve el gris metálico del Audi perfilarse en el retrovisor.

—Ya lo tenemos —informa al coche 2—. Mantened la posición; os indicaremos su ruta para que podáis interceptarlo más adelante.

El Audi rebasa al coche 1, que espera camuflado en la línea de aparcamiento. Lo observan de reojo, sin lograr identificar al conductor. Esperan que se aleje unos cuantos metros.

Espinosa mete primera marcha.

—Espera —dice Arregi—. Aún no. Espera un poco más.

Espinosa sigue con la marcha metida. La mano en la palanca. El pie quemando sobre el acelerador.

Arregi exhala largo.

—Ya no más —dice Espinosa que ya maniobra para salir.

—Venga, dale —Arregi habla con calma, pero su pie no para ni un segundo.

—Coche 1 arranca —informa Espinosa a la radio.

Y, sin más, sale tras la estela del Audi A3.

Santutxu es un laberinto de calles estrechas, flanqueadas por coches y semáforos cada pocos metros; no es el lugar ideal para iniciar un seguimiento delicado.

El Audi gira a la derecha en el cruce, saltándose el ceda el paso. Un vehículo ajeno se cuela entre el objetivo y el coche 1. Pero pocos metros más adelante hay un semáforo en rojo en el que paran todos en fila.

En el coche 1 se respira tensión.

En el coche 2, impaciencia. Siguen en su posición inicial esperando indicaciones.

—No hagas ningún movimiento raro, tenemos margen —dice Arregi.

—Que sí, joder. No somos el único coche en Bilbao. —Espinosa repiquetea con el dedo el índice sobre el volante.

—Eso da igual. Solo vamos a tener una oportunidad tan limpia como esta. No podemos joderla. —Arregi mira por la luna delantera, espera ansioso el semáforo.

Luz verde.

—Coche 2, salimos de Santa Clara, en cuanto fije un rumbo os damos indicación.

Espinosa habla mientras analiza cada centímetro del entorno, cada movimiento del Audi.

El objetivo entonces toma una dirección más nítida. Espinosa acelera.

—Coche 2 —esta vez es Arregi quien habla—, poneos en marcha. Ya. El objetivo sale hacia Zabalbide.

Zabalbide es una vía más amplia. Con dos carriles, semáforos constantes y paradas de bus. El Audi se integra en ese tráfico más estable con total normalidad, y el coche 1 le sigue la estela con mayor facilidad.

Esperan la llegada del coche 2 desde un flanco diferente. Cubriendo el seguimiento desde otro ángulo.

Semáforo en rojo. El Audi está en primera fila. El coche 1 le sigue, también parado, a distancia de dos vehículos entre medias.

—Tenemos visual. —La voz de Ibarra suena en la radio del coche 1.

El coche 2 está una quincena de metros más adelante. Se incorpora desde un cruce lateral a la vía principal. Avanza hacia delante lo más lento que puede sin llamar la atención.

—Estamos delante. Nos vais indicando —dice Ibarra.

—Os vemos —confirma Espinosa.

Semáforo verde.

El Audi y el coche 1 arrancan.

El coche 2 rueda adelante sin saber aún hacia dónde.

Avanzan en ese frágil equilibrio.

Hasta que llegan a la rotonda de Basarrate.

—Rotonda —dice Ibarra—. Voy a dar dos vueltas para dar margen a que lleguéis y, si no, la paso en segunda salida y me dejo margen para volver después.

El coche 1 da una vuelta completa a la rotonda. El Audi aún no llega. Y cuando Ibarra está a punto de tirar en recto, la bala gris se mete en el círculo.

—Ya le tenéis en la rotonda. Estamos justo detrás —dice Espinosa.

Y entonces ocurre. Una dirección que habla sola. Una sospecha que se convierte en amenaza. Y la tensión sube diez escalones.

—¡Santo Domingo! ¡Salida Santo Domingo, coche 1! —grita Ibarra, que sale de la rotonda casi a la par que el Audi.

—Afirmativo —Espinosa habla con tono neutro, y mira a Arregi—. Está subiendo a Artxanda.

Silencio en ambos coches.

La radio solo emite un ligero zumbido que se entremezcla con las respiraciones.

El entorno cambia de golpe. El bullicio de la ciudad, los semáforos constantes, dejan paso a una carretera más limpia que solo sube y sube hacia el monte.

Son las siete de la tarde. El cielo está plomizo, y en esa época del año, eso significa que la oscuridad es inminente. Nadie lo dice, pero todos lo saben. Eso complica el operativo de seguimiento. Ahí arriba, lejos del concierto de luces de la ciudad viva, los focos de los coches son señales impúdicas que gritan demasiado.

—Ponte primero, Espinosa —dice Arregi en voz baja—. Coche 2, aflojad, os vamos a pasar, ¿entendido? Nos ponemos al frente —añade esta vez más alto para la radio.

Espinosa le lanza una mirada, pero no va a discutir. Acelera con fuerza hasta que el coche 1 ocupa su lugar.

El Audi enciende las luces. La niebla empieza a posarse sobre las faldas de la montaña, con suavidad, convirtiendo al objetivo en una sombra metálica.

El vaho se condensa en el parabrisas. Espinosa enciende el aire caliente al máximo. No puede permitirse perder más visibilidad. Todavía se resiste a encender las luces de los focos.

La noche comienza a imponerse con crudeza. Los árboles se cierran tapando el cielo cada vez más. La carretera se retuerce, con curvas cerradas en una inclinación constante que no deja tregua. Ya no se oye nada más que los motores rugir.

—Enciende los focos ya. En este punto es más sospechoso no llevar las luces que lo contrario —dice Arregi.

Las luces del coche 1 se encienden. Y un minuto después, sin que parezca una reacción espejo, lo hacen las del coche 2, que continúa diez metros por detrás.

El Audi no acelera de más.

Pero tampoco duda.

Intermitente.

Giro a la derecha.

No es ninguno de los miradores. Ni un desvío principal. Es una intrusión en un camino secundario.

—Joder. —Se oye en la radio.

—Aminorar marcha, coche 2 —dice Espinosa mientras ya desacelera el ritmo del coche 1—. No podemos entrar ahí como un elefante en una cacharrería. Es demasiado.

—Coche 2 —ahora es Arregi quien habla—, no sigáis por el camino secundario. ¿Me oís? No sigáis. Un coche ya es una bandera amarilla, dos, lo perdemos. En cuanto entréis al desvío, luces fuera y paráis a un lado. Esperáis nuestras indicaciones. Coche 2, ¿entendido?

—Recibido. Paramos a un lado. Y esperamos indicaciones —dice Ibarra.

Las luces de los focos traseros del Audi son dos ojos rojos que se pierden en negrura del monte consumido por la noche. Pero también dos faros que poder seguir desde la lejanía.

—Coche 2, poneos en marcha otra vez, pero avanzad despacio —ordena Espinosa.

Arregi ya no dice nada. El aire caliente le hace sudar.

Los dos puntos rojos se paran por fin.

—Se ha parado, coche 2. El objetivo ha parado. Avanzad muy despacio.

—Recibido.

El coche 1 continúa avanzando, acercándose cada vez más al lugar del camino donde el Audi se ha detenido. Entonces, cuando la duda sobre disimular y pasar de largo o parar, empieza a asfixiarles, ven al objetivo bajar del Audi.

—Para. Para —pide Arregi—. Está bajando.

—¿Qué cojones hace? —Espinosa palpa su arma reglamentaria en un acto reflejo que no significa nada o significa todo.

El objetivo abre un portón rudimentario y vuelve a subir al Audi. Entonces traspasa ese umbral que acaba de abrir con el coche. Y le pierden de vista.

—Apaga las luces y avanza despacio —dice Arregi.

Espinosa duda.

—¡Vamos! Lo vamos a perder.

—No vamos a perder nada. ¿De ahí a dónde va a salir? Eso no es un camino.

—O coche unos metros más, o a pie, elige. ¡Pero ya! —Arregi no mira a Espinosa al hablar, está perdido al frente.

Espinosa acelera muy despacio. Avanza con los focos apagados. Un palo cruje bajo el neumático. El ronroneo del motor casi al ralentí es una prueba de nervios.

—Coche 2. Ha parado. Unos doscientos metros más delante de la entrada. Avanzad con mucho cuidado hasta que lleguéis a nuestra posición.

El coche 1 ya está a la altura del portón de alambres y madera que acaba de engullir al objetivo. El Audi está aparcado a pocos metros de la entrada al pequeño terreno. Tiene las luces de posición encendidas, iluminando vagamente la zona. Hay bidones azules dispersados por la tierra irregular.

—Esto es una huerta —dice Espinosa.

Pero Arregi ni le escucha. Su mirada está clavada en el elemento más alejado, uno que parece meterse en las tripas del bosque. Una caseta de la que sale una luz tenue por un ventanuco lateral.

—¿Estás viendo eso?

La voz de Arregi sale rasgada. La garganta se ha ido secando sin preguntar. Suda a mares. El pie izquierdo taconea sin parar sobre la alfombrilla del coche.

—Es una caseta —insiste.

Espinosa no dice nada.

El coche 2 llega y se detiene justo detrás de ellos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Mendia.

—El objetivo ha metido el Audi ahí. Parece una huerta —contesta Espinosa—. Se ha debido meter en esa especie de caseta del fondo.

—Hay que entrar. —Las palabras de Arregi retumban en el coche 1 y por la radio del coche 2.

—No —salta Espinosa—. No podemos entrar así. No tenemos orden. No hay peligro evidente para nadie. Es una huerta, joder.

—Es una caseta. Un sitio apartado y cerrado donde esconder algo —Arregi eleva el tono—. ¡Tenemos que entrar!

—He dicho que no. ¡Es una orden! —Espinosa mira a Arregi.

Pero este solo observa a la caseta.

Entonces baja el tono.

—¿Y si tiene ahí a la niña? ¿Y si nos ha visto y se asusta y la hace algo? ¿Y si tiene otra salida en ese puto agujero y se va por otro lado?

Arregi ahora sí mira a los ojos de Espinosa mientras habla. Y este lo percibe. Un segundo antes de que pase. Solo un segundo. Pero eso es una eternidad tarde.

Todo pasa demasiado rápido.

Arregi abre la puerta y sale corriendo del coche 1.

—¡Arregi! —Espinosa grita con todo—. ¡Arregi, quieto! ¡Es una orden!

Pero Arregi no va a escuchar a nadie. Persigue a sus fantasmas.

—Me caguen la puta madre que lo parió —suelta Espinosa mientras echa mano a su arma y baja del coche.

Maialen Mendia también ha saltado del coche 2 en cuanto ha visto a Arregi salir como una exhalación y saltar la valla de alambre.

Pero nadie va a alcanzarle. Se mueve con la ferocidad de un animal rabioso.

Arregi se desplaza por la tierra irregular del huerto. Sortea los bidones azules. Su arma está empuñada desde que ha salido del coche 1.

Solo cuando llega hasta la puerta de la caseta se detiene. Un momento de duda, solo uno. Mira atrás, y lo primero que ve es a Mendia.

Pero un ruido en el interior de la caseta le reafirma en lo inevitable.

Entonces, abre la puerta de madera de un empujón.

—¡Policía!

Y lo siguiente es un alarido desesperado.

17

Día 3

19:08

La luz de la caseta es amarilla y pobre. Sale de una linterna colgada que apenas ilumina el interior. Solo lo justo para que se intuya lo que esconde.

Utensilios de todo tipo desperdigados.

Un hombre sorprendido con las manos en alto. Asustado.

Y lo que más llama la atención. Lo que no existe.

Ahí dentro no hay ninguna niña.

Salvador Arregi suelta un alarido de impotencia. Unai Salcedo levanta aún más las manos y se encoge, aterrorizado; no comprende nada y no se atreve a articular palabra.

Mendia llega primero; después, Espinosa. Arregi se niega a bajar el arma, a pesar de que allí dentro no hay ninguna amenaza. Espinosa le pone una mano en el pecho, y le empuja de forma muy sutil, intentando no remarcar más la humillación.

—Espera fuera, Arregi —le dice casi en un susurro.

Arregi vuelve al coche 1. Se sienta y se encierra del mundo y de la tenebrosa noche. Se mira las manos, que tiemblan descontroladas. La radio vuelve a emitir estática. Pero nadie dice nada.

Junto a la caseta, Espinosa y Mendia tranquilizan al hombre, y le toman declaración después. Le explican la gravedad del caso, y el motivo por el que han actuado así.

Unai Salcedo tarda en calmarse y razonar. Pero cuando lo hace, declara que, en efecto, sube a Artxanda a menudo porque tiene ahí la huerta. Y también la caseta, donde guarda sus utensilios de pesca. La tarde de los hechos, el Audi subió y no volvió a bajar en las horas siguientes. Pero hay un matiz, él sí lo hizo, solo que en otro coche. El de un amigo, con quien quedó ahí, en su propia huerta, para cargar el coche con los utensilios. Esa noche salían a pescar. Es fácil comprobarlo, asegura. Renault Kadjar negro y matrícula. «Bajamos por Santo Domingo a eso de las 20:00, si revisan las cámaras, lo verán».

Falta comprobar la coartada que da Unai Salcedo, pero Espinosa y Mendia lo saben. Ese tipo no es culpable.

Se han equivocado de pleno.

Ese Audi A3 no es el compacto gris que buscan.

Para Salvador Arregi ha pasado una eternidad cuando Espinosa vuelve a entrar al coche 1.

El inspector jefe tarda en hablar. Y el que ocupaba ese rango no hace demasiado, tampoco lo hace. Es un silencio cargado de mil cosas y ninguna. El profesional debe imponerse por fuerza al amigo, lo que para Espinosa es un martirio. Salvador no se merece nada de eso. No tendría que estar en ese coche después del sufrimiento inenarrable que ha padecido. Pero nadie puede negarle su hueco en la DIC. Él es la DIC.

—No sé cómo lo ha hecho, pero Mendia ha convencido al tipo para que no denuncie. Ya puedes agradecérselo. Con tu historial, habría sido casi imposible detener la maquinaria. Garmendia te respalda, y sobra decir que yo me iría a la guerra contigo, aunque solo tuviéramos un tirachinas roto... pero todo tiene un límite.

Arregi hace un intento de hablar, pero Espinosa le para en seco.

—Déjalo, Salva, coño. Conmigo no tienes nada de qué justificarte. Además, si llega a ser por mí no llegamos ni hasta la huerta esta. Le tiro la puerta de casa al tipo mientras está echando la primera meada de la mañana…

Arregi sonríe, o algo muy parecido, lo que no quiere decir que se acerque lo más mínimo a un gesto de felicidad.

Es la primera vez en más de un año.

Y, aun así, se siente culpable por hacerlo.

Espinosa arranca el coche 1 y desanda el camino hacia el error. Quiere mitigar el dolor de Arregi por encima de todo, pero más allá del capote y la broma, está preocupado por esa nueva versión del mejor policía que ha conocido.

18

El Arquitecto

Da igual estar en el corazón del País Vasco; el sol no da tregua ese verano.

La familia Echevarría ya ha huido hacia sus vacaciones.

Es agosto, y eso solo significa una cosa para él: ha llegado el momento de la verdad.

El Arquitecto va a enfrentarse a la alarma de entrada. Debe ser una conquista suave, cariñosa. Y si lo logra, la casa será suya.

Se acerca con tranquilidad a plena luz del día. La vecina también está fuera, quién sabe cuántos días. En las grandes ciudades, agosto es territorio para fantasmas. La llave gira con la naturalidad de estar justo en el lugar que debe.

Una cerradura no puede identificar que quien la abre es un farsante. Una amenaza.

Esta vez es muy diferente a la anterior ocasión que traspasó ese mismo umbral. Esta vez, la alarma está conectada. Esta vez, solo tendrá cuarenta y cinco segundos para meter el código correcto.

En su bolsillo está el papel con las combinaciones posibles. Aunque no lo necesita. Está todo en su cabeza.

Sabe que los cuatro dígitos marcados son el 1 2 3 9.

Y teniendo en cuenta que son los días de nacimiento de los hijos son el 23 y el 19, el margen se estrecha mucho. Dos opciones preferidas.

1923.

2319.

A partir de ahí todo se pondría más difuso y tendría que elegir otra opción de la alternativa del resto de combinaciones. Pero la probabilidad de que eso ocurra es ínfima.

Es una alarma estándar.

Sabe que tiene tres intentos.

Si sus dos caballos favoritos fallan, estará en problemas. Y aunque no lo cree posible, siempre hay que dejar una puerta abierta a las anomalías estadísticas, porque si lo son, es precisamente porque ocurren.

El Arquitecto empuja la puerta y una cuenta atrás silenciosa se activa. Cuarenta y cinco segundos. Corriendo desde ya en el cronómetro de su reloj de pulsera.

Tiene que elegir una de sus dos opciones, que son una moneda al aire. Igualdad de porcentaje de acierto máxima.

Se decanta por la segunda.

2... 3... 1... 9.

Luz roja. Un pitido casi inaudible. Error.

Respira; no pasa nada. Ha salido cara. Eso significa que el código 1923 tiene ahora más de un noventa y nueve por ciento de probabilidades.

Treinta y dos segundos.

1… treinta segundos… 2… veintinueve segundos… 1… veintiocho… si cuando meta el siguiente numero la luz no es verde, estará en graves problemas y tendrá que elegir entre una de las 24 combinaciones restantes al azar en cuestión de segundos, de veintiséis concretamente… 9, pulsa al fin.

Veinticinco segundos…

Pero las casualidades no existen. La lógica aplastante se impone.

Luz verde.

1923 es el código correcto.

Y la casa ahora es suya.

La familia Echevarría ahora es suya.

El Arquitecto ya ha diseñado la entrada. El siguiente paso es el interior. El mapa de acción, que ya tiene dos pilares básicos definidos. Se dirige directo a la habitación de invitados. Al sarcófago. Saca el cajón de la cama nido que no tiene colchón alguno debajo. Se mete dentro y lo cierra. Un hombre promedio, incluso corpulento, hasta cierto limite, entraría sin problemas. Abre desde dentro el cajón, primero con fuerza. Después más suave. Calcula el ruido que hace al rozar con el parqué. Repite una y otra vez.

No parece que vaya a tener que tratarlo. No suena casi. El sarcófago es perfecto. A veces no hay que darle más vueltas a las cosas. Lo simple pero eficaz, eso es lo que le gusta.

Baja al segundo pilar de su diseño. El sótano. La puerta interior que conduce a él tiene llave, pero está abierta. Igual que cuando hizo la primera incursión. Si no la echan un día cualquiera cuando van a comer, y tampoco cuando se van de vacaciones, es que no la cierran nunca. En cualquier caso, toma nota mental: mejor buscar la llave, que debe estar en algún cajón de la casa, y hacer una copia.

Baja al sótano, que es más un trastero que otra cosa. Un agujero abandonado de la casa. El armario de resina para las escobas y fregonas está ahí. No hay mucho más que ver. Pero lo importante, casi siempre, es lo que no se ve.

Se mete dentro. La posición no es la mejor para estar horas ahí metido. Eso es un problema. Pero el sótano es un trastero. Busca algo que le sirva. Hay un bidón de diésel de veinticinco litros vacío. Olvidado bajo una mesa y lleno de polvo.

Lo mete en el armario. Si te pones de lado, puedes sentarte sobre el bidón. Eso da un respiro a la posición.

Calcula el tiempo que se tarda en subir desde el armario al interior de la casa. En modo acecho y en modo emergencia. Y el ruido que se hace en ambos casos yendo con escarpines.

Resultado más que aceptable.

Anota que una de las escaleras de madera cruje. Pero nada grave.

Vuelve a dejar el bidón de diésel bajo la mesa y sube.

Saca una tanda extra de fotos a todo.

Necesita saber cómo está exactamente cada objeto. Y después empieza a buscar.

Cualquier elemento que le sirva o le dé información añadida. También la llave del sótano.

Horas después, El Arquitecto saldrá de allí con todo lo que necesita.

Pero todavía le quedan varios meses para poner la casa en venta.

Él trabaja así.

Cinco meses después

IP cambiante. VPN extranjera.

El Arquitecto comprueba que todo está en orden antes de bajar a bucear por las profundidades oscuras de la web. Antes de acceder al foro en el que se ha convertido en un mito.

Prepara el anuncio. Va a poner que la oferta es válida solo por una hora, aunque sabe que va a durar minutos. Su reputación le avala. Y como este encargo es especial, lleva meses sin conectarse. Sin ofrecer un nuevo acceso. Si su producto ya es exclusivo de por sí, esta vez lo es aún más.

Revisa y publica.

Nueva venta

Casa familiar/cuatro habitaciones

Acceso total y limpio/lista para entrar a vivir

1 noche

6000€

OFERTA SOLO VÁLIDA POR 1 HORA

Para el primero que haga transferencia.

Debajo del anuncio, como siempre, enlace a una de sus billeteras frías para recibir el pago.

Hace apuestas consigo mismo sobre cuántos minutos tardará la transferencia en aparecer.

Tres minutos.

Eso es lo que ha tardado el usuario Gorehound en transferir los 0,11 bitcoin a la dirección de la billetera.

—Adjudicado —le dice a la pantalla.

Gorehound, piensa.

No lo conoce, obviamente.

El Arquitecto nunca vende dos veces a la misma persona.

Y eso es precisamente lo que hace que todos quieran trabajar con él.

19

Día 3

20:38

Las calles parecen muy distintas. Más oscuras. Amenazantes.

Pero Arregi sabe que lo que ha cambiado es él. Camina cada vez más despacio. Aunque está decidido a hacerlo, el cuerpo se niega. Sus piernas detectan que están cerca. Ya ve la panadería. Un solo giro más, a una velocidad infinitamente inferior a la última vez que lo trazó cuando su coche corría desesperado surcando la madrugada.

El portal 6 se muestra.

La subida hasta el tercer piso es como escalar una montaña helada, el aire parece desaparecer con cada paso de ascenso. Pero no va a pararse.

Mendia tenía razón. Si quiere estar en este caso, no puede seguir perdido en el valle de Arratia, casi incomunicado. No es viable operativamente.

Excusas, Salvador, se dice. Solo buscas excusas para justificarte volver a entrar.

Y sin más, sin aire ya en los pulmones, cumple con su promesa y no se detiene, y abre la puerta del piso, que es la de su pasado con Anna y Astrid.

Los nombres son un puñal al costado que se remueve para desgarrar.

Arregi acusa el golpe nada más cruzar el umbral. Inspira con fuerza, mareado. Se apoya contra la pared del pasillo y se desliza

hasta quedar sentado en el suelo.

No calcula cuánto tiempo ha estado ahí hasta que se ha visto con fuerzas para reincorporarse. Su mente es un barco a la deriva que solo se estabiliza cuando piensa en una cosa. Cuando la reproduce como si casi estuviese ante sus propios ojos.

Un triángulo azul incompleto en uno de sus vértices.

Abre la ventana del salón. El aire entra gélido. Pero necesita ventilar.

De un hogar dramático salta a otro. Al de los Echevarría. Una conexión entre ellos. El triángulo. La carpeta que traía consigo, no sabe dónde la ha dejado.

La encuentra en el suelo del pasillo.

Recorre el resto del piso con ella en la mano. Menos una habitación. La de Astrid. Ahí no puede entrar. La deja sellada como una cripta y sigue hasta el cuarto de baño.

Se observa en el espejo. Se permite sentir el vacío de su mirada. Lo suficiente hasta echar mano del rotulador que lleva en el bolsillo. Del mismo modelo con el que tantas veces ha escrito en la pizarra de La Caja las claves de los casos que perseguía, solo que, en esta ocasión, es azul en vez de negro.

Con trazo decidido, dibuja un triángulo azul en el lugar del espejo donde antes se reflejaban sus ojos. Ahora el símbolo podrá mirarlo fijamente en todo momento.

La maquinilla de afeitar está en el mismo sitio donde la dejó hace un año. Tercer cajón. La conecta y empieza a cortar la barba con pasadas decididas, con el símbolo azul como testigo.

Cuando termina, vuelve a coger la carpeta y se dirige al cuarto vacío del fondo. Un lienzo en blanco esperando ser coloreado con una nueva vida que ya nunca podrá ser. Salvador arrastra hasta la habitación vacía una de las mesillas del salón. Y sobre la madera, abre la carpeta y esparce las fotos tomadas en la casa de la familia Echevarría. Las observa una y otra vez. Intenta reconstruir una escena imposible.

Su cerebro no está aún a pleno rendimiento. Funciona de modo distinto. Tiene las cicatrices todavía demasiado frescas. Eso lo sabe. Lo nota con dolorosa claridad. Por eso tendrá que esforzarse más.

Un recuerdo se le clava sin más. Demoledor. La canción de Rapunzel que siempre pedía Astrid.

Salvador rebusca en el armario del salón. Cuarto cajón. Una amalgama de cables de cargadores y accesorios. Pero lo encuentra. El altavoz portátil a bluetooth.

Lo conecta a su móvil y lo deja en el suelo de la habitación vacía.

Y *Forever Young* de Alphaville empieza a sonar a todo volumen. Igual que en la casa de los Echevarría. Como una burla macabra del destino.

Pero necesita revolcarse en ella.

Cierra los ojos y compone los detalles de la escena de la masacre en casa de los Echevarría en su mente.

Hay algo que sabe que está ahí, porque su maldita intuición de poli, la misma que le falló en el único momento que importaba, le grita.

El problema es que no puede verlo.

Abre los ojos y coge el rotulador azul. Allí no tiene su pizarra, pero no la necesita. Empieza a escribir sobre la pintura blanca de la pared.

La canción ha sonado tantas veces que serían incontables cuando, de pronto, se corta de cuajo por otro sonido. Un pitido agudo y constante.

***

Aitor Lasa lleva encerrado en La Caja horas. Desde que la comunicación con radio de la operación de seguimiento al Audi A3 de Unai Salcedo ha concluido.

Se siente culpable de haber metido a Arregi en un callejón sin salida.

Sabe que se precipitó y les dio la pista del coche que no era. Pero también está convencido de que puede solucionarlo. De que hay un compacto gris que tiene que estar ahí, camuflado de normalidad entre ese mar de coches de las cámaras.

Y va a encontrarlo.

Y cuando lo haga, llamará a Arregi antes que a nadie más.

Sí. Su principal error fue la precipitación. Empezar desde la hora clave proporcionada por la vecina, las 20:00 – 20:30 aproximadamente, y desde ahí tirar hacia detrás. El Audi apareció rápido, sospechoso, sí, a las 19:30. Y él se dejó seducir.

Tiene que seguir mirando más hacia atrás. Descontando horas y anotando posibles coches con un rastro mayor. Ya tiene un listado previo de las sesiones anteriores de vehículos que pueden encajar por características. Pero necesita algo más. Ya no hay margen de error. Sigue ampliando el cerco, para estrecharlo después.

Descuenta horas hacia atrás.

Y da con una clave. Da igual a la hora que la vecina lo viese, ya que ella estuvo la mayoría de la tarde fuera de casa, en el club de parchís. Si la masacre estaba planificada, ese coche podría llevar horas ahí antes de que sucediese.

Tantas como cuatro.

Lasa mira la captura de pantalla. 16:28 horas. Un compacto gris que sube hacia Artxanda. Lo añade a la lista cada vez más extensa. Y hace una primera comprobación con la matrícula. Está siguiendo ese embudo con todos los demás coches. Comprobación rápida y si no hay nada que llame la atención se va al cajón de reserva. Tiene varias carpetas, en función del grado de sospecha que pueda levantar los primeros datos ofrecidos por la matrícula.

El coche de las 16:28 horas es un Seat León.

Lasa mete en la base de datos su matrícula, como con el resto, casi como algo rutinario. Pero cuando ve lo que refleja la pantalla, la respiración se le corta un segundo más de lo normal.

Revisa los datos y los contrasta. Está en alerta máxima. Tiene que avisar de inmediato.

Pero al primero que llama es a Arregi.

Como en los viejos tiempos.

Se lo debe.

***

Arregi deja de escribir en la pared y mira el teléfono móvil, que suena sin parar, y le ha sacado de su trance.

Son las 23:02. Y quien llama es Aitor Lasa.

Lo coge y escucha sus explicaciones.

—Voy para allá —dice.

Salvador Arregi da un último vistazo a las primeras inscripciones a rotulador azul sobre la pared blanca. Y sale corriendo rumbo a La Caja.

20

Día 4

00:09

La Caja está en silencio.

Solo el zumbido constante del fluorescente, que inunda la estancia con esa luz blanca tan aséptica, contrasta con la suciedad que siempre ha imperado allí. Una suciedad que ellos insisten en intentar borrar, pese a que sea imposible.

Aitor Lasa alza la mirada del portátil cuando escucha la puerta abrirse.

Arregi no dice nada. Solo deja la chaqueta sobre la silla que ahora es suya, y se queda de pie.

—Espinosa me dijo que descansase. —Lasa ya teclea en el portátil—. Pero creo que esto no podía esperar.

Arregi se acerca despacio.

—¿Qué tienes?

Lasa gira el portátil. En la mitad de la pantalla se ve una matrícula y datos del propietario. En la otra, un coche.

—El compacto gris no era el Audi. Era este. Seat León FR, de tercera generación. Me equivoqué. —Lasa mira a Arregi y hace una pausa—. Lo siento, Arregi. Os metí en un lío. Te metí en un lío.

Arregi hace un gesto con la mano, aparta la disculpa del otro y se acerca más a la pantalla.

—¿Por qué estás tan seguro de que este sí es? —pregunta mientras lee los datos del propietario.

—Es de Logroño.

—Logroño —lee Arregi al mismo tiempo que Lasa lo menciona.

—Sí, eso es. ¿Qué hace un coche de Logroño que coincide con la descripción de una testigo, subiendo a Artxanda justo horas antes de los asesinatos? Eso es lo que me pregunté al verlo —dice Lasa.

—Sí. Es justo lo que yo me estaba preguntando ahora. —Arregi entrecierra los ojos y mira el coche como si pudiese ver al conductor en esa bola borrosa que debe ser su cabeza—. ¿Hora?

—Subió a las 16:30. Por eso no lo detecté antes; me centré en las horas inmediatamente anteriores al crimen. Cuanto más retrocedía, más vehículos de esas características se acumulaban. Gris y compacto: no es la descripción más precisa del mundo.

—¿Y la bajada?

—A las 02:17.

—Encaja.

Lasa asiente.

—Encaja más de lo que piensas. Hay otra cosa…

Arregi observa a Lasa. Tiene los ojos muy abiertos. Pero la mirada parece inexpresiva, difícil de descifrar. De no conocer y admirar a ese hombre, Lasa tendría miedo de ella.

—¿Te acuerdas de que, en la anterior reunión de equipo, Ibarra habló de un observador en las redes sociales de Markel Echevarría? Marcos L. o marcos_tech. ¿Que los informáticos dijeron que parecía ocultar sus pasos cambiando las direcciones IP y utilizando VPN distintas?

—Sí, lo recuerdo. Pero no soy ningún experto en estos temas, Lasa. Suéltalo.

—¿Te acuerdas de que mencionó que habían encontrado una conexión sin VPN? Muy breve. De unos treinta y siete segundos.

—Suéltalo, Lasa, joder.

—Fue como un descuido mínimo. Supongo que ni se daría cuenta. De todos modos, solo estaba mirando redes sociales… La cuestión es que, durante ese intervalo de treinta y siete segundos, Marcos L. estuvo conectado sin rebotar las IP. Es decir, conexión directa. Sin máscara. Desde el lugar en el que estaba.

Arregi no entiende tanto como Lasa sobre IPs o VPNs, pero sí sobre patrones delictivos. Ya sabe lo que va a decir antes de que el joven agente remate su intervención.

—Marcos L. estaba conectado desde Logroño.

Arregi va hacia la pizarra y anota matrícula, datos de identidad y dirección. Es desahogo más que necesidad.

Lasa sigue hablando.

—Los de delitos informáticos me han confirmado que esos segundos de vacío de VPN situaban la conexión en Logroño. Ha sido cuando vosotros estabais en el operativo del Audi. En un principio, ese dato, por separado, le descartaba como sospechoso más que lo contrario. Un observador de Logroño… Pero ahora, con este coche también de Logroño… El patrón se refuerza… Ya sabes…

Pero Arregi ya no le escucha.

Los puntos ya están unidos. Esta vez no hay fallo. Las casualidades así no existen en su mundo. Y ahora está hambriento. Siente un impulso casi irrefrenable de coger su coche e ir el solo hasta esa dirección que acaba de tatuar en la pizarra.

Pero se fuerza a respirar cuatro veces.

—Hay que avisar a Espinosa. —La voz sale muy baja—. Ya.

—Sí. —Lasa se levanta y se acerca a Arregi—. Dale tú el aviso. Lo hemos encontrado entre los dos.

Al ego de Arregi le hubiese dolido esa compasión. Pero eso sería en el caso de que sintiese algo. Esas minucias para él ya no existen.

Se limita a poner una mano en el hombro de Lasa a modo de agradecimiento.

Y llama a Espinosa.

—Sí. Es urgente. En La Caja. Lasa lo ha encontrado, él solo, el muy cabrón no descansa. Tenemos el coche y a Marcos L. Comparten dirección. Hay que montar el operativo ya.

21

Día 4

1:55

Madrugada cruda. Dos vehículos de la Ertzaintza avanzan por la AP-68 separados por cien metros exactos. Velocidad sostenida, sin luces ni sirenas; se dirigen con determinación hacia su destino: Logroño.

Dentro del coche 1, Espinosa y Arregi acompañados por un silencio tenso. En el 2, Mendia e Ibarra.

La radio del coche 1 emite. Es Lasa, que coordina desde La Caja junto con dos agentes de delitos informáticos.

—IP triangulada. Confirmada. Registro del vehículo validado. Dirección exacta en Logroño también. Vive solo.

El silencio vuelve a ocupar la atmósfera del coche. Solo ruido de motor y agua contra el parabrisas. Ha empezado a llover.

—¿Última conexión? —pregunta Arregi.

Se escucha vagamente el sonido de las teclas.

—Hace doce minutos. Y ahora se ha vuelto a conectar.

—¿Con VPN? —pregunta Arregi sin tener aún del todo claro el concepto.

—Ahora mismo sí. Pero la última conexión limpia fue hace menos de una hora —dice Lasa.

Arregi comprende lo justo para orientar la pregunta hacia sus intereses operativos. En ese terreno, él domina.

—Es posible que esté eliminando datos, ¿verdad, Lasa? Que los de informática lo confirmen. ¿Existe riesgo de destrucción de

pruebas?

Hay unos segundos de espera.

Espinosa mira a Arregi antes de volver a centrarse en la carretera.

—Sí —contesta Lasa—. Podría ser. Los de informáticos lo confirman.

—Perfecto —Arregi salta al segundo—. Decírselo al juez. ¿Cómo va lo de la orden?

—Estamos en ello. El juez de guardia está tramitando auto de entrada y registro. Pero estamos esperando. Garmendia está de una mala hostia de cojones...

Espinosa niega con un gesto mínimo y acelera un poco más.

—Pues que añada también destrucción de pruebas, a ver si se decide de una puta vez —Arregi eleva el tono.

El pie taconea incontrolable sobre la alfombrilla. Como una escena que se repite.

Espinosa cierra la conexión de radio. Quiere que, por un momento, la conversación sea solo de dos.

—Lo de la huerta. No se va a repetir, ¿verdad? —dice mirando a Arregi.

Pero Arregi no le devuelve la mirada. Tiene la cara casi pegada a la ventanilla lateral, por donde caen ríos de agua.

—Esta vez no hay fallo posible, Espinosa. Es él.

Espinosa vuelve a encender la radio.

La conexión emite estática durante varios minutos interminables. Están cada vez más cerca, pero hay escollos más fuertes que la distancia física. En su mundo, la acción no es solo identificar al malo y destruirlo. De ser así, todo sería mucho más sencillo.

—Estoy con el juez y con el comisario Garmendia —la voz de Lasa en la radio eleva la tensión cuatro escalones más—. El juez

quiere saber si la entrada es en condición de sospechoso por el homicidio, o por el secuestro.

—Joder, las dos cosas, ¡coño! —grita Espinosa.

—Secuestro —dice Arregi—. Secuestro de menor en curso. Posible riesgo vital. Sospechoso identificado. Dile eso.

Hay una pausa larga.

Espinosa vuelve a hundir un poco más el pie en el acelerador. No es consciente del gesto.

En el coche 2, ni una sola palabra desde hace minutos. La espera de las conexiones de radio clavándose como agujas.

—¿A qué espera para firmar la orden? Estamos hablando de una niña —suelta Mendia de repente.

Ibarra conduce mirando al frente, inexpresiva.

Y entonces, la voz de Lasa vuelve a retumbar escupida por la radio en ambos coches.

—El juez quiere confirmar si hay indicios claros de que la menor pueda estar ahí.

Es Arregi el que contesta. Lo hace con voz pausada, pero firme. Su pie se mueve furibundo al mismo tiempo.

—Dile que, si esperamos, puede que ya no vuelva a estar ni en ese piso, ni en ningún lado nunca más.

El silencio dejado tras esa última afirmación es distinto. Más oscuro. Por lo dicho, y, sobre todo, por quien lo dice.

Es como si las respiraciones hubiesen quedado en suspenso.

La radio emite.

—Está firmando el auto urgente de entrada y registro. Tenéis luz verde. Repito, luz verde.

Lasa corta.

Y ya nadie necesita decir nada más. Ahora están solo ellos y el monstruo.

Queda media hora escasa para llegar a la dirección.

Demasiado cuando cada segundo pesa como una vida que se escapa. Al menos así se vive dentro de la mente de Salvador Arregi.

LOGROÑO 3 KM.

El cartel les avisa de lo que ya saben.

No queda nada.

Es el momento en el que la conexión de la radio vuelve a informar de voz de Aitor Lasa.

—Hemos coordinado el soporte de la Nacional de Logroño. Dos patrullas uniformadas y un equipo con ariete ligero. Os esperan a cinco minutos del domicilio.

Ya están en las tripas de la ciudad. Unas pocas calles los separan. Las luces azules de la Ertzaintza tiñen la madrugada logroñesa.

—El objetivo se ha desconectado otra vez —dice Lasa por radio —. Ahora mismo no hay tráfico saliente.

—Está borrando —Arregi lanza con precisión la daga a donde le conviene.

—Puede ser, sí —contesta Lasa.

Espinosa pisa un poco más el acelerador. No mucho. Solo lo justo.

Las pulsaciones empiezan a subir, muy despacio al principio, soportando la mentira de quien cree que controla la situación con solvencia. Y desbocadas después, cuando ven el Seat León FR gris aparcado apenas unos metros antes de llegar a destino.

La Nacional de Logroño ya se ha acoplado tras ellos en silencio. Como si formasen el mismo equipo desde siempre.

Es precisamente uno de los agentes de la Nacional quien llama a un número cualquiera del portero automático del portal. A uno cualquiera, menos al 3B.

La respuesta tarda en llegar. Son las 2:48 de la madrugada.

—Policía Nacional. Abra la puerta.

Ya están dentro.

Las armas enfundadas pero preparadas. Como las intenciones de algunos de quienes suben por las escaleras.

—3B —dice Espinosa con voz baja mientras acompaña con un gesto con la mano la orden táctica.

Arregi va en primer lugar. Nadie sabe bien cómo ni porqué, pero se ha incrustado ahí. Espinosa está junto a él, les siguen los uniformados de la Nacional, entre medias de la otra parte de la DIC, Ibarra y Mendia, que van en la retaguardia.

Espinosa y Arregi están frente a la puerta. Un agente de la Nacional junto a ellos, con el ariete ligero. Detrás, en una hilera en las escaleras, el resto.

Una señora aparece desde el rellano del segundo piso.

—Señora, esto es un operativo, métase en su domicilio, por favor —dice Maialen Mendia.

Arriba, Espinosa ya ha llamado al timbre. Una, dos, tres veces.

Sin respuesta.

Cuarto timbrazo. Golpes con el puño en la puerta.

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

—¡Policía!

Sin respuesta.

Arregi mira a Espinosa. Es un momento breve, casi un instante en el que se dicen muchas cosas.

Espinosa niega.

Arregi se abalanza sobre la puerta y pega el oído a la madera.

—¿Oís eso? He escuchado algo. Y huele a quemado, ¿verdad?

—Sí, lo he oído —confirma Espinosa, que no ha escuchado absolutamente nada.

—¡Está borrando pruebas! ¡Hay que entrar! ¡Hay que entrar!

El agente de la Nacional que porta el ariete ligero mira a sus compañeros. Pero no recibe nada más que miradas de duda.

Arregi se gira hacia él.

—Ya sabe que estamos aquí. Estamos perdiendo segundos valiosos, joder. O lo haces tú o lo hago yo. Elige, pero rápido.

El Nacional no puede creer la mirada que le lanza ese compañero de la Ertzaintza. No parece policía. Se comporta como algo distinto.

Más miradas. Alguien asiente. Confirmación.

—Entramos.

Golpe a la altura de la cerradura. Un marco que llora en un crujido. Segundo golpe directo a la zona tocada. Tercero. Cuarto. La puerta cede. El interior sagrado del piso queda violado y expuesto. La luz del portal entra por la puerta antes que nadie más.

Ilumina la oscuridad absoluta.

Las linternas tácticas alumbran el pasillo.

Espinosa se ha adelantado a Arregi para protegerle quitándole el primer lugar. Pero solo ha conseguido ponerse casi en paralelo a él. Ahora sí, Mendia e Ibarra pasan delante de los agentes de la Nacional y entran en el piso junto con Arregi y Espinosa.

Ruido de pisadas de botas en el parqué. Respiraciones que intentan mantener el control, pero suenan como jadeos animales. Las armas en alto.

Arregi zozobra contra recuerdos de pasillos, armas en alto y menores en riesgo. Pero se mantiene. Empuña su vieja Heckle con más saña de lo que hacía antes. En un pequeño gesto que significa todo.

Y de repente, la luz del pasillo se enciende.

Las armas siguen apuntando.

Las consignas de siempre resuenan por las paredes del piso.

—Manos en alto. No se mueva. Quieto.

Un hombre ha salido por la puerta de una de las habitaciones. Y se ha parado frente a ellos, en pijama y con una bata abierta. Alza las manos.

No parece suponer amenaza física alguna.

Arregi mantiene el arma en alto, apuntando mucho más arriba de lo que debería.

Espinosa, a su lado, lanza consignas protocolarias y se acerca poco a poco al sospechoso.

Los agentes de la Nacional ya se dispersan por la casa junto con Mendia e Ibarra, para inspeccionar cada rincón.

—Identifíquese —grita Espinosa, que lleva las esposas colgando de una de las manos con las que sujeta su arma.

Arregi también se acerca.

El hombre del pijama y la bata no contesta.

—Sergio Luján —dice Arregi.

Se oye ruido de cajones abriendo y cerrándose con violencia.

—¡Dormitorio uno limpio!

Mesas que se arrastran.

—¡Cocina limpia!

Puertas que golpean contra la pared al abrirse.

—¡Cuarto de baño limpio!

—¡Aquí hay algo quemándose! —La voz del agente de la Nacional llega desde la habitación de la que ha salido el sospechoso.

Mendia e Ibarra entran corriendo.

En una papelera metálica, algo ardía. Han logrado apagarlo. Ahora solo quedan restos. Hay varios ordenadores. En una de las pantallas, una ventana sigue abierta. Fondo negro y letras verdes. Parece un navegador extraño. Un disco duro parpadea conectado a un portátil sobre el escritorio.

—¡De rodillas, joder! —grita Espinosa.

Arregi ve al sospechoso obedecer y a Mendia salir de la habitación, a su espalda.

—Estaba quemando cosas en la papelera —dice Mendia—. No queda apenas nada, pero parecen fotos del interior de una casa. Tiene un arsenal informático ahí dentro. Que vengan los informáticos ya. Parece que estaba borrando algo…

Espinosa le pone las esposas.

Está informándole de que queda detenido con todos los formalismos habituales, pero Arregi no escucha nada, solo mira a la cara a Sergio Luján.

Entonces llega el otro grito.

Y ese, Arregi sí lo escucha con total nitidez. Lo recibe como un golpe cruel.

—¡Aquí no hay nadie más! ¡No hay nadie! ¡Ni rastro de la menor! —grita uno de los policías nacionales.

Arregi vigila que los nacionales no estén en el pasillo. Que nadie más que Espinosa y Mendia lo vean. Y se acerca hasta Luján.

Pasa rápido.

Le empotra el cañón de la Heckler bajo la barbilla.

—¿Dónde está la niña, hijo de puta?

No hay respuesta más allá de unos ojos muy abiertos que expresan algo que nadie sabe.

Espinosa agarra del antebrazo a Arregi y le aparta.

—¡¿Dónde está la niña, hijo de puta?! ¡¿Dónde está la niña?! —grita Arregi mientras Espinosa lo aleja.

Sergio Luján no dice nada.

Solo mira a Arregi.

Arregi, que arde en un fuego mucho más abrasador incluso del que muestra. Que hace un esfuerzo inhumano por recordar el triángulo azul. Su motivación. Lo único que le mantiene a flote. Lo único que hace que se deje llevar por Espinosa, en vez de soltarse y

arrancarle de cuajo con sus propias manos la cabeza a ese monstruo de pijama y bata arrodillado en el pasillo de un simple piso cualquiera.

Un monstruo que, por primera vez, desde que han irrumpido en su fortaleza, habla.

—Os habéis equivocado —dice—. Yo no tengo a ninguna niña.

22

Día 4

Sala de interrogatorios 2

7:36

La habitación es demasiado pequeña para todo lo que ha ocurrido esa noche.

Una mesa metálica. Dos sillas rígidas. Un fluorescente blanco que zumba en el techo, pervirtiendo el silencio de la espera.

Las salas de interrogatorios están diseñadas para que nadie se sienta cómodo.

Aunque hay algunos que son insensibles a esas cuestiones.

Y Sergio Luján es uno de esos.

Lleva veinte minutos en el interior de esa cápsula áspera. Sin emitir ni media queja. Aguardando con calma, esposado al aro de la mesa. Viéndole ahí, no parece alguien peligroso. Solo un hombre que ha tenido una mala noche.

Pero Arregi sabe que tras esa apariencia hay veneno. A él no puede engañarle. Respira hondo dos veces y abre la puerta de la sala de interrogatorios 2. El resto del equipo espera fuera, tras el falso cristal.

Esta vez ni siquiera ha tenido que pedir hacerlo él. El liderazgo de Salvador Arregi en la DIC parece tener su propio campo gravitatorio. Se impone por fuerza natural.

Nadie lo comenta, pero todos lo notan.

La silla suena con más fuerza de lo normal cuando Arregi la arrastra para sentarse. Lleva una carpeta en la mano. Da tres golpes con el canto de cartón sobre la mesa, recolocando las cosas. Y después la deja apoyada. Busca con la mirada a Sergio Luján, pero en sus ojos solo encuentra un vacío que le es familiar.

—Mírame. Pero de verdad. Aterriza. Y mírame. —Arregi se inclina sobre la mesa, tapando casi por completo el dosier, y acercándose más a esos ojos marrones tan comunes como el resto en ese hombre—. Estás jodido.

Arregi vuelve a su posición inicial y abre la carpeta. Expone sobre el frío metal varias hojas.

—Tenemos todo. Los fragmentos de fotos y de lo que parece un plano de la casa de los Echevarría. Hemos reconstruido lo que intentabas quemar cuando entramos a por ti. En tu piso también se encontró un cuchillo de caza. El forense dice que encaja con las heridas de las víctimas. También hallamos un navegador Tor abierto, preparado para entrar en la web profunda. Así como un disco duro que estaba procesando lo que creemos que es otro borrado de pruebas. Los informáticos están analizando todo a fondo ahora mismo. Pero lo que tenías enterrado en esos ordenadores… en fin…

Sergio Luján mira las hojas de la mesa y después a Arregi. Pero permanece en silencio.

—La cuestión es que de aquí ya no vas a salir. No te salva ni un milagro. Olvídate. Así que tu mejor baza es cooperar. De eso puede depender dónde y con quién acabes encerrado. Y créeme, de un sitio a otro, cambia mucho la película.

Arregi recoge los papeles y los vuelve a guardar. Después se levanta de la silla, y camina muy despacio hasta estar a la altura del interrogado.

Sergio Luján se pone rígido de golpe. Percibe algo en ese policía que no le gusta. Algo fuera de lugar. Algo oscuro. Eso las personas como él lo identifican bien.

Frente al cristal, Espinosa también se tensa.

Mendia le mira.

Ibarra está expectante.

Arregi se acerca un poco más a Luján. Empieza a hablar, en el tono exacto de voz que permita que en la grabación no se escuche del todo bien.

—Si no me hablas, me voy a encargar de que acabes en un agujero de los malos. Entre tú y yo. No vas a durar ni veinte minutos. No es lo mismo matar a gente indefensa que caer en el módulo equivocado. Todavía no me queda claro cómo lo hiciste, si te soy sincero. Nada claro. Se que hay algo más ahí que no… que no cuadra… que no termino de ver. Eso me está volviendo loco. —Lo último sí es ya solo un susurro—. Estoy rabioso

Arregi se separa de Luján.

Vuelve a hablar alto y claro mientras recorre muy despacio la distancia hasta el lado opuesto de la mesa.

—Los expertos en perfiles psicológicos dicen que, aunque es pronto para sacar conclusiones, es como si, en el fondo, quisieras ser descubierto. ¿Por qué guardar si no todas esas pruebas? —Arregi hace una pausa mientras toma otra vez asiento en su sitio—. Yo no lo tengo tan claro. Hay algo que no encaja con eso. La planificación. La manera de entrar en esa casa como una sombra que atraviesa paredes. Eso no es del perfil de persona que guarda trofeos y anhela que algún día le cojan. No… Algo no encaja en esta historia. Y tiene pinta de ser una historia interesante. ¿De verdad no quieres contarla?

Arregi presiona el lado narcisista del psicópata iniciado que tiene delante.

—¿De verdad no quieres contarnos tu historia, Sergio?

Y de pronto, clic. Hay algo que cambia en esa mirada. Arregi lo percibe. Ha tocado la tecla adecuada.

—Yo no soy Sergio. Soy Gorehound.

Ya está.

Le tiene donde necesitaba.

—Cuéntame tu historia, Gorehound. Pero empieza por la niña. La niña es lo más importante ahora. Dímelo, ¿dónde está? —Arregi hace una pausa—. ¿Está aún viva?

Gorehound niega con la cabeza.

—No lo sé…

Arregi cierra el puño y reprime en el último segundo el impulso de reventarlo contra la mesa.

—Tienes que saberlo —dice sujetando el tono y la pose—. ¿Está viva Nahia Echevarría?

—Te lo he dicho antes en mi piso. Parece que no me escuchas. Os estáis equivocando. Yo no sé dónde está la niña. —A Sergio Luján le tiembla mínimamente la voz, por mucho que se enfunde el traje de Gorehound.

—i¿Y cómo es eso posible?!

Arregi se enciende. Hay cosas que no se pueden controlar. Bucea en los ojos apagados de Gorehound, que tarda una eternidad en responder.

—Yo solo pagué por una noche —dice al fin. Su voz suena ahora limpia, serena; ha empezado a liberarse—. La niña formaba parte del alquiler, pero, por lo visto, con reglas especiales —añade con una tranquilidad pasmosa.

Arregi está mudo. Le gustaría poder mirar al cristal. Conectarse con sus compañeros, sobre todo con Mendia. Ese pensamiento le viene como un fogonazo inesperado. Su cabeza funciona a mil por hora, como en los buenos tiempos.

Empieza a entender ese «algo» sucio que estaba ahí desde el principio, en la escena de la masacre de la casa de los Echevarría. Lo que no encajaba.

Y Gorehound vuelve a golpear.

—Se pensó desde el principio que yo era un idiota… Me la quiso jugar desde el primer momento… Se pensaba que no me daba

cuenta…

Gorehound levanta la mirada de la mesa y busca a Arregi.

—No estaba borrando nada en ese disco duro. Esa es otra cosa en la que os equivocáis… Es justo lo contrario. Lo estaba recuperando.

Arregi tiene que hablar. No puede pararse a pensar, aunque es lo que le gustaría. Porque acaba de colocar esa pieza extraña en un puzle todavía demasiado difícil. No es un caso de un solo asesino.

—¿Qué recuperabas? ¿Quién te tomaba por idiota? ¿Tiene esa persona a la niña?

—Por idiota, sí… Pero soy más listo de lo que pensaba. Había reglas. Pero solo para los demás, claro… Si yo caigo, él también.

—¿De quién hablas? Dímelo, Gorehound. Hazle caer.

—En esta historia no hay nombres. Por eso yo soy Gorehound. Porque él es...

El sospechoso esboza una leve sonrisa. Se queda suspendido un instante antes de pronunciar el nombre que se lo ha dado y arrebatado todo al mismo tiempo.

—El Arquitecto. Él es El Arquitecto.

SEGUNDA PARTE

23

Día 4

Sala de interrogatorios 2

9:48

La luz fluorescente cae sobre la sala con el pulso de una agonía; así se siente el paso del tiempo allí dentro. Sobre el metal de la mesa aún quedan los cercos de un vaso de agua que alguien dejó horas antes y que nadie llegó a beber.

Gorehound está sentado en la misma posición. Con las manos esposadas al aro de acero y la mirada perdida en algún punto indefinido de ese surco húmedo.

No parece cansado pese a llevar sin dormir al menos una noche entera.

Tras el falso cristal, Mendia observa.

—No se mueve —murmura.

Espinosa tampoco aparta la vista.

—Los de su perfil aguantan bien —dice el inspector jefe—. Cuando sienten que alguien los escucha, se crecen. Al fin tiene el protagonismo que lleva toda la vida esperando.

Helena Ibarra está de brazos cruzados. Se ajusta el moño por enésima vez antes de hablar.

—Pues que se crezca más rápido. Llevamos siete horas desde que le hemos detenido y seguimos sin saber dónde está la niña.

Nadie responde a eso.

Lasa aparece con una bandeja en la que trae vasos de plástico llenos de café de La Caja. Es decir, otra tortura añadida al resto.

Al otro lado del cristal, se libra la batalla real.

Arregi permanece a solas con él. Sabe que han entablado una relación de confidencia que no conviene romper. Él y el monstruo: la historia de su vida.

El interrogatorio se ha parado hace varios minutos. Gorehound se ha cerrado en banda. Y Arregi gestiona con tiento. Forzarle no sirve. No quiere estropear el punto al que ha conseguido llegar. Aunque la cabeza le arde en una mezcla de rabia contenida, desesperación y cansancio. Lo prefiere así. Es un anestésico de un dolor mucho peor.

Salvador se apoya contra la pared con los ojos cerrados, pero no descansa; aprovecha la pausa para recomponer las piezas del puzle.

Las piezas empiezan a encajar de un modo que no le gusta.

La casa sellada y sin forzar.

La planificación.

Las reglas.

Y la frase. «Yo solo pagué por una noche».

Pero, por encima de todo eso, está lo que aún no ha preguntado. Eso es lo que le perturba de verdad.

El triángulo azul.

El sonido de la silla arrastrándose hace que Sergio Luján levante la mirada por primera vez desde no sabe cuánto.

Vuelve a ser Gorehound.

Arregi le habla primero con los ojos. Después vuelven las palabras.

—¿Te gusta el silencio?

—Me gusta cuando la gente cree que lo está controlando —contesta Gorehound.

—¿Como El Arquitecto creía controlarte a ti?

Gorehound ladea la cabeza. Y vuelve a bajar la mirada al surco de la mesa.

—Antes has dicho algo interesante —vuelve a hablar Arregi—. Que solo pagaste una noche. Explícamelo.

La mirada arriba otra vez. Pero Gorehound mira a Arregi de un modo distinto. Hay un brillo en sus ojos. El de un niño que recuerda con nostalgia un juego ya concluido que nunca podrá volver.

—Yo no elegí la casa. No elegí nada. Solo compré lo que vendía un anuncio. Precio y condiciones cerradas.

—Un anuncio de El Arquitecto —Arregi no pregunta, afirma.

Gorehound asiente.

Arregi apoya lentamente los antebrazos sobre la mesa.

—Quieres que El Arquitecto caiga, ¿no? Pues cuéntamelo desde el principio. Como si nos sobrase un tiempo que no tenemos.

Gorehound respira hondo. Los ojos se mueven hacia algún punto del techo. Durante un momento parece viajar de vuelta a otra parte. A un lugar muy lejos de esa sala.

—Todo empezó en un foro. Creo que él pensaba que yo era un novato. Pero lo controlo mucho mejor de lo que imaginaba. Y por supuesto sabía quién era El Arquitecto. En ese submundo es un personaje bastante conocido, aunque nadie lo conoce en realidad. Todo el mundo sabe que nunca trabaja dos veces con el mismo. Colgó el anuncio y yo fui el primero en pagar.

Arregi sabe que debe excavar el rastro de ese foro. Pero también necesita avanzar rápido al punto más urgente. La niña. Imagina a Lasa detrás del cristal tomando nota de la parte técnica.

—¿Me estás diciendo que puso a la venta la entrada a esa casa?

—Exactamente eso. Se llama así porque diseña entradas limpias e impunes. El Arquitecto.

—Entonces tú pagas el primero y compras el acceso que él ha preparado.

Gorehound asiente.

—¿Y después?

—Empezamos a jugar según sus reglas.

—¿Cómo es ese juego según sus reglas?

—Un solo contacto previo. Él elige el sitio y la hora, y tú haces exactamente todo lo que te dice. Y ahí, en esa primera y última quedada, te explica el resto de sus reglas.

Arregi se agarra los puños y coloca el mentón sobre ellos. Frunce el ceño ligeramente.

—¿Cuándo y dónde fue ese primer contacto?

—Hace unas dos semanas. Poco antes del acceso.

Gorehound hace una pausa. Por primera vez desde que empezó el interrogatorio, sonríe.

—En un sitio donde el mar no es azul en enero.

24

Gorehound

El mar en enero no es azul. Es una masa gris que respira hondo y escupe espuma contra las rocas, como si ansiara tragarse la costa entera.

Sergio Luján lo contempla mientras el coche devora los últimos metros hacia el aparcamiento.

El aparcamiento de Pobeña está casi vacío. Dos coches dispersos, demasiado separados entre sí. El viento arrastra arena y sal. Apaga el motor y durante unos segundos se queda inmóvil, con las manos aún apoyadas en el volante. El parabrisas empieza a empañarse rápido. Fuera hace un frío helador, pero él está sudando.

Revisa el móvil.

Sin mensajes nuevos.

Solo las últimas instrucciones, ancladas en la aplicación de notas.

Aparca en Pobeña.

A la izquierda del aparcamiento grande hay unas escaleras de piedra.

Sube.

Una vez arriba, camina hacia Kobaron. De todos modos, solo hay una dirección posible. No hay pérdida.

Avanza sin mirar atrás hasta que me veas. Estaré apoyado sobre la barandilla mirando al mar. No te preocupes, sabrás que soy yo.

Solo ponte junto a mí, apoyado en la barandilla y mirando al mar.

Sergio Luján lee las instrucciones por última vez. Lo ha hecho en voz alta sin pararse a pensarlo. La mano me tiembla ligeramente cuando presiona la llave y cierra el coche. El frío, se intenta convencer, mientras ya busca las escaleras.

Ha pagado.

0,11 bitcoin que no tienen reembolso.

Comienza un ascenso de unos cien escalones como mínimo. Al principio, más anchos, que requieren dos pasos y zancadas amplias, y más estrechos en la parte alta. Un cuchillo que se afila.

El viento es más fuerte arriba.

El camino único es angosto. A un lado, el mar. Al otro, la ladera. No hay atajos. No hay desvíos. Es una guía directa hacia el destino.

Cuenta los pasos, aunque no se lo hayan pedido. Eso es cosecha propia.

Ciento diecisiete.

Y entonces lo ve.

Un hombre apoyado en la barandilla, de espaldas, mirando el horizonte.

No hay nada especial en él. Abrigo oscuro. Botas. Cabello corto. Normalidad absoluta. Precisamente por eso, Sergio sabe que es él. Pero ya no es Sergio Luján. Es el momento de enfundarse la careta viscosa y macabra de Gorehound.

El hombre no se gira. Ni siquiera cuando el crujido de la grava delata su presencia a apenas dos metros hasta su encuentro.

Gorehound ralentiza sus pasos, intentando disimular la tensión. Sin mediar palabra, se apoya en la barandilla y clava la vista en el horizonte, imitando la postura del otro.

Durante diez segundos eternos, solo existen sus cuerpos alineados y el rugido del Cantábrico golpeando el acantilado.

—¿Has borrado las conversaciones del chat privado del foro? ¿Y eliminado todo el rastro de nuestra comunicación, tal y como te dije?

El Arquitecto habla con la mirada fija en el horizonte, inmóvil.

—Sí —contesta Gorehound.

—Pues yo no.

El golpe es limpio. Directo.

Gorehound intenta asimilarlo. Mantener la compostura. Porque ha comprendido, en el acto, que no hay marcha atrás para él. Que, si algo sale mal, está enganchado en una telaraña que no ve.

El Arquitecto da un vistazo más a algún punto de ese infinito gris que se abre a sus pies. Y se gira. Despacio.

Gorehound ve el rostro del mito por primera vez.

No hay nada reseñable en él. Nada que llame la atención. Ni siquiera un rasgo que aporte carácter.

Y eso es justo lo más inquietante.

—Hay reglas. —El Arquitecto vuelve la vista al agua—. Y debes cumplirlas a rajatabla si quieres que todo salga bien. La primera: nada de contacto previo con las víctimas. A los de tu perfil os encanta observar antes, fantasear. Lo entiendo, es parte del juego. Pero no puede ser. No cuando compráis un acceso mío. Cero contacto previo. Y cero, es cero. Nada de mirar redes sociales y demás historias. Esa es la primera regla. ¿Entendido?

El Arquitecto vuelve a girarse para mirarle. Respira con suavidad, pese al viento gélido que les apuñala la piel del rostro.

—Necesito que lo digas.

—Entendido —contesta Gorehound.

—Segunda regla. Has pagado por una noche. Acceso a cuatro habitaciones. Entras conmigo. Te dejo el terreno preparado, y desde ese momento tienes cinco horas. Ni una más. Cuando termines, sales, conectas la alarma y cierras la puerta con llave. Yo ya me habré ido antes. Puedes hacer lo que quieras, menos matar. Matar, no. No por ese precio, obviamente. Esa es la tercera regla. Y recuerda, si la cosa se desmadra mucho o dejas rastros…

Sí, si pasa eso, la cosa apunta a mí, piensa Gorehound. No hace falta que lo diga.

—¿Entendido?

—Entendido.

—Cuarta regla. No vamos a tener más comunicación directa que este mirador. Hoy vamos a fijar una fecha en la que te daré el acceso. Y ese mismo día, quedaremos aquí, justo en este mismo sitio, para ir juntos a la casa.

—Entendido.

—Bien. —El Arquitecto vuelve a mirarle, y esta vez, sonríe—. ¿Qué día te vendría bien? Tú eres el cliente. Dime tus preferencias y yo lo evalúo con la información que manejo.

Gorehound se queda pensando. No imaginaba ese escenario.

—Si puedo elegir. Fin de semana. Viernes o sábado —contesta.

—Interesante. —El Arquitecto vuelve al mar, se queda unos segundos en silencio—. Viernes. Viernes es perfecto. Los miércoles y los viernes la vecina de al lado sale toda la tarde. La vieja está fuera desde las cuatro hasta las ocho. ¡Adjudicado!

Gorehound se queda pensando. Pero no sabe si decirlo o esperar. El Arquitecto resuelve su duda antes.

—¿Quieres entrar en alguna semana concreta? ¿Quieres esperar un poco o…?

—Cuanto antes —contesta Gorehound, con un tono más seco del que pretendía.

El Arquitecto no se gira esta vez, solo le mira de reojo. Esa respuesta le ha dicho cosas, tanto en forma, como en tono.

—Viernes día diecisiete. A las tres del mediodía aquí, en este mismo sitio. ¿Entendido?

—Entendido.

El Arquitecto le extiende la mano.

Gorehound corresponde.

—Un placer hacer negocios contigo.

El Arquitecto lo dice mientras saca un sobre del bolsillo derecho del abrigo.

—Toma, guarda esto. Son unos planos en papel y fotos de cada estancia de la casa. Apréndetelo bien para cuando entremos. El plan de acción es sencillo, pero mejor empaparse de ello.

Gorehound lo guarda en el bolsillo de la chaqueta. Deja la mano ahí dentro, acariciando el papel. Dudando de si tiene que irse ya. Si la primera y última reunión ya ha concluido.

Pero El Arquitecto marca el ritmo. Controla cada pieza del tablero. Y vuelve a hablar.

—Hay una regla más. Un apéndice del trato que requiere un tratamiento distinto. Un cuidado especial.

El Arquitecto hace una pausa para sostener una mirada directa a los ojos de Gorehound. Una que explique más que las palabras.

Gorehound quiere preguntar, pero no lo hace. Espera en silencio a que la respuesta llegue sola.

—La niña.

Gorehound tarda un segundo en comprender.

Y cuando lo hace, algo en sus tripas comienza a corroerle sigilosamente.

25

Día 4

Sala de interrogatorios 2

10:30

—Desde que me dijo que él no había borrado las conversaciones en el chat privado del foro, sabía que me la estaba jugando. Que era un aviso de quién controlaba la partida. Que, si algo salía mal, las miradas apuntarían a mí. Salí con esa idea de nuestro primer encuentro. Nos habíamos citado dos semanas después en el mismo sitio, para el acceso a la casa. Me tomaba por gilipollas, por un pringado que no estaba a su altura…

—Pero no eres tal cosa, ¿verdad? —Arregi presiona en la tecla exacta.

—Lo que El Arquitecto no sabía era que le había mentido. Que yo tampoco había borrado esa conversación. Ni el rastro de mi transacción a él.

—Lo que has dicho. No estabas borrando algo en el disco duro. Si no guardando algo en él. Una copia de seguridad.

Gorehound asiente con una mueca mínima. ¿Una sonrisa? Quizá solo sea un gesto nervioso. Tarda un minuto en recuperar la voz.

—Empecé a protegerme. Tenía dos semanas para averiguar algo sobre él. «La niña merece un trato especial», dijo. Intuí que tramaba algo; nadie vende algo así por ese precio. El hijo de puta creía que yo no me enteraba de nada. Que solo era un pirado de internet con

fantasías oscuras. Un friki al que poder sacar algo de dinero fácil mientras le utilizaba.

Arregi sabe que se está proyectando al negar lo justo que es. Pero le deja fluir libre por la red de mentiras autoimpuestas que es su mente.

—Pero yo no soy tan novato en esos foros como él cree. Solo lo piensa precisamente porque me sé mover bien. Él no sabe que soy informático. Es lo malo de su método. Todo tiene sus grietas. Cuando trabajas con fantasmas, los dos sois invisibles, sí. Pero eso quiere decir que tú tampoco sabes casi nada de los otros… La cuestión es que encontré el rastro de algo.

El pie de Arregi se mueve bajo la mesa. Ese talón martilleado por la fascitis plantar tiempo atrás, y que ahora está anestesiado, como todo él. Pero que sigue moviéndose como un compás de sus nervios.

—En el fondo le tenías tú más calado a él que al revés, eh. ¿Qué encontraste, Gorehound?

En cambio, Gorehound no contesta. No parece haber siquiera escuchado la pregunta. Sigue con la cabeza gacha.

—Sí, encontré algo. Sabía que estaba jugando conmigo desde el principio. Y después…

Gorehound se detiene. Lo hace constantemente. Alterna lapsos de miradas de Arregi al metal de la mesa. Al lugar donde ya no hay surco de agua. Y hace rato que se ha quedado anclado ahí, en ese punto. Su confesión es una enfermedad lenta. Un sufrimiento que se prolonga mucho más de lo asumible.

Arregi lucha contra sus demonios para mantener su máscara. La postura de calma que hace que Gorehound revele información. Es la mejor baza que tienen para llegar a la niña.

Para llegar al triángulo azul.

Deja que esa última cuestión arda en su interior, sin conceder el mínimo gesto de sufrimiento. Aún no.

—¿Y después qué? —pregunta Arregi con voz suave, casi paternal—. Sabías que serías el primer sospechoso si algo salía mal. Continúa... ¿qué pasó?

Gorehound sigue sin alzar la vista; habla dirigiéndose al metal frío de la mesa.

—Después ocurrió lo del coche.

26

Gorehound

Dos semanas después, el mar sigue sin ser azul en enero.

Sergio Luján contempla el paisaje desde el aparcamiento mientras apaga el motor. Ahora, más que nunca, es Gorehound.

El mismo viento salado, las mismas escaleras de piedra que ascienden hacia el sendero costero.

El mismo lugar y, sin embargo, todo es distinto.

Observa el aparcamiento antes de lanzarse hacia las escaleras. Dos coches aparcados además del suyo. Y no coinciden con ninguno de los que estaban la otra vez cuando bajó tras su primer encuentro con él. Se fijó. Apuntó modelos y matrículas. Aunque no hacía falta. Los recuerda perfectamente.

Y ninguno de los que hay es uno de ellos.

Si El Arquitecto ha traído su coche, no lo ha dejado aquí.

Gorehound rumia esa conclusión mientras sube las escaleras hasta el camino único.

Cuenta los pasos. Ciento diecisiete. Y ya lo ve. Increíble. Casi en el mismo punto exacto que la otra vez. Se pregunta si él también cuenta los pasos. Se pregunta muchas cosas mientras anda los últimos metros.

El Arquitecto lleva una mochila colgando del hombro derecho. Una simple mochila. Nada más.

Se apoya en la barandilla junto a él.

El mar los observa al frente.

—Puntual. Un buen comienzo —dice El Arquitecto.

Y sin más, se separa de la barandilla.

—Vamos en tu coche. Los dos juntos. Es lo más seguro. Yo he estado subiendo con el mío estos meses. Si cualquier cosa se torciese, lo primero que mirarían serían las cámaras de las carreteras aledañas a la casa. Tu coche nunca ha subido. Por lo tanto, está libre de toda sospecha, ¿verdad? —El Arquitecto le mira a los ojos.

Gorehound no dice nada. Lo que sirve como contestación por omisión.

—Pero es una precaución casi inútil —dice El Arquitecto—. Porque nada en absoluto se va a torcer, ¿verdad? Vamos a entrar en esa casa y salir como si nadie lo hubiese hecho. Eso es lo que va a pasar —y repite la pregunta otra vez, con más énfasis incluso—, ¿verdad?

Gorehound asiente.

—Nada se va a torcer —dice.

—Perfecto. Pues en marcha. Vamos a tu coche. Te sigo.

Gorehound marca el ritmo, desandando los pasos por un camino que, a fin de cuentas, tiene una única dirección. El Arquitecto camina a su lado. El cielo está gris, pero no parece amenazar lluvia. Aun así, allí no hay nadie. No hay ojos, no hay cámaras. No hay nada.

Está claro que El Arquitecto sabe bien dónde se reúne, piensa Gorehound.

Solo medio metro a su izquierda, un acantilado de cuarenta metros de roca afilada que termina en las aguas bravas del cantábrico.

Gorehound siente algo de alivio cuando ya bajan por las escaleras de piedra. Ninguno de los dos ha dicho una sola palabra desde que han empezado a andar.

Suben al Seat León.

El Arquitecto empieza a dar indicaciones sobre el trayecto a seguir hasta llegar a la casa. Gorehound presta atención, fingiendo

no saber la dirección a la que se dirigen.

Gorehound conduce. El mar queda a la izquierda de la carretera que empieza a huir de la naturaleza. Y a la derecha, algo visto de reojo en un fogonazo. Algo que ha hecho que las pulsaciones se le disparen.

El Arquitecto tiene una pistola apoyada en el muslo derecho.

Y dicta indicaciones de salidas de carreteras con total naturalidad desde el asiento del copiloto.

—Sal en la de la derecha.

Gorehound asiente. Aunque por dentro está en estado de alerta máxima. Sabe que esa salida no lleva a la dirección a la que deben ir.

Están en un camino secundario. Los árboles les rodean a ambos lados de la estrecha carretera.

—Sigue recto. Unos doscientos metros más adelante hay un desvío a la derecha. Sal y para ahí.

Gorehound obedece. Sergio Luján asoma al fondo, aunque no quiera. Es el miedo.

—Apaga el motor.

La pistola empuñada por El Arquitecto apunta sutilmente hacia Gorehound, que no puede apartar la mirada del cañón.

El Arquitecto le mira en silencio. Así pasan al menos un minuto. Un tiempo eterno. Un valle de incertidumbre sin fin. Hasta que, sin más, lo hace.

Aprieta el gatillo. Una, dos, tres, cuatro veces. *Clac, clac, clac, clac*.

En la mente de Sergio, el tiempo se detiene. Así debe de ser morir, piensa. No siente nada; es como si el dolor se retrasara unas milésimas de segundo. No ha escuchado las detonaciones porque, sencillamente, no han existido. Solo queda el eco seco y leve del percutor.

—Esta es la importancia del seguro. No se lo quites.

El Arquitecto saca una segunda pistola de la mochila que tiene entre los pies en el asiento del copiloto. Y se la ofrece a Gorehound.

—Si llegase el caso de que tuvieras que hacerlo sí o sí, es esta pestaña de aquí —dice mientras señala un punto concreto del arma —. Es muy sencillo. Lo retiras y solo queda el gatillo. Pero insisto. No se lo quites. No vas a necesitarla para nada si haces las cosas como te he dicho. Es solo una medida de seguridad para casos extremos.

Gorehound coge el arma. Se siente humillado. Y más aún cuando nota el peso exagerado de ese hierro en su mano. Es la primera vez que coge una pistola de verdad y El Arquitecto ya lo sabía.

—Toma esto también. No necesitas nada más —añade el Arquitecto tras sacar una bolsa de la mochila—. Ahí dentro hay un cuchillo, guantes y pasamontañas. Te los pones en cuanto entremos a la casa. Es por no dejar por ahí pelos y cosas así.

Gorehound asiente, más despacio que las anteriores veces. Intenta que no se le note que la mano le tiembla.

—Venga, vuelve a la carretera y te indico. No hay que perder más tiempo.

En el resto del trayecto, El Arquitecto alterna las indicaciones viales con otras más interesantes.

—Entiendo que has mirado bien las fotos y los planos de la casa que te di.

Gorehound asiente.

—Cuando lleguemos tendremos vía libre de sobra. Calculo que para las cuatro y media estaremos dentro. El padre llega del trabajo no antes de las seis y media. Y los viernes el chaval tiene entrenamiento con el equipo de fútbol. Llega a las siete y media. La madre va con la niña a patinaje. Llegan a las seis. La vecina de al lado sale los viernes desde las cuatro hasta las ocho.

El Arquitecto hace una pausa.

—Los viernes son un día cojonudo. Tuviste buen ojo.

Gorehound asiente. Espera no estar tan pálido como imagina.

—Entramos, desconecto la alarma, observamos. Después vuelvo a dejar conectada la alarma y cada uno va a un sitio. Yo voy al sarcófago del cuarto de invitados. Tú al armario de las escobas del sótano. Puedes meterte en el bidón de vacío de diésel para sentarte dentro. Eso te dará bastante aire. Vamos a esperar en nuestras posiciones unas horas.

—¿Cuántas? —Ahora Gorehound sí pregunta.

—Hasta que estén dormidos.

Gorehound no dice nada.

—Tranquilo. Si de verdad quieres hacerlo, serán las mejores horas de tu vida. Se te pasarán volando. La espera es lo mejor: la adrenalina disparándose segundo a segundo porque sabes que, en cualquier momento... *tic*, la puerta se abre y ya estás dentro. Los controlas sin que lo sospechen. Vas a oírlos hablar, reírse o discutir. A veces puede que incluso algo más. Mientras esperas, invisible, indetectable, pero siendo lo más poderoso que hay entre esas paredes. Y en ese punto álgido, saldrás. Y estarán a tu merced. Te sentirás Dios.

El Arquitecto mira a Gorehound. Habla con un tono distinto.

—Sabes, hay algunos clientes que solo se quedan mirándolos dormir. Durante horas. Es curioso.

Y de pronto, vuelve a dictar órdenes afiladas.

—Yo me ocupo de ellos. Cuando sepa que están dormidos, salgo del sarcófago y los duermo de verdad. La parte delicada es mía. Tú solo esperas a que yo baje al armario y diga: Gorehound. Solo sales en ese momento, ¿entendido?

Gorehound asiente.

—Yo controlaré al principio. Pero llegado un punto, te dejaré solo. El verdadero valor de la experiencia se encuentra ahí. Cinco horas. Ni una más. Ni media más. Cuando se cumplan cinco horas, sales, compruebas que la alarma esté conectada con normalidad, cierras la

puerta con llave y te vas tranquilamente. Pase lo que pase dentro, ahí no ha estado nadie con nombre y cara.

Gorehound asiente.

—Menos matar o mutilar. Regla de oro. Te lo recuerdo.

Gorehound asiente.

—Y por último la niña. Tiene un tratamiento especial. Cuando estés con ella, tendrá que ser bajo mi supervisión.

Gorehound tarda más que las otras veces.

Pero asiente.

Lo que resta del trayecto es en silencio.

Son las 16:24 cuando el Seat León de Sergio Luján aparca junto a un muro a una treintena de metros de la casa.

Y las 16:30 cuando El Arquitecto gira con suavidad la llave de casa de los Echevarría.

Ya están dentro.

27

Día 4

Sala de interrogatorios 2

11:07

La sala vuelve a quedarse en silencio.

Sergio Luján mantiene la mirada clavada en el metal de la mesa. La misma superficie fría y plana en la que lleva horas fijándose como si pudiera encontrar algo allí.

Salvador Arregi lo observa sin prisa.

Deja pasar unos segundos más antes de hablar.

—Sabías que te la estaba jugando.

Gorehound no levanta la vista.

—Lo has dicho tú mismo —insiste Arregi—. Desde el momento en que te confesó que no había borrado las conversaciones del foro.

Silencio.

—Sabías lo que significaba eso. Que si algo salía mal, todas las miradas apuntarían a ti. Y después, te obliga a que subáis con tu propio coche. Te estaba poniendo una diana en la cabeza en caso de que algo se torciese.

Arregi se inclina un poco hacia delante.

—Y aun así seguiste adelante.

No hay respuesta.

Solo ese leve tic en la mandíbula del interrogado.

—Podías haberte marchado. Pero no lo hiciste.

Un segundo más.

—Porque querías hacerlo. Necesitabas entrar en esa casa.

Gorehound no responde.

Pero tampoco lo niega.

Arregi deja que ese silencio espeso se asiente.

Después cambia de ángulo para seguir martilleando.

—Hay algo curioso con lo del coche. El Arquitecto insistió en que subiríais en el tuyo —continúa Arregi—. Que era más seguro. Que su coche ya había estado por la zona y el tuyo no.

Arregi apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Pero tu coche sí había subido antes a Artxanda. Varias veces los días previos a esa noche.

La mirada de Gorehound se levanta del todo.

—Lo sabemos por las cámaras de tráfico —añade Arregi con tranquilidad—. Subiste y bajaste. No una ni dos veces.

Una pausa breve.

—Desobedeciste su regla.

Gorehound vuelve a mirar la mesa.

—Igual que cuando entraste en las redes sociales de las víctimas como marcos_tech, alias Marcos L. Desobedeciste sus reglas.

Arregi se detiene. Es una pausa medida.

Luego habla más despacio.

—¿Crees que, de algún modo, él se enteró? ¿Que lo sabía? Y que por eso te dijo que subieses con tu coche. No se fiaba. Te estaba incriminando…

Gorehound no dice nada.

Arregi inclina ligeramente la cabeza.

—Había reglas. Pero había una que estaba por encima de todas.

Sus ojos se clavan en Sergio Luján.

—No matar.

Gorehound alza por fin la vista para encontrarse con los ojos muertos de Salvador Arregi. El policía lanza la pregunta definitiva:

—¿Qué ocurrió entonces? El Arquitecto parece un hijo de puta que lo tiene todo calculado. ¿Qué pasó en esa casa para que aquello terminara en una masacre?

Gorehound tarda unos segundos en responder.

—Las cosas se torcieron.

28

La casa

Gorehound

La cerradura de la casa se abre con un clic suave.

El sonido de la puerta es tan normal, tan cotidiano, que resulta imposible sentir que nadie debería estar entrando ahí en ese momento.

El Arquitecto pulsa los cuatro dígitos de la alarma como si estuviese entrando en su propia casa.

Un pitido suave. Una luz verde.

Ya están dentro.

Lo primero es el pasamontañas. El Arquitecto se lo recuerda. Gorehound lo saca de la bolsa negra que le ha dado antes en el coche. Dentro hay otros dos objetos. La pistola con el seguro puesto. Y un cuchillo de caza.

Gorehound se pone el pasamontañas en la cabeza y observa durante unos segundos el interior de la bolsa. El filo imponente del cuchillo.

El Arquitecto ya se adentra por la casa sin esperarle. También lleva un pasamontañas puesto.

Ahora las máscaras que llevan ambos para cubrir su identidad son físicas, de tela negra. Ese es el único cambio.

Gorehound sigue los pasos del Arquitecto, pero vive su propia epifanía en el interior de la casa. Sus sentidos están hiperestimulados. Percibe el rastro de comida recién cocinada, el

aroma de la ropa limpia amontonada y la esencia de un hogar habitado hace apenas unas horas.

Huele a vida.

De pronto, los seis mil euros pagados por solo una noche le parecen muy baratos.

Y eso que no ha hecho más que empezar.

—Habitación por habitación —dice El Arquitecto.

El cuarto del hijo mayor tiene el desorden propio de la adolescencia. Solo controlado a duras penas por los adultos de la casa. Caótico sin llegar a ser nada excesivo.

En esa casa se intenta mantener un orden.

Eso salta a la vista en la habitación del matrimonio. Impecable. Gorehound se mira en un espejo que hay en la pared. Sus ojos le devuelven la mirada a través de los agujeros del pasamontañas.

La siguiente es la de la niña. La energía se tensa ahí. Un trato especial. Ese mantra sobrevuela el aire de olor dulzón de la estancia. Gorehound se fija en la pequeña mesa, llena de pinturas y rotuladores. También unas hojas en blanco esperando recibir un trasvase directo de imaginación infantil.

En la cocina huele a algo que ha sido horneado. El enorme pozo de cerámica blanca está lleno de platos y cubiertos sucios. Un enorme cuchillo de trinchar, manchado de grasa, cruza el pozo en diagonal. Es el punto de unión de las dos mentes que observan; ambos parecen sentir el poder hipnótico de un filo que encarna la dualidad de la existencia: sirve para trinchar carne asada y también para segar la vida.

Pero para Gorehound va a haber algo incluso más llamativo. En la puerta del frigorífico. Ahí, pegado con un imán, una hoja con un dibujo. Una casa. Un sol. Tres figuras de colores.

La intensidad suprema de cada detalle, de cada matiz impactando en su psique, sobrecoge a Gorehound. Te sentirás un dios, le había dicho El Arquitecto.

Pero El Arquitecto no es un dios, es un hombre metódico.

—Está todo limpio. Vamos a nuestras posiciones. Sígueme.

Gorehound obedece.

El Arquitecto abre el sarcófago de la habitación de invitados. Comprueba una penúltima vez que no hace ruido al ser arrastrado para abrir el cajón.

—Ya sabes dónde voy a estar yo —dice—. Ahora vamos a tu sitio.

Son las 17:03 cuando Gorehound se mete en el armario de las escobas del sótano. Prueba la posición de distintas formas.

—Utiliza el bidón.

El Arquitecto le acerca el bidón de diésel vacío de veinticinco litros.

—Así podrás sentarte. Tenemos unas cuantas horas por delante. Disfruta de la espera. Lo normal es que a las seis y media o siete empiecen a llegar a casa, aunque nunca se puede saber al cien por cien si no será antes. Así que voy para arriba. Tengo que meterme en el sarcófago.

Gorehound mete el bidón en el armario. Pero se mantiene de pie por el momento.

—Te lo recuerdo —añade El Arquitecto—. Solo sal del armario cuando yo diga Gorehound. Nunca antes. Pase lo que pase. No te confíes. Primero los oirás vivir. Llegado a un punto, solo silencio. Eso significará que se han ido a dormir. Y ahí es cuando yo los remataré para ti. Pero esperarás. Solo cuando venga aquí y diga tu nombre.

Gorehound asiente en silencio.

El Arquitecto replica el gesto. Sus miradas se cruzan por última vez. Y sin más, le deja en el interior de ese armario del sótano, y sube las escaleras hacia el piso superior.

Los primeros cuarenta minutos los pasa de pie, en la oscuridad de ese armario. Apenas es consciente del peso del tiempo, que se deforma. Tiene demasiadas cosas en las que pensar. La emoción del

momento se entremezcla con sus dudas. Repasa cada palabra, cada gesto de El Arquitecto. Cada norma exacta. Y lo peor, las inexactas.

¿Cuál es el trato especial que debe tener con la niña?

No es justo que le controle así. Pagó por cuatro habitaciones completas.

Está rabioso. También convencido de que su socio no es alguien con quien ponerse a malas. Pésima combinación.

El encierro en ese armario empieza a agobiarle. Y en la casa no hay nadie todavía. Tantas precauciones le parecen absurdas. Está deseando que empiece la acción. Son muchos años solo viendo, fantaseando con poder hacer.

Acaricia el filo del cuchillo de caza. Palpa el tacto del seguro de la pistola, puesto aún.

Son las 18:15. Ya lleva un rato sentado sobre el bidón de diésel. El silencio absoluto hace tiempo que parece tener sonido propio. Ahora cada minuto puede ser el último, el definitivo. Empiezan a entrar dentro del rango en el que la puerta puede abrirse. En el que la familia puede llegar.

Y ya no sabe si quiere que los segundos pasen lentos o rápidos.

Siente poder, y también fragilidad. Todo en uno.

Piensa en El Arquitecto metido en el sarcófago. Tumbado boca arriba mirando a la nada. ¿Y pensando en qué? ¿Estará pensando en mí?, se pregunta. ¿Si yo sé cosas de El Arquitecto, puede ser que él las sepa de mí?, se pregunta también.

No puede evitar que su paranoia se cuele entre sus fantasías de lo que hará en esas cinco horas. De lo que tantas veces ha visualizado, y lo mejor de todo, lo que quedará a la improvisación del momento. Está convencido de que esa segunda parte será lo mejor. Cuando sus impulsos instintivos dominen la escena.

¿Y si en el momento de la verdad me entra el miedo?, se dice.

—Vamos, Sergio, no me jodas ahora con eso —verbaliza en voz alta—. Y no eres Sergio, eres Gorehound. Lo vas a hacer bien. Lo

vas a disfrutar.

Intenta convencerse de que su bestia interior no es un impostor.

Siente que el momento se acerca.

Entonces se oye ruido arriba. La puerta de entrada.

Corta la respiración como si alguien pudiese oírla. El pulso se acelera. La adrenalina manda un primer chorro caliente y feroz.

—¿Mamá, entonces vamos a cenar *pagettis*?

La voz de la niña se ha escuchado con una nitidez casi irreal. No esperaba que se escuchase tan bien desde su posición. La voz de Nahia.

—Sí. Pero primero hay que bañarse, ¿vale? Que has patinado un montón, ¿verdad?

Esa es la madre. Leire.

—Sí. Vale.

Pasos que parecen correteos sobre su cabeza.

Son las 18:47.

En la casa ya hay vida.

En la oscuridad de su posición, Gorehound se siente ingrávido. Es la sensación más potente que ha sentido nunca. Sobre él, el agua de la ducha suena. Ya no tiene claro si su cerebro inventa parte de los sonidos, y tampoco le importa.

Experimenta un estado de alerta absoluto. Un frenesí voyeur incontrolable.

Podría salir con el arma y el cuchillo en cualquier momento. Solo su decisión de no hacerlo mantiene ese hogar traicionero al calor de la mentira de lo que no ve. Solo su decisión permite que impere la falsa sensación de seguridad. Solo él y su albedrío.

Como un dios.

La puerta otra vez.

Nadie dice nada. Solo pasos pesados. Como arrastrados.

Silencio.

El agua de la bañera ya no suena.

Una puerta se abre.

—¡Joe, Markel, hijo! ¿No puedes avisar de que has entrado? Qué susto… —dice la madre.

Las voces no llegan claras desde ese punto. Ahora se da cuenta. Es como un eco algo lejano. Ahora que empieza a regularse en esa nueva situación, todo se aplana un poco.

Se pregunta cuánto tiempo tardarán en empezar a cenar, en dormir a la niña. En echarse el resto.

El Arquitecto no le ha dado detalles de cómo va a hacerlo. De cómo va a sedarles. Ese cabrón es parco en palabras. Eso hace que su control parezca incluso mayor de lo que es. Gorehound sabe que es algo medido.

Es muy bueno, debe reconocerlo. Recela de él, pero eso no resta admiración. Tiene bien ganada su reputación en el mundo de los siniestros.

La puerta otra vez. Solo faltaba uno por llegar.

Iñigo Echevarría. El buen padre.

—Hola, ya estoy aquí —dice.

—Hola, *aita* —saluda la madre.

—*Aitaaaaa* —exclama la niña.

Correteos por el pasillo.

Alguna risa. Palabras que no entiende. Le da la sensación de oír cada vez menos.

Cálmate, joder, todo va bien, se dice.

Pero la adrenalina ya está desatada. Es incontrolable. Y estar enjaulado como un animal, lo empeora.

Los minutos se evaporan como segundos. Lleva horas ahí dentro, y le parece que ha sido un suspiro. Otra cosa en la que tenía razón

El Arquitecto.

Empieza a pensar que ha sido demasiado pesimista con él. A fin de cuentas, le ha metido ahí. Está gozando del momento más intenso de su vida. Ha cumplido exactamente con lo que le prometía. Es un profesional.

Intuye que se trae un doble juego con la niña. Pero tampoco es para tanto. Es lógico que, por el precio, haya condicionantes.

Empieza a ver todo de buen color.

Está eufórico. Eso es lo que pasa.

Son las 20:37 cuando ocurre.

Algo que no estaba en el guion que le ha dado El Arquitecto.

La puerta de arriba se abre. Alguien nuevo entra, o alguien se va.

Aguza el oído. Pero nada.

No se oye nada.

La puerta vuelve a abrirse.

—Ya está. Ya le he dejado las llaves. —La voz del padre desde la entrada, clara y nítida.

¿Le ha dejado las llaves a quién?

¿Qué llaves?

Joder, ¿qué llaves?

Cálmate, hostias.

Su respiración rebota contra la resina del armario.

Se sienta y se levanta del bidón cada poco tiempo.

Arriba se oye un rumor lejano. Algo parecido a sonido de platos. Deben estar cenando.

Son las 21:36.

¿Qué estará pensando El Arquitecto en el sarcófago?

¿Habrá oído eso de las llaves?

Claro que sí, ha tenido que oírlo. Está mucho más cerca que él. La habitación de invitados es el pase vip al teatro de la familia.

El Arquitecto está oyendo todo.

Ruido de platos. Esta vez más claro.

Es en la cocina.

Están lavando los platos.

Son las 22:03 cuando la canción suena por primera vez.

Forever young de Aplhaville.

Es surrealista.

Todo se mantiene.

Minutos después, la canción otra vez.

Movimiento en la casa.

Demasiado para las horas que son.

Se oyen voces. Pero no identifica las conversaciones.

Deben estar ya en las habitaciones. Y la maldita canción sonando tres, cuatro veces… No está seguro de cuántas…

No puede escuchar bien.

Entonces hay algo que sí. Un grito. Del padre.

Pero demasiado lejos.

Qué cojones está pasando.

No le gusta.

La imagen del Arquitecto tumbado en el sarcófago vuelve a su mente.

Entonces la canción vuelve a sonar desde el comienzo.

Pero mucho más alto. Mucho más.

El volumen debe estar al máximo.

Cuando termina, vuelve a sonar desde el principio otra vez.

A Gorehound se le disparan las pulsaciones.

Algo va mal.

¿Por qué ponen esa canción a todo volumen a estas horas?

Una vez tras otra. No puede oír nada más que esa melodía maldita.

¿En qué estará pensando el Arquitecto?

Tienes que calmarte, se dice.

Recuerda las consignas que le ha dado.

Habrá un momento en el que llegue el silencio. Se habrán echado a dormir.

Aun así, mantente en tu posición. Solo hasta que me oigas llamarte Gorehound.

Pero el silencio no llega.

La canción se repite.

Una y otra vez.

Y solo se oye eso.

¿Cuántas veces van?

¿Seis al menos?

¿Cómo es posible que no hayas llevado la cuenta?, se flagela.

Eso es porque estás acojonado, se reconoce.

Acojonado y acorralado.

Tantea la posibilidad de salir.

¿Qué hora es?

¡Dios!

No sabe cómo ha podido pasar.

Son más de las doce de la noche.

Y el silencio no llega. Solo esa canción que se repite y repite.

Una tortura.

Algo ha debido pasar.

Llegado a cierto punto, no le queda más remedio que asumirlo.

Si se queda ahí, con esa música sonando a todo volumen, en algún momento alguien se alertará. Y si la policía aparece, estará metido en una ratonera. Tiene que salir.

Pero El Arquitecto fue claro.

¿Y qué ha pasado con él?

¿Seguirá en el sarcófago?

No lo cree posible.

No.

Dios.

Tiene que salir.

—Tienes que salir, joder.

Lo dice en voz alta. Con esa música a todo volumen, da igual.

El corazón se desboca en el pecho. Retumba con fuerza al ritmo de la canción.

Intenta respirar hondo. Detener la hemorragia de tensión.

Pero es imposible.

Y sin más, lo hace.

Gorehound sale del armario.

Deja el cuchillo de caza colgando del cinturón. Y coge de la bolsa la pistola. Con la mano temblando, quita el seguro.

No puede creer que le esté pasando eso.

Nunca ha disparado un arma. Ni siquiera sabe si podría ser capaz de acertar algún objetivo desde pocos metros.

No lo necesita.

Solo es disuasión. Con eso es suficiente.

Saldrá de la casa.

Huirá.

Lleva el pasamontañas. Nadie le reconocerá.

Intenta serenarse mientras sube las escaleras sin dar la luz.

El Arquitecto le dio una copia de la llave de la puerta del sótano, pero dijo que no hacía falta, que nunca la cerraban.

Gira el pomo de plástico.

Es como si su cuerpo no fuese suyo. Como si se viese desde fuera en una escena irreal.

Y accede al interior de la casa con la pistola en alto.

La música suena aún más alta ahí dentro. Es como avanzar siendo sordo. No puede escuchar ningún movimiento que haya a su alrededor.

Lo que sí se nota es el olor.

No puede decir a qué.

Pero es algo nuevo.

Flota en el ambiente junto con los decibelios que rebotan por todos lados.

Una canción alegre, que celebra la vida y la juventud.

Una broma macabra mientras avanza pistola en mano.

Entonces lo ve.

El reguero de sangre en el parqué del pasillo.

Una guía directa hasta el cuerpo tendido en el suelo.

Es la mujer. La madre.

Avanza con pasos lentos y pesados. Mirando al frente más que al suelo.

Hasta que llega a su altura.

Leire Aramburu está acribillada a puñaladas. Bajo ella, un lago de sangre oscura se extiende, confirmando el peor pronóstico.

Dos metros más adelante, en el umbral de la puerta del hijo mayor, otra mancha carmesí. Markel Echevarría está tumbado en su cama. Cosido a puñaladas al igual que su madre. En el cuello hay un

especial ensañamiento. Un detalle sutil, su inseparable teléfono móvil, junto a la mano rígida y blanquecina.

Sergio Luján está tentado de salir corriendo.

Pero Gorehound necesita saber.

En realidad, siempre estuvo ahí para ver ese tipo de cosas.

Avanza hacia el salón del fondo. La música parece venir de ahí.

Iñigo Echevarría está junto al equipo de música. Como sentado en el suelo y apoyado en el mueble empotrado. El altavoz del equipo de música está cerca.

Yace inerte y con los ojos muy abiertos mirando a la nada.

Un agujero en el costado izquierdo sangra.

Pero lo peor está arriba.

En el cuello.

Gorehound ya lo ha visto antes.

Lo que le atraviesa la garganta a Iñigo Echevarría, y se clava en la madera del armario anclándole a él de forma cruel, es el cuchillo de trinchar que había en la cocina.

El cuchillo de trinchar…

La melodía sigue sonando ajena a lo que envuelve.

Gorehound necesita al mismo tiempo huir y observar con detenimiento.

Lo segundo se impone.

Porque sabe que queda la parte más delicada de la ecuación.

La niña.

Va a su habitación, temiendo encontrarse otro cuadro de horror.

Pero lo que hay es casi aún peor.

No hay nada.

No está ahí.

La niña no está en esa casa.

Se queda un segundo clavado en ese escritorio infantil. En las pinturas y los rotuladores. Y sobre todo en los folios en blanco. Que parece que seguirán siempre así.

Casi sin darse cuenta, está ante el espejo del cuarto de matrimonio. Se mira a los ojos donde lo hizo horas antes. Y tiene la certeza de que la mirada ya ha cambiado para siempre.

La idea le perfora la mente de súbito, como una puñalada limpia con un cuchillo de trinchar. Si algo se tuerce, todas las miradas irán a ti.

Y lo que hay en esa casa es una masacre.

Vuelve corriendo al cuarto de la niña.

Busca entre los rotuladores. Hasta que lo encuentra. Uno de color azul.

Él también sabe desviar las miradas hacia donde conviene.

En un gesto desesperado, dibuja un triángulo azul con un vértice incompleto en el espejo del dormitorio principal. Justo a la altura de los ojos.

Es su forma de conectar directamente con El Arquitecto.

Con el único punto caliente de la casa que no ha mirado.

Se asoma con cuidado a la habitación de invitados. A esa cama nido con un hueco vacío debajo.

El sarcófago.

Está cerrado.

La mano que sujeta la pistola tiembla incluso más ahora.

Duda.

Se acerca dos pasos.

Extiende la mano hasta el pomo.

Está temblando.

La canción sigue sonando a todo volumen. Aislándole de cualquier sonido a su espalda.

Se gira en un resorte paranoico.

Pero no hay nadie.

Vuelve a mirar ese cajón cerrado que es el sarcófago.

Y el miedo gana.

No lo toca.

Lo deja cerrado y sale del cuarto.

Corre a la entrada.

Conecta la alarma.

Cierra la puerta con su copia de la llave.

Y camina con pasos decididos hasta su coche.

Solo en el interior, se quita el pasamontañas. Se mira en el espejo. Está empapado en sudor.

Da un último vistazo a la casa mientras enciende el motor. Y arranca para alejarse sin saber si El Arquitecto sigue ahí dentro o no.

Sin entender nada de lo que ha pasado.

29

Día 4

Sala de interrogatorios 2

11:31

Arregi no dice nada al principio.

Solo mira a Sergio Luján.

Intenta decidir si lo que acaba de oír es una confesión o una mentira demasiado bien construida. Pero no puede decir aún cuál de las dos opciones es.

Y lo peor de esa versión enfermiza es que sitúa a la niña en paradero desconocido.

—Entonces, El Arquitecto mata a toda la familia, y se lleva a la niña mientras tú estabas metido en un armario. Sin ver nada. Sin poder hacer nada. Pero quedando inculpado directamente. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Eso es lo que creo, sí. Pero no pude verlo. —Gorehound baja la mirada a la mesa otra vez—. Estaba encerrado en un puto armario de escobas como un gilipollas.

Arregi se levanta de la silla. Necesita moverse. Cierra los ojos y los frota. En su cabeza solo ve un triángulo azul en ese momento. Sin embargo, todavía no es el momento. Ahora solo puede preguntar por la niña.

—¡Eso no nos sirve de nada, joder! —Arregi vuelve a sentarse frente a Gorehound—. ¿No te das cuenta? El Arquitecto no existe a efectos prácticos. Solo está en tu versión. Lo único que sabemos es que las pruebas indicaban que estuviste en esa casa. Tú. Nadie más.

Y ahora lo has confesado. El Arquitecto no existe. De hecho, y aunque no serviría para una puta mierda, ni en tu propia versión pudiste comprobar que él fuese quien lo hiciera. ¿No lo ves?

—Claro que lo veo…

Sergio Luján habla muy calmado, como si se hubiese liberado de su papel de Gorehound, como si asumiese su derrota, como si se rindiese a ella.

—Lo veo con claridad… Me ha utilizado como escudo. Me incrimina a mí por lo de la casa. Y como dices, él no existe más que en mi versión... Pero, sobre todo, lo hace para que estéis ocupados conmigo.

Sergio Luján sonríe, ese sí es Gorehound rindiéndose ante El Arquitecto.

—Mientras él tiene tiempo de colocar a la niña donde tuviese planeado —remata.

Arregi captura una palabra específica. Su filtro mental, afinado por años de cinismo, funciona en automático: disecciona la magnitud del significado oculto tras ese verbo.

Colocar.

30

La casa

El Arquitecto

El Arquitecto lleva cinco horas dentro del sarcófago cuando escucha la maleta rodar por el pasillo. Un sonido leve. Inofensivo. Pero un sonido que no debería estar ahí.

Es la confirmación de lo que sospecha desde hace un rato.

Las cosas no van bien.

El pulso de esa familia no es el de una que se dispone a dormir.

Empezó a sospecharlo en cuanto las notas de *Forever Young* rasgaron el silencio pasadas las nueve de la noche. Y cuando se repitió una segunda, una tercera vez.

Ahora la maleta.

Y de pronto una conversación.

El padre y el hijo. A gritos.

Están en la habitación que está justo debajo. Se escucha a la perfección.

—Markel, no me digas que no has hecho la maleta aún…

—Sí, tranqui, la hago ya mismo.

—Markel, lo tuyo es mucho, eh.

—A ver, aita, que tardo nada. Solo tengo que coger cuatro cosas.

—Que nos vamos ya, Markel. Solo tenías que hacer eso. ¡Una única cosa! Hasta tu hermana de cuatro años está ya preparada…

—¡Que sí, que no me rayes! ¡Que ya voy!

—Tienes medio minuto para preparar todo y meterlo al coche. Medio. Y como vuelvas a decirme no me rayes… Nada… Medio minuto. ¿Me has entendido?

Una pausa.

—¡Medio minuto!

Se van.

El Arquitecto no puede creerlo. Una catástrofe estadística. Eso es lo que es.

Cierra los ojos, aunque dentro del sarcófago solo hay oscuridad. Necesita pensar. Con calma y rápido. Necesita llevarse a la niña esa noche. Y ya tiene su chivo expiatorio perfecto encerrado en el armario de las escobas.

Llega a la conclusión de que el plan sigue en el mismo punto. Solo se ha vuelto más físico. Le toca ensuciarse. Pero las cosas son así. No prevalece quien mejor planea cada detalle, sino quien mejor se adapta. Esa es una ley de su mundo que tiene interiorizada.

Los problemas solo son desviaciones que tarde o temprano llegan.

Lo único que importa es cómo se afrontan.

El Arquitecto quita el seguro de la Glock 19. Y desliza hacia fuera el cajón del sarcófago. No ha hecho nada de ruido. De haber estado dormidos, no se hubiesen despertado, tal como planeaba. Una pena, piensa mientras avanza hasta la puerta de la habitación de invitados con el cañón de la pistola en alto.

Avanza con sigilo hasta la escalera. La baja con pasos lentos y tensos que le llevan hasta el salón del piso principal. El primero en verlo es el padre. Iñigo Echevarría se queda inmóvil al descubrir un encapuchado empuñando una pistola que ha salido literalmente de la nada.

El Arquitecto se lleva el dedo índice a la boca. Y ladea ligeramente la cabeza.

—Shh. Silencio.

Iñigo Echevarría asiente. Los ojos abiertos al infinito.

El Arquitecto se aproxima con lentitud.

—Pon la canción otra vez. En bucle —le ordena en un susurro.

Iñigo Echevarría tarda en reaccionar; su cerebro es incapaz de procesar el horror que tiene delante.

—Ahora —sentencia el Arquitecto.

Iñigo Echevarría pulsa una tecla. Después alza la mano.

«Ya está» dice sin palabras.

—Y ahora. Sube el volumen al máximo.

Iñigo Echevarría vuelve a dudar. No quiere hacerlo. No.

Entonces, El Arquitecto vuelve a ladear la cabeza. Ese simple gesto sumado a sus ojos tras el pasamontañas son suficiente. No hay otra opción.

Forever Young suena a todo volumen. Tapando todo lo demás.

Gorehound no debe oír nada de lo que pase en los siguientes minutos.

Nadie debe oír nada.

El Arquitecto le quita el teléfono móvil de la mano a Iñigo Echevarría.

La madre aparece de repente en la sala, poniendo el grito en el cielo por el volumen de la música. Y entonces todo se precipita.

El Arquitecto asesta una puñalada en el torso a Iñigo Echevarría. Lo justo para dejarle fuera de combate y correr hacia el pasillo, por donde la madre huye despavorida hacia las habitaciones de sus hijos.

Nada de pistola. Debe ser con cuchillo. Eso es lo que encaja mejor con el perfil de Gorehound y lo que ha sembrado con él. Justo lo que hará a la policía tener claro que es su culpable. Un loco con fantasías violentas que hablará de un tal Arquitecto del que no hay rastro alguno.

La policía no busca la verdad. Busca una historia coherente y pruebas que encajen con ella.

De hecho, utiliza el mismo modelo de cuchillo de caza que le ha dado a Gorehound junto con la pistola y el pasamontañas. Prueba inculpatoria indudable.

Dos puñaladas en la espalda y una en un costado. Justo antes de poder agarrarla y asestar dos más en el torso que hacen caer a Leire Aramburu.

La música alegre tapa los gritos.

El Arquitecto no se entretiene ni un segundo de más con ella. Corre a la habitación del hijo mayor.

Es increíble: el chico vive tan sumergido en su propio mundo que ni siquiera le inquieta el estruendo repentino de la música. Yace en la cama, aislado por los auriculares y absorto en la pantalla del móvil.

Para cuando advierte la presencia del Arquitecto, el acero ya busca su garganta. Una, dos, tres, cuatro, diez veces. En cuestión de segundos.

Y de vuelta al salón.

Iñigo Echevarría.

Sale al pasillo y vigila al padre de un vistazo.

Iñigo Echevarría sigue sentado en el salón. O ya está muerto o agoniza, porque no se ha movido desde que ha caído contra el armario.

Una vez comprobado que no hay peligro de reacción, va al cuarto de la niña. Casi le parece irreal que no haya salido aún de él.

Cuando entra, no la ve. Si El Arquitecto teme en algún momento desde que ha entrado en esa casa, es en ese instante, en el que se da cuenta de que la niña no está en su cuarto.

El pulso que se ha mantenido razonablemente a raya incluso cuando asestaba puñaladas mortales, se dispara.

Hasta para alguien como él hay problemas que no tienen solución. Y que la niña no esté ahí, es uno de esos.

Zozobra en el mar de esa conclusión, cuyo horizonte es una línea que se sabe infinita. Pero el infinito dura solo unos pocos segundos. Eso es lo que tarda en ver el pequeño pie asomando de un hueco entre el mueble de la cama y la pared.

Mejor así.

Hace como que no la ha visto.

De ese modo no se moverá de su escondite.

Él todavía tiene que rematar la escena.

La clave es que la masacre encaje con el perfil de un psicópata en ciernes como Gorehound. Un sádico que se desvirga por fin tras años fantaseando en foros.

Necesita escenificar lo grotesco. El ensañamiento. La pulsión animal de un enfermo.

En el torso de Markel Echevarría aún caben ocho puñaladas más. Asestadas de forma descuidada, como en un ataque de frenesí rabioso.

Después, en el pasillo, hace lo mismo con el cuerpo inerte de Leire Aramburu. La sangre se esparce por el parqué en una cantidad que le asombra, que casi parece irreal que brote de un cuerpo tan liviano.

Por último, vuelve al punto de partida. El salón. Iñigo Echevarría. El padre. Sigue vivo. Aunque parece llevar tiempo en un limbo abstracto. La respiración aguosa sale en un hilo. Los ojos miran a algún punto concreto de la pared. Y después, solo un segundo, a él, como si regresasen a la realidad para volver a irse al instante, renegando de un mundo que ha convertido todo en pesadilla en cuestión de minutos.

El Arquitecto lo observa. Comprende que el golpe de gracia está ahí. Y al poder tomárselo con más calma, la idea se desliza por su mente con suavidad.

Se dirige a la cocina. Coge el cuchillo de trinchar recién lavado. Y vuelve al salón.

El Arquitecto calcula en qué punto exacto hacerlo. Es importante que quede bien. Es la firma del asesino serial en ciernes. El distintivo especial. Lo que hará que quieran cazar y encerrar a Gorehound como sea. Que hacerlo sea la gran victoria para la policía.

Ladea la cabeza ligeramente a la derecha.

Seca el filo aún húmedo pasándolo por su pantalón.

Y clava el cuchillo de trinchar en el cuello de Iñigo Echevarría. En un punto concreto y con la potencia necesaria para que la punta se clave en el armario de madera tras traspasar la garganta y seccionar yugular y médula espinal.

Un chorro de sangre espesa brota al momento.

Pero Iñigo Echevarría ya no nota nada.

El Arquitecto se toma unos segundos mirándolo. Es un modo de mostrarle sus respetos a su manera.

Seguramente no merecía eso, piensa.

Pero así son las cosas.

Suficiente. Tiene que coger a la niña ya.

Vuelve hacia su habitación.

La música sigue sonando a todo volumen. Y Gorehound debe preguntarse a qué se debe tanto concierto. Aun así, permanece metido en su armario. Con las escobas. Como un perrito obediente. Un perrito que se creía capaz de ser un lobo. Y a un lobo otro lobo lo reconoce en un primer vistazo.

El pequeño pie sigue en la misma posición. El Arquitecto se quita el pasamontañas. Es mejor así. La asustará menos. No crearle traumas de más es importante.

Se asoma al hueco del armario.

Nahia Echevarría está hecha un ovillo, observándolo con ojos desencajados por el pánico.

Él le hace un gesto tranquilizador con las manos, ensayando su mejor máscara de amabilidad.

Intentaría hablarle con calidez, en cambio, el volumen de la música ahogaría cualquier palabra.

—Tranquila. No pasa nada. No voy a hacerte nada. Tranquila —dice poniendo más énfasis en que se le puedan leer los labios y las intenciones más que escuchar las palabras.

La niña no se lo compra.

Pero tampoco huye.

Es rápido e indoloro. No se ha dado apenas cuenta. No ha sentido nada.

El Arquitecto abandona la casa con Nahia Echevarría en brazos. Él no lleva la cara cubierta. Y la niña parece ir dormida. Es como un padre llevando a su hija pequeña dormida en brazos.

Avanza así hasta una zona alejada de los focos de esa casa. Hasta el lugar donde está su coche alquilado. Siempre uno distinto cada vez que ha subido a Artxanda. Todo lo contrario que el inútil de Gorehound, que incumplió sus normas. Le vio subir con su coche, no una, ni dos veces, sino más durante los días previos. Está casi seguro de que también vigiló a la familia por redes sociales. Al menos se convirtió en el anzuelo perfecto él solo.

Y el verdadero lobo lo aprovechó.

Adaptarse.

El Arquitecto se aleja como si nunca hubiese estado allí.

Es solo una sombra que se ha tragado a Nahia Echevarría.

31

Día 4

Sala de interrogatorios 2

11:32

—¿Colocar? ¿Has dicho colocar? ¿Por qué dices que El Arquitecto va a aprovechar que estamos ocupados contigo para colocar a la niña?

—Por eso pinté el triángulo azul. Ya he dicho que sospechaba de El Arquitecto. Yo también me moví los días previos; investigué lo que pude y llegué a una conclusión…

Sergio Luján hace una pausa. Y mira con los ojos de Gorehound a Arregi.

—El Arquitecto es un intermediario.

—¿Un intermediario de quién? —Las palabras de Arregi salen más tensas, cortantes, sin posibilidades de disimular—. ¿Qué tiene que ver eso con el triángulo azul? —Ya están tocando con las yemas de los dedos el punto ardiente.

—¿Para quién exactamente? Eso no lo sé. No creo que nadie pueda llegar a saberlo. El nivel de seguridad es... en fin. Pero hay una marca, un símbolo. Algo que, en realidad, no dice nada; solo insinúa. Un triángulo azul. Lo pinté en el espejo, a la desesperada, intentando desviar el foco. A la vista está que no salió muy bien…

—Pero de algún modo conectaste el triángulo azul con El Arquitecto. ¿Cómo? ¿Por qué? —El pie de Arregi impacta contra el suelo con más fuerza bajo la mesa, aprieta los dientes canalizando los nervios en su mandíbula, intentando que no se note su furia—. ¿Qué descubriste del triángulo? Habla.

Pero lo nota. Lo respira. Descodifica esos ojos oscuros incrustados en el rostro pálido. Arregi sabe que Gorehound no quiere hablar todo lo que debería sobre ese tema. Tal vez Sergio Luján sí, sin embargo, Gorehound, carne y producto de esos foros, de ese universo paralelo de depravación, no. Gorehound respeta y teme, a partes iguales, las jerarquías de ese submundo.

—Aunque no lo viera, estoy casi seguro de que El Arquitecto mató a esa familia y se llevó a la niña.

Gorehound esquiva el asunto, tal como Arregi temía.

—Ese era su objetivo. Lo único que está claro, es que si queréis encontrar a la niña, tenéis que encontrar a El Arquitecto. Pero, seguramente, ya vais tarde. Han pasado cuatro días y aquí estás, sentado conmigo.

Gorehound esboza la sonrisa amarga de la derrota.

—El Arquitecto nos ha ganado a todos.

32

Día 4

12:35

El aliento de La Caja huele a noche en vela. A operativo e interrogatorio alargados durante más de diez horas interminables.

Las fotos de la casa de los Echevarría siguen pegadas a la pizarra, como horas antes. El triángulo azul pintado en el espejo está en el centro. Sentado desde la quinta silla, Salvador Arregi lo tiene clavado en la mirada y la mente.

—Tenemos al culpable.

Iñaki Espinosa habla con las manos apoyadas en la mesa, sosteniendo a duras penas sus ciento dos kilos de puro agotamiento.

—Hay que poner orden en esta locura. Sergio Luján, alias Gorehound. Ha reconocido que estuvo en la casa. Tenemos pruebas de que su coche subió a Artxanda esa noche y los días previos. En su domicilio encontramos un cuchillo que coincide con el arma homicida. También fotos y planos de la casa. Así como material informático que prueba que era Marcos L. y se conectaba con el perfil marcos_tech para espiar las redes sociales de la familia. Y también que se conectaba a fotos de la web oscura mediante navegadores alternativos. Sabemos también qué tipo de fantasías llevaba años alimentando en esos foros a los que accedía.

Espinosa se pasa la mano por la barba de tres días, inusual en él.

Mira a su equipo.

—La forma de matar y el ensañamiento sádico encajan con su perfil. Homicidio múltiple de un maniaco con motivación sexual

desviada. No vamos a encontrar nada mejor que eso. Es un caso de manual.

Espinosa respira hondo. Necesita descansar.

—De hecho, no creo que el juez tenga muchas dudas en cuanto le presentemos todo.

Arregi no dice nada.

Sigue mirando el triángulo azul en el centro de la pizarra.

—¿Y lo de ese tal Arquitecto? ¿Vamos a pasarlo por alto sin más? —Es Mendia la que habla—. Alguien así puede estar por ahí suelto. Y lo que es peor… puede tener a la niña.

Espinosa se frota los ojos.

—Para empezar, eso son dos cosas diferentes, Mendia. En cuanto al tal Arquitecto... ¿qué podemos hacer? No tenemos nada. Solo existe en la versión de un perturbado confeso. Es justo lo que Arregi le ha dicho a Luján en la sala: a efectos prácticos, el Arquitecto no existe. No podemos perseguir un fantasma. Y, de hecho, es incluso probable que se lo esté inventando, joder. ¿Cómo vamos a saberlo?

Espinosa se sienta en la silla.

Habla cada vez con menos energía.

—Lo interesante de lo que has dicho es la niña. Eso es lo único del caso que queda vivo para nosotros. Y sinceramente, todos los que estamos aquí lo sabemos. Ya van cuatro días. Cada minuto que pasa es menos probable encontrarla con vida, esa es la verdad.

Espinosa hace una pausa.

Es uno de los pulsos tan conocidos de La Caja, imponiéndose, marcando el ritmo.

—La opción más probable es que Sergio Luján, enajenado como Gorehound, se la llevase esa misma noche. Y que la haya dejado por algún lugar.

Todos saben a qué se refiere exactamente.

Y nadie puede replicar nada.

—Por supuesto que vamos a seguir buscándola. Hay que reorganizar la búsqueda. Pero también necesitamos descansar. La siguiente orden es dormir unas horas. No hay otra opción. Tal como estamos ahora, no podemos pensar con claridad ni hacer nada útil de verdad. Todos a casa, es una orden. Nos reunimos aquí a las 20:00, después de haber dormido unas horas. Y reorganizamos todo para empezar el día siguiente —concluye Espinosa.

—El problema no es si creemos o no en El Arquitecto o en la versión de Luján.

Salvador Arregi se ha levantado al hablar. Camina hacia el estrado. Hacia la pizarra. Hacia su corazón, donde está pegada la foto del símbolo pintado en el espejo.

—El problema es esto —dice señalando al triángulo azul—. Esto sí existe. Estaba en la casa. Y sabemos que es real. Lo sabemos muy bien. Ese triángulo conecta con algo horrible que conocemos, pero que al mismo tiempo no llegamos a desenterrar nunca del todo. ¿Qué es exactamente la fundación Sísifo? ¿Es El Arquitecto un intermediario de Sísifo? No sería la primera vez que niños inocentes mueren cuando ese símbolo aparece.

La última afirmación resuena en La Caja con un eco funesto y durísimo. Arregi acaba de hundir la mano en su propia herida abierta y remueve la carne viva sin compasión.

Las miradas de los demás se vuelven huidizas; el silencio se espesa.

Nadie sabe qué decir después de algo así, no conociendo las implicaciones salvajes que hay detrás.

Helena Ibarra es la única que no vivió el caso que mandó al exilio a Salvador Arregi. Pero quizá por ello es la que menos se atreve a hablar.

Iñaki Espinosa asume su papel. Y se enfrenta al que fue su líder hasta hace muy poco. Se levanta de su silla y se pone de pie en el estrado junto a Arregi. Habla mirando al resto del equipo, aunque contesta directamente al hombre que tiene al lado.

—La realidad es que Sergio Luján tampoco sabía si ese triángulo azul estaba directamente relacionado con el tal Arquitecto. Ha dicho que le sonaba, que intuía que… que tal vez… pero que no podía saberlo. Que lo dibujó en el espejo como una distracción para quitarse miradas de encima. No lo digo yo, lo ha dicho él. Lo pintó para despistar porque había visto indicios en esos foros extraños.

—Joder, se veía a leguas que no quería hablar. Sabe más de lo que dice con respecto al triángulo. —Arregi sí mira a Espinosa al hablar.

—No estamos buscando el triángulo azul, Arregi. Estamos buscando al asesino de una familia y a una menor que puede ser la única superviviente, lo cual cada vez es menos probable.

—Pero todo está unido, ¿no lo ves?

Espinosa ya sí, mira a Arregi.

—No, joder. No veo nada de eso. Son conjeturas. Son… —Espinosa se frena, respira dos veces con fuerza, evita decir lo que iba a soltar.

Arregi se aleja del estrado y vuelve a la quinta silla. A su nuevo lugar. Y desde ahí, apostilla una frase final.

—Si tu lectura del caso es esta, buscas a la niña por cumplir. Ya la das por muerta, Espinosa. Solo buscas el sitio donde Luján haya tirado el cadáver. Y dar carpetazo al asunto. Todos se han dado cuenta…

Iñaki Espinosa le señala con el dedo índice mientras ahoga algo en su boca, que se cierra y aprieta los dientes unos contra otros como una presa. Después recoge el dedo alzado y lo entierra en el puño.

—Estamos todos agotados y jodidos. Lo dicho, lo primero es descansar unas horas. En este estado no vamos a sacar nada en claro. A las 20:00 nos reunimos aquí y fijamos los siguientes pasos en la búsqueda de Nahia Echevarría. La prioridad es intentar encontrar a la niña.

33

El Arquitecto

A las tres de la madrugada, la autopista es un río de asfalto vacío; su coche, un pez solitario que se desliza sin levantar sospechas.

El Arquitecto lleva tres horas conduciendo hacia el sur. En el asiento de atrás, y en una silla homologada como en la que llevaría un padre a su hija, Nahia Echevarría sigue dormida. La dosis que le ha dado debería durar hasta que termine el viaje.

Silla homologada, documentación con nueva identidad de la niña en la guantera. Precaución máxima, riesgo controlado hasta donde se puede.

El ruido constante de la goma de los neumáticos contra el pavimento y el rumor suave del motor son la única compañía del silencio. La canción de la casa parece seguir sonando en su cabeza como un rastro lejano.

El Arquitecto alterna miradas entre los retrovisores exteriores y el interior. Gira la cabeza cada pocos minutos para comprobar que la niña sigue dormida. Prefiere no tener que darle explicaciones él. Que lo haga quien la ha encargado. Eso no va en su sueldo, por generoso que sea.

El optimismo de tener casi cerrado un trabajo que vale por diez vuelve a rondarlo, aunque lo mantiene a raya. Él lo sabe bien: un encargo no se da por finalizado hasta que se cierra el círculo. Aunque ya haya superado el escollo de coser a puñaladas a tres personas y solo le reste devorar unos cuantos kilómetros.

El Cantábrico ha quedado atrás hace rato.

Ahora solo quedan campos interminables y una carretera que parece no terminar nunca.

La señal verde anuncia Burgos cuarenta kilómetros más adelante.

El Arquitecto ni siquiera la mira.

Mantiene una velocidad constante. Ni demasiado rápida ni demasiado lenta. La exacta para no destacar entre los pocos camiones que avanzan por la autovía como animales pesados.

La meseta se extiende a ambos lados de la carretera. Oscura. Infinita. Salpicada de luces lejanas que anuncian pueblos dormidos.

En el retrovisor interior, la niña sigue inmóvil.

Bien.

Eso simplifica las cosas.

Una gasolinera aparece al borde de la autopista. Un rectángulo de luz blanca en mitad de la nada. Dos camiones aparcados. Un hombre con chaleco reflectante fuma junto a los surtidores.

El Arquitecto pasa de largo. No necesita detenerse. El depósito está al sesenta por ciento. Y detenerse es añadir variables innecesarias.

Cuando el cielo empieza a aclarar por el este, el paisaje ha cambiado. La autopista se ha vuelto más irregular. Las primeras sierras aparecen en el horizonte como sombras gigantes que rompen la línea plana de la meseta.

Ya queda menos.

Piensa en Gorehound. ¿Cuánto tiempo más habrá aguantado metido en ese armario? ¿Le habrá cogido la policía allí al irrumpir en la casa? ¿O le van a coger un par de días después? En este caso, el orden de los factores no altera el producto.

Gorehound va a pasar muchos años en la cárcel. Pero es posible que, si la suerte le va de cara, se convierta en una especie de culto grotesco. Hasta puede tener fans. Para los de su perfil, esa puede ser la mayor victoria.

La señal indica Ávila.

El Arquitecto abandona la autovía unos kilómetros más adelante.

La carretera secundaria es más estrecha. Los robles empiezan a aparecer a ambos lados del asfalto. El aire cambia. Más húmedo. Más frío. Los cristales del parabrisas se empañan rápido.

La señal del teléfono desaparece. El Arquitecto ni siquiera se fija. Ya sabe que siempre ocurre en esos puntos. Es lo que tiene ocultarte del mundo.

Las curvas empiezan a sucederse una tras otra mientras el coche asciende suavemente hacia la sierra. A lo lejos, las montañas de Gredos empiezan a dibujarse bajo la primera luz del día. Es una estampa de belleza singular.

Así es el mundo, la maldad y la belleza se entremezclan, porque en realidad no se distinguen, no son cosas diferentes, pertenecen al mismo todo. Las personas como El Arquitecto eso lo comprenden bien.

Un cartel pequeño aparece a un lado de la carretera.

Guijo de Santa Bárbara – 7km.

Reduce ligeramente la velocidad.

El camino se estrecha todavía más. El asfalto húmedo serpentea entre castaños. La carretera desciende hasta una garganta estrecha donde el agua ruge con fiereza entre las rocas.

Un pequeño puente de piedra cruza el cauce. A la izquierda, se levanta una ermita blanca. Tan pequeña que parece que solo puede estar abandonada.

El Arquitecto pasa despacio junto a ella.

Unos metros más adelante aparece el desvío. El navegador lo marca justo antes de perderse en un agujero negro. Un último servicio. Pero más que suficiente. Ya están llegando.

Un camino de grava se abre a la derecha. El coche del Arquitecto abandona el asfalto tras cientos de kilómetros. Avanza lentamente con un traqueteo que teme que despierte a la niña.

Pero no pasa.

La casa aparece después de una curva. De piedra. Tejado oscuro. Una única luz encendida en el porche. Son las seis de la mañana. Pero alguien espera paciente ahí.

El Arquitecto apaga el motor cuando está a apenas veinte metros de la casa.

Deja a la niña durmiendo dentro.

Y camina hacia ese punto de luz del porche donde una silueta se perfila de pie. Una sombra que le observa.

34

La mujer

La silueta que observa desde el porche es una mujer.

Una mujer que no es impaciente.

Por eso lleva veinte minutos esperando fuera de casa sin mirar una sola vez el reloj, aunque aún apenas haya amanecido. La luz del día empieza a filtrarse tímida entre los castaños cuando el haz de los faros se insinúa en el camino. El ruido del motor se impone al del agua de la garganta, pervirtiendo el orden natural de las cosas en ese edén perdido en el corazón de Gredos.

El coche avanza despacio por el camino de grava hasta detenerse a pocos metros de la casa. El motor se apaga. Y el manar del agua vuelve a sonar desde lo lejos, impulsado por el silencio absoluto.

El hombre baja del coche a solas.

No es alto ni bajo; su complexión es atlética, sin llegar a la robustez. Todo en él exhala mediocridad, equilibrio y normalidad. Camina hacia la casa con paso pausado hasta que quedan frente a frente.

—Buenos días, ¿Ana Robledo? —pregunta El Arquitecto.

—Sí —contesta ella.

Ana Robledo ofrece la mano derecha. El apretón es como todo lo demás en él, con la fuerza justa, un gesto medido y perfecto. Transmite serenidad.

El hombre ignora que ella mantiene la mano izquierda lista para extraer el espray y la jeringuilla que oculta en el bolsillo trasero.

—Está en el coche. Sigue dormida —dice El Arquitecto.

Ana Robledo le mira a los ojos. Le fija ahí, mientras lleva la mano izquierda con delicadeza y disimulo a la parte trasera del pantalón. Quiere tener a un gesto rápido la neutralización de ese hombre tranquilo al que sabe que no puede concederle un solo milímetro.

—Podemos esperar a que se despierte o intentar meterla ya en casa y que despierte ya contigo. Lo que prefieras —dice él.

Ana no contesta. Hace visible una mueca que dice que está pensándoselo. Acaricia el espray.

—En la guantera tengo la nueva documentación para la niña. Aunque mi contratante dice que has rehusado aceptarla. Es mi obligación insistir en que es la mejor opción. —El Arquitecto sonríe.

—No la necesito. Ya haré yo lo que deba. Quiero que se quede al menos con su nombre de pila. Perder el nombre es duro para una niña. Yo me encargo del resto. Tengo mis contactos.

—Ya, pero debo insistir en que…

—No la necesito. —Ana se muestra tajante—. He pensado que la mejor opción es que acerques un poco más el coche y la intentemos meter dormida dentro.

—Como quieras.

El Arquitecto se da la vuelta. Ana da un paso tras él en la misma dirección. No separa la mano del espray y la jeringuilla en ningún momento. Se detiene en las escaleras del porche mientras él camina hasta el vehículo.

Lo aparca justo frente a la entrada.

Ana ya puede ver a la niña. Dormida en la parte trasera.

El Arquitecto la alza en sus brazos con cuidado paternal. Sube las escaleras del porche. Ana ve a la niña de cerca.

—¿Cómo se llama? El nombre real —dice.

El Arquitecto se detiene en el porche y la mira.

—Nahia. Nahia Echevarría.

Ana acaricia el pelo ondulado de la niña. Aparta un mechón de la frente con un gesto delicado.

—¿Desde cuándo está dormida? ¿Qué le has dado? —pregunta.

El Arquitecto no dice nada. Lanza una mirada distinta. Suficiente para hacerse entender.

—Vale, da igual, vamos dentro. —Ana abre la puerta—. La dejas aquí y puedes irte.

El Arquitecto pasa primero con la niña en brazos.

—Al fondo a la derecha. Hay una habitación. Vamos a dejarla en la cama —indica Ana.

El Arquitecto delante, ella detrás. Avanzan así hasta la estancia.

Él deja con un cuidado exquisito a la niña sobre la cama. Nahia ni se inmuta. Duerme como un ángel. Ajena al horror que la ha rodeado las horas previas.

Hay dos segundos eternos en esa posición. El Arquitecto inclinado hacia la cama y la niña, y Ana detrás. La mano en la jeringuilla.

—Debes saber algo importante —dice de pronto él—. Ha habido un problema. Un imprevisto con la familia. Las cosas se complicaron más de la cuenta…

Ana se tensa. Sujeta con más fuerza la jeringuilla.

—Están todos muertos. La familia de la niña.

Ana saca la mano del bolsillo trasero del pantalón. La revelación la ha destensado de golpe.

—No… —murmura.

El Arquitecto se incorpora. Da un último vistazo a Nahia, que duerme sobre la cama. Y después mira a Ana Robledo.

—No, no, no. Eso no era lo que tenía que pasar. Yo no contraté eso. Era un servicio limpio —dice ella.

—Lo sé. Pero con este tipo de transacciones las cosas son así. Nunca se puede asegurar al cien por cien que no habrá imprevistos.

Las cosas se torcieron… Pero puedes estar tranquila. Nadie mirará hacia ti. Está todo sellado. Ya han cogido al culpable. Buscarán a la niña un par de semanas más, y poco a poco irá aflojando la presión. —El Arquitecto se acerca a Ana—. Insisto, deberías coger la nueva documentación ya preparada para la niña y evitar riesgos innecesarios.

Ana sale de la habitación. El Arquitecto la sigue. Ella da vueltas por el salón de estar, visiblemente contrariada.

—Habrá un incremento en el segundo pago pendiente. Por las complicaciones —dice El Arquitecto.

Ana le lanza una mirada destructora.

—En este tipo de trabajos no hay seguros. Nos vamos a encargar de que la cosa no os salpique y puedas quedártela. Y de que no vayas a la cárcel. Pero eso tiene un precio, como es lógico —añade él.

Ana lanza una sonrisa irónica. Ese tipo tan correcto es tan poco de fiar como imaginaba. Está tentada de rociarle de espray y clavarle la jeringuilla que tiene preparada como si fuese un arpón. Arde en deseos de hacerlo.

Pero piensa en la niña. Ya ha visto su rostro. Sabe su nombre. Y que toda su familia está muerta. Ya no hay marcha atrás.

Se resigna y acepta que la estafe.

—Me quedo con la documentación. Dámela y vete de una vez —dice.

—Buena elección —contesta él.

El Arquitecto le entrega todo. Y le tiende la mano de nuevo. Otro apretón cordial y perfecto. Uno de despedida.

Y después se sube al coche y abandona el lugar.

Ana sabe que es la primera y última vez que le verá.

Ahoga un grito en cuanto es consciente de ello. Libera toda la tensión antes de volver a entrar a esa habitación donde una niña que ahora solo la tiene a ella, duerme.

Ana se sienta al borde de la cama y observa a Nahia.
Y no sabe qué hacer o cómo sentirse.

35

Día 4

13:58

Salvador Arregi no ha dormido.

Ni tiene intención de hacerlo.

La DIC descansa por orden directa. Espinosa lo ha dejado claro antes de disolver la última reunión. Dormir unas cuantas horas. Bajar el pulso y recobrar fuerzas. Y volver a las 20:00 para decidir cómo continuar la búsqueda de la niña la siguiente jornada.

Pero Arregi no ha vuelto a casa para descansar. No puede. Se ha enclaustrado en el cuarto al fondo del pasillo. Aquel que en otra vida —una que jamás llegará— estaba destinado al futuro hermano de Astrid.

Ahora es solo una cápsula estanca para su obsesión.

Las paredes ya no son blancas. Son un mapa de inscripciones pintadas a rotulador, como en la pizarra de La Caja.

En el centro de la pared principal hay una fotografía ampliada. La imagen del espejo del dormitorio de los Echevarría. El símbolo pintado sobre el cristal.

El triángulo azul.

Salvador Arregi mira a su enemigo. Lo observa en silencio, una y otra vez. Ha dibujado al menos doce copias de ese mismo triángulo a lo largo de la pared. Unos perfectos, otros torcidos, algunos incompletos.

No por ningún motivo concreto. Solo son proyecciones de su subconsciente mientras piensa en todo lo demás. Mientras intenta

entenderlo.

Debajo de la foto del espejo ha escrito un tríptico.

TRIÁNGULO AZUL

↓ ↓

SÍSIFO ARQUITECTO?

↓ ↓

INTERMEDIARIOS NIÑOS

↓

TRANSPLANTES

Esa pared es el corazón del cuarto.

Corazón.

Pensar en esa palabra le desgarra.

En la pared de la izquierda está el resumen del caso de los Echevarría en particular. Fotos de la casa. Una recreación de los planos escritos a mano que se encontró en el piso de Sergio Luján.

Y debajo de ello, nombres escritos con rotulador.

SERGIO LUJÁN

GOREHOUND

MARCOS_TECH

MARCOS L.

Una línea conectándolos con otra palabra.

IDENTIDADES

Línea. Conexión.

FOROS

Línea

DEEP WEB

Todo bien encajado. Un psicópata. Un enfermo que ha fantaseado durante años en esos foros con entrar en una casa y hacer lo que hizo. La DIC tiene pruebas. Demasiadas como para no cerrar el caso sobre él.

Arregi mira hacia la tercera pared. La de la derecha. La del pasado. La del dolor asfixiante.

Ahí no hay fotos.

Solo nombres que resumen el infierno.

SÍSIFO

NIÑOS

DONANTES

RECEPTORES

Se acerca a ellos hasta que su dolor se le incrusta en la piel de tan cerca. Y añade una línea debajo.

INTERMEDIARIOS/EL ARQUITECTO?

Entonces se dirige a la pequeña mesa en el centro del cuarto, único mobiliario que le acompaña allí.

Encima hay una pila de papeles. Está el informe preliminar del registro de la casa de Sergio Luján. Fotos y planos de la vivienda de los Echevarría a medio quemar. El cuchillo de caza.

Y algo más.

El disco duro.

No está allí físicamente, claro. Lo tienen los de delitos informáticos. Pero Arregi no puede dejar de pensar en él. Recuerda las palabras de Gorehound en la sala de interrogatorios.

«No estaba borrando nada. Lo estaba recuperando».

En la DIC solo existe una persona que reúna los requisitos necesarios: la capacidad técnica para resucitar los archivos de ese disco duro y la lealtad para ayudarle sin hacer preguntas.

Arregi marca el número de Aitor Lasa.

Solo cuando ha quedado con él en La Caja dos horas antes de la reunión, se deja caer y se sienta en el suelo apoyado en una de las paredes. El cansancio implacable le vence y los ojos se empiezan a cerrar. Dormirse siempre es un arma de doble filo para él.

Porque sabe que se va a reencontrar con ellas dos ahí.

Pero también que despertará.

Y que volverá a perderlas.

36

Día 4

18:12

La Caja todavía está vacía. Restan casi dos horas hasta la reunión de equipo.

El eco de la madrugada en Logroño y del interrogatorio con Sergio Luján todavía parece atrapado entre las paredes. En la pizarra siguen pegadas las fotos de la casa de los Echevarría.

Y en el centro, el triángulo azul. Como siempre.

Cuando Salvador Arregi entra, Lasa ya lo espera, sentado frente al portátil. El disco duro de Sergio Luján está conectado a un adaptador negro que parpadea con una luz azul rítmica.

—Me he adelantado —dice Lasa sin apartar los ojos de la pantalla.

—Y tanto. —Arregi se acerca—. Ya se lo has robado a los de informáticos, ¿eh?

—He prometido devolverlo antes de las ocho. Aunque nos va a sobrar más de una hora. Es mejor que te sientes —dice Lasa.

Arregi se queda de pie junto a él y frente al portátil.

—¿Qué tenemos? —pregunta.

Lasa mueve el ratón y clica varias veces.

—Sinceramente… Más de lo que esperaba.

En la pantalla aparecen carpetas reconstruidas. Archivos con nombres fragmentados. Sectores recuperados de un borrado

incompleto. Cosas que vistas así, solo entiende uno de los dos.

—No estaba limpiando el disco —explica Lasa—. Estaba reconstruyendo archivos borrados anteriormente.

—¿Y eso es?

Lasa abre una carpeta. Dentro hay varios archivos de texto.

—Fragmentos de conversaciones.

Arregi se inclina sobre la mesa de las mil marcas.

En pantalla aparece una ventana con líneas reconstruidas.

ARCHITECT: *La casa está preparada. Una noche. Fecha a elegir.*

GOREHOUND: *¿Cuántas horas?*

ARCHITECT: *Cinco.*

***

ARCHITECT: *Primer contacto. Elige un día.*

GOREHOUND: *¿Jueves 8?*

ARCHITECT: *18h. Ponerla. Debes venir solo. Subes las escaleras y caminas hacia Kobaron. Me encontrarás en el camino.*

GOREHOUND: *¿Cómo sabré que eres tú?*

ARCHITECT: *Tranquilo. Lo sabrás.*

GOREHOUND: *¿Pero tengo que llevar algo? ¿Volveremos a contactar después?*

ARCHITECT disconnected.

Silencio en La Caja.

Arregi relee las líneas.

Una vez. Dos.

—¿Se puede verificar esto?

Lasa niega con la cabeza.

—No realmente. Puede ser cualquier usuario de esos foros. Un alias inventado. Un juego de rol. Cualquier cosa. —Lasa gira la silla ligeramente—. De hecho, incluso podría ser que la versión de Luján sea una invención a posteriori de este chat. No hay manera de probar lo contrario.

Arregi no dice nada. Lasa abre otro archivo.

—Pero todavía hay más.

Otra ventana.

CLIENT: GOREHOUND
ACCESS: HOUSE
INTERMEDIARY: ARQ
STATUS: ACTIVE

—ARQ —dice Arregi.

—Sí… —Lasa clica sobre una carpeta adjunta—. Y lo peor es que esto parece un registro de pago.

—Pero entonces eso es una prueba. —Arregi se acerca a la pantalla.

—No exactamente. Criptomonedas. Una *wallet* anónima y el dinero pasando por un mezclador. Es imposible rastrearlo. Solo sabemos que la dirección existió.

Arregi se cruza de brazos. Entiende poco de esa jerga; se siente como un dinosaurio ante un meteorito digital.

—Está claro que ese tal Arquitecto, de ser real, sabe lo que hace —dice Lasa, que se para en seco.

Sus dedos tamborilean sobre los surcos de la vieja mesa de las mil marcas.

Arregi le mira.

—Hay algo más —dice por fin Lasa.

El motivo por el que su compañero ha dudado golpea a Salvador Arregi a traición. En pantalla se ve ese «algo más». Un nuevo archivo. Uno con un nombre tan extraño como familiar.

triangle_ref.png

Lasa clica y la imagen aparece en pantalla. Es el triángulo azul. No es exactamente el mismo. Pero es inconfundible.

—¿Qué más hay? —Arregi eleva el tono—. ¿Hay algo más?

Lasa le mira un segundo.

—Una cosa más. Pero…

—Enséñamelo, Lasa. Vamos.

Lasa busca el archivo. Lo deja expuesto a un solo clic.

acces_key.txt

—Entra en él, Lasa.

Arregi ordena con la firmeza de cuando era el jefe de la DIC.

Para Lasa nunca ha dejado de serlo.

Pincha sobre el archivo. Y no se ve nada.

—El archivo está corrupto. He intentado abrirlo de distintas formas, pero no hay manera. Se supone que es una llave de acceso a algo. Pero en realidad, es nada… —Lasa hace una pausa—. Ahora sí que sí, esto es todo.

Arregi se aleja unos metros. Camina por el estrado de las pizarras mientras asimila lo que ha visto.

Lasa sabe lo que está pensando. Se reclina en la silla.

—Nada de esto vale como prueba, Arregi.

—Eso ya lo sé. Pero no quiere decir que no sea real. Que no encaje con la versión de los hechos.

Lasa conoce ese tono.

—¿Qué vas a hacer?

Arregi tarda en responder. Mira el reloj analógico de pared, que arrastra un retraso de al menos diez minutos.

—Guarda esto, Lasa. Haz una copia de todo; la voy a necesitar. Y devuelve el original a informáticos antes de que sospechen. Dentro de poco tenemos la reunión de equipo.

Arregi mira una última vez la pantalla.
El Arquitecto.
Para él sí es real.
Y va a encontrarlo.

37

Día 4

20:40

La reunión de la DIC termina igual que empezó.

Sin una sola respuesta nueva.

Puro protocolo.

Las sillas se arrastran contra el suelo de La Caja. Menos la quinta, que sigue en su sitio. Salvador Arregi está de pie junto a ella.

El resto va saliendo uno a uno.

Lasa intercambia una mirada con él al pasar a su lado. Algo cómplice. Que susurra no saber del todo, pero imagina.

Espinosa aguarda a que el resto salga. Sabe que Arregi se ha plantado ahí por un motivo; que busca la soledad del grupo. Se aproxima cuando La Caja queda en silencio, habitada solo por ellos dos. No dice nada; no hace falta.

Es Arregi quien habla.

—Hace un año, cuando estábamos en medio del caso de la bruma, me dijiste que me tomaba esto demasiado en serio.

Arregi hace una pausa y arrastra la quinta silla bajo la mesa. Después mira a Espinosa.

—Me dijiste que a ver cuándo quedábamos en un bar para hablar.

***

El bar está vacío a esas horas.

Espinosa mira alrededor varias veces para cerciorarse, y enciende un cigarro. Le ofrece otro a Arregi.

—Tranquilo, Chemi es de confianza —dice haciendo un gesto con la cabeza hacia la barra—. Si no hay nadie más, no le importa.

Arregi acepta. Quiere mantener la buena sintonía.

—¿Cuántas veces has venido aquí últimamente, Iñaki? —pregunta Arregi antes de dar la primera calada.

—Joder, me dejan hasta fumar. Imagínatelo…

Espinosa sonríe. Da una calada. Después, otra.

Y se pone serio de golpe.

—He venido más de lo que me gustaría, la verdad. No sé… todo se complicó mucho. Yo no quería esto. Estaba ya pensando en la jubilación más que otra cosa. Y Marije quiere descansar ya de toda esta mierda. Se lo merece después de más de treinta años, ¿no?

El camarero deja las dos cervezas en la mesa.

—Gracias, Chemi —dice Espinosa.

Lo siguiente es vaciar la mitad del vaso de dos tragos ansiosos.

Arregi le mira en silencio.

Espinosa se pasa el dorso de la mano por los labios. Y continúa por donde lo había dejado.

—Pero ¿qué iba a hacer? La DIC era tuya, Arregi. No podía eludir mi responsabilidad. No iba a dejarlo después de lo que te pasó…

El silencio de Arregi se vuelve más pesado. Parece respirarse en todo el bar.

Espinosa no sabe hasta dónde hablar o no. Cómo relacionarse con ese hombre que tiene enfrente. Sufre el mal común de todos desde que ocurrió la desgracia. Lo que es una crueldad, porque deja a Arregi cada vez más solo.

—La DIC sigue siendo tuya, Salva. Yo solo he intentado guardarla lo mejor que he podido. Pero joder, agradecería que me lo pongas

un poco más fácil. Al menos no te enfrentes a mí delante del resto, como esta mañana. Al menos eso.

Silencio.

Una calada. Un trago de cerveza más largo que otro. Humo saliendo de la nariz. Un cigarrillo consumido lanzado al fondo del vaso vacío, concatenación de errores.

Y el sonido de la televisión del fondo ganando protagonismo.

En las noticias hablan de la masacre de la casa de Artxanda. Chemi ha subido un poco el volumen, sin ser del todo consciente de lo que implica el gesto para otros.

—Joder, esta mierda nos persigue, eh. Es como una condena, como una especie de maldición —dice Espinosa alumbrando una sonrisa sarcástica.

—El castigo eterno —dice Arregi—. Empujar la piedra cuesta arriba y volver a empezar. Una y otra vez.

Espinosa borra de cuajo la sonrisa. Sabe lo que viene antes de oírlo.

—Sísifo —apostilla Arregi.

—Vamos, suelta lo que hayas venido a decirme. —Espinosa se coloca un segundo cigarrillo en los labios.

Arregi aún sigue con el primero.

—Tú ya has cerrado el caso, Espinosa. Lo entiendo, de verdad. Tienes el culpable perfecto de la matanza. Y buscas a la niña con el protocolo en la mano. Pero la das por perdida. Eso ha quedado claro en la reunión. La buscaremos un poco más y después ampliará la enorme lista de desaparecidos. De verdad, lo entiendo. Las cosas son así.

Arregi consume el cigarrillo con dos caladas feroces. Ya están en el terreno que quería; el resto no ha sido más que atrezo.

—Pero yo no puedo detenerme, Iñaki. Sé que el triángulo azul está detrás de todo esto.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué harías tú si fueses yo? ¿Subirías al despacho de Garmendia y le dirías que el psicópata confeso de meterse en esa casa y contra el que hay pruebas concluyentes, te está hablando de un tal Arquitecto y de un triángulo azul que ni él sabe qué es? ¿Qué harías tú? Joder… Salva…

—¿Me das otro? —Arregi extiende la mano.

Espinosa le da el cigarrillo. Se lo enciende ya puesto en los labios.

—Te he dicho que te entiendo, Iñaki. Solo te pido que me entiendas tú a mí.

Espinosa se destensa. Cuando vuelve a hablar, el amigo del padre destruido pesa más que el jefe de división.

—Dime para qué has venido aquí a fingir que te apetecía hablar. ¿Qué quieres pedirme, Arregi?

—Que no me culpes por seguir. Que me entiendas si más adelante algo se tuerce. —Arregi da una calada prolongada y lenta —. Y que me dejes hablar con él a solas una vez más.

Arregi hace una pausa. Suelta un torrente de humo negro.

—Quiero estar a solas con Sergio Luján. Sin cámaras ni micros. Solo unos minutos. Una sola vez y se acabó.

El gesto de Espinosa contesta antes que sus palabras.

—No me jodas, Salva, coño. No.

Espinosa mira alrededor varias veces. Después se inclina y se apoya en la mesa, muy cerca de Arregi.

—Escúchame. Eso no puede ser. Olvídate. Quítatelo de la cabeza, ¿me oyes?

Espinosa extrae la cartera con un movimiento brusco, visiblemente irritado.

—Me cagüen la puta... —masculla.

Se acerca a la barra y deja un billete de veinte euros sobre la barra. No vuelve a mirar a Arregi.

—Solo una vez. Y tiene que ser rápido —dice al fin.

38

Nahia

Nahia abre los ojos. Y durante unos segundos no se ubica. No reconoce el techo. La madera es oscura. Huele a algo raro. Ese no es su cuarto. Esa no es su casa.

Entonces los primeros recuerdos fragmentados asaltan su mente tierna.

La voz de su madre.

Después, la canción. Muy alta.

Entonces su madre habla, pero ya no puede escucharla.

Solo la canción.

Y después nada más.

Lo siguiente que nota Nahia es el silencio. En su casa siempre se oía algo. La lavadora, la tele o alguien hablando. En ese sitio extraño de techo de madera oscura no se oye nada. Solo un zumbido fino y constante en sus oídos.

Salta de la cama y se sienta en un lateral. Demasiado rápido. Por un momento piensa que todo eso es una pesadilla. Pero ese cuarto y ese silencio se asientan. Están ahí. Son muy reales, y termina por darse cuenta de ello.

Se pone en pie y siente el frío del suelo. Avanza arrastrando los pies hasta salir a un pasillo mucho más pequeño que el de su casa. Al fondo hay una puerta de la que sale luz. Avanza hacia ella y ese olor nuevo, que comparten dirección.

Nahia se detiene en el umbral del salón-cocina. Hay una mujer desconocida sentada a la mesa, con una taza entre las manos y la

mirada perdida en la ventana. Todavía no ha advertido su presencia.

Permanecen de ese modo largo rato; ella mirando a la mujer extraña en silencio, y esta, a su vez, a la ventana.

—Buenos días —dice de repente la mujer sin girarse—. ¿Qué tal te encuentras, Nahia?

Nahia se queda sorprendida. Primero pensaba que él ni siquiera la había visto, y luego descubre que sabe su nombre. Ese detalle, lejos de inquietarla, le da un pequeño respiro.

Aun así, se queda inmóvil en la puerta.

Entonces la mujer se gira y la mira. La mira fijamente mucho rato. A Nahia eso no le gusta.

—¿Dónde está mi *ama*?

La mujer tarda en responder.

—No está aquí.

—Pero entonces, ¿dónde está? —vuelve a preguntar Nahia.

La mujer da un trago de su taza antes de contestar.

—No puede venir ahora.

—Pero yo quiero que venga. Quiero irme con mi *ama*.

La mujer se levanta de la silla.

Nahia se tensa en la puerta.

—Pues eso no va a poder ser. Vas a tener que estar conmigo un tiempo.

—Tengo hambre.

Nahia lo dice sin más. En un arranque natural.

La mujer sonríe un poco. Muy poco. Y vuelve a esa cara tan seria que tiene. Después se gira y abre la nevera. Busca dentro algo que parece no saber qué es.

—Me gustan los cereales del tigre. Si tienes…

—No, no tengo —responde la mujer, casi hablando para el interior del frigorífico.

—Los de la rana son mis más favoritos después de los del tigre.

—Tampoco tengo de la rana. No hay ningún cereal. —La mujer se gira al fin—. ¿Te gustan las tostadas?

Nahia se encoge de hombros.

—Vale —dice—. Pero si voy a estar mucho rato contigo, ¿puedes comprar cereales del tigre?

La mujer no contesta. Busca por los cajones de la cocina.

—Espero que te guste la mermelada de melocotón. Porque aquí no hay nada más.

Nahia ladea la cabeza.

—Vale —dice mientras avanza hacia la cocina.

La mujer le ha puesto un cuenco con leche además de las tostadas. No habla mucho. Solo se queda mirándola con esa cara tan seria mientras come.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta Nahia justo antes de dar otro mordisco a la tostada—. Como mamá…

—¿Por qué dices eso? —pregunta la mujer.

—Por el coco. Vino a casa por mi culpa, yo sé. Porque no quise comerme las lentejas. Pero es que las lentejas no me gustan nada nada.

Nahia coge el cuenco con ambas manos. Es casi más grande que ella.

—¿Quieres que te ayude? —pregunta la mujer.

—El coco tuvo que venir a casa. Estaba muy enfadado. Tenía una máscara negra, aunque luego se la quitó. Y ahora estoy castigada. ¿Cuánto dura el castigo? ¿Cuándo va a venir mi mamá?

La mujer se toca la cara.

Nahia piensa que se parece un poco a su mamá, pero que es muy diferente. Es muy muy seria.

—La verdad es que yo tampoco lo sé. No sé cuánto va a durar el castigo —dice al fin.

—¿Cómo te llamas?

La mujer tarda un poco en contestar. Parece que todas las preguntas son difíciles para ella. Y eso que su nombre es muy fácil. Ella se lo aprendió con dos añitos. Mamá se lo dijo.

—Ana —contesta la mujer—. Me llamo Ana.

Nahia da el último sorbo a la leche. Se ha comido todo. Tenía mucha hambre. Hubiese comido cualquier cosa. Menos lentejas. Lentejas no, qué asco. Su mente da vueltas como siempre. Algunas cosas las dice en alto y otras no.

—Ana, ¿tú tienes hijas? —pregunta la niña en alto de repente.

La mujer tarda en contestar.

Más que cualquier otra vez.

—No —dice al fin.

La mujer se levanta de la mesa. Coge el cuenco ya vacío y el plato lleno de migas.

—¿Te has puesto triste? —pregunta Nahia.

—No —contesta la mujer.

Nahia piensa que parece triste.

El cuenco resbala de los dedos de la mujer y estalla en mil pedazos contra el suelo.

—¡Joder! ¡Hostia ya!

El grito es atronador, cargado de rabia.

Nahia se encoge de miedo; intenta disimular, pero sus ojos la traicionan. Mamá siempre dice que no se dicen palabrotas. Esa mujer no es como su *ama*.

—Perdona. —La mujer ahora habla con voz baja—. No quería asustarte. Es mejor que vuelvas a tu cuarto ahora.

Nahia quiere preguntar que a qué puede jugar allí. Y si tiene peluches de animales y una cocinita en esa casa tan pequeña. Pero no se atreve a hacerlo.

La mujer le mira con esa cara tan seria.

Nahia vuelve al cuarto del techo de madera oscura.

Y se acurruca en la cama.

39

Día 4

23:45

La sala de interrogatorios está vacía.

Las luces del pasillo se reflejan en el cristal oscuro del falso espejo. Esta vez no hay nadie detrás. Solo los dos hombres que están dentro.

Salvador Arregi se sienta.

Sergio Luján levanta la vista. Las esposas descansan sobre la mesa metálica aprisionando las muñecas ya dormidas de dolor.

—Creía que ya habíamos terminado —dice la voz de Gorehound.

Arregi arrastra la silla hacia la mesa. Se acerca un poco más a él.

—Yo no.

Las miradas cansadas pelean entre sí unos segundos.

—Ya he dicho todo lo que sabía…

—Todo no. Sé que te callaste cuando se mencionó lo del triángulo azul.

—Ya dije todo lo que sabía —insiste Luján.

—¡Y una mierda, joder! —Arregi grita y da un puñetazo a la mesa metálica.

Después cierra los ojos y respira tres veces.

—Escúchame. —Su tono vuelve a ser calmado—. Sé que tienes miedo de hablar de ese triángulo. A mí no puedes engañarme con

esas cosas. Pero esto es una conversación privada. No es un interrogatorio oficial. Puedes estar tranquilo. Lo que me digas quedará entre tú y yo.

Arregi se levanta y se acerca a Luján, que abre los ojos y se tensa. El aura de ese policía nunca le ha gustado. Y menos si están solos.

—¿Sabes por qué estamos en esta sala de interrogatorios? Y me refiero a la sala en sí. Esta es la sala dos. Todas son iguales. ¿Pero sabes por qué te he metido en la dos? Porque en la tres no puedo estar. ¿Y sabes por qué no puedo estar en la tres?

Arregi está muy cerca de Luján.

—Porque en la sala tres, hace un año, yo le hacía preguntas a un hijo de puta como tú. Y mientras eso ocurría, su cómplice estaba en mi casa matando a mi mujer y a mi hija. —Arregi casi roza el rostro de Luján—. Por eso estamos en la dos —susurra.

Arregi se queda ahí, en silencio, a centímetros de los ojos abiertos de Luján.

—¿Y sabes qué símbolo apareció en ese caso, hace justo un año? Seguro que te lo imaginas, sí…

Entonces Arregi retrocede.

Y se sienta otra vez en su silla.

—Vamos a poner las cartas sobre la mesa. Te voy a ser muy sincero. Estás jodido. Todos mis compañeros dan el caso por cerrado contigo como culpable. No creen todo lo de El Arquitecto… Y aunque lo creyesen, tampoco les valdría de nada, porque a efectos prácticos no existe. No hay ni media prueba de que estuviese en esa casa. Así que ya tienen a su culpable, que eres tú. Además, según esa versión, la más probable es que tú mismo matases a la niña y su cadáver esté por ahí escondido. Así que te van a preguntar por ello. Una y otra vez. Así funciona. Pensarán que no quieres decirlo. Que no quieres colaborar. Y será una constante. Y bueno, ya sabes lo que le pasa ahí dentro a la gente que le hace eso a una niñita, y encima

es tan hijo de la gran puta como para no decir ni dónde está su cuerpo… En fin…

Arregi hace una pausa medida.

Deja a Luján enredarse en su propia red.

Y después sigue.

—Pero yo sí te creo. Y soy el único. Porque yo sí sé que cuando ese triángulo azul asoma, hay juego subterráneo. Hay segundos actores que te la juegan. Sí… lo sé muy bien. En tu caso se llama Arquitecto. En el mío se llamaba Paula. Están ahí, escondidos en la sombra, esperando con frialdad a arrebatártelo todo. Paula, ¿te lo puedes creer…? Nadie pensaría que su monstruo se llama así, ¿verdad?

Otra pausa.

Arregi intenta disimular que pronunciar ese nombre ha sido como un látigo de púas desgarrándole por dentro. Se inclina hacia Luján con el rictus endurecido.

—Yo te creo. Y quiero coger al Arquitecto. Y quiero salvar a esa niña. Y quiero llegar hasta el triángulo azul. Todo en uno. Y si eso pasa, tú te vas a ver muy beneficiado. Porque tú no habrás matado a nadie, y tal vez hasta se pueda demostrar. Pero para eso, necesito que me digas todo lo que sabes. Todo en absoluto. Y si no, apáñatelas con mis compañeros y el juez.

Arregi mira el reloj de la muñeca.

—Pero date prisa. El tiempo se acaba. Ni siquiera deberíamos estar aquí.

Gorehound duda. Sergio Luján quiere hablar.

El miedo del segundo se impone al del primero.

—Voy a decirte lo que sé. Pero hay algo que no entiendes. Lo que yo sé no es mucho, en realidad. Sospechaba del Arquitecto y empecé a investigar.

—Sí. Redes de intermediarios y todo eso. Concreta. He mirado tu disco duro. ¿Qué es el archivo acces.key? —pregunta Arregi.

—Una llave para una cerradura que no se abre con llaves.

—Explícate.

—Es algo complejo de explicar así… Pero el sitio al que intenté acceder con esa llave no es una página de la *deep web*. Ni tampoco un foro seguro como en el que contacté con El Arquitecto.

—¿Entonces qué es?

—Es otra cosa…

Luján se mira las muñecas. Mueve las manos, aunque eso empeore el dolor.

—Es un sitio que solo existe mientras alguien lo mantiene abierto. En cuanto lo cierran, se esfuma. Como una puerta mágica. Por eso no pude forzar la entrada con mi llave cuando logré localizarlo.

—¿Pero entonces, sí está? Si llegaste hasta él e intentaste entrar.

—No es exactamente así. No es tan sencillo.

—¡Pues explícate, joder!

Arregi lo intenta, pero es un volcán demasiado cargado.

Solo es cuestión de tiempo que estalle.

—Estamos hablando de cosas complejas. Yo soy informático y llevo años buceando esos submundos. Es una especie de portal que aparece de vez en cuando, ¿vale? No lo buscas, te invitan a entrar en él.

Luján hace una pausa.

—El triángulo azul es la señal. Cuando aparece, quien tiene la invitación entra. Estoy casi seguro de que es así… Esa es la verdadera llave. Debe ser una palabra clave concreta o algo así. Intuyo que incluso de un solo uso. Pero eso ya son solo elucubraciones. Ya te lo he dicho, no he podido entrar. Aunque me imagino lo que hay dentro.

Un halo de fascinación se perfila en el personaje Gorehound que habita en Sergio Luján.

Arregi le reventaría la cabeza contra el metal de la mesa hasta dejarla hecha papilla en ese mismo momento.

Pero en lugar de eso, solo pregunta con voz lenta.

—¿Cada cuánto aparece esa señal? ¿Cuándo aparece ese triángulo azul?

Luján niega con la cabeza.

—Nadie lo sabe. No es algo fijo. Pueden pasar días, o meses. Depende… Hace poco, cuando yo estaba en contacto con El Arquitecto, el triángulo apareció. Qué casualidad… Yo estaba paranoico. E intenté forzar la entrada con mi llave maestra…

—¿De qué depende el tiempo que pasa para que aparezca el triángulo?

—Supongo que… de si tienen algo para vender.

La última palabra barre la sala de interrogatorios.

—¿Vender el qué? —Arregi pregunta lo que ya sabe—. ¿Una niña por ejemplo?

—Por ejemplo, sí. Niños, órganos, mujeres… niñas. De todo lo peor que puedas imaginar.

Arregi lo siente como una puñalada directa. Le cuesta recomponerse y reordenar los puntos como necesita.

—Entonces… —Arregi vuelve a preguntar—. Primero contactan con un posible comprador, le dan una clave de acceso, y este espera a que tengan algo que venderle. El aviso de que la puerta mágica está ahí es un triángulo azul. ¿Es así?

—No digo que siempre lo hagan de ese modo. No lo sé… Pero sí, creo que esa puede ser la dinámica a grandes rasgos. Si mi llave maestra no vale, es porque es algo personalizado. Eso es seguro.

Luján mira a Arregi, y no hay duda de que, en ese momento, es Gorehound quien le habla.

—No hay nada que hacer. No puedes encontrarles sin que ellos te encuentren antes a ti. Si lo piensas, es una genialidad. Da igual lo

que yo quiera o no decirte, inspector. No hay nada que hacer. Ya hemos perdido.

40

Ana

Ana está despierta en plena noche.

El tercer café se ha enfriado en la mesa. Lleva más de una hora mirando por la ventana. Observando la carretera que baja entre los castaños. Vigilando la oscuridad.

Mira el móvil cada dos minutos. Comprueba que su coche sigue aparcado en el mismo sitio de donde no puede moverse. Espera cualquier mínimo ruido que pueda salir de algún rincón. Como un animal que se sabe acechado.

Entonces lo oye y el corazón le da un vuelco.

—¡Ana!

La voz de la niña llega desde la habitación.

Se gira enseguida y va hacia allí. La pequeña silueta se perfila como una sombra de pie en medio del pasillo.

—Ana —dice la silueta—. Tengo miedo. Esto está muy oscuro.

Ana avanza hacia ella.

—Voy a dar la luz, ¿vale?

Nahia no puede evitar los pucheros dibujándose como muecas nerviosas. Las lágrimas empañan sus ojos.

—No me gusta esta casa. ¿Podemos ir a la mía?

—Ya sabes que todavía no —dice Ana, que se acuclilla ante la niña—. Vamos, tienes que dormir. Yo me quedo contigo en el cuarto un rato, ¿vale?

La niña asiente. Y alza la mano para que se la coja.

Ana coge la mano de la niña. Siente el tacto suave, indefenso. No puede creer que esto le esté pasando. La acompaña a la habitación.

—¿Puedes dejar la luz encendida? —pregunta Nahia.

Ana asiente.

Después arropa a la niña. Y se queda sentada en el borde de la cama.

—Yo me quedo aquí. Pero tienes que dormir un poco más.

Los ojos grises de la niña miran directamente a los suyos.

—Vamos, ciérralos. Yo estoy aquí.

Nahia los cierra.

Y los vuelve a abrir casi al momento.

—Mi *ama* me cuenta un cuento cuando no puedo dormir.

Ana guarda silencio. Ella no cuenta cuentos; nunca lo ha hecho. No sabe cómo. Se da cuenta en ese instante de que no conoce ninguna historia porque jamás tuvo a nadie a quien relatársela. Es el peso de lo obvio.

—Ya, pero yo no soy… Yo no sé ningún cuento —dice con sequedad.

Esos ojos grises vuelven a clavarse en ella, y siente como si quisiesen incrustársele dentro y bucear en su alma.

Necesita que la niña se duerma. Tiene que volver a su puesto de vigilancia en la ventana. Pero no puede decirle eso. Contarle el cuento es la vía más rápida.

Improvisa.

—Había una vez un pájaro pequeño que tenía que volar muy lejos. Muy muy lejos…

La niña mira expectante ante un cuento nuevo.

Ana duda un segundo sobre cómo seguir.

—Porque en su rama de árbol se habían acabado los cereales del tigre. Y eran sus favoritos. Hubiese podido aceptar los de la rana,

sus segundos preferidos, pero tampoco había esos...

Nahia sonríe.

Y Ana también lo hace de rebote. Es un gesto tan mínimo como incontrolable.

—El pájaro no quería lentejas, aunque mamá pájaro insistía en que eran muy sanas, y que se pondría muy grande y volaría muy muy alto si las comía. Pero el pájaro pequeño, que se creía que él sabía ya mucho, pensó una cosa. ¿Y si vuelo a buscar cereales del tigre?, pensó. Aunque él era aún pequeño, y nunca había volado. Pero si quería los cereales del tigre, tenía que hacerlo… tenía que saltar de la rama… Así que saltó. Aunque le daba miedo al principio, saltó muy fuerte… Y entonces, ocurrió una cosa. El pájaro…

Nahia ya ha cerrado los ojos. Su respiración es lenta y cadenciosa.

Ana se queda observándola un minuto más de lo que le gustaría. Solo uno. Se asegura de que esté bien tapada. En esa casa hace frío y humedad. No apaga la luz, sin embargo, la atenúa.

Y vuelve a la crudeza de la vigilancia en la ventana.

El giro de los acontecimientos con El Arquitecto ha sido sucio. Una masacre de una familia que no estaba en los planes. No se fía de él. Siente que puede ver su coche aparecer en el camino de grava con los focos apagados en cualquier momento.

No pueden quedarse allí mucho tiempo. La casa rural no es segura ya. Mira la hora por enésima vez. Saldrán en cuanto amanezca.

Ana abre los ojos de golpe. Se ha quedado dormida con la cabeza apoyada sobre la mesa. Mira el reloj. Son las siete y media de la mañana. El cielo empieza a clarear levemente a través de la ventana.

En una esquina junto a la entrada está la pequeña bolsa con la documentación de la niña y la silla del coche que le dejó El Arquitecto el día anterior.

Abre la puerta, intentando no hacer ruido. Mete la documentación en la guantera e intenta colocar la silla en el coche. Se pelea con los enganches. Nunca ha puesto una. Se siente una inútil. Y algo peor… Algo confuso, que la hace sentir como una idiota. Se siente mala madre. Un sinsentido que se cuela sin más, sin pedir permiso, como un golpe a traición.

—Joder, será posible… a estas alturas… serás gilipollas —murmura mientras vigila la puerta de entrada a la casa y se deja los dedos intentando meter los enganches en el sitio correcto.

Los nervios de no conseguirlo hacen encender el estrés, y con él la paranoia de las prisas. Su mente es desde hace mucho tiempo territorio de guerra, no de amor.

Por fin lo consigue. Dos *clacs* y ya está. Corre a la casa.

La niña duerme. Parece en paz, piensa Ana. Ajena a todo lo que le han arrebatado de forma cruel. Ella no quería que matasen a su familia. No. Eso fue cosa de El Arquitecto.

—Nahia. Nahia despierta.

La niña entreabre los ojos.

—Tenemos que irnos, Nahia.

—¿A dónde?

Ana piensa la respuesta algo más de lo necesario.

—A volar muy lejos. A por cereales del tigre.

Ana acomoda a la niña en la silla de seguridad; le cuesta tres intentos encajar los arneses.

Arranca el motor y avanza por el camino de grava hasta que la casa queda atrás, sepultada entre los árboles. No mira por el retrovisor ni una sola vez.

La carretera serpentea sin descanso a lo largo de los kilómetros que las separan de la salida hacia la autopista. Ana vigila, cada pocos metros, los retrovisores. Cuando mira a través del interior, ve que Nahia se ha dormido otra vez con el bamboleo del coche en

marcha. Debe estar muy cansada con todas las emociones de los últimos días, piensa Ana.

El silencio es absoluto. La carretera de la montaña está vacía. Y, sin embargo, Ana vigila cada centímetro del entorno mientras conduce.

Ella no está en paz.

41

Día 5

00:55

Arregi regresa a su piso vacío pasada la medianoche.

Solo enciende las luces estrictamente necesarias. No pasa por la cocina ni se asoma a las habitaciones; va directo al cuarto del fondo, como siempre.

Se encierra con esas paredes llenas de inscripciones del caso.

El triángulo azul en el centro.

Las flechas que conectan conceptos.

Los nombres.

Sísifo.

Intermediarios.

El Arquitecto.

Trasplantes.

Niños.

Y una palabra nueva escrita en ese mismo momento.

LLAVE.

Arregi se queda de pie mirando todo el mapa. Esa última inscripción que no tiene solución.

Gorehound le ha dicho todo lo que sabía.

Y no sirve para nada.

Un portal que aparece y se esfuma. Una invitación que llega antes que la mercancía. Definirlo así es cruel, inhumano. Meses de espera para una señal —el triángulo azul— y una clave: la llave, esa pieza que le falta y que hace que el castillo de naipes se derrumbe.

Tiene mucho y, a la vez, no tiene nada.

Nada.

El triángulo sigue ahí, en el centro.

Se burla de él. De su desgracia. De haberle arrebatado todo. De hacerle cómplice de ello. Ese triángulo es el infierno terrenal.

Arregi respira cada vez más rápido. Las paredes del cuarto parecen estrecharse sobre él con todos esos nombres y conceptos que le torturan.

Esa habitación no es un centro de investigación.

Es un cofre que guarda traumas y horror.

Es una celda que le encierra con el mal.

Él también ha sido partícipe. Sus manos no están limpias.

Cierra los ojos.

Y, como siempre, vuelve a ellas. Ve a Astrid. Ve a Anna. Ve la sala de interrogatorios 3. Ve a Jos. Ve la puerta de ese mismo piso abrirse. El pasillo poco iluminado. El cuarto de la niña con la lámpara de pollito. Ve su propia muerte. El vacío absoluto.

Y, por último, ve a Nahia Echevarría.

Solo cuatro años.

Viva quizá.

O quizá ya no.

La idea le golpea por dentro con una violencia distinta al resto. Más silenciosa.

Abre los ojos.

Él sí cree que pueda estarlo.

Cree al menos poder salvarla a ella.

Cree que puede llegar al triángulo azul.

El problema es lo que debe hacer para comprar solo unas pocas posibilidades extra. El precio desgarrador que tiene que pagar para tan solo aferrarse con la yema de los dedos al borde de un barranco al que quedará expuesto.

Mira la pared de nuevo.

Nada de eso le sirve sin la llave.

Todo termina en el mismo sitio.

En una puerta cerrada.

Arregi avanza despacio hasta la mesilla en la que se amontonan los papeles de los informes del caso. Abre el cajón. Levanta la tapa de madera de la caja que redobla la protección de lo que guarda ese mueble.

De lo que siempre lleva consigo.

Extrae la nota y la despliega con un cuidado casi sagrado.

El triángulo azul, trazado a mano, y una única frase: *No todos los corazones han sido saldados*.

Durante unos minutos el tiempo se detiene. Solo se escucha su respiración, ya no agitada, sino extenuada. La nota en la mano. El triángulo mirándole desde distintos ángulos como una deidad.

Arregi dobla la hoja con cuidado. Y la guarda en el bolsillo interior de la chaqueta. Un gesto simple con el que acaba de tomar la decisión más difícil de su vida.

Se arrastra hasta el salón de estar y se deja caer en el sofá. No piensa entrar en ninguna otra habitación de ese piso. Necesita descansar, aunque sea solo un par de horas.

De madrugada saldrá de Bilbao.

Esta vez no va a perseguir a un monstruo.

Va a pedirle ayuda a uno.

42

Ana

El coche abandona la carretera principal y toma una pista estrecha que asciende entre los castaños.

El asfalto desaparece. Vuelve el camino de grava bajo el que crujen las ruedas, mientras el camino serpentea entre bancales de piedra cubiertos de maleza. Un murmullo acompaña el ascenso: hilos líquidos que se deslizan entre las rocas.

Es como volver a un mismo lugar, solo que es, en realidad, uno distinto.

Ana ha vagado por carreteras secundarias alternando rumbos mucho más tiempo del necesario. Ha transformado un viaje de hora y media en una odisea de cuatro horas, vigilando los retrovisores con una fijeza enfermiza. La niña ha ido dormida, lo que ha ayudado a que la mujer no pusiese freno a su paranoia hasta que no ha estado segura al mil por ciento de que nadie las ha seguido.

De que no hay ojos observando ocultos tras ningún matorral.

Y, aun así, sigue alerta.

Eso no cambia.

Ana reduce la velocidad. El próximo giro es traicionero. Solo conociéndolo se evita un posible susto. Lo pasa incluso con más suavidad de lo normal, y observa el espejo interior. Sigue dormida. El estrés de los días previos ha debido dejar su sistema nervioso frito, Ana lo sabe bien.

Dos vistazos furtivos más a los retrovisores. Nadie detrás. Es el momento crucial. Ya solo les resta la última recta hasta su escondite.

La casa está construida contra la ladera. Casi parece camuflarse con la piedra, con sus paredes oscuras y tejado de pizarra negra. Delante tiene un pequeño terreno cercado por un murete también de piedra.

No es exactamente un jardín. Más bien una lengua de hierba irregular.

En realidad, en otra vida, hubiese sido un sitio maravilloso para criar una hija, o puede que varias. Siempre pensó que le hubiese gustado tener tres. La inocencia idealista de la juventud. Hasta que buscar el primero terminó con cualquier ilusión posible.

La vida no entiende de inocencias.

La vida es dolor, muy por encima de cualquier otra cosa.

Ana detiene el coche frente al murete. Y vuelve a mirar a la niña, dormida. La visión de su rostro angelical se entremezcla con los pensamientos turbios que la asaltaban solo unos segundos antes. Aunque hace solo un día eso le hubiese parecido imposible, hay rayos de luz entre el dolor. Momentos donde una sonrisa, aunque sea ínfima, se escapa.

«Toda su familia está muerta. La cosa se complicó…» dijo el tal Arquitecto.

Al apagar el motor, el silencio cae sobre ellas. Y como si ese fuese el sonido más amenazante, Nahia se despierta en ese mismo momento.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta con palabras que zozobran a medio camino entre el mundo de los despiertos y los dormidos.

—Sí. Ya hemos llegado.

Ana baja del coche y ayuda a Nahia a soltarse de la silla y a bajar.

La niña está sudada tras la siesta al calor de la calefacción del coche. Y el invierno de las montañas del norte de Cáceres es helador. Ana repara en que apenas tiene pertenencias para la niña. Se quita su propio jersey y envuelve con él a la pequeña.

—Rápido. Entremos, que aquí el frío corta —dice.

—¡Hala! ¿Esta es tu casa? —curiosea la niña mirando el terreno delantero.

—No exactamente. —Ana se agacha para susurrar al oído de la niña—. Es más que eso. Es un escondite secreto.

Nahia se queda un instante poniendo cara de pensar y asimilar lo que acaba de escuchar.

—¿Es un escondite para quedarnos hasta que el coco se vaya? ¿Y entonces mi *ama* vendrá después?

—Sí. Justo eso —contesta Ana.

Y la niña sonríe.

Ana abre la puerta de hierro oxidado del murete. Las bisagras se quejan.

—¿Este es tu jardín? —Nahia está entusiasmada con el escondite.

Ana asiente. Y sigue la mirada de la niña, que va posándose en cada elemento.

El manzano a un lado, la mesa de madera contra la fachada y, por encima de todo, el viejo columpio. Los ojos miel de Nahia se clavan en él con ese brillo de fascinación infantil. Al fin y al cabo, solo son cuatro barras desconchadas de pintura roja y un neumático gastado que cuelga de unas cuerdas amarillentas.

La mirada de los niños es así. Se fija siempre en el lado bueno de las cosas. Justo la capacidad que vamos perdiendo con el tiempo.

Ana mira de reojo hacia atrás, al camino por donde acaban de venir.

Vigilando que no venga el coco.

—Venga, Nahia. Vamos dentro ya. Que hace mucho frío.

43

Día 5

8:49

La meseta todavía está helada cuando llega. La carretera es un tajo recto que corta los campos vacíos hasta desembocar en la verja de acero de varios metros de alto.

El edificio principal está tras los muros. Una mole de hormigón gris sin una sola concesión estética. Solo ángulos rectos, alambradas en espiral y torres de vigilancia.

Una fortaleza con una única función. Que ningún ser de los que encierra pueda salir.

Salvador Arregi detiene el coche ante la barrera de la prisión de Estremera.

Un funcionario asoma desde la garita y escanea el interior del vehículo antes de bajar la ventanilla; allí, el recelo es el pan de cada día.

—¿Motivo de la visita?

Arregi enseña una placa de la que cada vez se siente más impostor.

—División de Investigación Criminal de la Ertzaintza. Tengo autorización.

El funcionario es transparente como el agua. Su cara dice que no le suena esa división.

Normal, la DIC solo existe para tratar con lo que nadie quiere ver.

En cualquier caso, asiente y pulsa un botón. La imponente barrera se hace a un lado.

Arregi ya está dentro. Nota el calor del fuego acariciando la piel con cada metro avanzado. Su infierno particular le da la bienvenida.

Aparca frente al edificio principal. Apaga el motor y por un momento se queda allí, incapaz de moverse.

Tarda en decidirse a salir. Cuando lo hace, constata que el aire de la mañana es frío y seco por igual. Pero él sigue ardiendo.

Pasa por las manos de varios funcionarios más. Por el camino deja teléfono móvil, llaves, mando del coche, cinturón y cualquier cosa metálica. Hasta que el último eslabón de la cadena le conduce por un pasillo largo e iluminado por tubos fluorescentes. El suelo de linóleo refleja la luz blanca con un brillo extraño.

Arregi captura cada detalle. Hiperestimulado como si recorriese los últimos metros hasta su ejecución. Solo que no es eso lo que le espera. Eso sería más fácil. No, a él todavía le queda un tortuoso camino que recorrer en vida, y la de esa cárcel es la siguiente casilla.

Llegan ante la primera puerta.

El funcionario introduce una tarjeta en el lector y la puerta se abre. Cuando la rebasan, se cierra tras ellos con un golpe seco.

Un segundo pasillo.

Otra puerta.

El proceso se repite una y otra vez. Pasillos idénticos. Puertas pesadas y cerraduras electrónicas.

Una prisión de máxima seguridad como esa es una sucesión de esclusas. Cada puerta que se cierra entierra un poco más en su corazón de metal y hormigón lo que guarda. Lo que hay que sepultar del mundo de los civilizados.

Arregi tiene la sensación de estar descendiendo a los infiernos, aunque los pasillos avancen en línea recta.

El funcionario se detiene ante una puerta idéntica a las anteriores, pero esta vez el aire pesa más.

Es la última.

—Sala de comunicaciones —dice antes de abrirla.

Dentro hay una mesa metálica y dos sillas. Una cámara pequeña sobresale en una esquina del techo. No hay cristal separador.

Ese último detalle enciende instintos oscuros en las tripas de Arregi.

—Espere aquí —añade el funcionario con tono aséptico.

Y después sale.

El silencio reina en la habitación. Pero Arregi solo escucha gritos en su interior. Se queda de pie unos segundos antes de sentarse al fin. Apoya los brazos sobre la mesa metálica. El tacto frío del acero le atraviesa la piel. Tiene el puño derecho cerrado como una piedra. Se remueve en la silla. Todo le parece incómodo al máximo exponente.

Mira la puerta cerrada con el convencimiento asesino de que tarde o temprano se va a abrir, y entonces él entrará.

Imagina un triángulo azul dibujado en esa puerta. Pero se vuelve rojo sangre. Gotea por la textura lisa.

Piensa en la niña. Tal vez a ella pueda salvarla. No se engaña mintiéndose con que está allí solo por ella, no va a ser tan cínico consigo mismo, pero sí, podría salvarla.

Los segundos se consumen despacio. Son aire que se escapa de los pulmones para no volver. Esa pequeña sala cada vez asfixia más.

Al otro lado del pasillo se escucha el sonido de una llave. Después, pasos que se acercan, casi sigilosos.

La puerta se abre.

El funcionario entra primero. Se queda a un lado, flanqueando el paso.

Y detrás, aparece él. Le parece más delgado que la última vez. El pelo más corto. La mirada tranquila, que no en paz, no es lo mismo. En el mundo que ambos comparten, no existe ya la paz.

El funcionario le conduce hasta la mesa y le indica que se siente.

Y él obedece.

Jos se sienta frente a Arregi.

Ninguno habla. No es fácil hacerlo. Aunque hay personas entre las que el silencio y las miradas dicen más que mil conversaciones de otros.

Josué Ramírez y Salvador Arregi son esas personas.

Da la sensación de que podrían pasarse horas así. Entre recriminaciones, perdones y odio irrevocable gritados tan solo con los ojos.

Ojos que asesinan, ojos que comprenderían ser asesinados.

Son hombres que han perdido a partes iguales. Pero incluso en eso hay diferencias. Siempre las hay.

Arregi mira a la cara de uno de los responsables directos del asesinato de Anna y Astrid. De quien fue pieza clave de distracción mientras su mujer las asesinaba. El Gorehound de su Arquitecto, que, en ese caso, se llamaba Paula.

Paula. Solo de recordar el nombre, Arregi enloquece. Todo revive. De pronto ya no están en la prisión de seguridad de Estremera, están unos metros más arriba de La Caja, en la sala de interrogatorios 3. Han capturado a Josué Ramírez, por fin. Y a él le toca interrogarle como inspector jefe de la DIC. «Llámame Jos, inspector. A fin de cuentas, podemos considerarnos ya amigos», le dice.

Arregi aprieta más el puño derecho que tiene apoyado sobre la mesa, y que no se ha movido en ningún momento. Ya no puede esperar más. Soltar la primera palabra es un parto de los difíciles.

—Necesito tu ayuda —dice al fin Arregi.

—Eso sí que no lo esperaba —contesta Jos.

Entonces el puño de Arregi se destensa. Lo abre, descubriendo lo que guardaba dentro en todo momento. Coloca la hoja arrugada sobre la mesa. Y la extiende.

En ella queda expuesto el triángulo azul incompleto en uno de los vértices.

Y una única frase que lo acompaña debajo.

No todos los corazones han sido saldados.

—Sé que me lo has mandado tú. Aquí estoy.

TERCERA PARTE

44

Día 5

9:31

La sala de comunicación de la prisión de máxima seguridad de Estremera está partida en dos. La mediatriz es esa hoja arrugada que descansa sobre la mesa metálica.

—¿Puedo? —pregunta Jos.

Arregi arrastra la hoja y la acerca a él.

La cadena de las esposas de Jos suena al rozar con la mesa cuando extiende los brazos para alcanzar el papel. Lo mira a escasos centímetros. Con la expresión de quien enfrenta un enigma enrevesado.

Pero en ese papel solo hay escrita una única frase que acompaña un símbolo pintado. Es un mensaje simple y claro.

—Sabía que tarde o temprano vendrías a verme, Salvador.

Jos habla con la mirada aún en la hoja.

Niega con un gesto seco y mínimo.

Y la vuelve a dejar sobre la mesa.

—Pero estás equivocado. Yo no te he mandado esto.

Arregi le mira en silencio. El tiempo se deforma, se expande hasta lo indefinido tras esos ojos fijos. Los pensamientos se agolpan y pelean por imponerse a los sentimientos. Sentimientos malos, todos ellos.

—Te lo digo en serio, inspector. Esa nota no es cosa mía —vuelve a decir Jos.

Alza las muñecas y las mueve. Las esposas suenan.

—Además, ¿cómo podría desde aquí, eh? —añade.

—Sabes bien el esfuerzo que estoy haciendo al compartir el mismo aire contigo. —Arregi se inclina para coger la nota, aunque lo que quiere es acercarse más a Jos, asestarle su mirada un poco más cerca, solo un poco—. No me tomes por gilipollas, es lo único que pido.

Jos no rehúye el contacto visual violento. Él también tiene los ojos muy abiertos. Repite, esta vez dejando un espacio amplio entre cada palabra.

—Yo no te he mandado esa nota, Salvador.

Y después vuelve a hablar normal.

—Además, para mí el único corazón que importa ya está saldado.

Arregi se tensa al escuchar la frase y lo que implica. Todo su cuerpo quiere levantarse de esa silla, pero una parte de su cerebro logra contener toda esa electricidad en el último suspiro. La concentra en sus puños que se aprietan. Y en ese pie que taconea bajo la mesa.

—Y ese corazón es el de mi hijo —dice Jos—. Un ser al que se le negó el derecho a vivir. Pero que existió. Solo durante algunos minutos, horas al sumo… no puedo ni saber eso. —Sonrisa amarga —. Lo único que conoció fueron las manos de extraños que lo despiezaron al mejor postor. Pero tú eso lo sabes bien. Los dos sabemos bien todo eso, eh, inspector.

La pelea tras los ojos de Arregi sigue. Es una guerra cruda y pegajosa. Los instintos viscerales contra lo poco de razón que queda en pie.

—Tú también te equivocas en algo. —Arregi al fin ha conseguido atar el tono que necesita—. Yo no sabía lo que le iban a hacer a tu hijo. No sabía nada de eso. Solo se me ofreció una posibilidad de trasplante, y… no lo sabía… cómo iba a imaginarlo siquiera… ¿Crees que hubiese aceptado algo así de saberlo?

—La pregunta no es si lo creo yo, sino si te lo crees tú. ¿Te has cuestionado eso alguna vez, Salvador?

Arregi calla. Solo sostiene la mirada.

—No, claro que no —insiste Jos—. Es más cómodo ignorar la respuesta. Aceptar un órgano irregular y no hacer preguntas. Es tan fácil decir después: «¿Cómo iba yo a saberlo?».

—Era mi hija, joder. Se moría. ¿Qué querías que hiciera? ¿Tú has preguntado qué hubieses hecho en mi lugar? ¿Te has hecho esa puta pregunta acaso?

Jos sonríe otra vez.

—Por fin estamos hablando de verdad, inspector.

—Ella no tenía ninguna culpa de nada. —El tono de Arregi es distinto, se rompe—. Era un ser inocente y maravilloso. Y mi mujer igual. ¿Por qué no fuisteis a por mí? De haber un culpable, en ese caso era únicamente yo. Solo yo…

—¿Tenía culpa de algo mi hijo? No. Obviamente, era imposible. ¡Porque era un recién nacido! —Jos descerraja un grito a medio contener.

Después mira de reojo al funcionario de la puerta y pelea por rebajar el tono. Lleva mucho tiempo esperando poder soltar parte del veneno que le corroe.

—¿Tenía culpa de algo un recién nacido? ¿Y Paula? ¿Tenía culpa de algo ella? Ambos murieron aquella noche, de un modo u otro. —Jos para, y se inclina un poco más en la mesa, como si quisiese revelar confidencias a Arregi—. Al principio no entendí por qué Paula mataba también a las madres. Después lo comprendí: ella también murió esa noche, bajo el manto de la bruma, cuando le arrancaron a su pequeño. Aquí no existe la justicia, Salvador; solo existe el pago.

Jos se retira con un movimiento seco.

Se reclina en su silla. Solo un momento, y después vuelve a posición neutra.

—Paula se cortó las venas en la bañera. Fue un par de años antes de empezar su espiral. La salvé. Le he dado vueltas muchas veces a eso. Debí dejarla morir. Hubiese evitado mucho sufrimiento. Pero ya se sabe… El amor no es objetivo. Es complicado… Debes saber una cosa importante, inspector. No sufrieron. Ni tu mujer ni tu hija. Ninguno. Ella los dormía primero siempre. Como una operación de la que no despertaban… Como le hicieron a nuestro pequeño.

El silencio vuelve, inevitable. Es la representación del dolor. De la pérdida. Un duelo respetado por incontables segundos.

—¿Crees que ha sido Paula la que me ha mandado esta nota? —Arregi lo pregunta en crudo.

Jos pone un gesto de incomprensión.

—No hace falta que te hagas el tonto —dice Arregi—. Sé que sabes dónde está. No soy tan ingenuo de preguntarte por eso. Sé que no me dirías media pista ni en mil vidas. Solo te pregunto si crees que ella pudo mandar la nota, nada más.

—No sé nada de Paula, inspector. Ni dónde está. Ni si sigue viva. Al menos ahora, gracias a ti, sé que no la habéis pillado. Supongo que estará en la otra punta del mundo, como mínimo. Como máximo, igual ha vuelto a cortarse las venas en una bañera ahora que ya no estoy yo. Así que no, no creo que ella te enviase esa nota.

—La nota estaba en mi piso, joder. La encontré ahí cuando salí del psiquiátrico meses después de que tu mujer asesinase a la mía y a mi hija en su propio cuarto, en su propio hogar. En nuestro hogar. —Arregi se detiene ahí, deja que Jos se empape de esa idea—. Así que, quién sabía muy bien dónde estaba mi piso, ¿eh? Dime.

—Supongo que mucha gente, Salvador.

—Escúchame bien. —Arregi vuelve a inclinarse en la mesa—. Tú y tu mujer sois lo que más odio. Es un odio tan profundo que supera a todo lo demás. A todo. Y es duro, porque a veces siento que, dentro de ese superar a todo lo demás, habéis llegado incluso a solapar el amor por mi mujer y mi hija. Os habéis convertido en los protagonistas de mi vida, casi por encima de ellas. Y eso es algo con

lo que es muy difícil convivir. Es jodido a otro nivel… Así que, muchas veces, piensas… si me muero ya, al menos esa mierda termina. Así no mancho más su recuerdo.

Arregi se detiene en seco. Se ve a sí mismo confesando eso a su verdugo.

—¿Pero sabes por qué sigo en pie? Porque en el fondo, muy en el fondo, y es algo que me desgarra reconocer, sé que vosotros también sois víctimas. —Arregi vuelve a poner la hoja sobre la mesa, y señala con saña el triángulo azul dibujado en ella—. Y este es un enemigo común. Uno que va a seguir creando monstruos como nosotros. Y quiero destruirlo.

Jos vuelve a mirar la hoja. Parece perderse en ella.

Arregi sigue hablando.

—Sé que tú sabes algo sobre la fundación Sísifo. Sobre este triangulo. Lo pintaste en la espalda de una de las madres que durmió Paula. Este triángulo ha vuelto a aparecer. Y una familia entera ha sido masacrada. Solo hay posibilidad de que haya sobrevivido la hija menor. Una niña de cuatro años. Pero está en paradero desconocido. Ya imaginas lo que eso supone con esta gente. Cada minuto que pasa está más muerta que el anterior. Cuando te has sentado en esta mesa te he dicho que necesitaba tu ayuda. Ayúdame a encontrar a esa niña. Ayúdame a destruir al triángulo azul.

Jos mira a Arregi. Algo ha cambiado en él.

—¿Si alguna vez encontrases a Paula, la matarías, verdad, inspector?

—Sí.

La respuesta de Arregi es instantánea. Ni un atisbo de duda o cálculo. Con eso no va a negociar.

—No sé cómo pretendes que te ayude con lo de esa niña, inspector. Aunque quisiese…

—Paula era la mano ejecutora. El corazón vengador. Pero tú eras el cerebro que la acompañó en su viaje oscuro. El que sabía cómo funcionaba el sistema. Tú conseguiste la lista de los receptores de los órganos que la Fundación Sísifo quitaron a vuestro hijo. Cuéntame todo lo que sepas del triángulo azul. De la fundación. ¿Cómo lograste esa lista? La gran pregunta sin respuesta.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—No tienes por qué. La cuestión es, ¿quieres? ¿Quieres que llegue hasta el triángulo azul y la fundación? ¿Quieres ayudarme a salvar a una inocente?

Jos se queda en silencio. Piensa.

—Solo tiene cuatro años. Y han asesinado a toda su familia en su propia casa —Arregi presiona.

—Ese es un tema complicado, inspector. Fue trabajo de años. Mucha tela que cortar, como ya imaginarás. Por aquel entonces seguía en activo en la Nacional y tenía acceso a bases de datos y demás cuestiones que… ya sabes… Y ni eso sirvió para demasiado. El triángulo es una pantalla. La fundación es algo líquido. Fluye. Es un ente casi etéreo. Pero lo que no lo son, son las personas. Detrás, a fin de cuentas, siempre hay personas. Y esas son de carne y hueso. Se las puede encontrar. Se las puede hacer sangrar.

—¿Intermediarios? —pregunta Arregi al tiro.

—Puede.

—¿Te suena el nombre de El Arquitecto?

—No —Jos contesta rápido.

No duda.

Solo después parece meditar sobre ello. Pero niega con la cabeza.

No.

—Lo imaginaba —dice Arregi—. Parece ser que el tal Arquitecto es el intermediario detrás de lo de la niña. Supongo que es probable que haya más de uno. De hecho, son casos muy distintos. Este

parece ser especialista en meterse en casas como un fantasma. Ahora piensa en la cantidad de desapariciones a priori inexplicables que hay…

Como expolicía nacional, Josué Ramírez conoce bien esos datos.

Aunque a Jos eso le parece un pasado muy lejano. Otra vida distinta.

Jos piensa en intermediarios. No en El Arquitecto, pero sí en otros. Con otro tipo de habilidades, como sugiere el inspector Arregi.

—Pero conocí a otros, inspector. Otros intermediarios.

—Ya no soy inspector. No desde que salí de la sala de interrogatorios 3, tras interrogarte allí.

—Vaya. Lo siento, Salvador, de verdad. Es una pena. Eras bueno.

Arregi mira de reojo al funcionario que custodia la puerta.

—Háblame de esos intermediarios. No tenemos todo el día —urge Arregi.

Jos se muerde el labio, primero el superior, luego el inferior.

—Me costó horrores, pero cacé a uno de esos cabrones. Me ahorraré los detalles del «cómo». —Jos se inclina de nuevo hacia él —. Era uno de los hijos de puta que había movido lo de las cabañas de la bruma. Era mi hijo de puta. En realidad, saqué casi toda la información que me llevó a confeccionar la lista solo de él.

Arregi también se inclina para escuchar a Jos.

Sabe que por fin está en terreno fértil. Y el sacrificio hasta llegar a ello ha sido durísimo.

—Es curioso. Era un tipo muy normal. Casi una caricatura de lo normal. Parecía un vendedor de seguros. Me lo imagino reunido vendiendo los seguros de vida a los receptores de los órganos. Como quien vende una aspiradora. Le saqué bastantes cosas, aunque bueno, estaba muy motivado, como podrás imaginar. Fue fácil encontrar la inspiración para hacerle hablar. Cuando le expliqué quién era yo… Lo que le habían hecho a mi hijo recién nacido…

Sabes, inspector, voy a seguir llamándote inspector, si no te importa, Salvador.

Arregi solo cierra los ojos un segundo. Eso le da igual.

—Cuando le dije quién era yo, inspector, pensé que vería en sus ojos una reacción. El miedo, la vergüenza culpable, una mezcla de ambos, tal vez. Pero nada, el tipo se quedó ahí, impasible. ¿Y sabes lo que me dijo, inspector? —Jos sonríe, un gesto que repite una y otra vez—. Me miró con su expresión de vendedor de aspiradoras, y simplemente me dijo: sé que es difícil valorarlo desde lo personal, pero con una vida se han salvado cinco, es una buena gestión. Y si obvias los sentimientos, es justo. ¿Por qué la vida de tu hijo vale más que las otras cinco? —Jos vuelve a morderse los labios, con más saña—. Me dijo eso, el muy cabrón.

—¿Y qué hiciste tú después, Jos?

—Después hice gritar al vendedor de seguros, inspector. Pero gritar de verdad.

—¿Y qué gritaba?

—Muchas cosas que me sirvieron para confeccionar mi lista. Pero creo que cada intermediario tiene la información de lo que gestiona él. Y nada más. Saben lo justo. Ahí está la gracia. Aunque, para mí, con eso era más que suficiente. Lo otro fue un añadido.

—¿Qué otro, Jos?

Arregi se inclina aún más. Todo lo que puede. Se clava el canto metálico de la mesa contra las costillas.

—¿Qué otro, Jos? —repite.

—Una palabra. Cuando estábamos llegando al final, repetía una palabra. Una y otra vez. Ya estaba muy lejos de su pose fría de vendedor de aspiradores, te lo aseguro, inspector. Y entre estertores de supervivencia, repetía esa palabra. Una y otra vez. Una y otra vez…

—¿Cuál era esa palabra, Jos?

—Obolus.

El funcionario se mueve tras Arregi.

—Obolus —repite Jos, casi en un susurro—. La decía una y otra vez. Casi como una oración. Como un salvavidas al que aferrarse. Para ese momento ya estaba casi delirando.

Jos se acerca un milímetro más. A la zona de secretos máximos.

—Nadie sabrá nunca cuánto me dijo ese vendedor. Ni cuánto dejó de decirme. Ya me entiendes, inspector.

—¿Y qué era? ¿Te dijo qué era esa palabra? —pregunta Arregi, que ya siente al funcionario acercarse.

Jos niega con un gesto silencioso.

—No tuvo más tiempo. Como nosotros.

El funcionario toca el hombro de Arregi.

—Ha terminado el tiempo de visita —dice.

Arregi ya está en la puerta cuando Jos vuelve a hablar.

—Vuelve algún día, Salvador. Haremos terapia.

45

Ana

El rojo de la estructura del columpio es una herida abierta en los tonos apagados del invierno extremeño. El frío se agarra a las cuerdas amarillentas de este, endureciéndolas hasta volverlas casi rígidas. El neumático gastado oscila con un chirrido leve de las bisagras cada vez que la niña impulsa las piernas, ida y vuelta, ida y vuelta, sobre la tierra apelmazada del jardín.

Ana está sentada unos metros más allá, sobre el banco de madera junto a la pared de la casa. Con una taza de café caliente en la mano, observa a Nahia balancearse en el columpio rojo como lo haría cualquier madre, cualquier tía, cualquier mujer a cargo de una niña una mañana fría de enero. Eso es lo que vería cualquiera. Una escena menor. Tranquila. Incluso tierna.

Ana ha aprendido que vigilar y contemplar pueden parecer lo mismo para el ojo ajeno.

Pero ella no contempla; mide distancias.

Desde su atalaya de café humeante controla el muro, el sendero de acceso y a la niña. Los tres objetivos en un mismo plano. Como debe ser.

El tiempo que pasa jugando por su cuenta, Nahia no pregunta, y eso ayuda. Ana sabe que tarde o temprano tendrá que cambiar su versión edulcorada de la verdad. Que tendrá que decirle a la niña que no volverá a ver a su *ama* nunca más. Y tampoco al resto de su familia.

Pero aún no.

El poco sol que calentaba se ha extinguido al mismo tiempo que el café caliente, que solo ha dejado el vacío en la taza.

—Vamos, Nahia. Es hora de entrar —dice Ana con tono calmado, pero que lleva implícito una orden incuestionable.

La niña obedece sin poner, por el momento, resistencia.

—Puedes seguir jugando un rato más aquí, mientras preparo la cena —vuelve a decir Ana, cuando ya están en la estancia principal del primer piso, que junta salón y cocina, todo en uno.

Aunque con eso obvia un detalle sangrante. Allí no hay juguetes para una niña.

Nahia se vale de su imaginación, hojas en blanco y dos bolígrafos. Siempre le ha gustado mucho pintar.

Ana la deja allí, sentada en la alfombra y dibujando, apoyada en la mesita del centro. Ella va a la cocina. Saca las verduras y la carne de la nevera, y las deja atemperando. Antes de cocinar tiene que hacer otra cosa.

Sube al segundo piso. Necesita conectarse al portátil de su habitación. Abajo la puerta está cerrada. La niña juega en el salón. Y, aun así, a Ana le acecha la pulsión incontrolable de bajar. De no dejarla sola. En su mente, la paranoia dibuja escenas en las que El Arquitecto entra en la casa, como un fantasma. Como hizo en la casa de la familia de Nahia. Como rezaba el mensaje que le mandó, como una confesión, cuando efectuó el primer pago y contrató sus servicios.

Colarse en una casa es mucho más sencillo de lo que se cree.

La mayoría piensa en cerraduras, en puertas forzadas o en descolgarse por ventanales; métodos espectaculares y violentos.

Nunca reparan en lo que no ven.

Por eso jamás advierten que he entrado. Que, a veces, incluso estoy ahí, con ellos, mientras viven.

Ana agarra el portátil. Hará la transacción desde abajo; es lo más seguro. Decisión tomada.

Desciende las escaleras como si cada segundo fuera una cuenta atrás hacia el abismo, pero al llegar solo encuentra a la niña, concentrada en sus dibujos y tarareando una canción.

Se sienta en el sillón que hay a la izquierda de la propia mesa donde pinta Nahia. Un lugar desde donde ve la puerta de entrada a un solo golpe de vista. Y desde donde tiene también el tercer cajón del mueble de la televisión cerca.

Desde esa posición, conecta el pendrive en el portátil y abre el navegador. Bucea a través de rutas que hace años le hubiesen parecido un laberinto y que, sin embargo, ahora le parecen hasta lógicas.

Hasta que está ante la puerta final.

Escribe la palabra clave.

OBOLUS.

La deja ahí suspendida unos segundos.

Después teclea los dos números.

La pantalla no reacciona de inmediato. Dejando claro que ese no es un portal normal.

Después cambia.

Y ya está dentro.

Sabe que es la última vez. Piensa en el primer encuentro con El Arquitecto. Y hace el segundo pago. Junto con el enlace a la billetera fría ya figura el porcentaje de incremento por las complicaciones que le dijo él. Ana sonríe, mitad amargura, mitad admiración por los méritos.

—Hace falta ser un hijo de puta de primerísima categoría —murmura para sí misma, mientras controla con el rabillo del ojo a Nahia y la puerta de entrada.

Efectúa la transferencia en criptomonedas. Y se queda mirando el portal abierto. Cuando lo cierre, desaparecerá. La palabra es de un solo uso, se lo dejaron claro. Esa no es una tienda en la que se permite comprar dos veces.

Ana mira a Nahia. Ha pintado lo que parece un tigre.

Y presiona una tecla. El portal está cerrado.

Se acabó. Ahora solo están ella y la pequeña. Una niña que ya no tiene nada más que a la mujer que contrató al asesino de su familia. Y aunque ella no pagó ni quería eso, ahora ya da igual. Los hechos son los que son. Eso siempre ha sido así.

Ana deja el portátil en la sala. No quiere volver a subir. Ahora siente la sospecha más en carne viva que en ningún otro momento. No se separará de la niña ni un segundo. No, al menos hasta que pase un tiempo y esté segura de que El Arquitecto no aparecerá con nuevas complicaciones.

Piensa sobre eso mientras mira por la ventana de la cocina al exterior. Al sendero de grava que se pierde entre las montañas de su refugio perdido del mundo. La carne está sellándose en la cazuela. Le da la vuelta. Unos segundos más y apaga el fuego. Tiene que cortar las verduras. Se olvida de las ventanas y el exterior oscuro y amenazante.

Y también del interior seguro y cálido.

Y es justo de ese segundo punto de donde proviene la amenaza.

Ana echa las verduras a la cazuela y se gira hacia el salón. Entonces lo ve. Suelta el cuchillo y corre hacia allí.

—¡Ese cajón no se toca!

Ana grita mientras cierra de un portazo el tercer cajón del mueble de la tele, que la niña estaba abriendo.

—¡Está prohibido! ¿¡Me oyes!?

Ana tiene el rostro desfigurado por la ira. La niña había percibido siempre la seriedad extrema de la mujer, que algo en ella no encajaba del todo, pero eso, eso es nuevo.

—¿Nadie te ha dicho que no tienes que tocar las cosas sin preguntar cuando no estás en tu casa?

Ana repara en su propia reacción y modula la voz al ver el terror en el rostro de la pequeña. Cierra los ojos y respira hondo: una, dos,

tres, cuatro veces.

Nahia llora, pero no es un llanto descontrolado. Es algo peor: un sollozo contenido, asfixiado por el miedo a una represalia mayor.

—Solo quería ver si había rotulador naranja para pintar al tigre —acierta a decir a trompicones.

Ana se frota la cara.

—Ese cajón no se toca, ¿vale? —dice en tono aparentemente calmado.

Nahia asiente entre estertores de pucheros en sus labios.

—¿Me acompañas a preparar la cena? —pregunta Ana extendiendo la mano.

Nahia vuelve a asentir y coge la mano de Ana, que envuelve la suya con calidez.

—Perdóname. No tendría que haber reaccionado así. ¿Me perdonas? —dice Ana.

Nahia dice que sí. La perdona.

***

Ya han cenado.

Ana arropa a Nahia en la cama.

Es un momento de paz. El peor posible para que llegue la pregunta más temida.

—Me gusta mucho tu casa, Ana. Y el columpio. Y pintar. Y todo. Y me lo he pasado muy bien.

Nahia hace una pausa que parece adulta. Pero solo es la mente de Ana completando la información que falta, y que sabe que viene como un tren de mercancías a por ella.

—Pero ¿cuándo voy a volver con mi *ama* y mi *aita*?

Aún no es el momento.

—¿Te puedo contar un secreto? —pregunta Ana.

—Sí. Yo soy muy buena guardando secretos —miente Nahia.

—Pues yo tampoco sé cuándo va a ser. Aunque todavía no, eso sí que lo sé.

Hay un silencio. Adulto o infantil, depende de quién lo mire. Pero es un silencio triste.

—Pero, eh —dice Ana—. Mañana por la mañana vamos a ir de compras. Y vamos a comprar cereales del tigre. Todas las cajas que quieras. ¿Qué te parece?

Nahia sonríe.

Y casi por arte de magia, tres pestañeos después, ya duerme.

Ana atenúa la luz. Acaricia con el dedo gordo la mano de la niña, que sujeta bajo las mantas. Y la suelta con cuidado. Se queda allí, mirándola dormir mientras los minutos avanzan despacio.

Ana se pregunta una vez más cómo es posible que hayan llegado a esa situación, y apaga definitivamente la luz del cuarto.

De vuelta al piso inferior, da un vistazo furtivo a la ventana y al exterior. El silencio es absoluto en ese rincón olvidado de prisas, cobijado del bullicio de un mundo cada vez más antinatural.

Pero esa quietud la conecta con su yo interior en guerra, en vez de lo contrario.

Ana se adentra en el salón. Sobre la mesa hay un dibujo de un tigre sin colorear. Y un metro más allá, el mueble de la televisión. Abre con cuidado el tercer cajón. Aparta la amalgama de servilletas que solo están como distracción. Y destapa lo que esconden. Sentir el frío tacto del metal de la pistola hace que no se olvide de estar alerta.

Ana saca el elemento prohibido del cajón y se sienta en el sillón.

El mismo desde el que se ve la puerta de entrada.

46

Día 5

21:45

Arregi cruza el umbral de su piso.

El día ha sido infinito. Tras Estremera, regresó directo a La Caja, donde Espinosa ha dado por concluido el papel de la DIC en el caso. Tienen a Sergio Luján: un culpable sólido, probado y, en parte, confeso. La niña sigue en paradero desconocido, pero todos saben que esa búsqueda es un globo que se irá desinflando con las horas.

Pero para Arregi todo eso está en segundo plano. Su mente está clavada en la palabra. Obolus. En su encuentro con Jos. Siente la suciedad de esa cita pegada a su piel. Quiere meterse bajo la ducha y quedarse ahí un siglo. Pero no es lo que va a hacer.

Se dirige como una flecha directa hasta el final del pasillo. Hasta la habitación vacía de las paredes pintadas.

El cuarto sigue igual.

Las paredes cubiertas de nombres, fechas y flechas que se cruzan unas contra otras en un intento desesperado de ordenar lo que se niega a serlo. Fotografías de muerte pegadas. Subrayados. Círculos y tachones.

Un mapa incompleto de lo inasumible.

No obstante, ahora hay huecos que empiezan a llenarse. A cobrar sentido.

Arregi se queda allí, con la chaqueta aún puesta, observando con una mirada distinta.

Solo en esa representación caótica del interior de su mente, puede empezar a pensar bien. A unir los puntos entre lo que le confesó Gorehound y lo que le reveló Jos. No puede negarse a sí mismo la complicidad que ha compartido con dos seres semejantes. Debe admitir que él mismo pasó a formar parte de ese equipo hace tiempo. El equipo de los monstruos.

Gorehound le habló de un foro. Un portal misterioso que aparecía solo cada cierto tiempo junto con el aviso del triángulo azul. Pero un lugar cuya puerta no tenía una cerradura normal. Una puerta por la que solo se entra si te invitan antes.

Y después lo de Jos. Una palabra repetida por uno de los intermediarios cazados de Sísifo.

Traza una línea invisible entre ambas ideas.

Hacía tiempo que su cerebro no procesaba datos e ideas de esa manera. No desde que saliese de la sala de interrogatorios 3 aquella noche hace más de un año. Pero ahora el mismo elemento que destrozó su vida es el que le hace volver a funcionar. El triángulo azul.

A la línea inviable se une otra. Una tangible, pintada a rotulador negro sobre la pared central. Una que va desde intermediarios hasta el triángulo azul. Y ahí, entre esos dos puntos, y en letras grandes, escribe la nueva palabra.

OBOLUS.

La redondea dos veces.

Empieza a sospechar algo que solo es una conjetura ambigua. Pero que también es el único salvavidas al que asirse. Y Salvador Arregi es un náufrago desesperado. Desesperado y furioso. Sediento de venganza.

Obolus. La palabra que un hombre repite antes de morir.

Y la puerta que solo se abre una vez para quien sabe buscarla.

Arregi vislumbra una conexión entre ambas ideas, una silueta borrosa que solo tiene una forma de confirmar. Sin embargo, el

camino hasta allí es largo.

Y lo primero para intentar abrir una puerta es lograr ponerse frente a ella.

Hablar otra vez con Gorehound es ya imposible. Ha pasado a disposición judicial. Ya no se trataría de un favor de Espinosa. Lo que le deja fuera de juego.

Arregi necesita ver con otros ojos un mundo que desconoce por completo. Y para ello solo puede recurrir a una persona, otra vez. El problema es que ya no se trata de que le ayude con una investigación en curso. Lo que hace ahora es otra cosa. Es algo personal. Algo que ensucia las manos. Por eso duda. No quiere abusar del aprecio que sabe que despierta en esa otra persona. Una persona que no le negará lo que pide.

No debería hacerlo.

No quiere hacerlo.

Pero ya ha cruzado hace demasiado la línea como para pararse.

Arregi coge el teléfono.

Y marca el número de Aitor Lasa.

47

Día 5

22:48

Aitor Lasa camina hacia el edificio. Ha tenido que aparcar a varias manzanas; a esas horas, encontrar sitio es misión imposible. Es la primera vez que pisa el barrio desde que todo saltó por los aires hace más de un año.

Cuando por fin ve el bloque, los recuerdos se reproducen como una película en máxima definición. Las sirenas y las luces azules reventando la madrugada. Da igual cuánto corran, llegan tarde. Eso lo saben todos. Para cuando él alcanzó el lugar, en la ventana del tercer piso, ahora vacía, aquella noche estaba encaramado Salvador Arregi. Lasa la mira y vuelve a ver la escena de terror. Parece escuchar los gritos de Maialen Mendia, que, a su lado, imploraba a Arregi que no saltase. Para entonces, ya era más que evidente que habían perdido en el caso de la bruma. Que Arregi era ya hombre que lo había perdido todo de la peor forma posible.

Y ahí está él, tocando al portero del 3B, un año después. Intentando ayudar a reconstruir algo de ese hombre derruido.

Sube cada escalera con el convencimiento de que se dirige a terreno prohibido. Cuando llega al tercer piso, encuentra la puerta ya abierta. Duda ante ese umbral expuesto que cede el acceso. Se prepara psicológicamente para adentrarse en un espacio que condensa tanto dolor entre sus paredes.

Avanza por el pasillo casi en la penumbra. Una luz al fondo le indica el lugar al que debe ir. El silencio que se respira raspa en los pulmones. Es un silencio usado, erosionado de tanto habitar en él.

Lasa empuja con dos dedos la puerta entreabierta de donde proviene la luz.

Arregi permanece de pie en el centro de la estancia. Le saluda sin apartar la vista de las paredes, colonizadas por anotaciones a rotulador. Aquello no es un cuarto al uso; es una pizarra tridimensional donde la mente de Arregi se ha vuelto corpórea.

Lasa siente un mínimo escalofrío. Lo ata en corto. No quiere mostrar sus emociones.

—No te quedes ahí. Pasa —dice Arregi.

Lasa se adentra en el cuarto mientras lee de una primera pasada rápida el resumen que ofrecen esas paredes. La mayoría de las inscripciones y fotos le suenan. Menos una. Motivo por el que esa palabra captura casi de forma automática su atención.

OBOLUS.

—Joder… —murmura Lasa, incontenible.

—Esto no es investigación oficial. —Arregi sigue sin mirarle, ofreciéndole la espalda mientras se acerca un poco más a la pared central.

Entonces señala la nueva palabra, que está redondeada con trazos furiosos y repetidos.

—Eso ya lo veo —dice Lasa.

—Hablé con Sergio Luján, o, mejor dicho, con Gorehound a solas. Conseguí sacarle información sobre esas webs y foros donde contactó con El Arquitecto.

—¿Lo sabe Espinosa? —interrumpe Lasa.

—¿Lo de que hablé con ese pirado?, sí. ¿Lo que me dijo y cómo lo estoy usando?, no. Eso a él ya no le interesa para nada. El caso Luján está oficialmente cerrado para la DIC. Pero eso aquí da igual…

Arregi ahora sí se gira hacia Lasa.

—Necesito que me ayudes a entrar en esas webs profundas y sus foros. Creo que puedo encontrar el rastro del Arquitecto. Pero no

tengo ni idea de ordenadores o cómo acceder. Que quede claro, no te pido que sepas nada. Solo quiero que me des un curso rápido de informática. Lo que yo haga después es solo mío. Si explota, me lo como yo.

Lasa se acerca a la pared. Relee los nombres. Gorehound. El Arquitecto. Flecha. Intermediarios. Flecha. El triángulo azul, enorme, en medio de todo. Flecha. La palabra nueva de la que no sabe nada, la que le aterra. Obolus.

—Necesito entrar ahí, Lasa.

—¿Entrar dónde exactamente?

—En una puerta que aún no está —dice Arregi.

Lasa le mira a los ojos. Cada vez parecen más negros.

—Voy a necesitar que me expliques qué tipo de puerta es esa. Que me cuentes todo lo que te dijo Gorehound sobre esas webs y foros. —Lasa ya está accediendo a ayudarle antes incluso de haber decidido conscientemente.

Arregi le explica todo lo mejor que puede. Le cuenta incluso más de lo que le gustaría. Lo último que quiere es perjudicar a su alumno aventajado de los tiempos en los que él era el líder de la DIC. Pero su necesidad de llegar al fondo de todo se impone, embarra todo y a todos sin remisión.

—Esto no es como entrar en un servidor. Ni en una base de datos. Supongo que lo sabes bien. —Dudar es la primera reacción de Lasa, signo de su inteligencia.

—Lo sé. Pero tengo que aprender a bucear en esas aguas negras.

Lasa comparte otra mirada con Arregi. Podría abandonar esa locura. Irse de ese cuarto. Tal vez así estuviese ayudándole más que al contrario. Es, de hecho, lo más probable. Está convencido de ello. Y aun así…

—¿El portátil que tienes está conectado a la red? —pregunta.

Arregi asiente.

—Pues apágalo.

Arregi vuelve a asentir. Más despacio esta vez. Comprendiendo que acaban de sellar un pacto. Que ya han empezado.

El portátil de Arregi se queda cerrado a un lado de la mesa.

Lasa saca otro de la mochila que trae consigo. Negro. Sin marcas de ningún tipo. Lo abre con cuidado sobre la pequeña superficie de la mesilla.

—Para entrar en esas webs vas a usar este. Solo este. —Lasa enciende el ordenador—. Porque este no existe.

Arregi observa en silencio. No pregunta, aunque no entienda del todo. Solo escucha.

—Aquí no hay historial. No hay usuario. No hay rastro si haces las cosas como yo te digo.

Lasa conecta un USB gris y amarillo.

—Y cuando termines lo que sea que quieres hacer, no habrá pasado nada.

Lasa acompaña sus palabras de golpes rápidos y precisos sobre el teclado. No explica. No enseña. Solo ejecuta.

La pantalla cambia. Capas sobre capas. Direcciones que no parecen direcciones. Rutas que no llevan a ningún sitio y a todos a la vez.

—No busques ni lo intentes replicar —dice Lasa—. Si buscas, te pierdes.

Arregi le mira un segundo y después de vuelta a la pantalla.

—Tú solo estás aquí para buscar algo muy concreto. Y en tu caso, entiendo que ya lo sabes.

—Sí. Espero a que un triángulo azul aparezca —dice Arregi.

Otra vez ha hablado más de lo que le gustaría.

Se hace el silencio.

Solo el sonido del teclado. Y el leve zumbido del ventilador. Así van a ser los próximos minutos.

Lasa se detiene. Y la pantalla se queda fija. Expectante sobre un fondo negro en el que se perfilan ventanas con ofertas y chats varios.

—Hasta aquí puedo traerte.

El tono de voz de Lasa grita algo que no se atreve a verbalizar. Pero para Salvador Arregi ese chico es un libro abierto desde siempre.

—Lo que haga aquí es solo cosa mía, Lasa. No tienes nada de lo que preocuparte. Este portátil sin marcas no existe, porque nadie me lo ha traído.

Hay otro silencio compartido entre ambos.

Una línea sagrada siendo rebasada.

Lasa cierra el portátil despacio. Pero no lo apaga. Solo lo deja ahí.

—Estás dentro. No apagues el portátil. Mantenlo conectado a la corriente en todo momento y, cuando acabes, solo lo dejas así, con la tapa cerrada. Pero no lo apagues. Déjalo así. Siempre.

—Entendido —dice Arregi.

Lasa se levanta.

Quiere salir de ahí ya. Esa habitación le asfixia.

Se despide de Arregi, que se queda allí anclado. No va a acompañarle a la salida.

Antes de irse, Lasa se gira ya desde el pasillo.

—Salva…

Hace una pausa. Cada palabra se le espesa más y más en las tripas turbias de ese piso y del nuevo Arregi.

—Ten cuidado con lo que encuentres ahí.

Arregi no responde. Solo sostiene la mirada en un silencio que se estira hasta lo incómodo.

—Vete, Lasa. Sal de una vez. Llevas demasiado tiempo aquí para alguien que, oficialmente, ni siquiera ha venido.

Lasa esboza una sonrisa famélica. Desanda sus pasos sobre el suelo de ese pasillo lóbrego y huye del piso.

Arregi está solo con sus paredes por fin.

Observa la palabra. OBOLUS.

Y el triángulo azul en medio de todo, como un corazón arrebatado.

Por último, el portátil, ya listo para que aceche a través de él.

Arregi se sienta y abre la pantalla. El fondo negro le devuelve la mirada.

Es su primera noche de caza silenciosa.

48

Día 6

21:10

En cuanto entra en casa, se dirige al cuarto del fondo. Acaba de regresar de La Caja. Solo abandona su puesto de guardia durante su turno en la DIC; el resto de su existencia le pertenece ahora a ese portátil. Se sienta en la penumbra de la habitación, sin despojarse siquiera de la chaqueta. No enciende la luz. No hace falta.

La pantalla ilumina lo justo.

Salvador Arregi se enfrenta a su segunda noche de vigilancia.

La primera no dejó nada reseñable. Tampoco se movió apenas a través de esa interfaz limpia y fría de fondo negro. La primera noche fue de observación y adaptación.

La segunda es de exploración cautelosa.

Recuerda cada palabra de Lasa.

No buscar.

No perderse.

No tocar más de lo necesario.

Arregi respira hondo. Interioriza esos conceptos, y confía en Lasa.

Pero va a tener que arriesgar un poco más.

Aunque todavía pisa con tiento en cada rincón de ese páramo oscuro del que desconoce las trampas ocultas, que intuye numerosas.

Se mueve despacio y las horas corren rápido.

Direcciones que no son lo que parecen. Ofertas con evidente doble sentido. Rutas que se bifurcan en otras y otras.

Un mapa amorfo.

Y él, un mastodonte con botas demasiado pesadas para cruzar un campo de minas.

Se obliga a avanzar con cautela, pero cada minuto que se escurre es un minuto menos para Nahia Echevarría.

El triángulo azul le mira desde el centro de la pared. Remueve con saña en su úlcera abierta. Y la palabra, escrita al lado, amplifica el daño.

OBOLUS.

Son las cuatro de la madrugada. El cursor parpadea quieto en la pantalla. Arregi se ha obligado a cerrar siempre a esa hora. Necesita dormir un mínimo. La mañana siguiente tienen reunión en La Caja a las 8:00. Para analizar unos avances en la desaparición de la niña que sabe que no van a llegar nunca.

No apaga el portátil. No cierra el navegador. Tal como le ha dicho Lasa. Solo baja la tapa de la pantalla. Y se fuerza a parar hasta el día siguiente.

Salvador Arregi se tumba en el sofá y cierra los ojos doloridos.

Es hora de volver al lugar donde ellas siguen vivas y él muere un poco más cada vez que despierta después.

49

Día 9

20:05

Arregi entra directo al cuarto de las paredes escritas.

Para él ya solo hay dos lugares: la DIC y esa pantalla. El mundo es binario. Tal vez siempre lo haya sido. Pero ahora, se ha reducido de forma drástica a esos dos espacios. Uno que cada día le necesita menos horas, y ese portátil abierto, que cada vez le absorbe durante más.

El café se le ha enfriado sin apenas tocarlo. Está inmerso en la pantalla.

No buscar. No perderte. No tocar más de lo necesario.

Las tres reglas de oro de Lasa están presentes, incorporadas ya como un mantra. Como leyes que incumplir.

Arregi se desliza con una soltura creciente por esa interfaz oscura. Es más rápido, más quirúrgico mientras bracea entre la inmundicia digital. Ha aprendido a esquivar los callejones sin salida y a reconocer patrones: estructuras que se replican, puertas que solo son simulacros.

Aunque todavía tropieza muchas veces. Es obstinado, pero no puede confiarse. Sigue siendo presa fácil en un ecosistema de colmillos afilados. Sabe que su sensación de control es un espejismo; una traición agazapada, esperando el menor descuido para hundir la daga.

Apura el café frío de un trago.

Se obliga a beberlo.

Necesita seguir alerta.

Abre una ventana. Esta no es una trampa. O no lo parece. Se queda observando. Los nombres en clave. Las cantidades. Los tiempos. Hay que saber leer entre líneas. Y él está haciendo un máster a contrarreloj.

Cierra y busca otra.

Sale al instante.

Ahí no es.

Busca otra cosa. Un patrón. Algo que conecte con la palabra.

Arregi se recuesta en la silla. Se despega un segundo de la pantalla y mira la pared.

OBOLUS.

Tiene que seguir buscando puertas. Otro trago largo de café.

Y vuelve a meterse en el fango.

El triángulo azul pintado en el centro de la pared le observa. Le grita que es la clave de todo. Pero que los tiempos los marca él. El control es él.

Un triángulo azul con uno de los vértices inferiores incompleto.

50

Día 13

23:18

El rotulador chirría contra el yeso.

Una línea más. Otra. Arregi no retrocede para examinar el conjunto; ha renunciado a la perspectiva. Ya no le interesa el mapa, sino el avance, aunque camine hacia el vacío.

Las paredes ya no son solo un mapa del caos. Ahora son un campo de batalla. Nombres escritos en distintos tamaños. Algunos subrayados con furia. Otros rodeados tantas veces que el yeso parece empezar a erosionarse.

Alias.

Símbolos.

Fechas sin contexto.

Flechas que nacen con intención y mueren en nada.

OBOLUS aparece tres veces.

No recuerda haberla escrito tantas.

Traza otra línea desde uno de los alias hasta el triángulo azul del centro.

Se detiene.

Duda.

Añade un signo de interrogación.

No encaja.

Borra con la mano.

La tinta se emborrona, dejando un rastro grisáceo permanente. Todo está sucio, él incluido.

Se vuelve hacia la mesa con un movimiento espasmódico. El portátil sigue allí: abierto, respirando en penumbra. Un organismo latente. Un corazón mecánico.

Arregi vuelve a la pantalla.

Las rutas cambian.

Siempre cambian.

Lo que ayer parecía estable hoy es un callejón sin salida. Lo que parecía ruido empieza a repetirse. Patrones que se intuyen y se deshacen cuando intenta fijarlos.

Ha aprendido a no mirar de frente. A moverse en diagonal. A sospechar de lo evidente.

Pero no es suficiente.

En un instante de lucidez se pregunta si no es su mente la que funciona así. La que se deshace. Pero ese es un razonamiento efímero. Vuelve a sus gestos eléctricos.

Abre una ventana.

Lee rápido.

Cierra.

Otra.

Un intercambio. Cantidades. Nombres que no son nombres. Ubicaciones que podrían ser cualquier sitio.

Algo no le gusta.

Sale.

El cursor parpadea.

Negro.

Silencio.

Y es en ese preciso momento cuando el teléfono móvil empieza a sonar.

La pantalla del móvil ilumina el nombre de Maialen Mendia. Es una intrusión inesperada. Deja que los tonos se agoten hasta que la llamada se rinde.

Arregi respira hondo, sintiendo el latido en las sienes. Es la tensión del que camina sobre una placa de hielo tan fina que el menor pensamiento podría resquebrajarla.

Vuelve a la pared.

OBOLUS.

La rodea otra vez.

Esta vez más despacio.

Después añade una flecha hacia abajo.

El teléfono vuelve a sonar. Otra vez Mendia. Otra vez lo deja correr.

No hay espacio para nada que no sea su trance.

Una flecha más hacia el triángulo.

Otra hacia un nombre que no termina de reconocer.

Demasiadas conexiones.

Demasiadas.

Se detiene.

Por primera vez en varios minutos, duda de verdad.

No de lo que ve.

De lo que cree ver.

Se aleja un paso.

Solo uno.

El conjunto es peor de lo que imaginaba.

No hay estructura.

No hay lógica.

Aprieta la mandíbula.

No puede permitirse ese pensamiento.

Vuelve a acercarse.

Corrige una línea.

Añade otra.

Fuerza el sentido.

Como si pudiera imponerlo a base de insistencia.

El triángulo azul le observa desde el centro, inmutable.

Arregi sostiene la mirada.

—Tú marcas el tiempo… —murmura.

Silencio.

Arregi baja la vista.

OBOLUS.

Tiene que ser la llave.

Tiene que serlo.

Se sienta frente al portátil.

La pantalla le devuelve su reflejo fragmentado.

Y vuelve a entrar.

Un paso más dentro.

Aunque no sepa hacia dónde.

En realidad, solo espera a que el maldito símbolo azul aparezca. «Pueden pasar meses, no hay un tiempo fijo, nadie lo sabe», le dijo Gorehound.

Meses. La niña no tiene tanto tiempo.

Meses. Solo han pasado días y él está siendo devorado por la obsesión. A veces es consciente de ello y otras, la mayoría, se le olvida.

Abre otra ventana.

El teléfono suena por tercera vez.
Y por tercera vez, Arregi no contesta.

51

Día 18

03:48

Ya no hay rotulador.

Eso se acabó.

En la pared ya hay demasiadas líneas.

No distingue ya ni cuáles son las últimas.

Se acerca y toca el yeso frío.

No. Ya no necesita más anotaciones; el mapa de las profundidades de la red se ha calcado en su cerebro.

Ha aprendido rápido.

Intuye que podría usar ese conocimiento para cazar de un modo distinto, pero no ahora. Quizá más adelante.

Quién sabe…

Ahora solo espera que emerja el triángulo azul.

No puede centrar ningún otro objetivo.

Pero no pasa.

Los días y las noches se consumen junto con él, y no pasa.

—Aparece de una vez —susurra a las paredes tatuadas.

Se gira y vuelve al portátil.

La pantalla parpadea.

El móvil vibra.

No lo mira.

Otra vez.

Tampoco.

Abre una ventana de la web.

Cierra.

Otra.

Cierra.

Se mueve sin rumbo claro.

Pero siente que sabe qué dirección seguir.

Controla el ritmo de ese portal oscuro.

Se mimetiza con él. Como el resto de los monstruos que pueblan cada rincón.

El cursor parpadea.

Negro.

Negro.

Negro.

Ahora es Arregi quien parpadea.

Los ojos le escuecen; los párpados son una lija que castiga las córneas con cada parpadeo.

La alarma suena: son las 4:00, la hora autoimpuesta para la tregua.

La ignora. Es la segunda noche consecutiva que decide no rendirse.

Ya casi no duerme.

Para eso es mejor seguir ahí.

El símbolo puede aparecer en cualquier momento sin avisar. Así son sus leyes.

Más horas frente a la pantalla son más posibilidades de cogerlo lo antes posible cuando ocurra.

Se lleva la mano a la cara.

Frota para sentir que sigue ahí, en carne y hueso.

Tal vez intentar dormir un poco.

No puede.

No quiere.

Se levanta.

Se acerca al triángulo pintado en el centro de la pared.

—Aparece —le dice mirándole fijamente.

Pero el triángulo no responde. Nunca lo hace. Es un ser inanimado que acapara todo el poder en el universo podrido de Arregi.

Aprieta los dientes.

Un latido en la sien.

Como un martillazo.

Luego otro.

Y otro más.

Pega un taconazo sobre el suelo de madera.

Le gustaría poder sentir el dolor de la fascitis que hace tiempo que no le acompaña.

Siente que, de algún modo, también se fue con ellas dos.

Cierra los ojos.

Se queda ahí.

Las va a ver.

No.

Los abre.

El triángulo sigue ahí. En medio de la pared.

Pero no aparece en la pantalla del portátil.

Es una burla macabra.

Tan presente.

Tan esquivo.

La niña y El Arquitecto ya llevan dieciocho días desaparecidos.

Se desvanecen ante él.

52

Día 28

20:43

Arregi no aparta la vista de la pantalla. Tiene una mano sobre el ratón y la otra apoyada en la pared, justo debajo de una de las tres veces en las que la palabra OBOLUS aparece escrita a rotulador negro. Lleva varios minutos así, inmóvil salvo por los dedos, que repiquetean con vida propia.

Es un depredador agazapado ante una madriguera que se resiste a abrirse; un cazador que, en realidad, está siendo devorado por el vacío.

El cursor parpadea con una cadencia hipnótica cada vez que su mano se detiene, recordándole que cada pulso de luz es un segundo que no volverá.

La llamada suena de golpe. Amplificada por el silencio perpetuo de la habitación oscura. Arregi no se mueve. Ni un músculo. El cursor parpadea y parpadea.

Entonces la llamada vuelve a sonar.

Y Arregi se da cuenta.

No es el teléfono esta vez.

Gira la cabeza muy despacio hacia la puerta de la habitación. Como si el ruido estuviese dentro de su cabeza y no al otro lado del piso.

Nadie sube allí sin avisar.

Nadie.

Pero la llamada viene del timbre de la puerta.

Se incorpora con desgana rabiosa. Cruza la habitación y, antes de salir, observa esa cueva en la penumbra. El portátil abierto. El aire condensado de semanas de encierro. Las paredes llenas de inscripciones que no ve, pero sabe que están ahí.

En un gesto instintivo, cierra la puerta tras de sí.

El timbre suena por tercera vez cuando ya recorre el pasillo. Esta vez seguido de tres golpes secos de nudillos contra la madera de la puerta principal.

Arregi se queda un segundo quieto, con la mano ya en el pomo. No necesita mirar por la mirilla para saber que es Lasa quien está al otro lado.

Pero se equivoca de forma flagrante.

Y el error le estalla en la cara al abrir la puerta.

Maialen Mendia aparece ante él, con la bufanda aún puesta y el rostro de quien ha librado una guerra interna antes de llamar a esa puerta.

Ninguno habla.

No hace falta; hay silencios que explican mejor que cualquier frase la magnitud del desastre.

—Hola, Salva —dice ella al fin—. Quería hablar contigo y…

—Aquí no.

El silencio vuelve tras el corte en seco de Arregi.

Es él quien va a volver a hablar.

—Dame dos minutos. Me visto y bajamos a algún lado.

La puerta se cierra.

Arregi vuelve al cuarto de las paredes escritas. El cursor parpadea. Cada segundo es una punzada de dolor. Pero no tiene otra opción. Baja la tapa del portátil y lo deja durmiendo muy a su pesar.

Después corre al cuarto de baño.

De haber sabido que era ella y no Lasa, hubiese intentado adecentarse un poco antes.

No quiere que Mendia piense que está metido en el agujero en el que exactamente está.

Arregi se mira al espejo algo más de tiempo del que puede permitirse. Las ojeras incluso más pronunciadas. Los pómulos como cuchillas. Y la barba que vuelve a crecer salvaje.

Se lava la cara demacrada con agua, como si eso sirviese para disimular su deriva.

Y sale al exterior. A ella.

***

El bar La Fragua no es el más moderno ni el que sirva algo especial. Solo es el que queda más cerca del piso de Arregi.

Es jueves y día de *pintxopote.* Hay algo más de gente que lo normal, lo que tampoco es mucha. Un par de mesas ocupadas por clientes que aprovechan para casi cenar. Cubiertos contra platos y vasos que se apoyan sobre la mesa una y otra vez, tras tragos continuos y optimistas. La televisión colgada de la esquina escupe un partido sin sonido, tapado por el murmullo constante de voces.

Detrás de la barra, el camarero seca copas con una rutina que no exige atención extra a nada. Levanta la mirada lo justo para registrar a los nuevos y vuelve a lo suyo.

Arregi y Mendia ocupan una mesa junto a la pared, lo bastante apartada para evitar interrupciones, pero lo bastante expuesta para diluirse en el paisaje del bar.

Arregi ha elegido el lugar por puro instinto: sus ojos saltan de forma errática entre el rostro de Maialen, el borde de la mesa y la puerta de entrada. Su incomodidad busca salidas de emergencia. Su paranoia busca vigilar todas las entradas.

Mendia mira solo a Arregi. Lo estudia, como lo hace con los sospechosos que ha interrogado tantas veces junto a él.

—¿Qué vas a tomar? —pregunta él.

—¿Y tú? —contesta ella.

—Un café.

Le da igual que sea tarde. Después no piensa ir a dormir. Arregi solo piensa en el cursor parpadeante.

Es ella quien se levanta. Y quien vuelve a la mesa con dos tazas de café.

Da un trago mientras mira a los ojos a Arregi, que no toca su taza.

Y después Maialen Mendia abre la conversación, por fin.

—Espero que no te haya molestado que me presente así en tu piso.

—Ya sabes que sí me ha molestado. —Arregi da un sorbo ínfimo a su café y hace un gesto con la mano—. Pero da igual.

—No me has dejado más opción, Salva. He estado llamándote y no me cogías el teléfono. Solo quería hablar contigo. Saber si estabas bien…

Arregi asiente. Da un trago, este más largo. Ahora sí asienta su mirada en un punto fijo. Los ojos de Mendia.

—Es cosa de Espinosa, ¿verdad? Te ha mandado a vigilarme. A que controles qué ando haciendo… —dice Arregi.

Mendia sonríe con amargura y niega.

—Vete a la mierda, Salvador.

Arregi mantiene la mirada. Penetra en los iris grises de Maialen.

Mendia vuelve a negar y sonreír una segunda vez.

—Sí, vale. Es verdad. Puede que Espinosa me lo haya sugerido —confiesa ella bajando la mirada a la mesa.

Hay un segundo de tregua.

Entonces ella vuelve a los ojos oscuros de él.

—Está preocupado, joder, Salva. Todos lo estamos. Pero eso no quiere decir que haya venido solo porque Espinosa me lo haya pedido. He venido porque yo también me preocupo. No seas injusto. Te recuerdo que fui yo quien te buscó en tu exilio de Arratia para sacarte de ahí.

Mendia vuelve a hacer una pausa.

—Espinosa no quería, que lo sepas. Eso fue cosa mía. Yo siempre he creído en ti. Todavía tienes mucho que dar. No puedes dejarte engullir. Eres el mejor que ha pasado por la criminal de la Ertzaintza. Eso lo sé yo, lo sabe Espinosa, y lo sabemos todos. Pero no. No estoy aquí solo por eso, Salva.

—¿Y por qué estás aquí?

—Para ayudarte, joder. También somos personas. Y yo creo que tú eres una de las buenas. Una que ha tenido que pasar por un infierno. —Mendia aparta la mirada un segundo hacia ningún lado y después vuelve a él—. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo. Que estoy ahí, sea lo que sea en lo que estás metido.

Arregi da otro trago a su café.

—¿Y en qué se supone que estoy metido?

—No me tomes por idiota, Salvador. Además, te lo digo desde ya, Lasa tiene muchas virtudes, pero la de disimular no es una de ellas. Para alguien observador como yo, es como un libro abierto. No sé si Espinosa también lo habrá notado, pero…

—Tú le conoces bien, claro. A Lasa, digo. —Arregi mide una pausa—. Os conocéis bien.

Las palabras de Arregi son un puñetazo a traición para Mendia.

—No pensarías que no me di cuenta en su día —añade él.

Mendia arrastra la silla hacia atrás. Pero se contradice un segundo, inclinándose hacia Arregi.

—No creo que te incumba ya. Solo fue un error. Uno que acabó rápido. Yo no estaba pasando por una buena época y confundí las cosas.

Maialen Mendia se levanta.

—Sinceramente, no sé qué tiene que ver esto aquí. Solo me preocupo por ti. Pero se ve que ha sido una cagada venir. Te deseo que puedas salir del pozo en el que estás, Salvador. De verdad que sí…

No hay opción a nada más.

Maialen Mendia le da la espalda y sale con paso decidido del bar.

Arregi se queda anclado en la mesa. Mirando a la puerta por donde ella ha salido y a ningún sitio en realidad. Ha logrado su objetivo principal. Quitársela de encima y hacer mucho ruido alrededor para tapar lo evidente.

Que, en efecto, anda metido en un agujero muy profundo a espaldas de la DIC.

En su mente solo existe un cursor parpadeante en una pantalla y un triángulo azul que se niega a aparecer.

53

Día 49

6:40

El despertador suena.

Dos pitidos, ni uno más.

Arregi lo silencia al instante y se incorpora en el sofá. Ha recuperado el hábito de dormir; está aprendiendo a domesticar su obsesión, a someterla a un método, a una rutina.

Se mete en la ducha sin vacilar. Es el único modo de soportar el agua gélida sobre los hombros. Con el tiempo, ha aprendido a dominar el espasmo. Ya casi no tiembla.

Hoy toca afeitarse. Primero abre la ventana del cuarto de baño. Lo ha convertido en el pulmón del piso. Deja que respire mientras rasura su rostro húmedo con pasadas firmes y tranquilas. Mientras se viste con ropa limpia. Y después la cierra.

Sale de casa.

Salvador Arregi se sienta en la quinta silla de La Caja. Intercambia un puñado de miradas con Mendia. Desde hace tiempo han aprendido a comunicarse así.

La DIC vive una tregua temporal. No siempre hay casos tan duros como para que ellos tengan que estar en el terreno. Lo que no quiere decir que no tengan trabajo. Siempre quedan carpetas entreabiertas. Los casos se dividen entre cerrados, abiertos y los peores, los cerrados parcialmente.

Ese es justo el caso de Nahia Echevarría.

Nadie allí espera encontrarla ya. Esa es una realidad cruda y seca. Es operativa profesional. Arregi lo comprende. Pero no lo acepta. Son cosas muy distintas.

Cada minuto que pasa, está deseando que la jornada acabe para regresar a su puesto de observación.

19:38

El triángulo de la pared sigue ahí, imperturbable.

Es solo un trazo de rotulador sobre el yeso, pero Arregi mantiene una relación íntima con él; cada noche le extrae matices nuevos.

Lo observa mientras levanta la tapa del portátil. Hoy, el símbolo le parece un impostor. A ratos sospecha que nunca lo verá emerger de esa interfaz traicionera que se ha convertido en su verdadero hogar.

Como si todo fuese un espejismo que solo habita en su mente fracturada.

Pero todo eso es solo subjetividad sentimental.

Justo lo que se combate con método, disciplina y constancia.

Con un plan.

Y el suyo es estar cada noche frente a ese portátil.

No moverse de ahí.

Hasta que algo lo haga.

54

Día 191

21:40

Las astillas de madera saltan y se dispersan en miles de partículas que quedan flotando en el haz de luz de las linternas.

La puerta ha cedido del todo al tercer golpe.

Dentro se escucha un grito que se pierde.

En el umbral otro. Uno distinto, más alto, más contundente.

—¡Policía!

El primero entra.

El segundo y el tercero cubren.

El cuarto ilumina el pasillo.

El quinto apoya desde la retaguardia.

Un pasillo estrecho y oscuro. Con una luz encendida al fondo. Algo se mueve allí.

El primero es Arregi, como siempre. Avanza con su Heckle empuñada en lo alto. La luz de la linterna de Lasa le roza el hombro para perderse metros más adelante.

Las armas de Espinosa y Mendia dibujan trayectorias distintas por cada lateral del cuerpo de Arregi, que es la punta de lanza.

Ibarra está tras Lasa. Vigilando tanto adelante como detrás.

Arregi se tensa; sus movimientos se vuelven eléctricos. Flexiona las rodillas y acelera el paso hasta alcanzar un punto crítico.

A la izquierda del pasillo, una puerta entreabierta. Allí, su avance se vuelve quirúrgico: corto, medido, letal.

Con el arma en ángulo y la respiración contenida, empuja la hoja con la bota.

—¡Alto! ¡Al suelo! —grita al mismo tiempo que apunta.

Pero Arregi destensa la mano que sujeta el arma en cuanto la ve. Pequeña y encogida sobre sí misma en la cama. Descalza. Demasiado quieta.

—Tranquila —dice, sin bajar del todo el arma—. Ya está. Tranquila.

Ella no llora. No habla. Solo lo mira.

Arregi da un paso más.

La luz le cae encima a lo que pensaba que era una niña. El maquillaje corrido. La piel ajada. Y los ojos que perdieron la inocencia hace tiempo.

No es una niña, aunque no hace mucho que dejó de serlo.

—Tranquila —vuelve a decir Arregi, que le hace un gesto a Mendia para que se acerque.

La deja allí con ella y sale al pasillo otra vez.

Él necesita seguir cazando.

A la izquierda también, tres metros más adelante, otra puerta.

La empuja con una patada seca.

El cañón de la pistola vuelve a ser un arco tenso.

Espinosa está justo detrás.

El olor denso, concentrado, que parece irradiar desde las paredes, donde está pegado. Arregi escanea la habitación en medio segundo.

Gira la cabeza.

—Limpio —dice.

Al fondo del pasillo se escuchan pasos.

Se acabaron las sutilezas.

Arregi sale a la carrera.

Espinosa intenta seguirle. Lasa se queda a la altura de Mendia y es sobrepasado por Ibarra.

El pasillo se llena de ruido, de caos. Puertas. Gritos.

—¡Quieto! ¡Al suelo! ¡Las manos en alto! ¡Al suelo!

Un golpe seco.

Un cuerpo contra el suelo.

El tintineo metálico de las esposas.

Respiraciones agitadas.

Silencio después.

Arregi le ha cazado.

Se acabó.

El caso que les tenía atrapados los dos últimos meses ha recibido un hachazo definitivo.

Diez habitaciones operativas. Sin ventanas, con colchones hundidos y ropa apilada en bolsas de basura. Turnos cruzados que abarcaban las veinticuatro horas de forma ininterrumpida. Control de entradas desde un solo teléfono.

Doce chicas.

Dos de ellas menores.

Chicas que no miraban a los ojos. Que no sabían ni en qué ciudad estaban.

Ninguna con documentación real. Ninguna que fuera a olvidar ese sitio.

Y dos sujetos, marido y mujer, que no creían que fuesen a encontrarles.

Arregi entró el primero, pero sale el último de ese agujero. La noche se ha cerrado fuera. El calor húmedo del principio de verano

es pegajoso. Hace que la sensación sucia del interior de ese piso se incremente.

—Buen trabajo. —Espinosa le da una palmada en el hombro a Arregi.

El gesto dice muchas más cosas que las palabras.

Pero Arregi no está tan de vuelta al mundo como parece. Se escabulle en cuanto puede para volver a otro agujero muy distinto, pero puede que incluso peor que el que acaban de desmantelar.

Esta vez no va directo a la habitación de las paredes pintadas en cuanto entra a su piso. Necesita una ducha. Es rápida. Solo higiene mínima. Tanto física como emocional.

Y sin más, está de vuelta ante el portátil. Como cada noche de los últimos seis meses. Casi doscientas noches sin éxito son demasiadas. No cualquiera las hubiese soportado. Pero él sí. Cortar troncos húmedos hasta abrirse las manos. Correr kilómetros en el corazón del valle de Arratia. Ducharse con agua gélida en pleno invierno. Estar horas y horas cada madrugada frente a un portátil que no le ofrece recompensa alguna. Él sí.

No todos los corazones han sido saldados.

El operativo se ha alargado. Está cansado. Y la ducha le ha relajado, incrementando la sensación. Es de las noches que más tarde se ha conectado. Podría haber sucumbido a la tentación de descansar un día. Solo uno. De dejarse engullir por el sofá. De reencontrarse con sus dos chicas en sus sueños sin intoxicar antes su mente con esa interfaz llena de escoria.

Podría.

Pero no lo ha hecho.

Sus ojos le presentan batalla. No entienden de disciplina férrea. De obsesiones incontrolables. Y se dejan caer con pestañeos de toneladas. El cursor parpadea al mismo tiempo, como si estuviese ya sintonizado con su alma.

Podría cerrar la tapa del portátil.

Un gesto sencillo.

Pero no lo hace.

No puede.

El cursor vuelve a latir. Y parece detenerse una fracción de segundo de más.

Un parpadeo muerto.

Algo muta en la pantalla. Es un cambio sutil, casi imperceptible; invisible para cualquiera que no haya pasado ciento ochenta y seis noches exactas esperando ese milagro negro.

Arregi no reacciona de inmediato. Su cerebro procesa con retraso, pero sus ojos no: se afilan y se clavan en el brillo del monitor, inyectados en sangre.

Está ahí, flotando en el negro de la pantalla. En una esquina. Fijo, pequeño e inmóvil. Inofensivo. Una trampa. Un disfraz traicionero.

Un triángulo azul.

Arregi ya no parpadea. No respira, no se mueve.

Es un ser ingrávido que se funde con ese triángulo de la pantalla.

Cada día, cada semana, cada mes acechando, parecen haberse comprimido hasta ser un suspiro.

Porque ya está ahí.

El triángulo está.

Y solo pasa una vez cada doscientas noches.

55

Día 191

1:34

El triángulo está ahí.

Quieto. Congelado. Como Arregi.

El cursor sí se mueve. Parpadea. Un latido muerto dentro de otro.

Ciento ochenta y seis noches esperando hasta tenerlo ahí, enfrente. Ciento ochenta y seis noches para tener un solo disparo.

Gorehound fue claro. Una puerta que no se abre dos veces. Y no hay llave para quien no tenga invitación y acceso.

Arregi observa la pieza maestra del rompecabezas infinito que tapiza sus paredes: OBOLUS.

No hay un plan B; nunca lo hubo.

Ese es su salto de fe hacia el triángulo azul, hacia la Fundación Sísifo, hacia su propia redención o su venganza.

De Nahia Echevarría, debe reconocerlo, incluso él ha perdido la esperanza de poder encontrarla con vida hace demasiado.

OBOLUS lee de nuevo.

Y mira el triángulo azul, de apenas milímetros, en una esquina del fondo negro de la interfaz.

En su plan la palabra es la llave de acceso para una puerta que no tiene cerradura. Una que solo conoce quien ha sido invitado a entrar en el portal.

Pero también puede ser una trampa.

El cursor late.

Arregi lo mueve y lo deja justo sobre el triángulo minúsculo, que no parece un enlace de entrada a nada, salvo si lo conoces. Y él conoce ese símbolo muy bien.

Una trampa. Un cebo. Eso puede ser. Sí.

Puede ser algo que lleva doscientas noches esperándole a él en vez de al contrario.

Pero Arregi no va a frenarse ya ante nada.

Pincha sobre el triángulo.

Y la pantalla cambia. Como una puerta mágica.

Hay que meter una clave de acceso escrita. Primera victoria.

Selecciona en el teclado las mayúsculas, y sin más, lanza su único disparo.

OBOLUS.

La pantalla se funde a negro. Solo un segundo. Una travesía eterna.

Y otra llave de acceso aparece. Esta vez, de dos elementos.

Una puñalada directa al costado de Arregi. No había plan B.

El cursor parpadea ahora sobre la primera casilla de las dos que hay que rellenar.

Dos.

Da por hecho que OBOLUS era la palabra buena.

Una que abre esa extensión siguiente de dos.

Eso es un tiro a cien metros de distancia y sin mira.

Pero Arregi es un cazador en estado de guerra desde hace demasiado. Uno al que le arrancaron el miedo a perder. Sin miedo no hay presión. Y sin presión, se puede pensar con claridad.

Piensa. Piensa con calma y a toda prisa. Disecciona toda la información que tiene. Es una puerta temporal. Esa es su clave. La voz pringosa de Sergio Luján, creyéndose Gorehound, vuelve a él.

Es como una puerta mágica. Solo aparece en un momento concreto. Y luego se esfuma en la nada. No existe. Como El Arquitecto.

Una puerta que solo se abre un día en concreto. Solo cuando aparece.

Arregi dirige la mirada a la esquina derecha de la pantalla. Hora y fecha. Son las 1:37 del 17/07/2026.

Una cifra de dos.

El portal se ha abierto el día 17.

OBOLUS 17

No va a encontrar nada mejor. Y lo sabe. Así que afina el ojo, intenta fijar el objetivo a cien metros y dispara.

Teclea el 1 y el 7 y pulsa *Enter*. Nada.

La pantalla se funde a negro.

Cree haber fallado el tiro: una oscuridad absoluta, sin interfaz ni bordes, que borra cualquier rastro de presencia.

Arregi contiene el aliento, convertido en una estatua de tensión insoportable.

Y entonces aparece el texto.

Sin transición. Sin carga. Parece que en realidad siempre hubiese estado ahí.

No hay bienvenida ni menús.

Solo líneas.

Texto plano.

Listados que no explican nada.

Códigos. Fechas.

Estados que se dividen en tres categorías.

Abierto. En tránsito. Cerrado.

Los que se llaman abierto están en verde. Es una señal clara. Las nuevas ofertas.

Pero Arregi no ha entrado a comprar. Ha entrado como un intruso. Ha entrado a buscar a alguien. El escaparate es solo la superficie. Él desciende por el portal.

No hay estructura clara ni *scroll* visible. Pero sí un orden dentro de la abstracción. Uno que se aprende rápido si llevas horas de vuelo en esos foros del inframundo de internet. Y él lleva muchas, incontables.

Se mueve despacio y rápido al mismo tiempo. Sin detenerse demasiado, pero mirando cada línea con lupa obsesiva.

Los nombres no son nombres. Son etiquetas. Son máscaras.

Pero hay uno que se repite. Aparece y desaparece, siempre en las fases finales.

Siempre antes de que una línea pase al estado cerrado.

Architect

Arregi no hace clic en ningún sitio. Solo se detiene y observa. Se posa sobre ese nombre que se repite alternadamente conforme va bajando. Puede que otros lo hagan también, pero no tiene tiempo para fijarse en ello.

Architect

Más abajo.

Otra vez.

Y otra.

El patrón no es limpio. Tampoco evidente, salvo para quien lo busque expresamente. Pero ahí está.

Arregi sigue bajando niveles.

Empieza a fijarse en las fechas. Nadie encontraría algo en esa maraña sin saber exactamente qué y cuándo lo busca. Pero él sí lo sabe.

Descerraja una bajada fulgurante entre cientos de líneas. Y cae en la cuenta de que algo no encaja. Una anomalía terrible. Si el triángulo azul se manifiesta solo en periodos tan largos, que pueden

llegar a abarcar incluso las doscientas noches, ¿cómo puede haber tantísimo número de estados? Son cientos. Cientos en un periodo de meses.

¿Cómo es posible?

La pregunta se cuela sin permiso en su mente enfocada en encontrar la fecha que necesita. Y la respuesta también le golpea a traición. Él conoce el triángulo azul. Lo que no quiere decir que no haya otros símbolos de entrada. Otras organizaciones. Otras fundaciones. El triángulo solo es una de las muchas puertas de acceso a ese portal.

De pronto se siente minúsculo. Es una revelación violenta e instantánea. Hay todo un universo del mal que opera ante sus ojos y que no controlan.

Nadie lo controla.

Nadie está a salvo.

Pero eso ahora no importa.

No sabe cuánto tiempo puede estar parasitando ese órgano hasta ser expulsado. Hasta que se den cuenta de su presencia extraña ahí dentro. Arregi acelera y baja buscando la fecha concreta que necesita.

Algún tramo en torno a enero de 2026. En torno al día de la masacre en casa de los Echevarría. En torno al día en el que se llevaron a Nahia Echevarría.

Y entonces lo ve.

Justo un día después de la masacre.

No destaca. No resalta. Solo una línea más perdida entre cientos.

Entrega programada:

Casa rural «El Mirador de Gredos»

Guijo de Santa Barbará

Código de acceso: *

Arregi vuelve a leer la fecha.

Justo un día después de que se llevasen a la niña.

Coge el rotulador y lo escribe en la pared. Rápido y con trazo impreciso, pues sigue mirando la pantalla del portátil de reojo.

Y un día después: Cerrado. *Architect*

Coloca el cursor sobre la línea. Duda. No puede saber si es mejor indagar o no tocar nada. Podría delatarse. Y sin más, en medio de todo ese caos, algo se cuela en su cerebro. En su alma. Siente una pulsión repentina. Es imposible. No cree poder descender la búsqueda hasta ocho años atrás… hasta el momento en el que se gestionó el trasplante de corazón de Astrid… hasta el momento en el que la fundación robó los órganos del hijo de Jos y Paula… No… Imposible que haya registro de tan atrás… Pero… y si…

El cursor parpadea sobre el estado cerrado de la entrega del Mirador de Gredos.

08/01/26

Pero Arregi de pronto está muy lejos de eso. Empieza a bajar a toda la velocidad que el cursor le permite. Líneas y líneas que desaparecen como si no fuesen vidas que han sido destrozadas sin piedad.

Y entonces, de golpe, el portal oscuro se defiende del parásito.

La pantalla vuelve al negro.

Son unos segundos que impactan como un disparo en la sien: una transición fulminante hacia la nada. Silencio y oscuridad absoluta.

Entonces, el sistema lo expulsa sin miramientos a la interfaz anterior.

No hay ya ningún triángulo diminuto en la esquina inferior.

Ha gastado su tiempo dentro. Y la puerta mágica ha desaparecido.

Arregi reacciona rápido. Desconecta el portátil de la corriente. Una medida de emergencia para minimizar riesgos.

Y después se queda observando la nueva inscripción en la pared.

Tiene una dirección.

Casa rural «El Mirador de Gredos»

Guijo de Santa Bárbara

56

Día 191

12:08

Guijo de Santa Bárbara.

Gredos. Cáceres.

Arregi repite el destino en silencio una y otra vez. Necesita fijarlo más en la realidad. Es una dirección física, un lugar tangible en territorio extremeño. Pero pertenece al mundo del triángulo azul. Y eso es un agujero negro.

La carretera se estrecha a medida que avanza conduciendo su Passat. El asfalto pierde definición. Las líneas desaparecen primero. Después, los márgenes. Hasta que solo queda una brecha gris que se abre paso entre la montaña.

Está ya en zona salvaje.

Lleva más de cinco horas al volante, pero no siente el cansancio.

Solo una presión constante y afilada. Es la adrenalina impulsando la concentración máxima. La alerta.

Esa sensación que proporciona el pleno convencimiento de que todo cuanto has hecho te ha empujado exactamente a ese lugar.

Y Salvador Arregi ha hecho y perdido muchas cosas hasta estar ahí, incrustándose en el corazón del Valle de Gredos.

La montaña empieza a cerrarse. Poco a poco, como si sintiese su entrada en ella. Las curvas cada vez más enroscadas. El asfalto más irregular. Hasta que se convierte definitivamente en una pista de grava.

Arregi levanta el pie del acelerador.

Lo intuye: está cerca.

Tras un giro, aparece una ermita, pequeña y blanca; una estampa irreal, como la ilustración de un cuento condenado a un final trágico. Ladera abajo, oculta por la maleza, una garganta de agua ruge con un fragor constante y milenario. Un lamento que certifica que lleva allí antes que todo lo demás. Y ese antes les incluye también a él y al triángulo azul.

Pese a ello, Arregi siente que unos pocos metros más adelante está su destino. Que no hay nada más allá de eso. Puede que la garganta de agua sea el comienzo de todo, pero el triángulo es el final.

Una última curva que solo manifiesta su naturaleza hasta que ha sido rebasada. Arregi no conoce el terreno. Es la primera vez que está allí. Por eso no podía saber que ese último giro le haría encontrarse tan de cerca con la casa.

Siente que debería esconder más su llegada. Está expuesto. Le gustaría dar media vuelta y ocultar el coche tras la ermita. Pero es tarde para eso. Lo hace dos metros a un lado, y apaga el motor.

Baja del coche y recorre los metros finales a pie. Solo él y su vieja Heckle, al alcance de un movimiento rápido de mano. No necesita más.

Avanza con sigilo. Consume los metros con pisadas que hacen crujir la grava bajo sus pies, reventando la quietud que reina con puño de hierro en el ambiente.

La silueta de la casa se amplifica con cada paso que le acerca hasta ella. El calor de media mañana empieza a pasar de intenso a sofocante. Julio no es un buen mes para aventuras en el corazón de Extremadura. Arregi empieza a sudar cuando llega hasta el muro de piedra. La portezuela está cerrada. Dentro no se ve ningún coche aparcado. Y tampoco se percibe movimiento.

Se queda quieto, observando. Si deja de respirar, el silencio parece poder escucharse. Una gota le desliza por la frente y

amenaza con inundar su ojo derecho.

Arregi mira ambos lados, escucha el silencio una vez más, y salta el muro de apenas un metro. Ya está en el jardín. Avanza despacio hasta la fachada donde se incrusta la puerta de entrada y dos ventanas, una a cada lado.

La edificación es sobria, el arquetipo de una casa rural en un paraje de retiro, pero para Arregi no es más que un fantasma gris.

Alcanza el umbral. Avanza pegado a la piel de piedra de la fachada y se asoma a la ventana de la derecha: el salón rústico está desierto. Rodea la edificación por el lateral y acaricia el tacto de la Heckle, menos frío de lo habitual. Debe hacer más de treinta grados. El sol es una masa inmisericorde que le mira desde lo alto. Y por un momento, Arregi siente que ambos están solos en el mundo.

Esa casa tiene toda la pinta de estar vacía.

Es una realidad que no puede obviar.

Su mejor pista. La única que ha sacado tras una eternidad de noches de vigilancia, es eso. Una casa rural que alguien alquiló hace meses.

Cada nueva ventana por la que se asoma a mirar y que muestra el interior muerto, le reafirma más en la dolorosa tesis.

Arregi vuelve a estar en el punto de partida. La puerta de la entrada. Ni rastro de presencia alguna en el jardín delantero, el exterior, o todas las habitaciones visibles de la casa. Ningún coche, y tampoco rastro de que haya habido alguno hace poco.

Se ha fijado en las marcas del suelo. Inexistentes.

Es raro. Parecen fechas en las que una casa así tendría inquilinos.

Arregi llama al timbre. Tiene la pistola ya preparada para actuar de cuajo.

Pero no ocurre nada.

Vuelve a llamar.

Olvida toda sutileza.

Aporrea la puerta.

Nada.

Se aparta el sudor de la frente con el antebrazo.

Allí no hay nadie.

Pero esta vez, él sí tiene plan B.

Arregi regresa al coche. Lo hace girar con violencia sobre la grava y vuelve por el camino que le ha llevado hasta allí. Tiene otra dirección. El lugar donde se gestiona esa casa rural. Para eso solo había que consultar en Google.

Pero primero debe volver a la civilización.

Vuelve a pasar junto a la ermita blanca y la garganta de agua. Solo que esta vez quedan al otro lado del coche.

Solo que esta vez ni las mira.

Esta vez solo acelera.

57

Día 191

13:25

La civilización vuelve en forma de edificio bajo. De local comercial funcional, anodino, y sin encanto especial alguno. Lo contrario de la casa rural que gestiona.

El calor trepa desde el asfalto cuando Arregi se para frente a la puerta. Nada destaca ahí. Ni el cartel, ni el mostrador, ni tan siquiera el hombre que está sentado detrás. Pero está ahí. Esperándole, aunque él todavía no lo sepa.

Por primera vez desde que salió de Bilbao, Arregi no está solo.

Empuja la puerta y el aire acondicionado le acaricia la piel húmeda de sudor. El hombre tras el mostrador ni alza la mirada de lo que sea que está haciendo.

—Un segundo, por favor. Enseguida estoy con usted —dice.

Arregi espera ese segundo.

Y otro más mientras se acerca hasta estar pegado al mostrador.

El hombre termina de escribir algo y entonces sí, alza la vista. Lanza una sonrisa falsa que disfraza el tedio y dice un «usted dirá» sin necesidad de palabras.

Arregi se queda mirándole en silencio. Él también está diciendo cosas sin necesidad de hablar.

—¿Qué desea? —pregunta el hombre.

Acompaña la pregunta de un movimiento inconsciente que delata incomodidad. Eso es algo que Arregi escanea en automático. Por eso mismo mantiene su pose un poco más.

—Vengo por la casa rural El Mirador de Gredos —dice al fin Arregi.

Su mirada está fija sobre el hombre del mostrador, en cuya chapa identificativa pegada al pecho pone Alejandro Román.

—¿Desea información sobre su disponibilidad? —pregunta Alejandro—. Debo decirle que casualmente está libre ahora mismo, pero de ahora en adelante son fechas complicadas.

Alejandro habla más de lo necesario. Está intimidado por la actitud de ese hombre desconocido que acaba de irrumpir en su rutina intoxicándola de una ambigüedad rara.

Justo lo que busca Arregi.

—No. No quiero consultar su disponibilidad. Quiero consultar otra cosa.

Arregi lleva la mano derecha a la parte trasera del pantalón. La deja ahí quieta un poco más de lo necesario. Mira al hombre del mostrador en todo momento. Fijamente. Evita de forma consciente pestañear.

Y con un gesto suave saca la cartera del bolsillo trasero. Saca dos billetes de cincuenta euros y los deja sobre el mostrador. Baja la mirada a la chapa identificativa.

—Alejandro —dice volviendo a mirar a los ojos al hombre—, si te pregunto por una fecha concreta, por la información de quién se alojó en la casa rural esos días, los dos sabemos lo que me contestarías, ¿verdad? Señor, no puedo darle esa información, dirás. Estaría incumpliendo las normas de protección de datos y violando la privacidad de mis clientes, dirás. Algo así, ¿verdad, Alejandro?

Alejandro tarda en contestar. Observa a ese desconocido con la camiseta empapada de sudor que está plantado frente a su mostrador. Muy cerca. Que le clava sus ojos fijamente, aunque su mirada parezca perdida.

—Sí, supongo que algo así diría. —Las palabras salen a trompicones recelosos.

Arregi asiente muy despacio.

—Por eso estoy ahorrándonos tiempo muy valioso. Para que no tengamos que discutir —dice Arregi, mientras empuja los dos billetes en dirección al otro—. ¿Tienes familia, Alejandro? ¿Hijos tal vez?

El hombre tras el mostrador no contesta. Mantiene la compostura a duras penas.

—Da igual, lo entiendo. Eso es algo personal. Yo sí tenía una, ¿sabes? —Arregi hace una pausa—. Pero ya no.

Arregi vuelve a parar. Esta vez es más pronunciado. Se pasa la mano izquierda por el contorno de la boca, la derecha sigue apoyada sobre los billetes que acaba de extender.

—Vamos a suponer que sí tienes familia esperándote en casa, Alejandro. Lo que yo te propongo es que pienses muy bien lo que vas a hacer en los siguientes minutos. Es un juego de decisiones. Un juego muy sencillo. Es muy muy fácil ganar. Solo hace falta un poco de humildad y sentido común.

Arregi suelta los billetes. Retira unos centímetros la mano derecha, que sigue sobre el mostrador. Tamborilea con el dedo corazón sobre la madera. El sonido ínfimo se cuela entre las respiraciones tensas.

Entonces Arregi retira la mano de golpe. La vuelve a llevar a la zona trasera del pantalón, enfatizando el gesto. Y después la deja ahí, con una quietud violenta.

—Para jugar solo tienes que pensar en tu familia, Alejandro. En tu casa. En volver allí a cenar como un martes cualquiera. Y para ganar, solo tienes que coger los dos billetes de cincuenta y darme un nombre que pertenece a una fecha de hace seis meses. Algo que no le importa a nadie. Si lo haces, yo salgo por esa puerta ahora, y no vuelves a saber nada más de mí nunca. Esto no habrá pasado. Y tendrás cien euros extra como caídos del cielo, para que te presentes a la cena de hoy con una sorpresa bonita para tu familia.

Arregi se inclina ligeramente hacia el mostrador.

—Ya está. Ese es el juego. No hay otra opción, porque tú eres un hombre inteligente y prudente, Alejandro, y sabes bien que la otra opción no existe siquiera.

Silencio.

Hay decisiones que ocurren en segundos y marcan nuestro destino. A veces son imperceptibles y otras, visibles como un mastodonte que se abalanza sobre ti.

Alejandro Román lee en los ojos hundidos de aquel extraño que se encuentra ante una decisión de las que no ofrecen retorno. Alarga la mano con un movimiento lento, casi vulnerable, y hace desaparecer los dos billetes.

—¿Qué… qué fecha… quería consultar…, señor?

Ocho de enero. Esa era la marca en el calendario que Arregi necesitaba validar. Fiel a su palabra, abandona el local en cuanto obtiene la información. El administrativo cenará con su familia esta noche y no volverá a saber de él; Arregi, en cambio, se marcha con un nombre quemándole en la memoria: Ana Robledo.

58

Día 191

19:47

Arregi cruza el norte de Cáceres con su Passat.

Una dirección nacida de un nombre.

Ana Robledo.

Las Hurdes. Riomalo de Abajo.

Ahí es donde se dirige como una flecha de trayectoria regular e inevitable.

Han sido necesarias cinco horas para que Lasa pudiese pasarle el listado completo de las Ana Robledo que hay en territorio español. Otro movimiento extraoficial. Otro favor debido con sangre.

Diez. Ese era el número de Ana Robledo.

El resto era cosa suya. Diseccionar la lista y las direcciones. Y decidir por dónde empezar a buscar. Ha sido más fácil de lo que pudiese parecer. Una de las direcciones encajaba demasiado bien. Estaba cerca. Casi en el mismo territorio. A poco más de hora y media de la casa rural que alquiló meses atrás.

La de Las Hurdes es su Ana Robledo.

Una Ana Robledo que realizó una transacción en la casa rural El Mirador de Gredos con un tal *Architect.* Con El Arquitecto.

Les tiene.

La carretera muere sin avisar. Ya no hay señales ni líneas. Solo un camino de tierra apretada entre castaños que le flanquean el paso,

observándole, reconociéndole como sospechoso. La grava cruje bajo los neumáticos que van decelerando hasta detenerse por completo. El motor también muere con un giro de llave. Entonces el sonido de la garganta de agua se manifiesta. Igual que en Guijo de Santa Bárbara. Un paisaje similar, casi un calco, pero diferente.

La ubicación de la finca apenas figuraba en el mapa; un rincón perdido en los márgenes de Riomalo. Aquello parecía un edén cálido exiliado del mundo terrenal.

En otras palabras: un escondite.

Y Arregi tiene un olfato infalible para las madrigueras.

Deja el coche aparcado. El resto de la búsqueda será a pie. Aunque no salga apenas en el mapa, el lugar donde está la propiedad no va a engañarle demasiado. Allí no hay muchas casas. Cuando esté ante la que busca, la reconocerá, de eso está casi seguro.

Pocos metros más adelante, esa pequeña casa a lo lejos se perfila silenciosa. Casi como si pusiese punto final al pueblo. Está pegada a una ladera de roca. Arregi avanza hacia ella.

El sol se niega a aflojar aún, pese a que la tarde muere. El sudor nuevo se mezcla con el viejo. Cada paso es más lento que el anterior, más medido. Consciente como es de que el factor sorpresa es cosa de un solo uso.

Al acercarse, Arregi va descubriendo más detalles. La fachada es de piedra. El techo de pizarra. Más que haber sido construida, la casa parece brotar de la ladera de roca. Es una piel de camuflaje en medio de la nada. Está rodeada por un pequeño murete también de piedra, que no impide la visión casi completa de lo que guarda. Hay un jardín. Un columpio. Y lo más llamativo, hay movimiento.

Dos figuras se distinguen. Una es una niña.

Arregi acaricia la Heckle en su cintura. Es su ademán de guerra. Y la batalla es ya inminente.

Los siguientes pasos los recorre como un gato que acecha a su presa. Todavía no puede distinguir las caras. Pero busca a una mujer

y una niña desaparecida. Las casualidades llegan hasta cierto punto. Y en su mundo, ese punto es casi inexistente.

Necesita acercarse sin ser visto. No quiere alarmarlas y tener que actuar a la fuerza.

A la derecha del sendero de grava hay dos árboles separados por varios metros de distancia. Ofrecen dos puntos de sombra perfectos para lo que necesita.

Mujer y niña están de espaldas por ahora.

Aprovecha para avanzar más rápido. Y se encarama a la primera de las sombras. Se apoya en el tronco y mira desde ahí.

La niña se mece en un columpio de estructura roja, una mancha como de sangre fresca sobre el gris dominante del paisaje. Un neumático viejo cuelga de dos cuerdas amarillentas; desde el segundo árbol, Arregi percibe el lamento metálico de los pernos con cada vaivén.

Pero lo que no puede distinguir aún es el rostro de la niña.

Arregi debe avanzar hasta el primer árbol. Desde ese punto sí podrá reconocerla. Pero son muchos metros al descubierto.

La mujer empuja el columpio. Está en lateral respecto a su posición.

No es el mejor momento.

Decide esperar.

La mujer empuja y empuja el neumático. Y se escuchan risas de la niña. Si es Nahia Echevarría, parece estar pasándolo bien. Un detalle anticlimático.

Eso es una punzada tóxica para Arregi. Algo no encaja del todo. O tal vez encaja a la fuerza, que a menudo, es la única manera. El ser humano sobrevive por encima de cualquier cosa. Eso es algo que él sabe bien.

La mujer deja el columpio. Se gira y avanza hacia una mesa de madera que hay junto a la pared donde está la puerta de entrada. Está de espaldas.

Es el momento.

Arregi se lanza hacia el cobijo del primer árbol, el más cercano a la casa.

No corre. Pero sí anda rápido. Y si está preparado para esprintar si la cosa se tuerce. El sudor gotea desde su mentón y cae a plomo contra la grava ardiente del suelo con cada paso. La tensión se incrementa al compás de las gotas que desparrama.

Pero logra alcanzar el cobijo del primer árbol antes de que la mujer, que está ocupada con algo de esa mesa, vuelva a girarse.

La niña se empuja ella misma en el columpio impulsándose con los pies.

Arregi clava su mirada en ella. Solo la ve de perfil, pero lo parece. Está casi seguro de que lo es. Entonces ella gira la cabeza hacia la derecha, un gesto mínimo, suficiente. Desde esa distancia puede reconocerla. Es Nahia Echevarría.

Y está viva.

Y está bien. Incluso sonriente. Paradójicamente, esa felicidad que muestra es más perturbadora que lo contrario.

Arregi duda sobre si lanzarse ya con todo hacia ese jardín. Solo tiene que empuñar la Heckle y actuar rápido. Tiene a la niña. Y a la mujer que contactó con El Arquitecto. Las tiene. Y quiere tenerle también a él, al Arquitecto. Al triángulo azul.

Respira dos veces hondo. Prepara su sistema nervioso con esa orden. Y saca la Heckle de la cintura. No quiere asustar a la niña, pero no tiene otra opción que ir ya preparado. No tiene margen de error.

Se despega del árbol dispuesto a avanzar hasta el muro de piedra y saltarlo.

Y entonces la mujer se gira.

Desde su posición, el rostro de la mujer queda finalmente al descubierto. Arregi se parapeta tras el tronco con un movimiento instintivo; su sistema nervioso acaba de entrar en ignición. No hay

técnica de respiración capaz de domar ese estallido. Todo su universo vuela por los aires.

Ha reconocido esa cara.

Y sabe, con una certeza aterradora, que esa mujer no es Ana Robledo.

59

Nahia

3 meses antes

El tercer cajón del mueble de la televisión.

El lugar prohibido. Justo a lo que menos puede resistirse un niño.

Nahia lo mira, atraída por su embrujo desde que Ana le dijo que ese no podía abrirlo. Hace días que fantasea con ver qué se esconde en su interior. Pero al principio Ana era su sombra. Con el paso de las semanas, todo se ha ido calmando. Y ahora incluso la deja sola a veces.

El agua de la ducha cayendo suena en el piso de arriba.

Nahia vuelve a sus pinturas. Ahora ya tiene de todos los colores, desde que fueron a la tienda a comprar. Se centra otra vez en pintar sus dibujos.

Pero el cajón es poderoso.

La imaginación infantil es un torrente imparable, y elucubra sobre lo que puede esconderse ahí.

El agua sigue corriendo arriba. Ana sigue en la ducha.

Aunque no será por mucho más tiempo.

El «es ahora o nunca» sirve de gasolina. Y finalmente hace combustión.

Nahia se aproxima al mueble y, con la mano en el pomo, vacila. Sabe que desobedecer a Ana está mal, pero el instinto es más fuerte. Con el paso de los días ha empezado a sentirse cómoda;

hace tiempo que el recuerdo de su *ama* ha dejado de ser una pregunta recurrente.

Es demasiado pequeña para entender que lo que hace su cerebro es prepararla, para simplemente resignarse a lo evidente. Que lo más seguro es que nunca vuelva a ver a sus padres. Que nunca volverá a casa. La psique tiene sus mecanismos para hacerte sobrevivir a los traumas cuando eres un niño. Y en el caso de Nahia, juega con la gran ventaja de que esos recuerdos tan tempranos son esbozos débiles que se perderán en los años venideros.

Nahia da un vistazo a la escalera que conecta ambos pisos.

En ese momento no es consciente de ello, pero está descubriendo los matices de la vida. Las contradicciones morales entre lo establecido y lo que se transgrede. El ser humano siempre necesitará romper las reglas. Calmar su sed descubriendo nuevas emociones. Una ley que empieza desde los tiernos inicios.

Nahia abre el cajón.

Dentro solo encuentra trapos de tela desperdigados. Pero incluso ella entiende rápido que eso es solo una máscara. Vuelve a echar un vistazo a la escalera y empieza a hacerlos a un lado. Hasta que se encuentra de bruces con el frío. Con el metal. Con la pistola en la que resplandece un brillo reflejado por la luz del techo.

El corazón se le acelera.

Otra vez mira a la escalera. Pero el agua de la ducha sigue escuchándose correr.

Coge la pistola y apenas puede levantarla con su pequeña mano. Pesa mucho. Mucho más de lo que imaginaría. Se le suelta de la mano y hace ruido al caer contra el cajón. Y el corazón se acelera más aún.

Pero ese movimiento ha hecho que quede al descubierto algo más. Una caja que estaba bajo el arma. Y Nahia siente que ese es el verdadero cofre prohibido, más incluso que la pistola.

Abre la tapa con cuidado. Dentro hay papeles. Nada especial en apariencia. Pero es como las servilletas de tela. *Atrezzo* que esconde

lo importante.

Nahia rebusca entre los papeles, con el vértigo malsano de la adrenalina manifestándose de forma tan contundente y consciente por primera vez.

El agua sigue sonando arriba, con un fluir continuo que la envalentona a continuar.

Y entonces, perdido entre la maraña de papeles anodinos, lo ve.

Es una foto.

En ella se ve a Ana, con la tripa muy grande. Como su *ama* cuando la tenía a ella dentro.

Ana tenía un bebé dentro.

Nahia se queda mirando la foto mucho rato. Absorta. No se ha dado cuenta de que el agua no suena arriba.

Da la vuelta a la foto y ve que hay una inscripción en la parte de atrás. No puede saber qué pone. No entiende la mayoría de las palabras que hay ahí.

Aún no sabe leer.

Se limita a mirar sin comprender.

Paula y Leo
Paula, vas a ser la mejor mamá del mundo.
No, ya eres la mejor mamá del mundo.

Fdo: Jos
04/11/2016

El estrépito de la puerta del baño la arranca de su trance: Ana ha terminado de ducharse.

Nahia guarda la foto en la caja, pone todos los papeles encima y la cierra. Después, la pistola encima de la caja. Y, por último, desperdiga por encima las servilletas de tela tapando todo. Cierra el cajón con un gesto decidido pero cuidadoso, para que no suene.

Y vuelve a sus dibujos y pinturas. Justo en el momento en el que Ana aparece en las escaleras con la toalla enrollada al cuerpo.

Ana tenía un bebé.

Nahia no levanta la vista del papel.

En ese momento no puede saber que meses después un hombre estará oculto tras un árbol sujetando su arma. Que las observará desde ahí. Y que ese hombre sí sabrá reconocer lo que significan las palabras escritas tras esa foto guardada en el cofre secreto y prohibido.

60

Día 191

20:08

Arregi aplasta la espalda contra la corteza rugosa del tronco, buscando el refugio de la sombra. Pero no hay refugio posible para lo que acaba de presenciar.

La mujer que se hace llamar Ana Robledo, la captora de Nahia, es un espectro de su propio pasado.

Es Paula. Su monstruo.

El sudor es ya un mar negro que fluye libre por cada poro de Arregi. Sujeta la Heckle en sus manos. La aprieta como si quisiese desintegrarla. El mundo entero se ha parado justo ahí, en la distancia que separa el tronco de ese árbol y el jardín con un columpio rojo.

Todo se resume a una decisión. Matarla ahí mismo y llevarse a la niña consigo, o no. Detenerla no es una opción para él. Nunca se perdonaría cobijarla bajo el manto de las instituciones. Anna y Astrid merecen una justicia real.

Un policía jamás razonaría así, pero Arregi hace tiempo que dejó de serlo. La duda emponzoña su juicio.

Al otro lado del tronco, en un jardín que parece un oasis de normalidad, una niña secuestrada ríe con su captora. Con Paula.

No puede decidir nada.

No puede pensar.

No.

Arregi hace un esfuerzo sobrehumano por contener su respiración, que se agita más y más a cada bocanada de aire caliente.

Escucha algo. La mujer dice algo. Paula dice algo.

Arregi asoma la cabeza con cuidado y observa de reojo la estampa del jardín.

Se obliga a dejar de respirar como un león hambriento y furibundo. Se obliga a aguzar el oído.

—Vamos, hay que ir dentro ya. A preparar la cena. No te lo repito más, Nahia —grita Paula desde la puerta.

La niña sigue en el columpio.

Uno, dos, tres impulsos más sobre el neumático.

Y para.

Y entonces.

—¡Vale, mamá! —exclama Nahia.

Mamá.

Arregi recupera el aliento en una bocanada lenta y dolorosa. Está noqueado. Aleja el dedo del gatillo apenas unos milímetros.

La niña la ha llamado madre.

Nahia corre hacia ella; Paula se agacha y ambas estallan en una risa compartida. Entonces la alza en brazos. La niña grita. Más risas. Y un beso cariñoso en la mejilla. Y con Nahia en brazos, Paula entra en casa.

Y Arregi se queda ahí. Suspendido en un limbo emocional.

Baja el arma.

Y el mundo vuelve a girar.

61

—Venga, ¡otra vez desde el principio!

Corre, corre, sin mirar,
Que la luna va a llegar
Si te alcanza te dirá
Un secreto que no oirás

—¡No! ¡No es así! —protesta Nahia entre risas—. Es «te lo quiere contar».

—Bueno, eso he dicho —Paula responde con una media sonrisa.

—¡Que no!

Corre, corre, sin parar,
No te vuelvas hacia atrás,
Que en la noche hay un lugar
Donde todo es de verdad

El coche avanza por la carretera estrecha. El sol empieza a caer, pero todavía le queda mucha batalla que plantar. El calor sigue pegado al asfalto como una segunda piel. Las sombras de los castaños cruzan el parabrisas a intervalos regulares como si alguien apagase y encendiese la luz.

—Otra vez —dice Nahia.

—Última —responde Paula.

Duérmete sin preguntar,
Que mañana ya verás,
Si los sueños son hogar
O un camino del que no hay más.

Nahia aplaude con entusiasmo. Hace que sus manos pequeñas retumben en todo el interior del coche.

—Otra —insiste.

Paula niega con la cabeza, pero esta vez sí la mira un segundo por el retrovisor interior. Lo justo.

—En casa.

Nahia se queda pensando la respuesta. Es un trato serio.

Asiente.

—Vale.

Nahia se reclina y apoya la frente contra el cristal. Al otro lado, el mundo se deshace en un borrón de árboles, piedra y sombras. Le fascina la velocidad con la que cada elemento se esfuma, convirtiendo la ventana en un espejo difuso donde su reflejo se funde con el paisaje.

—Ana… —dice primero—. Mamá… —se corrige casi al segundo.

Paula no responde de primeras. Está concentrada en la carretera.

—Mamá.

—¿Qué?

—¿Hoy también hay cuento? —Nahia pregunta otra cosa, no la que pensaba.

—Sí, si cenas bien.

—¡Siempre ceno bien!

—Siempre dices eso.

Nahia sonríe. Se hunde un poco más en su silla.

—¿Y si no ceno?

—Pues no hay cuento.

—Pues ceno. Menos si hay lentejas… puaj. —Nahia exagera un gesto.

Después se ríe.

Paula deja escapar una leve exhalación que podría ser una risa. O algo parecido.

El coche sigue avanzando.

Más árboles. Menos cielo. La carretera se estrecha. Pronto desaparecerá y solo quedará el camino de grava.

—Mamá…

—¿Qué pasa ahora?

—¿Tú antes tenías una niña?

Silencio. Las ruedas silbando contra el pavimento.

Paula no gira la cabeza. Tampoco mira por el retrovisor interior.

—¿Por qué preguntas eso, Nahia?

—No sé…

Nahia se encoge de hombros. Disimula como puede. Lleva meses queriendo hacer esa pregunta desde que vio la foto del tercer cajón.

—Porque a veces me miras raro —dice al fin.

Otra pausa. Más larga.

—No te miro raro.

—Sí.

Paula ahora sí mira por el retrovisor interior. Se cerciora de que los ojos de Nahia estén conectados a los suyos.

—Te miro a ti.

Nahia acepta la respuesta. Como hacen los niños cuando algo no encaja del todo, pero no saben por qué.

—Vale.

El coche gira y ya se oye la grava bajo los neumáticos.

Están llegando a casa.

Paula reduce la velocidad. Mira por el retrovisor interior a Nahia y sonríe.

El coche se detiene.

—Ale, ya hemos llegado.

—¿Ya? Qué rápido —dice Nahia.

—Eso es porque nos lo hemos pasado muy bien cantando la canción.

Nahia sonríe.

—Tú la bolsa pequeña, y yo las grandes —dice Paula frente al maletero abierto.

—Yo soy fuerte, eh —replica Nahia.

—Claro que sí. Muy fuerte. ¡Pero yo lo soy más! —Paula le clava índice y corazón en las costillas a Nahia.

La niña se retuerce y ríe.

—Para, que tengo cosquillas.

—Vamos, tía fuerte. Que se nos va a hacer tarde y hay que guardar la compra y poner la cena.

Paula deja las bolsas en el suelo para abrir la puerta. Gira la llave una sola vez y la puerta cede.

—Qué raro, ¿me he olvidado de cerrar antes? —murmura casi para sí misma, sin darle más importancia.

Y cuando entran al salón, las bolsas de la compra se le caen al suelo del sobresalto.

Hay un hombre sentado en el sillón. Tiene una pistola apoyada sobre su muslo. Y Paula sabe muy bien quién es.

Salvador Arregi no mueve ni un músculo al verlas entrar.

Ni pestañea mientras mira a los ojos a Paula.

62

Día 192

20:47

Paula suelta las bolsas en cuanto le ve. Parte de la compra se desparrama sobre el suelo. Arregi la mira fijamente desde el sillón. Es la primera vez que están cara a cara. Nahia agarra con fuerza la mano de la mujer a la que ahora llama mamá.

La mano de Arregi está posada sobre su Heckle, que descansa sobre su muslo derecho.

Nadie dice nada.

Nadie se mueve.

Arregi no puede evitar bajar un segundo la mirada a las bolsas caídas. Una llamativa caja de cereales con el dibujo de un tigre parece mirarle. Y de vuelta a los ojos verdes de Paula.

Ha visto ese rostro en diferentes fotos una y mil veces. También ha convivido con él en movimiento en sus pesadillas. Por eso la reconoció en cuanto la vio, por mucho que se haya cortado el pelo o cambiado su apariencia. Pero tenerla físicamente ante sí por primera vez es un cataclismo a otro nivel.

—Nahia, ¿por qué no subes a tu cuarto a jugar un rato? Yo tengo que hablar con este chico —dice Paula, sin dejar de mirar a Arregi en ningún momento.

—No —Nahia también mira a Arregi—… No quiero, mamá.

—Nahia, a tu cuarto.

La voz de Paula ya no pregunta.

La niña entonces sí la busca a ella con la mirada.

—Ahora, Nahia —insiste Paula—. Y no salgas de ahí hasta que yo no vaya. ¿Está claro?

Nahia duda.

Pero termina obedeciendo.

Sube por la escalera alternando miradas entre Arregi y los escalones que pisa.

Se escuchan sus pasos arriba, crujiendo en la madera.

Una puerta que se cierra.

Y abajo solo queda silencio.

—Hola, Paula. ¿O debería llamarte, Ana?

Paula no contesta.

—Siéntate, por favor —dice Arregi, señalando el sofá con el cañón de la Heckle, que está fundida a su mano derecha.

Paula se sienta en el sofá.

—Que ella no lo vea, es lo único que te pido —dice Paula al mismo tiempo que señala hacia el lugar por donde ha subido Nahia.

—Cuando dices ella, ¿te refieres a Nahia Echevarría? —Arregi baja el tono—. ¿Te refieres a la niña a la cual habéis asesinado a toda su familia? ¿Es eso a lo que te refieres cuando dices ella?

—Yo no lo sabía. Lo de su familia no estaba en mis planes.

—Ah, ¿no? ¿Ahora ya no te dedicas a asesinar a familias, Paula?

El silencio vuelve a posar su mano negra sobre ambos.

Paula baja la mirada durante un minuto que parece no terminar nunca. Pero Arregi espera paciente. Un minuto o diez no son nada para él.

Entonces, Paula vuelve a enfrentarse a sus ojos. Y les habla a ellos.

—No voy a decirte que lo siento. No serviría de nada. O que he cambiado. Que esa niña me ha cambiado, tan rápido que ni soy

capaz de creer que sea real. No vas a creerme. Pero quiero que quede claro. Yo no quería lo que le pasó a su familia.

Arregi aprieta la mano sobre la Heckle.

—¿Y qué es lo que querías, Paula? ¿Por qué contrataste los servicios de El Arquitecto? Ayúdame a entenderlo, porque encontrarlo a él es mi siguiente parada.

—¿Cómo conoces ese nombre?

Arregi sonríe.

—Las preguntas las hago yo, Paula. ¿Fue Jos el que te consiguió la otra identidad, verdad? Ana Robledo. Lo teníais planeado de antemano. Para que pudieses fugarte después de matar a mi hija y a mi mujer. Para que pudieses hacerlo mientras yo estaba perdiendo el tiempo deteniéndolo a él. Fue así, ¿verdad?

Paula no dice nada. Solo le mantiene la mirada.

—Y ahora eres otra persona. Una madre abnegada, claro.

—Te olvidas del pequeño detalle de que tu hija llevaba el corazón del mío. Que le negaron la opción a vivir para que otros sí pudiesen. Tú no eres la víctima aquí. Que quede claro. Aceptaste ese trasplante sabiendo lo que implicaba.

Arregi se incorpora y, con un movimiento seco, hunde el cañón de la Heckle en la sien de Paula.

—No. Yo no soy una víctima —masca las palabras entre dientes —. Pero mi hija y mi mujer sí lo eran. Eran inocentes; no conocían la maldad y, desde luego, no merecían que el mundo se las tragara de esta forma...

La pistola tiembla en la mano.

Arregi siente el eco de liberación que sería apretar el gatillo en ese mismo momento. Cierra los ojos un segundo. Anna y Astrid aparecen ante él. Pero detrás de ellas hay alguien más. Es Nahia Echevarría pronunciando la palabra *mamá.*

Cuando vuelve a abrir los ojos, se encuentra con el mar verde de los de Paula. Nadie pensaría que los ojos de un monstruo son así.

Que en la belleza podría ocultarse el peor de los males.

—Es curioso —dice ella, hablándole al agujero negro que es el cañón nervioso de la Heckle—. Hace unos meses me hubiese dado igual que me volases la cabeza. Incluso hubiese sido un alivio. No sería mi primera vez abrazando a la muerte. Y en cambio ahora… Tengo que reconocerte que quiero quedarme. Quiero cuidar de esa niña a la que El Arquitecto le ha arrancado su familia. Puede que, sabiendo eso, lo disfrutes más. No quiero morir.

Arregi acerca más el cañón. El frío metal roza la piel de Paula.

—¿Por qué contactaste con El Arquitecto? Dices que no planeabas que matase a su familia. Entonces, ¿qué pretendías de Nahia Echevarría? —pregunta Arregi.

—Nada. Yo no pretendía nada de Nahia Echevarría. Solo era un cebo para llegar hasta él. Hasta El Arquitecto. Pero la cosa se torció… Esas fueron sus palabras textuales cuando me entregó a la niña. La cosa se ha torcido. —Paula baja más aún el tono, como si Nahia pudiese escucharla desde arriba—. Toda su familia está muerta, me dijo. Yo tenía preparada una jeringuilla en uno de los bolsillos del pantalón. Y en el otro, una pistola. Mi intención era cazar a El Arquitecto ese mismo día. Y después dejar a la niña en un sitio donde la devolviesen rápido con su familia. Ese era mi plan. Pero cuando ese hijo de puta me dijo eso, y vi a la niña… Supe que tenía que cuidarla yo. Que era mi responsabilidad. Y que eso borraba mi plan inicial de un plumazo.

Arregi se toma un segundo para procesar lo que acaba de escuchar.

—¿Y cuál era ese plan inicial? —pregunta.

—¿Qué sabes de El Arquitecto?

—He dicho que las preguntas las hago yo, joder. —Arregi presiona la Heckle sobre la sien de Paula.

—El Arquitecto es un intermediario de la fundación Sísifo. Del triángulo azul. Ya sabes de lo que hablo… Mi intención era llegar a hasta ellos. Mi intención era destruirlos. Mi única motivación para

seguir en esta cloaca que llaman mundo era esa. Creo, Salvador, que en el fondo los dos buscamos lo mismo.

—¿Y le dejaste ir? No… No somos lo mismo…

—Elegí a la niña. Todavía no sé bien por qué lo hice. Pero pasó así. Y era una decisión que había que tomarla al momento. Sí, elegí a la niña… Y sabes —Paula salta del cañón de la Heckle a los ojos de Arregi—, acerté eligiéndola a ella.

Arregi siente un calor premonitorio subir por su espina dorsal hasta invadirle la nuca. Es la revelación de que ha perdido. Su rastro contra el triángulo, la fundación Sísifo y El Arquitecto, termina en esa casa. Termina con su peor demonio sentado ante él en un sofá hablando como una madre.

—¿Cómo has llegado hasta El Arquitecto y hasta mí, Salvador? Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero al menos me gustaría saberlo antes de que lo hagas.

Arregi mira al techo. Dibuja una sonrisa amarga.

Y después vuelve a Paula. Se acerca a ella hasta estar a muy pocos centímetros.

—O-B-O-L-U-S —susurra muy despacio.

Ahora la que sonríe es ella.

Sabe lo que significa.

—No puedo creer que te lo dijese… —suelta Paula en un lamento.

—Ya ves. Tu querido Jos y yo nos hemos hecho amigos. A fin de cuentas, los dos queremos lo mismo, creo. Acabar con el triángulo y la fundación, ya sabes.

Arregi tiene los ojos muy abiertos.

El arma ya no tiembla en su mano.

Está completamente firme.

—¿Crees que Jos quería que te encontrase, Paula? Me lo he preguntado bastante durante estos meses. Él… me preguntó algo de repente, mientras hablábamos de otra cosa… me preguntó, ¿si

encuentras a Paula, la matarás? Sí, le contesté yo. Y, aun así, me dio la palabra Obolus. ¿Crees que imaginaba que de su rastro podría encontrarte?

Arregi se acerca un poco más, ya pueden rozarse.

—¿Crees que Jos quería que te matase?

Paula no contesta.

Los ojos se le enrojecen. Pero aguanta. El labio le tiembla.

Arregi despega el arma de su sien y se aleja un paso.

—No podemos saberlo. Solo él puede. Que cada cual saque sus propias conclusiones —dice antes de lanzar una mirada a la escalera por la que ha subido Nahia, para después volver a Paula.

—¿Entonces ya está? ¿No tienes nada más que darme para llegar hasta El Arquitecto? —pregunta Arregi.

Paula niega con la cabeza.

—Solo había una oportunidad. La palabra y el portal son de un solo uso. Pero eso tú ya lo sabes si has llegado hasta aquí. Ya atraje al Arquitecto a mi tela de araña, pero le dejé ir. Elegí cuidar a la niña. Así que no, no tengo nada más.

—Y yo he gastado mi único tiro en llegar hasta ti… —replica Arregi—. Es increíble todo el mal que has hecho…

—El mal no viene solo, Salvador. Es algo que me costó entender. Pero así es. El mal es un virus que alimentamos entre todos. Y que cada vez que lo contagiamos a alguien, se vuelve más salvaje y destructor. Cada decisión de esta historia lo ha alimentado. Incluidas las tuyas.

—Levántate —dice Arregi.

Paula lo hace. Se levanta muy despacio.

Arregi coloca el silenciador en la Heckle. Y apunta bien el tiro hacia su frente.

Ella cierra los ojos. Sabiendo que es un gesto final.

—Date la vuelta y camina hasta estar frente a la pared —dice él.

Paula obedece. Cada paso es como recorrer mil kilómetros que la alejan de su vida. Ve su infancia, tan feliz como cualquier otra. Ve a Jos por primera vez. Se enamora casi desde el principio. Saborea su primer beso. Ve su primer piso juntos. Y la casa de después. La prueba de embarazo. El color verde de la tarta. Es un niño. Leo. La cabaña medicalizada para un parto respetuoso en un entorno natural, idea suya. Y la bruma. El final de su otra vida. El pequeño Leo no saldrá de esa cabaña. No tendrá derecho a vivir, para que sí lo hagan otros que pagaron un precio justo. Ve el triángulo azul como símbolo del mal. Ve su propia muerte en una bañera llena de sangre. Ve a Jos salvándola cuando ella no quería eso. Ve el pozo de odio, dolor y necesidad de venganza corrompiendo cada centímetro de su ser al volver de la muerte. Ve una lista confeccionada por Jos a petición suya. Se lo debe, por no haberla dejado irse en paz. La lista son los niños que viven gracias a los órganos robados a su Leo por la fundación Sísifo. Por el triángulo azul. Ve su venganza cumplida. Ve cómo eso la hace aún más infeliz. Ve cómo el deseo haber muerto en esa bañera ahogada en su propia sangre es cada vez mayor. Ve el triángulo azul otra vez, y otra, como epicentro de todo el mal. Se ve quemándolo hasta los cimientos como único y último objetivo vital. Ve aparecer a El Arquitecto, al que ha engañado para capturarle. Ve el ansia viva de apresarlo y sacarle toda la información. Y después ve a Nahia. Y ahí, justo ahí, Paula muere y renace como Ana. Ve todo lo que no pudo ser en su otra vida, volver como una segunda opción no buscada, pero que pareció encontrarla a ella. Sí, se ve siendo madre. Y justo en ese punto, en el único que no quería que le pasase, ve una bala traspasándole la cabeza y a Nahia perdiéndose en la oscuridad para siempre.

—Contra la pared —dice a su espalda la voz de Salvador Arregi.

—Por favor, intenta que ella no me vea. Intenta que pueda llevar la mejor vida posible. No por mí. Por ella. Mi pequeña no tiene culpa de nada, y ya ha sufrido suficiente. Que no lo vea.

Esas son las últimas palabras de Paula, o de Ana, ella morirá siendo Ana, la *ama* de Nahia.

Cierra los ojos.

Y solo está el rostro de su niña sonriente, comiendo cereales del tigre.

Entonces escucha la voz de Salvador Arregi otra vez.

—Jos me dijo que no habían sufrido. Que las dormías antes. Que era como una operación de la que no despertaban. ¿Es verdad?

—Sí. Es verdad. No sufrieron.

Paula está llorando contra la pared.

Pero eso Arregi no lo ve. Solo ve su nuca en la trayectoria de la Heckle. Y un millón de cosas más que ni él mismo identifica. Pero una de ellas es Nahia Echevarría llamándola mamá y riéndose. Recibiendo el regalo improbable de una segunda oportunidad cuando el triángulo azul se lo ha arrebatado todo sin ningún sentido.

Salvador Arregi aprieta la Heckle hasta no sentir apenas la mano.

—Bien. Tú tampoco vas a sufrir —dice Arregi, acariciando ya el gatillo.

Paula contempla la negrura en sus ojos ya cerrados. Imagina que un tiro en la cabeza tal vez supone ni enterarse de que esa oscuridad ya es para siempre. No lo oyes ni lo sientes. Solo desapareces. De pronto esa idea le aterra. No saber cuándo ha muerto. Abre los ojos y mira fijamente la pared blanca. Así al menos lo sabrá cuando vea el rojo salpicar una milésima antes de que todo se funda a negro. Entonces lo sabrá.

Pero pasan los segundos y no hay rojo salpicado.

Ni fundido a negro.

Nada.

Se ha quedado todo congelado así, en el color de esa pared. ¿Puede que morir sea así? No se atreve a moverse. Si se deja embaucar por esa ilusión, al menos seguirá en la misma casa que Nahia.

Transcurre un tiempo suspendido, imposible de medir. En el corredor de una ejecución inminente, la realidad se deforma como el cristal bajo el fuego.

Paula no sabe cuánto ha pasado hasta que, al fin, reúne el valor para girar la cabeza y descubrir, entre un llanto que le desgarra el pecho, que Salvador Arregi se ha evaporado.

Que ella sigue viva.

Entonces sube corriendo al piso superior.

Abre la puerta del cuarto de Nahia.

Y la encuentra ahí, en el suelo, pintando uno de sus dibujos. Esperando a que ella llegase, tal como le había pedido.

Se tira al suelo a abrazarla. La estrecha contra ella para cerciorarse de que es real. De que las dos siguen vivas y juntas.

—Mamá, ¿se ha ido ya el coco?

Paula rompe aún más a llorar.

—Sí, mi niña. Ya se ha ido. Ya se ha ido el coco.

EPÍLOGO

La casa respira vida.

Él respira oscuridad.

El aire es denso, caliente y enrarecido. Está atrapado entre dos placas de yeso y madera. Apenas hay espacio para moverse. Pero no lo necesita. Lleva incrustado ahí el tiempo suficiente como para hacer de ese hueco un lugar habitable. Un lugar suyo.

Pasos. Voces. Agua corriendo en algún punto de la casa.

La mujer está en la cocina. Lo sabe sin verlo. El sonido del cuchillo contra la tabla es rítmico, constante.

Hoy cocina ella.

No es lo habitual.

Pero él está hablando por teléfono. En tono bajo. Se aleja, luego vuelve. Camina por el pasillo.

Uno de los hijos corre.

Son dos. La otra debe estar encerrada en su cuarto chateando en línea con sus amigas. Eso no suele cambiar.

El padre termina de hablar por teléfono. El cuchillo de la cocina ya no suena. Hay un momento de paz extraña en la que todo parece quedarse quieto unos minutos.

Y después la madre dice algo de la cena. Sonido de platos, sillas que se arrastran. Pasos por el pasillo.

El Arquitecto escucha el latido de la familia desde su agujero. Esperando su momento para salir.

***

—DIC.

Espinosa muestra la identificación al agente que custodia el perímetro.

Arregi avanza junto a él mientras recorren la hierba húmeda del jardín hasta la entrada de la casa.

El resto del equipo queda detrás.

Salvador Arregi es el primero en entrar. El primero en recibir la bocanada de aire podrido. El primero en verlo.

Están todos sentados a la mesa. Como una familia que va a cenar. Solo que los platos están llenos. Ninguno ha comido. Y ninguno comerá ya.

Los comensales son estatuas fijadas en el espectro lívido de la muerte.

El padre, de un azul más profundo, preside la mesa.

Arregi se aproxima: tiene las piernas cinchadas a la madera y las manos clavadas al tablero. Su postura es tan natural que parece que fuera a empuñar los cubiertos en cualquier segundo.

Arregi no mira al resto. No hace falta.

—Arregi… —dice alguien a su espalda.

Pero él levanta la mano.

Silencio.

Por inquietantes que sean, allí sentados e inmóviles a perpetuidad, mirándose los unos a los otros con los ojos perdidos en la nada, Arregi no centra su atención en los cadáveres.

Está mirando la mesa.

Hay algo extraño en la disposición de copas, platos y cubiertos. Algo que le susurra que no encaja.

Ladea la cabeza.

—Esto no está puesto al azar… —murmura casi para él mismo.

Levanta la vista.

—Una escalera. Necesito algo para elevarme.

Espinosa hace un gesto a uno de los agentes. Y poco después este vuelve con una escalera plegable.

Arregi sube hasta el último peldaño. Desde arriba se ve mejor.

La cubertería dibuja un símbolo.

Un triángulo perfecto.

Ha vuelto.

El juego nunca termina.

Solo cambia de forma.

NOTA DEL AUTOR

Si has llegado hasta aquí, ya sabes que algunas historias no terminan cuando se cierra el libro.

Si *Nadie está a salvo* te ha hecho pensar, incomodarte o acompañar a sus personajes más allá de estas páginas, una reseña en Amazon con tu opinión sincera ayuda más de lo que imaginas a que esta historia llegue a otros lectores.

Solo te tomará uno o dos minutos de tu tiempo, y para mí, como autor, será el mayor apoyo que puedas darme.

También puedes seguirme en mi página de autor en Amazon, y de ese modo te notificarán cuando publique novedades.

Por otro lado, estoy disponible tanto en mis redes sociales como en el correo electrónico que salen en la biografía. Allí seguiré explorando este y futuros universos que aún permanecen en la sombra.

Y, sobre todo, estaré encantado de que me contactes por cualquiera de esas vías para dejarme tus impresiones sobre la novela y charlar sobre ello.

Solo me queda darte las gracias. Por leerme. Por estar ahí.

El juego siempre debe continuar.

AGRADECIMIENTOS

No podría pasar sin agradecer expresamente a las profesionales que han trabajado conmigo para que esta novela, y el resto, luzcan como lo hacen en su forma final.

Muchas gracias a Sandra, de Correcciones Sandra, por corregir el texto y dejarlo limpio de impurezas. Por tu profesionalidad. Pero, sobre todo, por el trato humano y cercano. Y por ser inspiración. Como siempre dices, nuestras historias merecen volar alto.

Del mismo modo, muchas gracias a Sara, de The Blue Cat, por el diseño de la cubierta. Y también del mismo modo, por el trato humano impecable y la buena disposición en todo momento.

Y por último y una vez más, a cada uno de los lectores que han tomado parte de su valioso tiempo en bucear entre las páginas de esta historia.

A ti, muchas gracias.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

- Saturno
- El juego 532 (Trilogía El Club 1)
- Expediente 55 (Trilogía El Club 2)
- Niño azul, Niño rojo (Trilogía El Club 3)
- Las rosas manchadas de sangre
- Nadie debe saberlo



YA A LA VENTA

BIOGRAFÍA



Joseba Calvo Macarrilla nació en Cruces (Barakaldo) en 1989.

Este bilbaíno es un apasionado, casi desde que tiene uso de razón, del cine y la literatura.

Siempre ávido de encontrar una buena historia que devorar, el germen de que tal vez debiese crear las suyas propias se instaló poco a poco en su cabeza.

Años después nació *Saturno*, su primera novela.

En 2023, meses después de su lanzamiento, y tras su éxito, llegó la segunda, *El juego 532*, que supuso la apertura del universo particular de novela negra «El Club». A principios de 2025, llegaría la segunda entrega de la trilogía, *Expediente 55*, y más adelante, la historia se cerraría con la última entrega: *Niño Azul, Niño Rojo 235*. Una trilogía que ha consolidado su voz narrativa y su estilo propio dentro del género.

A finales de 2025, publicó *Las rosas manchadas de sangre* y en 2026, *Nadie debe saberlo* la primera novela de la *serie Nadie.*

Sigue el rastro de sus historias o comparte tus impresiones con él a través de:

Instagram: josebacalvomacarrilla.escritor

Facebook: Joseba Calvo Macarrilla

Mail: josebacm@outlook.es